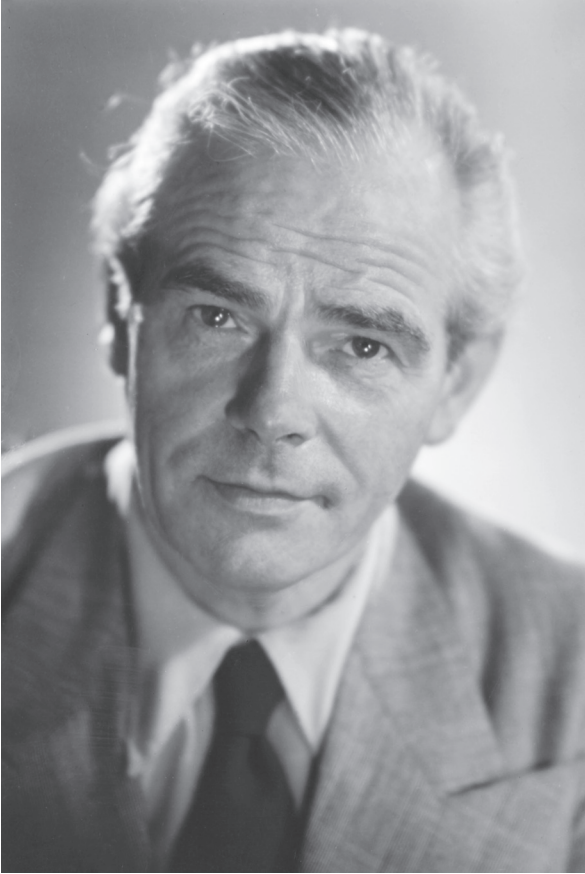


Hacia la vida eterna  
a través  
de la Línea Grebbe



Jozef Rulof



Jozef Rulof  
1898-1952

Jozef Rulof

Hacia la vida eterna  
a través de la Línea Grebbe



El Siglo de Cristo

## Contacto y derechos de autor

El Siglo de Cristo

Braspenningstraat 88, 1827 JW Alkmaar, Países Bajos

Tel: 00 31 (0)728443852

E-mail: [info@rulof.org](mailto:info@rulof.org)

Página web: [rulof.es](http://rulof.es)

---

En la portada verá la imagen de una pintura que Jozef Rulof recibió desde el más allá.

---

© 1937-2023, Stichting Geestelijk-Wetenschappelijk Genootschap “De Eeuw van Christus”, Países Bajos, todos los derechos reservados.

Hacia la vida eterna a través de la Línea Grebbe, 2023

ISBN 978-94-93165-50-2

# Contenido

Contacto y derechos de autor .....	4
Palabras del editor .....	7
Lista de títulos .....	8
Comentario sobre los libros de Jozef Rulof .....	9
Lista de artículos .....	11
Jozef Rulof .....	15

1942

Prefacio .....	21
Introducción .....	23
Mi juventud .....	25
En contacto con el otro lado .....	28
El final de mi padre .....	44
Mi padre regresa .....	60
Decido hacerme militar profesional y contraigo matrimonio .....	73
Mi final en la tierra .....	84
Entro en la vida eterna .....	91
Las sesiones de espiritismo en la tierra .....	102
El morir .....	108
La mediumnidad escritora .....	119
Me veo a mí mismo como Jack .....	125
Mi matrimonio .....	134
Mi final en la tierra visto desde este mundo .....	141
Arde Róterdam .....	156
El plan de Dios .....	162
Conozco los infiernos .....	173
Un encuentro en la tierra crepuscular .....	181
Vuelvo a ver a mi hija en las esferas de luz .....	187
Una morada espiritual .....	193
Almas gemelas .....	197
La primera esfera me acoge por completo .....	222
El despertar de un alma .....	230



# Palabras del editor

Estimado lector, estimada lectora:

Este libro pertenece a la serie de veintisiete libros que entre 1933 y 1952 llegaron a la tierra por medio de Jozef Rulof. Estos libros son editados por la Fundación Círculo Científico Espiritual “El Siglo de Cristo”, que Jozef Rulof fundó con este fin en 1946. Como dirección de esta fundación garantizamos el texto original de los libros que ponemos ahora a tu disposición. En ese texto, los añadidos realizados por el editor se ponen entre corchetes (redondos), para distinguirlos del texto original.

También hemos publicado un comentario sobre los libros, que contiene 140 artículos. Consideramos la edición de los veintisiete libros y este comentario como un conjunto inseparable. En el caso de algunos pasajes de los libros, remitimos a los artículos en cuestión del comentario. Así, por ejemplo, (véase el artículo ‘Explicación a nivel del alma’ en [rulof.es](http://rulof.es)) remite al artículo básico ‘Explicación a nivel del alma’, tal como se puede leer en la página web [rulof.es](http://rulof.es).

Un saludo afectuoso,  
La dirección de la Fundación El Siglo de Cristo  
2023

# Lista de títulos

Relación de los libros que llegaron a la tierra por medio de Jozef Rulof, en el orden en que se publicaron, ...

- Una mirada en el más allá (1933-1936)
- Aquellos que volvieron de la muerte (1937)
- El ciclo del alma (1938)
- Las enfermedades mentales contempladas desde el otro lado (1939-1945)
- El origen del universo (1939)
- Entre la vida y la muerte (1940)
- Los pueblos de la tierra contemplados por el otro lado (1941)
- Hacia la vida eterna a través de la Línea Grebbe (1942)
- Dones espirituales (1943)
- Las máscaras y los seres humanos (1948)
- Jeus de madre Crisje Parte 1 (1950)
- Jeus de madre Crisje Parte 2 (1951)
- Jeus de madre Crisje Parte 3 (1952)
- Preguntas y respuestas Parte 1 (1949-1951)
- Preguntas y respuestas Parte 2 (1951-1952)
- Preguntas y respuestas Parte 3 (1952)
- Preguntas y respuestas Parte 4 (1952)
- Preguntas y respuestas Parte 5 (1949-1952)
- Preguntas y respuestas Parte 6 (1951)
- Conferencias Parte 1 (1949-1950)
- Conferencias Parte 2 (1950-1951)
- Conferencias Parte 3 (1951-1952)
- La cosmología de Jozef Rulof Parte 1 (1944-1950)
- La cosmología de Jozef Rulof Parte 2 (1944-1950)
- La cosmología de Jozef Rulof Parte 3 (1944-1950)
- La cosmología de Jozef Rulof Parte 4 (1944-1950)
- La cosmología de Jozef Rulof Parte 5 (1944-1950)



# Comentario sobre los libros de Jozef Rulof

El prólogo a este comentario es:

Estimado lector, estimada lectora:

En este ‘Comentario sobre los libros de Jozef Rulof’ describimos en cuanto editores el núcleo de su óptica. Contestamos de esta manera a dos tipos de preguntas que se nos hicieron en años pasados sobre el contenido de estos libros.

En primer lugar están las preguntas sobre temas específicos, como por ejemplo la incineración y la eutanasia. Muchas veces, la información sobre semejantes asuntos está dispersa en los 27 libros, con en total más de 11.000 páginas. Por eso hemos juntado temáticamente pasajes relevantes de todos los libros, y los hemos resumido en un artículo cada uno.

La información dispersa se debe a la construcción de conocimientos en la serie de libros. En el artículo ‘Explicación a nivel del alma’ distinguimos dos niveles en esta construcción de conocimientos: el pensamiento social por una parte, y las explicaciones a nivel del alma por otra. Para su primera explicación de muchos fenómenos, el autor se limitó a palabras y términos que pertenecían al pensamiento social de la primera mitad del siglo pasado. Por eso sintonizó con la visión de mundo de sus lectores de entonces.

Libro tras libro, el autor fue construyendo, paralelamente, el nivel del alma, con el alma como entidad central. Para explicar la vida a nivel del alma, introdujo palabras y conceptos nuevos. Con eso llegaron nuevas explicaciones que completaban la información sobre algunos temas de la ronda anterior.

La mayoría de las veces, sin embargo, las explicaciones a nivel del alma no completaba las primeras descripciones, sino que las reemplazaba. Así, por ejemplo, se puede hablar en terminología social sobre una “vida después de la muerte”, pero en el nivel del alma, la palabra “muerte” ha perdido todo significado. Según el autor, el alma no muere, sino que se desprende del cuerpo terrenal y entonces hace la transición a la siguiente fase en su evolución eterna.

La falta de familiaridad con la diferencia entre estos dos niveles de explicación conlleva un segundo tipo de preguntas sobre palabras y opiniones en los libros, sobre los que el pensamiento social actual ha cambiado en comparación con la primera mitad del siglo pasado. En este comentario, desarrollamos esos asuntos desde el nivel del alma. Así va quedando claro que palabras como por ejemplo “razas” o “psicopatía” ya no tienen relevancia en el nivel del alma. Estas palabras y las correspondientes opiniones se usaron

únicamente en esta serie de libros para acercarse al pensamiento social en el período en que surgieron estos libros, entre 1933 y 1952. Los pasajes con estas palabras pertenecen al espíritu de tiempo contemporáneo de los lectores y de ninguna manera representan la verdadera visión del escritor ni del editor.

No siempre queda claro a la hora de una lectura actual de los libros, porque el autor no suele mencionar de manera explícita en qué nivel de explicación se ha tratado el tema en un pasaje determinado. Por eso, como editores, en ciertos pasajes añadimos una referencia a un artículo relevante de este comentario. Ese artículo aclara entonces el asunto tratado en ese pasaje desde el nivel del alma, para iluminar la verdadera visión del autor acerca de ese tema. Por razones culturales históricas y espirituales científicas, en los 27 libros no hacemos cambios en las formulaciones originales del autor. Con motivo de la legibilidad, solo hemos adaptado la antigua ortografía del neerlandés. En la versión online de los libros en nuestra web [rulof.nl](http://rulof.nl), se pueden visualizar los cambios lingüísticos por oración.

Consideramos la edición de los 27 libros y este comentario como un conjunto inseparable. Por eso a partir de ahora remitimos en la tapa de cada libro y en las ‘Palabras del editor’ al comentario. Puede leer los 140 artículos de este comentario en nuestra web como páginas web por separado.

También los pasajes relevantes de todos los libros de Jozef Rulof en que hemos basado los artículos son una parte íntegra de este comentario. Estos pasajes se han reunido en forma de libro con los artículos en cuestión y están disponibles como las cuatro partes de ‘El libro de consulta sobre Jozef Rulof’, en la forma de libros de bolsillo y electrónicos. En nuestra web, en la parte de abajo de la mayoría de los artículos se ha incluido un enlace a otra página web con los textos fuente de ese artículo.

Con la edición de los 27 libros y este comentario aspiramos aportar algo a una comprensión fundada del verdadero mensaje del autor. Ya lo expresó Cristo al decir: “Ámense los unos a los otros”. Al nivel del alma, Jozef Rulof explica que se trata del amor universal que no se ocupa de la apariencia o de la personalidad de nuestro prójimo, sino que se centra en su núcleo más profundo, que Jozef llama “el alma” o “la vida”.

Un saludo afectuoso,

En nombre de la dirección de la Fundación El Siglo de Cristo,

Ludo Vrebos

11 de junio de 2020

# Lista de artículos

El comentario consta de los siguientes 140 artículos:

## Parte 1 Nuestro más allá

1. Nuestro más allá
2. Experiencia cercana a la muerte
3. Desdoblamiento corporal
4. Esferas en el más allá
5. Esferas de luz
6. Primera esfera de luz
7. Segunda esfera de luz
8. Tercera esfera de luz
9. Tierra Estival - cuarta esfera de luz
10. Quinta esfera de luz
11. Sexta esfera de luz
12. Séptima esfera de luz
13. Regiones mentales
14. Cielo
15. El otro lado
16. Esferas de los niños
17. La pradera
18. Morir como transición
19. Muerte
20. Espíritu y cuerpo espiritual
21. Incinerar o enterrar
22. Embalsamar
23. Donación de órganos y trasplantes
24. Aura
25. Cordón fluido
26. Eutanasia y suicidio
27. Muerte aparente
28. Espíritus en la tierra
29. Esferas tenebrosas
30. Tierra crepuscular
31. País de odio y pasión y violencia
32. Valle de dolor
33. Infierno

34. Dante y Doré
35. Ángeles
36. Lantos
37. Maestros
38. Alcar
39. Zelanus
40. Libros sobre el más allá

## Parte 2 Nuestras reencarnaciones

41. Nuestras reencarnaciones
42. Recuerdos de vidas anteriores
43. Mundo de lo inconsciente
44. Predisposición y talento
45. Niños prodigio
46. Fobias y miedos
47. Sentimiento
48. Alma
49. Grados de los sentimientos
50. Material o espiritual
51. Subconsciente
52. Conciencia diurna
53. Del sentimiento al pensamiento
54. Plexo solar
55. Cerebro
56. Estrés e insomnio
57. Aprender a pensar
58. Pensamientos de otros
59. Qué sabemos con seguridad
60. Ciencia
61. Psicología
62. Científico espiritual
63. Verdad universal
64. Conexión de los sentimientos
65. Seres queridos de vidas anteriores
66. Parecido físico con nuestros padres
67. Carácter
68. Personalidad
69. Personalidades parciales
70. Voluntad
71. Autoconocimiento

72. Sócrates
73. Renacer para una tarea
74. Venry, sumo sacerdote renacido
75. Alonso pregunta por qué
76. Arrepentimiento y remordimiento
77. Enmendar
78. Renacido como Anthony van Dyck
79. Templo del alma
80. Libros sobre la reencarnación

### Parte 3 Nuestra alma cósmica

81. Nuestra alma cósmica
82. Explicación a nivel del alma
83. No existen las razas
84. Grados de vida materiales
85. Ser humano o alma
86. Anti racismo y discriminación
87. Cosmología
88. Omnia Alma y Omnifuentes
89. Nuestras fuerzas básicas
90. División cósmica
91. Luna
92. Sol
93. Grados de vida cósmicos
94. Nuestras primeras vidas como células
95. Evolución en el agua
96. Evolución en la tierra
97. La equivocación de Darwin
98. Nuestra conciencia en Marte
99. Tierra
100. Bien y mal
101. Armonía
102. Karma
103. Causa y efecto
104. Libre albedrío
105. Justicia
106. Origen del mundo astral
107. Creador de luz
108. Cuarto grado de vida cósmico
109. Omnigrado

110. Animación de nuestro viaje cósmico

#### Parte 4 La Universidad de Cristo

111. La Universidad de Cristo

112. Moisés y los profetas

113. Autores de la Biblia

114. Dios

115. El primer sacerdote mago

116. El Antiguo Egipto

117. Pirámide de Giza

118. Jesucristo

119. Judas

120. Pilato

121. Caifás

122. Getsemaní y Gólgota

123. Apóstoles

124. Cuentos eclesiásticos

125. Evolución de la humanidad

126. Hitler

127. Pueblo judío

128. NSB y el nacionalsocialismo

129. Genocidio

130. Grados de amor

131. Almas gemelas

132. Maternidad y paternidad

133. Homosexualidad

134. Psicopatía

135. Demencia

136. La mediumnidad de Jozef Rulof

137. El Siglo de Cristo

138. Futuro luminoso

138. Instrumento de sanación definitivo

140. Aparato de voz directa

# Jozef Rulof

Jozef Rulof (1898-1952) recibió un conocimiento universal sobre el más allá, la reencarnación, nuestra alma cósmica y Cristo.

## Conocimiento procedentes del más allá

Cuando Jozef Rulof nació en 1898 en la localidad rural de 's-Heerenberg, en Holanda, su líder espiritual Alcar ya tenía grandes planes para él. En 1641, Alcar había hecho la transición al más allá, después de su última vida en la tierra como Anthony van Dyck. Desde entonces había ido construyendo un vasto conocimiento sobre la vida del ser humano en la tierra y en el más allá. Para llevar ese conocimiento a la tierra, quería desarrollar a Jozef hasta convertirlo en un médium escritor.

Después de que en 1922 Jozef se estableciera en La Haya como taxista, Alcar lo desarrolló primero hasta ser un médium sanador y pintor, para ir construyendo el trance necesario para recibir libros. Jozef recibió cientos de pinturas, y con su venta pudo controlar él mismo la edición de los libros.

Cuando Alcar comenzó en 1933 con la transmisión de su primer libro, 'Una mirada en el más allá', dejó que Jozef eligiera la profundidad del trance mediúmnico. Podría meter a Jozef en un sueño muy profundo y adoptar su cuerpo para escribir libros al margen de la conciencia del médium. Entonces Alcar podría usar a partir de la primera oración su propia selección de vocabulario para explicar al lector de ese tiempo cómo había llegado a conocer la realidad a nivel del alma, todo centrado en la vida eterna del alma humana.

Otra posibilidad era aplicar un trance más ligero, en el que el médium podía percibir lo que se escribía durante el proceso de escritura. Eso le permitiría a Jozef ir creciendo espiritualmente a la par que el conocimiento transmitido. Pero eso implicaría que la construcción del conocimiento en la serie de libros se sintonizara con el desarrollo espiritual del médium. Y así Alcar no podría ofrecer las explicaciones a nivel del alma antes de que también el médium hubiera llegado a ese punto.

Jozef optó por el trance más ligero. Eso hizo que Alcar estuviera un poco limitado en cuanto a las palabras que pudiera usar en los primeros libros. Hizo que lo experimentara Jozef al escribir la palabra "Jozef" mientras este estaba en trance. En ese mismo instante Jozef despertó del trance, porque sentía que lo llamaban. Para evitarlo, Alcar escogió el nombre "André" para describir las experiencias de Jozef en los libros. Alcar también cambió o eludió otros nombres y circunstancias en 'Una mirada en el más allá', para

que Jozef pudiera permanecer en trance. En este primer libro, el lector sí descubre, por ejemplo, que André estaba casado, pero no que esto hubiera ocurrido en 1923, ni que su mujer se llamara Anna.

Primero Alcar hizo vivir en carne propia a su médium todo lo que se describía en los libros, para mantener la armonía con los sentimientos de Jozef. Para eso Alcar lo hizo desdoblarse de su cuerpo, para que Jozef pudiera percibir por su cuenta los mundos espirituales del más allá. Los libros describen sus viajes conjuntos a través de las esferas tenebrosas y de luz. Jozef vio que después de su transición en la tierra el ser humano termina en la esfera que se corresponda a sus sentimientos.

En estado desdoblado también fue testigo de muchas transiciones en la tierra. Describiéndolas, se deja constancia en los libros de qué ocurre exactamente con el alma humana a la hora de la incineración, el entierro, el embalsamamiento, al eutanasia, el suicidio y el trasplante de órgano.

### Jozef llega a conocer sus vidas pasadas

Alcar escogió el nombre “André” porque Jozef había usado ese nombre durante alguna vida pasada en Francia. Entonces André había sido un erudito, y la dedicación para examinar todo escrupulosamente podía ayudar a profundizar paso a paso el nivel de explicación de los libros.

De esta manera, en 1938 Jozef pudo recibir el libro ‘El ciclo del alma’ del maestro Zelanus, un discípulo de Alcar. En él, Zelanus describió sus vidas pasadas. Mostró así cómo todas sus experiencias en sus vidas pasadas habían ido construyendo finalmente sus sentimientos, y cómo gracias a ellas pudo percibir cada vez más cosas.

En 1940, Jozef se había desarrollado suficientemente para vivir el libro ‘Entre la vida y la muerte’. Así llegó a conocer a Dectar: su propia vida anterior como sacerdote del templo en el Antiguo Egipto. En los templos, Dectar había elevado mucho sus fuerzas espirituales, por lo que pudo vivir experiencias intensas en estado desdoblado, sin descuidar paralelamente su vida terrenal. Ahora hacían falta esas fuerzas para alcanzar el grado supremo de la mediumnidad: la conciencia cósmica.

### Nuestra alma cósmica

En 1944, Jozef Rulof se había desarrollado como “André-Dectar” a tal punto que pudo vivir, junto con Alcar y Zelanus, viajes espirituales a través del cosmos. El conocimiento más elevado del más allá se trajo a la tierra en la serie de libros ‘La cosmología de Jozef Rulof’ por medio de las descripciones de esos viajes.



Fue cuando los maestros Alcar y Zelanus pudieron por fin describir la realidad como habían llegado a conocerla ellos mismos en tanto que verdad. Solo entonces pudieron usar palabras y conceptos que describen la esencia de nuestra alma, descubriendo así la esencia del ser humano.

En la cosmología, los maestros aclaran a nivel del alma de dónde provenimos y cómo comenzó nuestra evolución cósmica al escindirse nuestra alma de la Omnia Alma. Fue cuando André-Dectar llegó a conocer sus vidas pasadas en otros planetas, y el gigantesco camino de desarrollo que ha recorrido su alma para evolucionar desde una célula etérea en el primer planeta en el espacio hasta la vida en la tierra.

Además, visitó con los maestros los grados de vida cósmicos más elevados que nos esperan después de nuestras vidas terrenales. La cosmología describe hacia dónde vamos, y de qué manera son necesarias en este sentido nuestras vidas en la tierra. Arroja una luz cósmica sobre el sentido de nuestra vida y la esencia del ser humano como alma.

### La Universidad de Cristo

Los maestros podían viajar por todos los grados cósmicos y transmitir este conocimiento definitivo, porque a ellos les ayudaba su orden de docentes. A esta orden se le llama “La Universidad de Cristo”, por ser Él el mentor de esta universidad.

Durante su vida en la tierra, Cristo no pudo transmitir este conocimiento, porque entonces la humanidad no estaba todavía lista para ello. A Cristo ya lo asesinaron por lo poco que pudo decir. Pero sabía que su orden traería este conocimiento a la tierra desde el momento en que pudiera nacer un médium al que ya no se le ejecutaría por hacerlo.

Ese médium fue Jozef Rulof, y los libros que recibió anunciaron el comienzo de una nueva era: “El Siglo de Cristo”. Cristo mismo había tenido que limitarse a la esencia de su mensaje: el amor desinteresado. En el Siglo de Cristo, Sus discípulos podían explicar punto por punto, por medio de Jozef Rulof, cómo al dar amor universal nos elevamos a nosotros mismos en cuanto a nuestros sentimientos, alcanzando así esferas de luz más elevadas y grados de vida cósmicos.

Jozef fundó en 1946 la Fundación El Siglo de Cristo por encargo de sus maestros, para administrar los libros y las pinturas. En ese mismo año, viajó a Estados Unidos para dar a conocer allí los conocimientos que había recibido, en colaboración con sus hermanos emigrados. Al igual que en Holanda, ofreció conferencias en trance y demostraciones de pintura.

De vuelta en Holanda se encargó también durante años de noches informativas —además de ofrecer cientos de conferencias en trance—, para

contestar las preguntas de los lectores de los libros. En 1950, el maestro Zelanus pudo escribir, sin interrumpir el trance, la biografía de Jozef con el título de 'Jeus de madre Crisje', bajo el nombre de "Jozef" y el nombre de su juventud, "Jeus".

Los maestros sabían que la humanidad no aceptaría todavía la Universidad de Cristo, a pesar de todos los conocimientos transmitidos y los esfuerzos de Jozef. La ciencia solo aceptará una prueba de la vida después de la muerte si esta se establece sin un médium humano, para que se pueda excluir la influencia de la personalidad del médium.

Esta prueba se ofrecerá por medio de lo que los maestros llaman el "aparato de voz directa". Predicen que este instrumento técnico traerá una comunicación directa entre el ser humano en la tierra y los maestros de la luz. En ese momento, Jozef y los demás maestros podrán hablar al mundo desde el más allá, y podrán dar a la humanidad la felicidad de la certeza de que en cuanto almas cósmicas vivimos eternamente.

Jozef hizo la transición al más allá en 1952. El maestro Zelanus ya había mencionado al final de su libro 'Dones espirituales' que Jozef y los maestros ya no se dirigirían a los médiums humanos después de la transición de Jozef, porque el conocimiento definitivo desde el más allá ya se puede encontrar en los libros que se le concedió recibir a Jozef durante su vida terrenal.

1942



# Prefacio

*Estimado lector, estimada lectora:*

Este libro también lo recibí del otro lado. La inteligencia que me lo transmitió me la trajo mi líder espiritual Alcar. Aquel le permitió que me contara de su vida, de cómo murió en el campo de batalla en los días de mayo de 1940 y de su entrada en la vida espiritual.

Que este libro también pueda contribuir a que te convenzas de tu propia vida “eterna”.

J.R.



# Introducción

Que me haya sido dado a mí poder hablarte por medio de un instrumento terrenal significa para mí una gran gracia por la que le estoy muy agradecido a Dios. En la tierra, jamás habría podido creer en esta posibilidad.

Mi padre, que me estaba esperando y que me ayudó cuando entré en la vida del espíritu, está aquí junto a su alma gemela, y se quedarán conmigo hasta que el libro haya quedado plasmado. A ambos les doy las gracias desde el fondo de mi corazón por todo lo que he podido recibir de ellos durante mi vida en la tierra y aquí, al otro lado de la tumba.

Tan solo ahora veo lo sencillo que es hablar por medio de un instrumento terrenal cuando está preparado para este mundo. Ya en la tierra busqué junto a mi padre el contacto inmaculado, verdaderamente espiritual, pero fuimos engañados demasiadas veces.

Y por fin llegó el momento en que se me concede empezar a contar. El maestro dice que debo transmitir todo lo relacionado conmigo y con mi padre, porque vale la pena y tiene un significado. Es el don más hermoso que Dios me pudo dar. Es por eso que inclino la cabeza profundamente.

Espero de corazón que el libro llegue a muchos y los convenza de las verdades sagradas que contiene.





# Mi juventud

Vivíamos en Ámsterdam, donde mi padre tenía una ferretería. Con el dinero que ganaba con ella podía mantenernos, a mi madre y a mí, de forma decorosa. Nuestra vida habría sido muy hermosa si no hubieran surgido los trastornos que destruyeron nuestra felicidad. La culpable de ello fue mi madre. Aunque no le faltaba de nada ni tenía que privarse de nada, anhelaba, sin embargo, otra vida. Prefería salir y estar de fiesta que cuidar de su pequeño hogar; daba mayor importancia al baile y otras diversiones que a la felicidad de estar con su esposo e hijo.

Solo cuando me fui haciendo mayor empecé a verla tal como era. Pero ya de niño sentía que ella carecía del amor que yo sí sabía presente en otras madres. No me mimaba ni me acariciaba ni me malcriaba, como sí lo hacían las otras madres con mis amiguitos, a pesar de ser yo su único hijo. No tenía nada que dar, estaba vacía y era fría. Papá, que bien lo veía y que lo padecía, intentaba compensarme por esta falta. Solo lo conseguía en parte, yo seguía buscando el amor de mi madre. Inquieta como era, no me dedicaba tiempo; más bien yo la irritaba con mi afectuosidad, con mis ruegos de cariño. Una y otra vez me rechazaba, y suspiraba que los niños no eran más que una molestia. De modo que nunca me abrió su corazón. Tan joven como yo era, buscaba la causa de ello, pero solo más tarde pude encontrarla.

No nos necesitaba. Mamá no buscaba la felicidad en su familia, sino que prefería pasar las horas fuera de casa. El dónde y cómo lo captaba de las palabras que mis padres intercambiaban cuando a veces mamá regresaba a casa ya de madrugada, acalorada por la bebida y la diversión, y papá la estaba esperando. Papá fue paciente con ella durante muchísimo tiempo. Una y otra vez, él intentaba convencerla de que estaba echándose a perder y la urgía a renunciar a esos bajos placeres.

“Tu hijo y yo te necesitamos”, solía decir, “de verdad, te deseo que te entretengas y diviertas, pero no lo hagas por tu propia cuenta”. Pero por mucho que papá se lo pidiera, rezara y suplicara, mamá seguía por su propio camino oscuro. Entre insultos decía que papá era un soso y que prestaba más atención a sus libros que a los derechos propios de una mujer sana y vital.

Ella, a su vez, no ahorra en esfuerzos por convencerlo a él para que la acompañara. Ella le enseñaría la vida y le prometía toda la diversión que el mundo pudiera ofrecer, pero papá se negaba a participar en esos follones vulgares.

Durante años, esa fue una terrible lucha. La situación en casa era trágica, cuando podría haber sido un lugar feliz, si mamá hubiera compartido las

ideas de papá acerca de la vida, el matrimonio y la familia.

Me quedó muy claro que todo esto hacía sufrir a papá, cuando a los siete años oí una vez una conversación que mantuvo con una señora en la tienda. Ese día, mamá había estado más irritable que nunca y ya había despotricado con vehemencia y sin motivo contra papá, por lo que este prefirió quedarse en la ferretería. Entonces ella ya no me aguantó más y me mandó, entre maldiciones feas, a papá. Justo en el momento de entrar en la tienda oí que papá decía:

—... hago lo que puedo para que esté a gusto, pero no hay quien pueda con ella. No deja pasar ocasión alguna para amargarnos la vida, a mí y al niño. Es una situación de impotencia y no puedo hacer nada para que cambie de idea.

La respuesta de la señora fue:

—No hace falta que me diga nada; nosotros, los vecinos, algo sabemos. Pero mire donde uno mire, en todas partes hay algo, en ninguna parte de la tierra hay paz y armonía. Hay tanta gente que se enfrenta a algo que les convierte la vida en un infierno. Pero ha de saber usted que es nuestra propia culpa.

—¿Nuestra propia culpa? —oí que preguntó papá asombrado—. Pero... es que todavía no hago bastante para que...

En ese punto lo interrumpió la señora.

—He leído mucho y cayeron en mis manos buenos libros que me han cambiado. Gracias a ellos empecé a ver las cosas de otra manera. Le dije que es nuestra propia culpa, lo que me enseñaron esos libros es que debemos someternos a la causa y el efecto. Antes esas verdades me habrían hecho reír, pero ahora he cambiado de opinión. Ahora sé que hemos vivido más de una vida; en esas vidas hicimos muchas cosas mal. En esta vida, hemos de intentar enmendar esos errores o desprendernos de ellos. Pero le aconsejo que usted mismo lea esos libros. Por medio de ellos llegué a conocerme a mí misma y a los demás. Viví muchas cosas desagradables y miseria, pero ahora me alegro de ello. Aprendí a inclinar la cabeza. Si quiere que se los preste se los traeré hoy mismo (—dijo).

Y así fue. La amable señora le llevó los libros a papá. Nada más cerrar el negocio empezó a leer en ellos. Hicieron de mi papá una persona más seria que nunca; cada hora libre de la que disponía la aprovechaba para adentrarse en los libros. Después de estos se hizo con nuevos, siempre iba comprando otros más. Eso a mi madre la sacaba de quicio y se ponía como loca con él.

—¿Qué horror de libros son esos? ¿De dónde sacaste esa lectura, pastor? Tenías que haberte hecho pastor y haber pasado de largo de mí, así no se me habría avinagrado la vida. Más vale que te encargues de sacar esa porquería de libros de casa, ¡si no ya los arrojaré yo por la ventana!

—Los libros se quedan —le aseguró mi padre y una vez más, como tantas

veces antes, intentó aplacar su rabia y hacerla entrar en razón. Incluso fue tan lejos como para insistirle en que en algún momento echara un vistazo a los libros. La tranquilizaría, dijo, y le abriría los ojos.

No es este lugar para reproducir las palabrotas y las maldiciones con que mamá respondió a papá.

Esa noche, como si se hubiera resignado a persuadir algún día a papá de sus convicciones, no volvió a casa. Al día siguiente la vi andando, muy abrazada a otro hombre, con quien mantenía una animada conversación. No me vio. Me pareció necesario contárselo a papá. Por última vez, papá, que a pesar de todo la seguía queriendo, intentó reconciliarse con ella. Su respuesta fue corta.

—Quiero divorciarme, ¡y pronto!

Se dictó el divorcio y mi madre perdió la patria potestad. Mamá se había salido con la suya, ya no tenía ataduras, era libre de vivir la vida loca que todos esos años había anhelado.

A pesar de todo, papá y yo la echábamos de menos. Solo después de cierto tiempo nos fuimos acostumbrando a que ya no estaba.

Entonces comenzó un tiempo de silencio y profundamente feliz para nosotros dos. Terminé la escuela y después me puse a ayudar a papá en la tienda. Me animaba a hacerlo. Porque, como solía decir, más tarde el negocio sería mío. Papá iba muchas veces a pasear conmigo; me llevaba a la naturaleza y me hablaba mucho de las plantas y los animales. Se ocupaba de sus libros, incluso más que antes, con la sola diferencia de que ahora podía hablar sobre lo que leía. Me leía fragmentos enteros y se me fue abriendo un nuevo mundo. Porque todos esos libros hablaban de la vida, que era eterna. De la muerte, el infierno y el cielo. Y aunque me faltaba mucho para comprenderlo todo, no me cansaba de escuchar a papá.

Por medio de los libros, papá se hizo con nuevos amigos y fueron ellos quienes nos invitaban a presenciar las “sesiones de espiritismo” que organizaban con regularidad, y en las que entraban en comunicación con personas fallecidas, espíritus o inteligencias, como los llamaban. Tenía dieciséis años cuando por primera vez presencié una sesión de aquellas. Papá y yo no tardamos en participar una vez por semana en las sesiones.

## En contacto con el otro lado

A los objetos con los que manteníamos el contacto con el otro lado los llamaban la cruz y el tablero. La cruz era un aro, en cuyo centro había un palito, fijado sobre dos pequeños listones cruzados, que estaba orientado hacia abajo. Los participantes tomaban la cruz en las manos, sin hacer fuerza, y cuando una inteligencia quería dirigirse a nosotros, ponía la cruz en movimiento por medio de su fuerza e iba golpeando con el palito las letras que figuraban en el tablero en orden alfabético. Así iban formándose palabras, de las que iban surgiendo recados enteros.

Siempre nos preparábamos concienzudamente para la noche de la sesión. Nunca empezábamos sin antes rezar, y papá solía leer fragmentos de la Biblia. De esta manera hacíamos todo lo posible para que la sesión se desarrollara en un ambiente armonioso.

Pero no te creas que los mensajes que nos transmitía el otro lado siempre eran igual de elevados y espirituales. Demasiadas veces nos asustábamos del lenguaje en ocasiones vulgar y hasta obsceno que nos soltaban los espíritus, haciéndonos sentir como si estuviéramos en el Jordaan (uno de los barrios más populares de Ámsterdam). Entonces nos faltaba poco para arrojar la cruz y el tablero en un rincón de la habitación. A fin de cuentas, no participábamos por sensacionalismo ni para oír palabras soeces o para que nos sirvieran mentiras y estafas. Pero las sabias y elevadas lecciones que nos llegaban cuando se manifestaba un maestro nos retenían de suspender las sesiones. Papá solía hacer la mayor parte de las preguntas.

Una noche, habiendo entre nosotros un ambiente solemne, lleno de entrega, se manifestó un maestro. Sus palabras y frases aparecieron con fuerza y claridad.

—¿Se nos concede saber quién es usted? —preguntó papá.

La respuesta vino enseguida.

“Un nombre no significa nada, amigo de la tierra. ¿De qué le sirve si le transmito mi nombre? No por eso me conocerá, ¿no es así? Pero si insiste en que le dé un nombre, llámeme entonces Johannes”.

—¡Johannes! —dijo papá sorprendido—. Pero ¿es usted entonces mi hermano fallecido?

“No, amigo mío, en ese caso ya se lo habría dicho. ¿Cree que eso me lo habría podido callar? ¿Que podría dominarme si yo fuera su hermano traspasado y volviera a entrar en contacto con usted? Sepa entonces que seguimos conservando nuestro amor por nuestros familiares y amigos, aunque hayamos depuesto nuestra vida terrenal. La muerte no cambia nada, amigos míos,

conservamos todos nuestros sentimientos también después de esta vida”.

—Le estamos muy agradecidos, buen espíritu —dijo papá, y añadió—: ¿Podemos hacerle preguntas?

“Háganlo, ya estoy esperándolas”.

Papá preguntó:

—¿Cree que se avecina una guerra? (Estas sesiones tuvieron lugar antes del estallido de la guerra mundial de 1914-1918.)

“Sí, habrá guerra, pero su país se quedará al margen de ella”.

Grande fue nuestra sorpresa al oírlo tan explícitamente. Al mismo tiempo nos dimos cuenta de lo terrible de este vaticinio. De modo que el mundo se encontraba de nuevo ante otra guerra, lo que supondría miedo y terror para millones de personas.

—Pero ¿por qué es que tendrá que haber siempre nuevas guerras? —preguntó papá con tristeza.

“Se puede averiguar el significado de una guerra para la tierra, pero solo podemos hacerlo nosotros, que vivimos al otro lado de la tumba. Si usted supiera para qué sirven todas esas guerras, también conocería el objetivo del ser humano en la tierra. La explicación de este colosal problema podría ocupar un tomo entero, pero esa no es nuestra intención”.

—¿No querría intentarlo aun así?

“No, porque no conseguiría nada con ello”.

—Y si me permite que se lo pregunte: ¿Por qué no?

“Porque de todas formas interferirían en nosotros continuamente”.

—Y ¿no puede encargarse usted de que ya no haya interferencias? Díganos lo que debemos hacer para evitarlas, daríamos lo que fuera por ello.

“Aún no sería suficiente para salvaguardarnos de ellas en las sesiones”.

Y las siguientes palabras deletreadas ya demostraron que el buen espíritu estaba en lo cierto. Porque de pronto la cruz dio los siguientes golpes:

“La madre de usted está aquí”, y al mismo tiempo la cruz se orientó hacia mi padre. Este respondió sorprendido:

—¿No se equivoca usted? ¿Mi madre todavía vive!

No llegó ninguna respuesta, aunque la cruz no dejó de girar intensamente. Poco a poco, sin embargo, se fue tranquilizando. Entonces deletreó:

“¿Están preparados? Porque nosotros sí”.

—¿No acaba de decir que mi madre estaba aquí? —fue la primera pregunta de papá.

“Yo no, amigos. Fue una interferencia”.

—Pero ¿es que no hay ninguna manera de evitarlas?

“Quienes estamos aquí hacemos todo lo posible. Pero implica muchas cosas. ¿Tiene más preguntas?”.

—¿Querría contarnos algo sobre su vida, buen amigo? ¿Es su vida como la

nuestra? Quiero decir: ¿Puede pensar y sentir como en la tierra?

“No”, llegó al instante, “nuestra vida es muy distinta de la suya. Hemos depuesto la materia, nuestra vida es astral, es espiritual. Ya no tenemos nada en nuestro interior que conecte nuestra vida con su mundo. Aún así podemos percibir en su mundo, vivir allí todo si lo quisiéramos, aunque ustedes en la tierra piensen que estamos muertos y por tanto que nos hayamos disuelto para ustedes. Acepten que no hay muerte y que la vida es eterna. Y que Dios, el Creador de todo lo que vive, es amor y que no conoce el odio. Acepten de mí que Él no condena, y que no es Él quien origina las guerras. Las pruebas de Su Amor están a la vista de todos quienes quieran ver. Nadie en las esferas de luz ofrecerá otro testimonio que el mío, porque aquí todos vivimos en y por medio de Su Amor. Su amor va hacia cada una de Sus criaturas, y algún día todas, sin excepción, serán incorporadas en Su gloria”.

—Le agradecemos sus palabras. Nos hace muy felices.

“Lo que les cuento es la sagrada verdad. Intento convencer a la gente en la tierra de que la vida eterna existe. Si lo consigo y cambian su visión, si se ponen a pensar e inician una vida más elevada, entonces eso también cambia mi mundo. Porque entonces sirvo, entonces trabajo en una tarea espiritual, y ello me aporta más luz y un cielo más elevado. Les aconsejo que también trabajen en ustedes mismos, trabajen en los demás, sírvanles, cuéntenles lo que aquí les dije, y así ustedes también ganarán en luz. Y Dios irradiará su bendición sobre todos ustedes”.

—Le estamos muy agradecidos, maestro Johannes. ¿Se nos concede hacer más preguntas?

“No, amigo mío, por hoy basta. Pero volveré a estar con ustedes. Los saludo a todos, pero ahora recen primero y después suelten”.

Papá ofició la oración, y los demás lo acompañamos en el rezo con seriedad, gratitud y respeto. La noche había transcurrido gloriosamente, así era como podíamos aprender mucho. ¡Ojalá pudiera suceder así con cada sesión!

En la siguiente ocasión participamos con más tensión y más anhelantes que nunca. El maestro Johannes se manifestó enseguida en la cruz. Deletreó:

“Los saludo, amigos míos. La vida de nuestro lado es grandiosa, profunda y verdadera. Si hay luz en ustedes y quieren aprender, podrán asimilar muchas cosas; entonces algún día se abrirán nuestros mundos también a ustedes. Allí podrán ir a donde deseen. Nuestro cuerpo lo hemos depuesto. Planeamos por el espacio, que nos pertenece. Todo lo que se encuentra en nuestra esfera, y en las subyacentes, nos pertenece, lo poseemos. Y eso no es poca cosa. Cuanto más avanzamos en el espíritu, mayor se hace nuestro conocimiento de las poderosas leyes de Dios, más bellos se hacen nuestra vida y nuestro entorno. ¿Que por qué les digo esto y siempre se lo seguiré diciendo? Para animarlos a trabajar en ustedes mismos para que después puedan entrar en esa gloria.

Porque han de saber esto: los placeres terrenales, la vida terrenal, todo eso no es más que temporal; la felicidad nuestra, la vida nuestra, en cambio, ¡es eterna! Así que perseveren y trabajen sin pausa en aumentar su amor por la vida de Dios”.

—¿Puede hablarnos de la vida en su cielo?

“Claro, amigo mío. Pero para hablarle de eso necesitaría diez noches sin interferencias. Solo entonces podría ofrecerles una impresión de la sacralidad de nuestro lado”.

—Pero eso es posible, ¿no es así, maestro Johannes?

“Eso es lo que cree usted, pero no es tan sencillo. Lo vivirá, porque no dejará de haber interferencias. Pero sigan creyendo en mí, incluso cuando se me desplace de la cruz y mis fuerzas resulten ser insuficientes para dominar las interferencias”.

—No, maestro, ¡siempre creeremos en usted! —Papá dijo estas palabras con plena convicción, en nombre de todos nosotros.

“Nadie en la tierra se conoce, amigo mío”, llegó entonces para nuestra sorpresa hasta el tablero.

—¿Qué quiere decir ahora, maestro?

“Quiero decir con ello que seguramente llegará un momento en que ya no tengan más valor para seguir con las sesiones. Y quizá eso también sea lo mejor, al menos para ustedes.

¿Que por qué estoy aquí, a pesar de todo, esforzándome en transmitirles mis lecciones? Porque jamás las olvidarán y más tarde los llenarán de gratitud”.

Estas palabras sonaron misteriosas. Papá no supo qué responder. Hubo un breve silencio y entonces —como para darle un giro a la conversación— papá formuló la pregunta que nos ocupaba desde hacía tiempo y que habíamos comentado muchas veces.

—¿Ya ha visto a Cristo?

“Sí se me concedió echar un vistazo en Su Vida Sagrada, pero verlo a Él, eso ya es harina de otro costal”.

—Pero ¿no se nos enseña en la tierra que si hemos vivido con rectitud estaremos con Cristo después de esta vida?

“Aquellos que les enseñan eso no conocen la vida eterna. Y sin embargo podemos admirar al Hijo Sagrado de Dios, usted y yo, cuando queramos. Suena extraño, ¿no es así? Si quiero ver a Cristo, amigo míos, me sintonizo con Su Vida sagrada, veo Su paso por la tierra, lo veo hablar y meditar, lo veo en la cruz en el Gólgota, y entonces inclino la cabeza profundamente. Ustedes también pueden hacerlo, conocen Su vida en la tierra. Pero lo que es “ver” a Cristo, tal como Él es ahora, estar junto al Hijo de Dios, no, eso no es posible, ni para usted ni para mí. La mera idea supone ridiculizar Su

Santidad. Y creer que nosotros, ustedes y yo, podamos recibir el Cuerpo y la Sangre de Cristo en el estado en que nos encontramos, tal como se les enseña en la tierra, es un terrible sacrilegio. Pero ¿quién de nosotros se merece algo así? No, vean a Cristo en Su Vida en la tierra, reflexionen sobre lo sagrada que fue e inclinen la cabeza profundamente ante ella. Y es entonces cuando estará con ustedes, porque querrán seguirlo en Su Vida Sagrada”.

La cruz planeó brevemente por encima del tablero, como para dar a todos la oportunidad de absorber las palabras. Entonces prosiguió el maestro Johannes:

“Vete al Gólgota, hombre de la tierra, escala el monte Calvario y reza por fuerza para poder alzar la mirada hacia el Hijo de Dios, colgado de la cruz. Intenta abarcar qué Amor tuvo que haberlo movido para dejarse clavar en ella. En el Gólgota no se te pide que bebas de Su Sagrada Sangre, pero sí que aprendas las lecciones que Él quiso dar a la humanidad, descendiendo a la tierra desde el cielo más elevado. Ustedes, y nosotros de nuestro lado, conseguimos entonces por medio de Cristo entrar en comunicación con Dios y Sus leyes. ‘Yo soy el camino, la verdad y la vida’, dice Cristo. ‘Nadie llega al Padre sino por Mí’. Siguiéndolo, algún día estaremos, ustedes y yo, y toda la gente, con Él. Pero ¿entonces tendremos que habernos entregado, igual que Él, y tendremos que ser idénticos a Él! ¿Entonces tendremos que poseer su Amor Divino, Su Sabiduría Divina y su Fuerza Divina!”.

Después de aquellas solemnes palabras, y profundamente impresionados, cumplimos con el deseo del maestro Johannes de que rezáramos. Nos quedamos sentados durante mucho tiempo en silencio, reflexionando sobre su mensaje. Llenos de gratitud agradecemos a Dios que nos fuera dado mantener semejante contacto con las almas traspasadas, personas como nosotras, que pensaban y trabajaban, y que no se olvidaban, en toda su felicidad, de las almas que aún bregaban en la esfera de la tierra para asimilar una vida más elevada.

En la siguiente sesión, la primera pregunta que hizo papá fue:

—¿Hay un purgatorio y un infierno, maestro Johannes?

“Un infierno y un purgatorio”, llegó en forma de respuesta inmediata y clara del maestro, “tal como se los han enseñado, no, esos aquí no los conocemos. Aquí hay infiernos y existe un purgatorio, pero muy distintos de lo que les han contado. ¿De verdad creen que un Dios de Amor pueda aprobar que Su Vida arda eternamente en un infierno? ¿Jamás de los jamases sería posible!”.

—¿Así que no existe la condenación eterna?

“No”.

—Pero así lo dice la iglesia, ¿verdad?, y millones de personas lo aceptan bajo su autoridad, por terrible y contradictorio que les parezca la existencia



de ese infierno.

“Alguna vez todo el mundo sabrá que no existe ningún infierno eterno, que Dios no condena Su propia Vida, que ni siquiera puede hacerlo”.

—¿Puede contarnos más al respecto?

“Cuánto me gustaría, amigos de la tierra, hablarles sobre todas las cosas que sé de las leyes de Dios. Pero es que no me comprenderían. Quizá más tarde, no se impacienten. Mejor que retengan ahora todo lo que les cuento en estas veladas. Reflexionen sobre ello, sirvan el bien y háganlo”.

—Muchas veces es difícil, maestro Johannes, saber qué es bueno y qué es malo.

“Tienen que aprender a intuirlo ustedes mismos. Sometan todo lo que hagan a la prueba del amor. Sometan todo al amor inmaculado de Dios, y ya no serán capaces de hacer el mal. Aprenderán entonces a intuir lo que es bueno y malo. Estaré con ustedes, los seguiré y ayudaré. Quien busque la luz recibirá ayuda de quienes ya la posean y quieran ser un faro. Son leyes y fuerzas que actúan para cualquiera que quiera empezar con seriedad una vida espiritual más elevada”.

—Es una gloria lo que usted nos da. Y encima lo bien que van estas últimas sesiones, completamente sin interferencias. ¿Cómo es posible tan de repente? —quiso saber papá.

“No cante victoria antes de tiempo, amigo. Ya solamente hablando así puede ser usted la causa de interferencias”.

—Eso no lo comprendo, maestro.

“La forma de hacer las preguntas es de mucha importancia para el desarrollo de las sesiones. Pero ahora no puedo tratar esto más en detalle. ¿Tienen más preguntas?”.

—Sí, una pregunta que nos ha mantenido ocupados más de una vez y a la que nadie nos ha respondido. Nos dijo usted que estallaría una nueva guerra. Pero ¿no puede evitar Dios esta guerra?

“¡No! Para Él es imposible”, llegó la respuesta del maestro Johannes, pronta y decidida.

—Pero usted mismo llamó varias veces a Dios un Padre de Amor.

“Exactamente, buen amigo, pero Dios no tiene nada que ver con sus guerras, nada, ¿me entiende? Nosotros los seres humanos, y nadie más, somos culpables de la guerra que viene, recuérdelo. Nosotros la hemos querido, todos quienes vivimos en la tierra y aquí del otro lado. (Véase el libro ‘Los pueblos de la tierra contemplados por el otro lado’). ¿Puede usted aceptar esto?”.

—No —dijo papá titubeando, con el ceño profundamente fruncido—. No, eso no lo comprendemos.

“Digo la sagrada verdad. No obstante, esta guerra tiene un lado bueno. Con toda esa miseria aprendemos que con el odio y la violencia no avanzam-

os nada, y que solo el amor hacia el prójimo nos puede traer felicidad y paz”.

—Y ¿para eso son necesarios todos esos horrores?

“¡Horrores, amigo mío, que nosotros mismos nos hemos echado encima! La humanidad, y nadie más que ella, es la causa de toda la miseria en el mundo, porque quien viva según las leyes de Dios no es capaz de provocar miseria, y por tanto ¡tampoco tiene que temerla! Sin embargo, quien gana es Dios, pues precisamente estos horrores enseñan a la masa, al individuo, como ya dije, cómo despojarse del mal y procurar el bien”.

—Pero, maestro, ¿cómo?

“¡Calla la boca, tonto!”.

Nos asustamos mucho. Tuvimos que aceptar que un espíritu burlón había desplazado al maestro Johannes de la cruz. Lamentablemente, tuvimos que reconocer que no podían excluirse las interferencias. ¡Incluso un espíritu de la luz, es decir, un maestro, no podía evitarlas!

—¿Sigue ahí todavía, maestro Johannes? —preguntó papá dudando.

“¡Sí!”, fue la respuesta que se deletreó.

—Pero entonces, ¿por qué tan cambiado? —En la voz de papá había un claro tono de sospecha.

“No he cambiado, idiota”.

Lentamente, la cruz iba dando tímidos golpecitos en las letras. También en eso se notaba que era otra influencia la que gobernaba la cruz. Sin saber muy bien qué hacer, fuimos siguiendo los movimientos vacilantes y oscilantes de la cruz. De pronto volvió a dirigirse al tablero y escribió entonces con firmeza y sin titubear:

“Paren ahora y recen. Váyanse a bailar con su esposa, hágale ese favor”.

Y ahora, ¿qué? ¿Habían sido estas últimas palabras otra vez del maestro Johannes? ¿O seguía siendo el espíritu burlón quien las deletreaba? Pero en ese caso, ¿cómo era posible que aparecieran tan nítidamente y sin faltas o vacilaciones, y sin palabrotas, como las frases anteriores del intruso? Pero no era nada fácil hacer sesiones, convinieron todos. Nos separamos con sentimientos encontrados. Sobre todo a mi padre, a quien a fin de cuentas afectaba el consejo anotado, le resultó difícil sintonizarse de forma pura con el extraño acontecimiento. Se reprochaba no haber hecho buenas preguntas, por lo que se había convertido en la causa de la interferencia.

—Todo iba tan estupendamente —se quejaba de camino a casa—, ¡y entonces de repente ese espíritu burlón! ¿Es que no se puede hacer absolutamente nada contra eso? ¿Y qué pensar de eso último, Theo? ¿Realmente fue el maestro Johannes quien se manifestó en la cruz? Y *si* fuera así, porque imposible no es, ¿es que entonces no me he portado bien con mamá? ¿Tendría que haberla acompañado? ¿No estaba mal entonces lo que ella hacía? ¿Erré al acceder al divorcio? ¿No tendría que haberla retenido conmigo y haber

movido cielo y tierra para darle mejores ideas? ¿No fui en el fondo un cobarde resignándome, sin más, a que se fuera de nuestra vida? (—preguntó).

Hice lo posible por sacarlo de sus pensamientos sombríos, pero sin éxito. Lo ocurrido en la sesión no lo dejaba en paz; hasta me dijo muy seriamente unos días después que estaba considerando volver con mamá. Las palabras de aquella inteligencia lo habían hecho ver que todavía era responsable de mamá. Así, al menos, lo sentía él.

—¿Y si resultara que *no* fue el maestro Johannes quien las pronunció, y que estábamos ante una mala jugada del espíritu burlón? —le pregunté.

Se encogió de hombros, hundido; si lo último fuera cierto, ¿cuánta credibilidad les restaba entonces a las sesiones? Si ni siquiera un maestro era capaz de evitar una interferencia tan vil... Era evidente que un ángel tenía poder sobre un demonio, ¿no? ¿No era todo un engaño? Y ¿no tenían entonces razón los detractores del espiritismo cuando tildaban todos estos líos como obra del diablo, a la que las personas decentes no tenían que acercarse? Sí, papá ya había llegado hasta ese punto...

No vi más que un solo remedio y le propuse que por qué no hacíamos una sesión los dos, quizá entonces habría más claridad y se disolverían todos sus pensamientos sombríos. De inmediato accedió a mi propuesta y no tardamos en conseguir contacto.

“¿Por qué se deja desequilibrar tanto, amigo?”, escribió la cruz. “¿Es que no sabe distinguir la verdad del embuste, el bien del mal? ¿No le advertí de antemano de que habría interferencias? Entonces usted me dijo que me creería en todo. ¿Cómo puede usted escuchar a los seres que encarnan la mentira y el engaño? No habla a favor de la personalidad de usted que unas pocas palabras miserables lo puedan despojar así de su confianza. Su esposa ha elegido su propio camino. No quería dejarse cambiar por usted. Usted hizo lo que pudo. Ahora será ella misma quien tenga que aprender que busca lo malo. Solo la vida se lo podrá enseñar todavía, usted no. De modo que usted no tiene culpa, amigo mío, acepte eso de mí. Deje de intervenir en su vida y no preste credibilidad a las primeras de cambio a las tonterías que los espíritus burlones le quieran presentar”.

—Gracias, maestro Johannes, ¿podrá perdonarme? —dijo mi padre avergonzado y en voz baja.

“Que le sirva de lección”.

—Pero permítame preguntarle aún esto: ¿Puede contarme de dónde salieron los espíritus burlones tan de repente? ¿Cómo pudieron asaltarnos tan de improviso?

“Es usted mismo quien los atrajo. Los disgustos de su vida matrimonial siguen viviendo en el interior de usted, aunque no pensara en ellos durante la sesión”.

—Pero ¿cómo es que entonces esos espíritus podían saberlo en ese momento?

“Eso es algo muy sencillo, lo leen en su aura”, respondió el maestro Johannes breve y contundentemente.

—¿Es que soy así de malo?

“Eso no tiene que ver ser malo, amigo mío. En el momento en que se sienta a participar está usted completamente abierto para el otro lado”.

—¿También para los seres malos?

“Lamentablemente, sí, también para las tinieblas”.

—Y ¿no se puede hacer nada contra eso? —Papá lo preguntó desanimado.

“No, de momento, no”.

—¿Y ni siquiera usted puede evitar que los demonios vengan a interferir en nuestras noches, maestro Johannes?

“No. Por cierto, no son demonios; un demonio no irá a visitarlo, estimado. No por ser un espíritu tenebroso es un demonio. Son infelices, para su información”.

—¿Y son ellos los que sabrían leer en nuestras auras, maestro? Cuesta aceptarlo.

“Pero así es”. La cruz, dirigida por el espíritu de la luz, iba dando golpecitos calmosos pero vigorosos en las letras. Era un placer ver cómo se iban formando las frases. “En el instante que participe, su vida interior está completamente abierta. Usted aún vive en la tierra, o sea, en medio de las tinieblas. Pero usted posee luz. ¿Acaso se le hace tan incomprendible que los infelices de nuestro lado, que tienen sintonización con las tinieblas y el frío, vengan aquí para calentarse un poco junto a usted y los demás? Con que tan solo uno de ustedes sintonice con un solo pensamiento con ellos, ya basta para que se establezca una comunicación, y esa es la razón de que se disuelva el ser más elevado. Entonces lo que vive usted es que se deletrean tonterías. Es toda la miseria que pueden causar estos seres, que no son demonios. En estos últimos hay veneno animal, entrar en comunicación con ellos puede suponer que se vuelva usted loco”.

—¿Así que siempre seguirá siendo difícil conseguir buenas sesiones, maestro? ¿No es adecuado este entorno para organizar sesiones?

“Aquí viven, en efecto, varias influencias tenebrosas, pero en todas partes es igual. Naturalmente, cada estancia, cada casa tiene una sintonización propia, creada por quienes viven allí. Pero no se olvide de que usted hace sesiones en el espacio, que por tanto su habitación está abierta a cualquier espíritu, sin importar si este está en la luz o en la oscuridad. Ahora le aconsejo lo siguiente: intente vaciarse durante las sesiones, no lo conseguirá nunca del todo, porque esa es una habilidad demasiado grande, pero al menos hágalo lo mejor que pueda. Para dificultar al menos que penetren hasta usted quienes

hacen las interferencias, tengo que anular el pensamiento y sentir de usted y de los demás participantes en la sesión. Porque cuanto más vacíos estén, menos podrán leer los seres más bajos en su interior, y más fácil me resultará dominarlos a ustedes y elevarlos espiritualmente en mi vida. Beneficiará la transmisión de lo que yo tenga que decirles a ustedes”.

—Intentaremos hacer lo que nos dice. ¿Puedo hacerle otra pregunta? Quizá la formulo mal, pero... ¿Conocen estos espíritus también a mi mujer?

“Por supuesto que la conocen, ya que la pueden seguir. Pero ¿es que no lo comprende entonces del todo? Los seres astrales leen en su aura los deseos que anidan en ella. Es el propio ser humano quien abre de par en par las puertas de la morada de su alma, dejando entrar a los seres inferiores. Y los seres tenebrosos regresan una y otra vez, porque quieren vivir cosas en la tierra”.

—Qué horror, maestro. ¿De modo que se desfogan por medio de ella?

“Así es, amigo mío. Solo cuando empiece a darse cuenta del error de sus actos y vaya a oponerse con todas sus fuerzas a sus deseos bajos, y finalmente los venza, solo entonces se verá liberada de estos seres, ya que ahora es ella misma quien los atrae, y le darán la espalda, porque entonces para ellos ya no habrá nada que vivir por medio de ella”.

Las palabras que la cruz fue golpeando ahora nos dejaron con una mirada de sorpresa, a mí y también a mi padre. El maestro Johannes escribió:

“Un día, su hijo debería intentar ponerse a escribir. Así, por medio de él, intentaré dejar constancia de lo que tenga que decirles. Será más rápido de esa manera”.

La cruz entró en reposo. Fui a por papel y lápiz, y me senté, lleno de expectación por los cosas que vendrían. No tuvimos que esperar mucho, al poco tiempo la mano se me puso en movimiento, completamente al margen de mí, y escribió letras, palabras y frases.

“Hijo mío, quiero intentar escribir por medio de usted. Vacíese, quiera darse por completo y entonces conseguiré suministrarle alimento espiritual. No piense por su cuenta, seré yo quien...”.

Pero nuestra decepción fue grande, porque de pronto un espíritu burlón desplazó al maestro Johannes, se adueñó de mi mano y escribió:

“Vaya, mocoso, ¿ahora tú también quieres empezar? ¿Será necesario que a ti también te hagan meterte con fantasmas? Mejor vete a la escuela, mono, y sé más precavido. Y tú ¿qué haces aquí? Haz que tu mamá te prepare una papilla y vete a la cama”.

Arrojé el lápiz, pero terminé por retomararlo a instancias de mi padre, que argumentaba que ahora había que perseverar. Nos quedamos a la espera. Entonces mi mano escribió:

“Tengan paciencia, amigos, porque hay interferencias. Contra esto no puedo hacer nada, tienen que superarlo si quieren recibir buenas sesiones.

Hace falta paciencia para ello. No es fácil hacerse un buen médium, para eso hay que usar todos los recursos. Ni a ustedes ni a nadie en el espacio se les regala nada gratis. Esta es la mediumnidad escritora, pero por medio de la inspiración. Ocurre lo siguiente: yo me conecto con usted, de sentimiento a sentimiento. No debe pensar, ya se lo dije, porque entonces interfiere conmigo. De modo que tiene que desprenderse de sus preocupaciones terrenales. Impulso mis pensamientos por medio de usted, así que ya saben con antelación lo que escribirá su mano”.

—Es fabuloso, maestro Johannes —dijo papá, cuando vio que se me detuvo la mano y leyó lo que había quedado escrito—. ¿Puedo hacerle una pregunta?

“No”, escribió mi mano, y lo curioso era que en efecto yo ya sabía lo que iba a venir: “Por esta noche ya basta, su hijo se cansaría demasiado y eso no debe ser. No quiero agotarlo. Ahora les deseo buenas noches; parto, pero volveré”.

La mano se me quedó inmóvil, ahora que se disolvían las fuerzas que la habían dirigido. De modo que yo poseía la mediumnidad escritora, los espíritus podían alcanzarme y transmitir sus mensajes por medio de mí. Papá tenía la cara radiante por lo contento que estaba con las posibilidades que ofrecía este modo de comunicación para convencer a otras almas de que hay una vida eterna. Pero curiosamente, yo mismo no lograba estar contento. Me era imposible expresar bien en palabras lo que sentía, pero lo que no me apetece mucho era escribir... Pero para no enfriar el entusiasmo de papá, guardé silencio. Volvía a comentarlo una y otra vez.

—Qué gloria, Theo, que se te conceda escribir. ¿Cuánta gente habrá que pueda hacerlo, y a quien se le conceda hacerlo? Podremos agitarlos hasta despertarlos, hacerlos más sabios, convencerlos de que no hay una muerte, sino solo vida. El maestro Johannes nos ayudará. Nos dará alimento espiritual para todas esas personas que se mueren por que se les conceda saber. Tenemos que hacerlo lo mejor posible, muchacho, quizá vayamos a tener hermosas sesiones. Así que hagamos exactamente lo que ha dicho el maestro Johannes: vaciarnos, no pensar y sintonizarnos con lo elevado.

En la siguiente sesión volvimos a participar junto a los demás. La cruz yacía con la punta hacia arriba sobre el tablero, habíamos colocado las manos encima sin hacer presión. De pronto empezó a moverse, se elevó y se dio la vuelta. Pero mientras iba dando golpecitos sobre las primeras letras, me entró una sensación de sueño, que pronto volvió a desaparecer. Entonces mi mano agarró el lápiz que estaba ya allí y empezó a escribir.

“Si hay luz en usted, ¿por qué sigue entonces desesperado? ¿Por qué siempre piensa en la amenaza de la guerra? ¿No iba a sintonizarse con lo elevado?”.

Papá leyó sorprendido lo que iba anotándose.

—¿De manera que con tanta nitidez puede seguir nuestros pensamientos?  
—preguntó.

“Eso ya se lo dije en otra ocasión. Por eso debe quitarse esos pensamientos tan desagradables. De lo contrario —ya lo sabe— se atraerá influencias malignas. Sintonice con nosotros y destierre la miseria terrenal de su pensamiento. Siga solo aquello que le dé alegría y paz. Y ahora, hagan sus preguntas, si es que tienen más”.

—¿Ya hizo la transición hacía mucho, maestro? —preguntó en ese momento papá, quien ya nos había comentado alguna vez que le gustaría saber algo más acerca del maestro Johannes, de su persona y vida.

“¿Qué significa mucho? ¿Qué significa el tiempo, amigo mío, cuando la vida es eterna? Aquí en las esferas no conocemos el tiempo, aquí la vida es infinita, a pesar de que algún día las esferas se disolverán”.

—Pero... eso quiere decir, por tanto, ¿que sí hay un final?

“Sí y no. En el sentido en que lo quiere decir usted: sí, pero nosotros sabemos que no. Las esferas, el cielo en el que vivimos los hemos ganado, son nuestra posesión. Pero no paramos, trabajamos siempre con más ímpetu en nosotros mismos, nuestro amor por la vida de Dios se hace siempre más intenso, más grande; se hace más consciente nuestro conocimiento de Sus Leyes, y así vamos elevándonos cada vez más, penetrando siempre más en el Mundo de Dios, hasta que hayamos alcanzado el Omnigrado, la esfera divina. Entonces se disolverán las esferas subyacentes, pero lo que es *desaparecer*, eso, sin embargo, no ocurre, y es porque son nuestra posesión, y simplemente sintonizando con ellas podemos volver a reconstruirlas para nosotros para ser del todo uno con ellas. ¿Puede sentir esto?”.

—No del todo, maestro, pero reflexionaremos sobre ello.

“Intenten asimilar amor y así se construirán una esfera de luz. Grande será la felicidad que allí los espera. Tan grande que es indescriptible. Me gustaría contarles mucho sobre nuestro mundo, el mundo que los espera. Pero, pregúntenme”.

Después de una leve vacilación, papá preguntó:

—¿Es usted hombre o mujer, maestro?

“Ya me imaginaba que tarde o temprano me fuera a hacer esta pregunta. Pero, amigo, ¿qué más da saber eso? En las esferas no nos sentimos ni hombre ni mujer. Nos sentimos *ambas cosas*. ¿Le sorprende?”.

—Sí, mucho incluso, ya que de eso nunca hemos oído hablar. Leyendo los libros tampoco me he encontrado con eso.

“Estuve siguiéndolo mientras usted leía. Sí figuraba en los libros. Pero usted no sintió esa profundidad”.

—¿Puede contarnos más de esto, maestro? (—preguntó).

Pero esa noche ya no recibiríamos nada. Me entró la sensación de que

había riesgo de interferencias, porque de pronto mi mano escribió:

“Quizá en la siguiente sesión, ahora tienen que parar. Los saludo y váyanse después de la oración”.

Papá y yo estábamos participando la noche siguiente cuando al poco tiempo mi mano empezó a escribir.

“Aquí estoy otra vez con ustedes, amigos de la tierra, hijos de la eternidad, para traerles alimento espiritual. Los saludo. Están en comunicación con la vida eterna. De camino hacia aquí ya venían a mi encuentro su amor y su deseo de ayuda espiritual. Les agradezco sus sentimientos”.

—¿Querría contarnos más, maestro, ahora sí, sobre el ser “hombre y mujer” en las esferas?

Inmediatamente después de esta pregunta, mi mano empezó a escribir:

“Para hacerles comprender todo bien, tendría que ofrecerles una imagen cósmica, pero entonces ya no me podrán seguir. Haré lo que pueda para explicarles todo con la mayor sencillez posible, para que al menos se vayan haciendo una cierta idea.

Naturalmente, en las esferas no somos asexuados, desde luego que somos o bien hombre o bien mujer. Pero entre el estado de ustedes y el nuestro hay una diferencia, que es esta: el ser humano terrenal, que sigue teniendo una sintonización material pero no una espiritual, se siente hombre o mujer, solo conoce los sentimientos propios de su sexo. Nosotros, sin embargo, que hemos depuesto la vestidura material, nos sentimos espaciales; tenemos nuestra vida interior sintonizada con el espacio. Nos sentimos tanto hombre como mujer, padre pero también madre. Hemos asimilado los sentimientos de *ambos*, lo que solo se hizo posible después de mucha lucha. ¡Hemos empezado a sentir de forma universal y amamos de forma universal! Por tanto, no nos sentimos ni hombre ni mujer, porque nos sentimos *ambas cosas*. Y acepten también esto de mí: Dios, igualmente, el Creador de todo lo que vive, es padre y madre a la vez”.

Muy impresionado por lo que anotaba el maestro Johannes, papá se dejó imbuir por las palabras. Antes de que él pudiera hacer otra pregunta, hubo una horripilante interferencia que interrumpió lo sagrado del momento. Mientras reflexionábamos sobre las palabras del maestro, mi mano yacía de manera relajada sobre el papel, como a la espera de una nueva pregunta. Entonces sentí de pronto que me entraba un fuerte calambre en ella. Pensando que el maestro Johannes quería empezar a escribir de nuevo, la dejé hacer. Pero nos asaltó el miedo cuando leímos:

“Hay que ver cuánto busca la gente, ¿verdad? Vaya, ¡menudos desgraciados que son ustedes!”.

—¿Es usted un espíritu burlón? —se le escapó a papá.

“¿Un espíritu burlón? ¿Un espíritu burlón?”, se escribió y sentíamos el sar-



casmo de las palabras. La mano prosiguió: “Pero ¿qué es lo que buscas en nuestro mundo? ¿No hay bastantes cosas que vivir allí donde están ustedes? Sería mejor que lo buscaran en su propio mundo, allí pueden comprarse un montón de cosas. Buenos tragos, buenas hembras. Para rechupetearse. Son ustedes unos muertos en vida, no están vivos”.

Arrojé el lápiz. Pero papá volvió a persuadirme para que lo retomara.

—Quizá sea un infeliz a quien podamos ayudar. Podemos hacer una buena obra —argumentaba. Volví a tomar el lápiz y al instante se fueron formando frases.

“Puedo contarles un montón de cosas. Ahí tienes, por ejemplo, a la madre, algunos se arriman a ella, pero él es padre. Si no tienes nada de ninguno de los dos, es cuando de verdad sientes que te han tomado el pelo. Es cuando por así decirlo eres asexual. Pero vaya, que bobos son ustedes, hay que ver. Tremendamente bobos”.

Miré a papá.

—¿Tenemos que seguir con esto? —le pregunté. Asintió con la cabeza. Liberé mi mano a desgana.

“Yo lo que digo es: o te gusta un trago o no te gusta”.

—¿Quién es usted? —preguntó papá.

“Soy Piet Hein (un famoso corsario holandés) pero echo de menos mi flota de plata, y es una gran pena”.

Papá y yo nos reímos un poco.

—O sea, sí es un espíritu burlón —dijo papá. Yo quería dejarlo ya, apartar el lápiz, pero mi mano se aferraba a él. De modo que existía el deseo de seguir escribiendo.

“No, no paren. Tienen que dejarme hablar”.

—Dígame entonces quién es usted —empezó papá de nuevo.

“Se lo diré, pero entonces créanme y no se rían. Soy Napoleón, ese tipejo bajito, pero fuerte como un roble, ese pequeño corso, ya saben. Es un placer hablar con ustedes”.

—No querrá mantener que es usted Napoleón, ¿no?

“No, son solo bobadas”.

—Usted no es feliz. Debe empezar otra vida, una que sea mejor. Esta así no es nada, es fría y vacía.

“¿Es eso lo que te crees, bobo?”, llegó de inmediato. “¿Crees que tú lo sabes, rey del hierro? ¿Que tú me puedes ayudar? De eso ya me encargaré yo, pero eso no lo necesito. Lo único que hacen es que yo vaya de mal en peor. Y sus caras no me hacen ninguna gracia. Tenías que haber controlado mejor a tu mujer. Entonces no se habría largado”.

Papá se asustó.

—¿De dónde saca eso?

“¿Ya ves que lo sé!”

—No tengo respuesta a esas necedades —dijo papá, y continuó—: Le pregunto, ¿podemos ayudarlo?

“Sí, pero no poniéndose aquí a orar un poco. Abajo, en esa ferretería tuya, hay cosas que me inspiran temor. Me atraen y se me queda clavada la mirada en ellas. Quítalas, ¿me harás ese favor?”

—¿Pues qué es lo que te molesta allí?

“Esas hachas. Si me conocieras, ya habrías echado a correr”.

—Pero ¿tan peligroso eres?

“Solo lo soy cuando veo hachas. Si no, soy como un gatito”.

Nos sonreímos. Pero al instante mi mano escribió:

”¿Eso les hace gracia? Ya es bastante triste de por sí. Tengo manía a las hachas. Puedes asesinar a la gente con ellas. Y cada golpe es certero, no se crea”.

Papá se encogió de hombros.

—Sería mejor que...

Antes de que papá pudiera terminar de hablar, mi mano escribió:

”Por Dios, déjese de estas tonterías. Mejor hagan lo que les pido. Y ahora conviene que vayan a dormir, ¿me entienden, caballeros? A dormir, y me acostaré entre ustedes, la paz que me envolverá... Lo que haré toda la eternidad es dormir, y olvidar también. A veces quisiera componer versos. ¿De dónde me viene eso? No lo sé. Escucha: tu ama de llaves no sirve. Tenías que haberte hecho con otra. Entonces podría haber sentido yo algo de calor. Como entonces. Esta es demasiado seca, muy seca. Esta no quiere nada. Es que aquí estoy en mi casa y yo también tengo mis necesidades. Tu propia mujer era un tesoro. A ella le gustaba, esa sí que servía. ¿Lo harás? ¿Tomarás a otra? Aquí esto es aburrido, que lo sepas. Llevo tanto tiempo viviendo aquí. Tengo que vivir aquí, aunque también me gustaría irme. Lo digo completamente en serio”.

—¿Eres un suicida? —preguntó papá tenso.

“Algo así. Maté y uno no debe matar. Encárgate luego de las hachas. Si no hasta me volveré loco. Tengo que vivir aquí. Pero, maldita sea, si...”.

Tiré el lápiz y me fui a lavar las manos. Mi aversión a escribir se había convertido en repulsión. Ya no me iba a prestar a hacer estas tonterías, decidí. Papá tampoco ya estaba muy por la labor. Era una lástima por las hermosas sesiones con el maestro Johannes, pero a fin de cuentas nunca sabías a ciencia cierta que fuera él, y solo él, quien nos dirigiera la palabra.

En nuestra casa vivía un suicida. Hacer sesiones allí debía de ser peligroso. Decidimos dejar de hacerlas del todo. Papá quería dejar la casa. Aquí, pensaba, jamás se desprendería de la miseria que había tenido que sufrir allí a lo largo de los años.

Nos mudamos a Róterdam, donde papá compró un negocio. Lo llevaba

yo sobre todo, mientras él guardaba reposo y leía. Cuando de tarde en tarde nos volvían las ganas de renovar el contacto con el otro lado, el mal sabor de boca al recordar las innumerables interferencias nos bastaba para ignorarlas. Sí leíamos y reflexionábamos una y otra vez sobre los dichos tan hermosos, muchas veces tan hondos, del maestro Johannes.

Así transcurrieron varios años de sosiego. Papá empezó a hablar menos y menos, su salud se deterioraba. No creía yo que pudiera conservarlo mucho tiempo.

## El final de mi padre

Tenía yo casi diecinueve años cuando mi padre hizo la transición. Desde hacía tiempo se había estado preparando para morir. En esos años habíamos llegado a tener una hermosa relación. Nos bastaban unas pocas palabras para entendernos. Hablaba con frecuencia de la muerte y entonces se parecía a un filósofo para quien la muerte ya carecía de misterio alguno. Los libros y el maestro Johannes le habían revelado muchas cosas sobre la vida después de la muerte; reflexionaba profundamente y eso le daba una serenidad que lo hacía pensar sin temor en la proximidad de su final.

Una noche dijo:

—Antes de que me muera, Theo, hijo mío, tenemos que acordar algo. Tiene que ser posible que te alcance desde ese mundo, te querré contar entonces muchas cosas de lo que vea y viva allí.

—Pero ¿cómo piensa alcanzarme, papá?

—Pues tú tienes un don mediúmnic.

Me encogí de hombros. En los años desde que había permitido que escribiera mi mano, había empezado a sospechar de mis supuestos dones de médium. Había leído un libro, uno que me había parecido de plena confianza, en el que se concedía escaso valor a esta manera de escribir. “Lo que se anota viene directamente, en la mayoría de los casos, del subconsciente de quien presta su mano”, había sido el dictamen. Lo acepté de buen grado.

—Cuando esté allí y venga a verte —prosiguió papá—, escribiré por medio de tu mano. Nuestro contacto ya es muy hermoso, así que allí seguro que también cuajará. En cualquier caso, rezaré allí para que se me conceda ir a donde estés. Ya tenemos que anotar algo. Entonces te podré mostrar desde allí que soy yo. Ya me encargaré yo, Theo.

—¿Y si resultara que el que se muere antes soy yo?

—No te morirás antes. Yo iré antes que tú, eso lo sé —respondió papá con decisión.

—¿Cómo estás tan seguro de eso? —pregunté.

—No sabría decírtelo, pero lo siento. Lo verás. Estoy cansado últimamente, Theo, terriblemente cansado.

—¿No será mejor que llame a un médico?

Papá accedió, aunque argumentaba que ya no había quien lo pudiera ayudar. Ya no le quedaba mucho tiempo.

Llegó el médico y examinó a papá. Le pareció que tenía el corazón algo débil, pero no creía que hubiera un peligro grave.

—Es usted todavía demasiado joven para abandonarnos —dijo en broma.

Hacia algún tiempo ya que yo había contratado a un dependiente a petición de papá. Como era hábil y honesto, podía dejar el negocio en sus manos durante una parte del día. Esas horas las pasaba con papá. Nuestro contacto se hizo aún más intenso, muchas veces se me hacían sagrados los momentos cuando estábamos juntos y me hablaba de sus queridos libros. ‘Qué profundo su pensamiento’, solía yo pensar entonces, ‘y qué carácter tan agradable y sincero tiene’. A veces me parecía que ya vivía en ese otro mundo de lo quieto que yacía, reflexionando, con una sonrisa en la boca.

Una vez, después de que se marchara el médico y de que este le insistiera en que iba a mejorar y en que el cansancio se le iría desapareciendo, volvió a estar muy quieto, tumbado. De pronto empezó a hablar:

—La de cosas que un ser humano puede vivir, Theo. Escucha. Hace un momento estaba en un mundo completamente diferente. Mientras el médico me examinaba, me entró la sensación de que alguien me llevaba de aquí. No puedo describirlo claramente. En cualquier caso, estaba muy lejos de aquí. Estabas conmigo, y mamá también. Pero ahora viene lo que te quiero contar. Cuando el médico casi había concluido su examen y me dijo que con toda seguridad iba a mejorar, una voz me dijo de golpe: “No te vas a mejorar, pronto vendrás aquí, donde la vida es eterna”. Esa voz la conocía, tan familiar me resultaba. Después regresé de nuevo aquí. Quería abrir los ojos, pero no lo lograba. Tú pensabas que yo dormía. Te estuve llamando. Pero aún así no era yo quien te llamaba. ¿Te parece extraño? —añadió papá con voz tenue.

Había estado escuchando a papá con preocupación.

—Si yo fuera tú, ahora me iría a dormir un poco. Necesitas mucho descanso —insistí—. Todavía no te vas, eres demasiado joven para morir.

—¿No te crees lo que viví, Theo? ¿No será que tienes miedo de que parta? Tenemos que prepararnos para ello. Todavía hablaremos mucho. Te contaré todo lo que piense y viva. Me siento agradecido por lo que me dio mi breve vida.

—Padre, el médico...

Entonces se sonrió, como alguien que sabe.

—Dios es amor, Theo. No tengo miedo a morir, ahora que se me concede entrar en breve a Su Eternidad. Tengo paz en mi interior, hijo, y todo eso se lo debo a mis libros. ¿Tú también los leerás, Theo? ¿Y estarás abierto para mí luego, cuando yo esté allí?

Se lo prometí, con un nudo en la garganta, pero a la vez le insistí en que ahora fuera a dormir.

Cuánto lo quería. Los últimos meses, desde que hablábamos de esta manera tan íntima, me había sentido muchísimo mayor. No creas que siempre hablábamos en serio, para nada, teníamos un carácter animado y podíamos reírnos de corazón y divertirnos como niños alegres. Pero me sentía más

maduro que los jóvenes de mi edad con los que trataba, me sentía preparado para las facetas graves que la vida sin duda me mostraría también a mí. Sentía ahora una creciente necesidad de leer, en esto también me parecía a mi padre.

No tenía amigos, no los buscaba, aunque papá insistiera en que lo hiciera; no me hacían falta. Papá lo era todo para mí, seguro que jamás me encontraría con un amigo mejor. Era un padre y una madre para mí. Incluso me enseñó a amar a mi madre que se había ido. Papá era grande, y la idea de tener que echarlo en falta y quedarme sin padre ni madre ni amigo me atemorizaba y me causaba mucha tristeza. Porque igual que él yo sabía que moriría. El médico no estaba en lo cierto. Esta sabiduría vivía bajo mi corazón, igual que le pasaba a papá.

¿Son más sensibles los moribundos que las personas sanas? Es lo que me preguntaba en esos días en los que papá una y otra vez me daba las pruebas de esa idea. Sonó su campanilla y cuando acudí buscaba mi mirada. Me tomó de la mano, sin apartar su mirada ni un segundo.

—Me echarás de menos, Theo, así lo siento. ¿No es cierto?

—Es algo que quiero apartar de mí, Papá, que te vayas de mí. Pero ese pensamiento vuelve una y otra vez.

—Incluso quiero pedirte que pienses en ello, hijo mío. Piensa mucho sobre el hecho de morir, porque así es como te reconciliarás con ello. Nosotros no somos como la mayoría de las personas. No son imaginaciones mías, tú lo sabes. Pero nosotros no tememos a la muerte, ¿verdad? Tienen miedo a entrar en la vida eterna, en sus adentros lo aborrecen. Nosotros sabemos que es lo más poderoso que Dios pueda dar al ser humano. ¿O lo ves de otra manera, Theo?

—No, padre. —Me salió de lo más hondo del corazón, porque yo también estaba convencido de la eternidad de la vida.

—Pero todavía no quieres perderme; esos sentimientos no dejan de llegarme.

—¿De modo que lo sentías?

—¿Sentir? ¿Qué es sentir, Theo? Es algo más, es saber, es como si se estuviera diciendo en mi interior. Ahora reflexiono mucho, regreso a mi juventud, y repaso todo lo que vino después. Ahora sé que fue bueno que mamá eligiera su propio camino, de todas formas yo no habría sabido enseñarle nada. Se hará mucho daño a sí misma, pero solo así aprenderá. Irá cometiendo error tras error, pero algún día sentirá remordimientos, y ella misma se detendrá. Siento que me hago más viejo a cada segundo que pasa. ¿Es porque esta vez sí estoy bien enfermo? ¿Es que la enfermedad sacude y despierta el interior del hombre? Parece que así es. Todo en nuestra vida tiene un significado. En mí sientes a tu padre y a tu madre, soy los dos para ti. ¿Cómo es que somos tan uno en pensamiento y sentimiento, que podemos significar tanto el uno para

el otro? También eso ha de tener un significado. Creo que sé cuál. Lo que es decir: aún no lo puedo. Quizá más tarde.

—Ahora de verdad que tiene que descansar, padre. Se está cansando demasiado.

Esa noche me entregó un sobre cerrado. Tenía que dejárselo en depósito al médico, dijo.

—Cuando me encuentre allí, en ese lugar, espero transmitirte su contenido. *Nadie* sabe lo que contiene, solo *yo* lo sé. Será una prueba muy hermosa. Ahora ponla en otro sitio y mañana dásela al médico.

—¿Quiere que le lea un poco todavía, padre?

—En este momento prefiero hablar, hijo mío. Tengo tantas cosas que contar. Ya podremos leer más tarde (—dijo).

Pero no habló más y cerró los ojos. Me asaltó un fuerte temor. ‘Ahora va a morir’, pensé. Sin saber qué hacer, posé mis manos en su frente, como si de esa manera iba a poder retenerlo conmigo. Pero de pronto abrió los ojos y me sonrió. Muy tranquilamente, con una voz clara y firme, pero como si, no obstante, me hablara desde muy lejos, dijo, mientras yo sostenía su mano:

—Ya vivo allí, hijo mío, y aún así sigo aquí. Ahora sé que soy viejo, muy, muy viejo. No se trata de quién seas, o de lo que hagas, sino de lo que sientas. Esto me ha llegado con mucha claridad. Poseer sentimientos te hace inmensamente rico. No se pueden adquirir estudiando. No hace falta hacer nada. Solo hay que pensar —lo que es pensar— y entonces te entran. Pensando es como se despierta tu espíritu. Aquí en la tierra lo único que cuenta son los conocimientos. Pero ahora sé, que solo los *sentimientos* nos abren los cielos, el espacio.

Siento —así que ahora puedo decir: sé—, siento lo que harás después de mi muerte. Nadie te podrá impedir hacerlo, pero de lo contrario te aconsejaría que sobre todo *no* lo hicieras. No te sirve de nada, no conseguirás nada con eso. Porque ahora sé que nos es imposible vivir la vida de los demás. La tienen que construir ellas mismas.

Todo esto me entra así, Theo. ¿Que si es mío propio? Todavía no he llegado a ese punto. Cuánto me gustaría conseguir ser algo. No me malentiendas. Para ser grande en sentimientos, quiero decir.

Estos días pienso en muchas cosas. Cómo me habría gustado hacerme médico. Pero mis padres no tenían dinero. Bueno, no, no fue así realmente. Eso no habría sido el mayor obstáculo. No era muy buen alumno. No podía dedicarme a estudiar, porque era incapaz de pensar. Ahora sí sé hacerlo, y me vuelven todos los pensamientos al respecto. Es extraño: me hubiera gustado ser médico, pero ahora sé que también eso no es del todo así. Ese deseo no es de este mundo, vive allí: en la vida eterna (—dijo).

Mientras había estado hablando, papá había cerrado los ojos; yo ya no

tenía miedo de que se me muriera ahora en mis brazos. Había una gran paz en nosotros dos. Seguía sujetando su mano en la mía.

—Es ahora cuando empiezo a vivir —prosiguió papá, todavía con la voz firme—. Otros dicen que se me agotó el tiempo, pero no es cierto. Solo ahora es cuando comienza mi vida. Mi cuerpo está debilitándose, cierto. Cada día más, ya lo verás. Pero mi espíritu está ganando fuerza y hondura. Y es de eso de lo que se trata. Ya lo dijo entonces el maestro Johannes, sus lecciones me vuelven una y otra vez, no me he olvidado de ni una sola. Quien viva sin el conocimiento de la vida eterna está muerto en vida. Por eso dije que es solo ahora que empiezo a vivir.

Aquí es donde papá guardó silencio, pero por poco tiempo. Me parecía que tenía el espíritu incansable, más activo que nunca.

—Es una gracia, Theo, que a ti, desde tan temprana edad, ya se te haya concedido saber. Te ha hecho mayor, más maduro, más consciente, más serio. Muchos padres dirán que no es bueno involucrarte, con lo joven que eres, en estos difíciles problemas. Pero les digo que es bueno, justamente. Eres joven y sin embargo adulto, y eso es bueno. Así, luego tampoco te quedarás tan solo. La gente joven necesita mucha ayuda. Tú te podrás ayudar a ti mismo. Serás fuerte, ¿no es así, hijo?

Me apretó la mano con fuerza.

—Ahora tienes que ir a dormir, hijo mío. Mañana seguiremos hablando.

Con los ojos cerrados y una expresión fina, casi distinguida en el rostro, así lo dejé. Al parecer había vuelto a entrar en ese lejano mundo, aquel mundo donde más tarde viviría eternamente. El médico visitaba a papá con frecuencia y hablaba mucho con él.

—Es es un hombre especial. —opinó el médico—. Y con mucha fe. Se me hace que es inmensamente rico.

Cuando le pregunté por el estado de papá, me respondió que aunque estaba sufriendo un bajón, pronto se recuperaría. Me prometió que guardaría la carta, papá ya le había hablado de ella.

La sensibilidad de papá aún iba aumentando. Una tarde, me dijo de pronto:

—¿Sabías, Theo, que tú puedes curar a personas?

—¿Cómo se te ocurre eso, papá?

Me sorprendí mucho.

—Sabes hacerlo. Con las manos. Tus manos irradian una fuerza que cura. Toda persona la irradia, incluso cada animal se dice aquí donde viven los maestros. Pero en tu caso se ha desarrollado excepcionalmente.

—Me gustaría mucho. Por supuesto que me gustaría ser un buen médium. Así podría hacer algo por las personas. Pero para eso me faltan las fuerzas. Las suficientes, al menos, como para que al mundo le sirva de algo.



—Tienes dones, créeme. Te puedes hacer médium escritor, puedes sanar, y quién sabe cuántas más cosas. Lo sentí mientras me sujetabas la mano. Me entró paz. Me sentí fuerte y capaz de muchas cosas, pero la fuerza era tuya.

Aún tenía dudas.

—Primero tendré que verlo, padre. Me encantaría, pero entonces que no sean medias tintas. La mediumnidad a medias no me dice nada.

Cómo pensaba papá sobre las cosas se me volvió a manifestar en lo siguiente. Iba siendo hora, decía, de que recurriéramos a la ayuda de un notario.

—Porque luego, cuando yo ya no esté, vendrá a verte mamá. Entonces te podría complicar las cosas, y eso lo quiero evitar. Mamá te preguntará si la dejas que venga a vivir contigo. Pero tienes que oponerte a eso, Theo. Te insisto en ello. Porque a partir de entonces serás vivida por ella. Porque, acuérdate, todavía no ha cambiado en nada.

—¿Cómo lo sabes, papá? Ya no tienes noticias de ella, ¿no?

—Obtuve estos sentimientos desde el mismo lugar de donde obtuve los demás. Créeme, mamá vendrá. Y no ha cambiado; al contrario, se ha hundido aún más. Intentaré persuadirte. ¿Te negarás, Theo?

—Sí, papá, si le parece mejor. Y ya siento que así será mejor.

—También te pedirá dinero. Pero no se lo tienes que dar, solo la hundirá aún más en la miseria. Así que no se lo des. Además, ya tuvo su parte. Esto no es cuestión de dureza, hijo mío, ni sed de venganza. He sopesado todo. Tu mamá no es lo que es una mamá: aún tiene que despertar en el amor maternal. La compasión no la beneficiará en nada. Necesita lucha. Más tarde, cuando sea consciente, nos estará agradecida. Nunca te olvides de que se trata de su alma inmortal (—dijo).

El estado de papá iba empeorando tanto que daba miedo. La evolución tomó por sorpresa al médico. Siempre estaba examinando a papá, no se saltaba ni un solo día, muchas veces incluso venía dos veces al día. Papá le pidió que le dijera sin rodeos lo que pensaba. Y sonrió cuando el médico dijo:

—Su estado es mucho más grave que lo que pensaba inicialmente. Ya no puedo ocultarle más tiempo que...

—... que tengo los días contados, no se preocupe por decirme lo que piensa —le complementó papá—. Solo que se vuelve a equivocar. Me está dando a lo sumo una semana, pero me quedará un poco más por aquí...

Esa noche, papá me pidió que me sentara muy cerca de él. Cómo había adelgazado estos días y qué mal aspecto tenía. También su voz era más débil que de costumbre.

—Todavía no me piro, Theo, aunque es lo que se piense el médico. Tengo que vivir como mínimo un mes más. Quizá te pueda decir mañana cuánto exactamente. Tal vez se me diga en sueños, es cuando vivo más cerca de ese mundo.

—¿Y de quién es que lo quieres oír, pues?

—De alguien de ese mundo que me conoce. Anoche soñé y viví lo siguiente: estaba paseando allí, por la eternidad, y me encontré con alguien, una mujer, que me sonrió. Pensé que la conocía. Me dijo: “Me necesitarás, ya te diré cuándo”.

“¿Decirme qué?”, pregunté sorprendido. Me respondió: “Cuándo vengas por aquí”. “¿Y usted qué hace aquí?”, pregunté. “Pero ¿es que no lo ves? Tengo que cuidar aquí mis hierbas aromáticas. Allí también las tenía, ¿sabes? Ahora no las debo olvidar, porque tienen que ver con mi propia vida. Allí, más de una vez no se actuaba con mucho juicio; aquí ya no, porque en esta vida te conoces, y conoces el fin de Él, aquí arriba”. Cuando la pregunté si me conocía, me desperté al instante. ¿No te extraña todo esto, Theo? (—preguntó).

No sabía qué pensar de esto. Por lo demás, tampoco esperó mi respuesta, y continuó:

—Se me hace que me conoce. No sé quién es, pero eso da igual. Lo principal es que por lo tanto hay alguien que vela por mí. La siento cerca de mí. Tengo sospechas, pero no me atrevo a pensar en ellas. Allí hay alguien que me está esperando, Theo. Si Dios es tan bueno conmigo, espero poder decírtelo después de mi muerte.

Su voz se había ido debilitando progresivamente, las últimas palabras apenas habían sido audibles. Tenía que inclinarme hacia él para poder captarlas. Ahora yacía inmóvil, completamente agotado. Le quedaba un mes, según decía él mismo. Miré su cara consumida, sus manos huesudas. No era más que una sombra de quien había sido. ¿Todavía un mes completo? Empecé a dudar de la verdad de sus palabras.

Pero ya a la siguiente mañana había recuperado la vitalidad y la fuerza. Me hizo una seña, animado, para que me acercara.

—Tengo noticias, Theo. Te las voy a contar. Anoche la volví a ver. Ahora estaba junto a mi cama y me ayudó a que me durmiera. Cuando le pregunté quién era no me respondió, pero me hizo sentir que eso yo ya lo sabría más tarde. Sí dijo: “Cuando haya transcurrido el mes, estarás cinco días conmigo”.

Theo, saca la cuenta conmigo, hoy es el día 7, restas siete días de treinta y uno, sobran veinticuatro, restas cinco, quedan: diecinueve días. Así que me quedan diecinueve días de vida. ¿Qué te parece, Theo? (—preguntó).

Diecinueve días. Por tanto, aún se quedaría diecinueve días conmigo. Se me encogió el corazón. Mascullé algo, dije que tenía cosas que hacer y salí de la habitación. Pero no tardé en regresar a él, me maldije por mi debilidad.

—Tienes que ser fuerte, hijo mío. Me gustaría mucho quedarme contigo, créeme. Pero tendré que partir. Frente a ello no podemos oponer nada de

nada. ¿Serás fuerte? Algún día estaremos eternamente juntos. Y me sentirás en todas partes, cuando esté allí; te ayudaré con todo, si Dios me lo permite. Un poco más tarde dijo:

—A ti también te vi anoche, Theo, andabas fuera. Portabas un fusil. Muy raro, porque no estás haciendo el servicio militar. Pero de todas formas ha de significar algo. Ya lo averiguaré (—dijo).

Cuando papá le contó también al médico que le restaban diecinueve días de vida, surgió una interesante conversación entre ellos.

Dado que sabía con cuánta serenidad papá encaraba la muerte, incluso casi con alegría, podía hablar con franqueza.

—Veamos —dijo el médico. Esbozó de manera objetiva y clara cómo creía que evolucionaría la enfermedad, y a continuación expresó su convicción de que papá no tendría más de cinco días de vida, como mucho seis. Y basó sus afirmaciones en enumeraciones de algunos casos destacados de su larga carrera.

Papá lo oyó con una sonrisa y su voz sonó al menos tan decidida como la del médico, cuando dijo:

—Créame, doctor, aquí está fallando su sabiduría. Aunque su ciencia le diga cien veces que en este estado mi corazón tendrá que colapsar muy pronto, mis sentimientos me dicen que se equivoca, y que aguantará más tiempo. ¡No será antes de diecinueve días que deje de latir!

Cuando el médico alegó con irritación que él como médico desde luego que sabía muy bien lo que decía, y que sus afirmaciones única y exclusivamente se dejaban guiar por su sólida ciencia, sometida a la práctica, papá respondió:

—¿Qué es lo que sabe su ciencia de las leyes que gobiernan el universo de Dios? Mi corazón no dejará de latir antes de que se lo permitan esas leyes. Y para latir extraerá fuerzas del espacio, que está lleno de poderes que aún no conocemos.

En este punto el médico lo interrumpió. Volvió a decir que él como médico era el responsable aquí, simplemente le prohibió que dijera una sola palabra más. Se temía que, de lo contrario, papá se quedaría agotado, lo que en este estado podría ser fatal. Y una vez más, papá sonrió.

—¿No está usted demasiado seguro, padre? —le pregunté cuando el médico se hubo marchado—. Antes...

—Antes también nos tomaron el pelo alguna vez, querrás decir, hijo. Oh, ahora todo es muy distinto. Entonces teníamos que obtenerlo, ahora lo que hago es vivirlo. Tan seguro como estoy de que mi final llegará a primera hora de la mañana, tan seguro estoy de que es la verdad la que vivo. La mujer que ahora está siempre a mi lado dice que es una gran gracia que a uno se le conceda saber, y lo reconozco y le doy gracias a Dios por ello (—dijo).

Después de las graves palabras del médico, y tan expertas, sobre el estado de papá, me habían vuelto a surgir las dudas. Cuántas veces no nos habían engañado antes en las sesiones, y ahora papá recibía su sabiduría de nuevo desde ese mundo: ¿Quién podría decir que no lo estaban engañando también ahora?

Papá tiene que haber sentido mis dudas.

—Los hechos demostrarán quién tiene razón, Theo: el médico con toda su erudición o yo con mi intuición. Hasta entonces es mejor que aplaces tu juicio. Así quizá tu fe se haga más fuerte (—dijo).

Quise levantarme y le dije que ahora tenía que volver a descansar, pero me retuvo con la mirada y me pidió con insistencia que me quedara.

—Créeme, Theo, sé lo que hago. Sé la fuerza que me queda. Los días que me quedan por delante los quiero usar para hablar contigo. Dame esa oportunidad, Theo, escúchame, es lo único que te pido. Tengo tanto que decirte todavía, ella me cuenta tantísimas cosas y te afectan igualmente a ti.

—¿Quién es ella? —pregunté, demostrándole a mi padre con esta pregunta que había decidido creerlo.

Me dio las gracias con una media sonrisa. Entonces prosiguió con seriedad:

—Me alegro de que quieras escuchar y no sigas el consejo del médico de dejarme tumbado.

¿Que quién es? Ahora te lo puedo decir, pero ¿dónde encontraré las palabras para explicarte los sentimientos que me recorren ahora? Vive del otro lado, en las esferas de luz, es muy joven y hermosa, y sobre todo muy cariñosa. Al verla me siento a mí mismo. ¿Lo que eso quiere decir, Theo? Ser uno en todo, ser completamente uno con otro ser en tus pensamientos y sentimientos. Es lo más poderoso que Dios nos puede dar. Ella es mi alma gemela, Theo. Soy como es ella y debemos estar juntos para la eternidad. Ahora también podrás comprender por qué sigo queriendo a mamá, y por qué la quiero de verdad, por qué le estoy agradecido. Mamá me hizo mucho daño, no ahorró esfuerzos para lastimarme, pero ahora me alegro de ello, porque me trajo el despertar. Por medio de ella he podido prepararme para mi alma gemela.

A eso se añade que tenía que enmendar cosas ante mamá; los libros te han enseñado que en la tierra hemos vivido varias vidas. En esas vidas le hice mal a mamá, por lo que desperté leyes, y son estas mismas las que ahora me vuelven a colocar junto a ella. Me enmendé ante ella. Amor, lo que es amor verdadero, no hubo entre nosotros; aun así decidimos casarnos; esas fueron las leyes que nos juntaron. Mamá escogió su propio camino, sin mí, ya que no estaba atada a mí por sentimientos más elevados. Cuando hube pagado mis errores con mi sufrimiento, ella me abandonó, las leyes se habían disuelto. Ahora le estoy agradecido por todo. Me abrió el alma con los palos que me dio. Y después de que se marchara y me dejara libre, obtuve tiempo

para trabajar en mí mismo, para prepararme para ese mundo, que mi alma ya anhelaba. Si no me hubiera abandonado, mi vida habría sido un infierno y no se habría tomado en consideración esta preparación. Todos esos años aquella que es mi alma estuvo junto a mí. Me ayudó a cargar las cosas y me despertó. Fue también ella quien nos trajo sabiduría en calidad del maestro Johannes. Aun así, no movió un dedo para hacernos desistir de suspender las sesiones cuando nos sentimos engañados. Consideraba que nos bastaba lo que nos había transmitido. Todo lo tenía en cuenta. Imagínate que en todos esos años ella hubiera estado elevándome más y más: mi deseo por ese mundo, por amor, por calor y conocimiento entonces habrían sido insoportables. Ese peligro era menor para ti, la duda te blindaba. Ahora, en los últimos días de mi vida, se manifiesta, sin embargo, en todo su amor, y ahora puedo cargarlo todo, porque mi espíritu ya vive en ese mundo, y en breve, en pocos días, viviré allí siempre. Dios mío, Theo, todo es tan poderoso; ¡ojalá pudiera dejártelo tan solo entrever, a ti y a la humanidad! (—dijo).

Había cerrado los ojos y yacía casi sin moverse, se había agotado visiblemente hablando. Me quedé sentado quieto junto a su cama y reflexioné sobre todas las cosas que había dicho. Mi duda, sí, mi duda, rara vez me abandonaba. Sencillamente, no lograba creer con tanta profundidad como papá. Me sorprendía la facilidad con la que aceptaba todo de ese lado. Por muy creíbles que sonaran sus palabras, a mí no me convencían al instante. El libro en el que leía, que dudaba del valor de los fenómenos, no había dejado de impactarme. Seguí sintiéndome escéptico, y así fue como los libros que papá me daba a leer despertaron en mí una avalancha de preguntas, y ni todas las palabras de papá me las resolvieron. Alcé la mirada con sorpresa cuando volvió a sonar la voz de papá y dio muestras de que me había seguido en mis reflexiones.

—Si pudieras creer, vivirías en el paraíso, Theo, justo como yo. Pero no debes seguir arrastrando tus preguntas, hijo, porque entonces estarás muy equivocado. Apártalas de ti y aún menos te las llesves a la cama, porque entonces no descansarás; haces preguntas que han de seguir sin responderse, porque tu duda te blindas (—dijo).

Desde que el médico comunicara que a papá le quedaban como mucho cinco o seis días de vida, ya habían transcurrido doce. Su sorpresa y la mía aumentaban cada día. El pulso cardíaco de papá prácticamente había desaparecido, pero vivía y hasta hablaba, muchas veces largamente, y siempre con la misma claridad.

—Todo es tan sencillo —me explicó—. Mi corazón tiene la obligación de seguir latiendo, porque así lo mandan las leyes. Y ella, mi alma, vive en mí, me alimenta con su fuerza y su conocimiento. Así es como sé, por tanto, que podré alcanzarte después de esta vida. Solo hace falta que te abras a mí, hijo

mío, porque de lo contrario no podré hacer nada. Yo me abro a ella, y mi sentimiento me dice, al instante y de manera infalible, que es ella. Todo esto lo tendrás que conocer para saber que digo la verdad. Ella dice que toda persona puede vivir esto; cualquiera que se abra con sagrado respeto, con humildad, recibirá ayuda, sabiduría y amor. Y si esto no ocurriera, eso a su vez tiene su significado. No dudes, Theo: los hechos —ya lo verás— me darán la razón. Inclina pues la cabeza y retén el sentimiento que entonces vivas, y ya no te resultará difícil creer más (—dijo).

Una tarde, cinco días antes de su transición, me sorprendió mucho con estas palabras:

—Qué tiempos, vaya, qué tiempos, ¿no crees, Jack?

‘Está delirando’, pensé. ‘¿Jack? ¿De dónde saca de repente ese nombre?’ Antes de poder decir yo nada, ya prosiguió:

—¿Te acuerdas de que antes los dos buscábamos lo mismo? Ambos queríamos saber. Tú intentabas indagar sobre lo que siente un ser humano, lo que vive su alma en el momento en que es hecho trizas y entra a la muerte. Y yo quería saber con exactitud por qué el hombre está sobre la tierra, de dónde viene y a dónde va. Puedo decir ahora que sé, pero tú aún estás averiguándolo.

Me quedé escuchando con la boca abierta, muy preocupado, ¿qué disparates soltaba ahora? Estaba delirando. Pero... realmente ¿eran disparates, era así como hablaba una persona que deliraba?

—¿O ya no estás buscando? Pero, no, eso es imposible, la búsqueda ha de seguir estando en ti. Esos sentimientos no se pierden así como así. Eso lo hemos llegado a conocer, ciertamente. Solo tu suegro no se lo creía. Tu hermano es un buen tipo, solo que tiene que perseverar un poco más. Esa holgazanería suya no vale. El tiempo apremia, ¿cierto o no? Bastante corta ya es la vida. Aun así, Jack, yo abandonaré esa idea. ¿Qué te aporta saber o no lo que vive el alma cuando el cuerpo estalla en mil pedazos? ¿Conocer la vida, acaso? Claro que no. Aun así, veo que lo estás viviendo, qué extraño (—dijo).

Después se calló. Me lo quedé mirando y sentí que se había dormido. Media hora después regresé y lo encontré despierto. Me saludó con las siguientes palabras:

—¿No le tuviste cariño a Angélica? ¿No era una niña encantadora? Qué ojos tenía, ¿verdad? Le habían puesto como nombre el de esa planta del bosque, ¿te acuerdas? Su sabiduría era conocida en todas partes. Empecé a quererla. Y ahora me está esperando. ¿Que cómo puede ser que Angélica esté esperando? ¿Angélica, la del huerto de las hierbas aromáticas? Y sin embargo, así es, y me espera nada menos que en nuestro propio sendero del bosque. Iremos a buscar hierbas para llevarlas a los enfermos. Le diré que eres un buen amigo, Jack. Tiene que recibirte, porque yo lo quiero. Y lo hará, Jack, porque

me quiere, mucho. Sus padres se oponían a que nos viéramos, pero de todas formas nos encontrábamos, con sigilo y muy en secreto (—dijo).

De nuevo se le asomó esa sonrisa, que tantas veces le había visto los pasados días. Allí siguió la sonrisa, mientras, sumido en pensamientos, tenía la mirada perdida, los ojos puestos en lejanías desconocidas para mí. El médico volvió y examinó a papá esa misma noche, ya tarde. Agitaba la cabeza de tan débil que latía el corazón, apenas audible ya. Cómo era posible que este cuerpo debilitado, agotado, aún pudiera vivir, se preguntaba por lo visto el buen hombre. Un poco más tarde, cuando estábamos en el pasillo, me miró mientras se encogía de hombros. No decía ni palabra, pero en sus ojos podía leer con nitidez: ¿Será que al final tendrá razón? Según sus propias palabras, a papá le quedaban tres días de vida.

Como si viviendo en ese otro mundo no se hubiera percatado de la visita del médico, continuó diciéndome, sin dedicar ni una sola palabra al hombre, y con su mano en la mía:

—¿Sabes, Jack, que es Angélica quien ha extendido sus alas sobre mí? ¿Sabes que es igual que una niña y que también ahora cuida todavía de sus hierbas? Pero no la molestes cuando esté ocupada y tan concentrada. No lo soporta, y con razón. Acercarme a ella solo se me concede a mí y a quienes estuvieran dispuestos a empequeñecerse para sobre todo no llamar la atención, por respeto a su trabajo. Eso es lo que le falta a la gente, Jack, respeto por los demás. No tienen respeto por quien esté enfrascado en una tarea. Su egoísmo o curiosidad les hace pisotear los sentimientos más sagrados de los demás. Créeme, Jack, no es una nimiedad saber cómo acercarse al prójimo. Solo le resultará más fácil a quien tenga respeto (—dijo).

Después hubo un largo silencio. Me sentí invadido por extraños sentimientos. ¿Qué valor debía conceder a las palabras de papá? Pero ¿qué cosas se le estaban pasando por la cabeza? Así, con las ideas confusas, estaba sentado junto a la cama de mi padre, con mis manos siempre en las suyas. Sobre su rostro yacía una expresión de intensa felicidad. Más suavemente que de costumbre, pero con un tono alegre, dijo de pronto:

—Es una gloria, Angélica, que me sujetes las manos. Es hermoso el vestido que te pusiste para mí. Me estoy imaginado tu amor. ¿Volveremos una vez más a ser separados a tirones? No, no quiero pensar en eso ni me hace falta hacerlo. A partir de ahora siempre estaré contigo, eternamente. Dios mío, ¿puede un ser humano sobrellevar tanta felicidad? Casi duele, pero es un dolor dulce. Me hace ilusión, Angélica, pasear contigo por los jardines. ¿Y Jack? ¿Vino? ¿No fue él quien tocó la puerta? Jack es curioso, siempre tiene algo. Algún día seguramente que me causará preocupaciones. Pero entonces no lo podré ayudar.

Angélica, mi Angélica: eres hermosa y cariñosa, tú me lo das todo. ¿Quer-

rías cantarme tu canción? Hazlo, escucharé y seré feliz (—dijo).

Papá me soltó las manos y cerró los ojos. ¿Seguía siendo este mi padre? Cuánta distinción irradiaba su cara, que al parecer escuchaba una hermosa música. Yo no oía nada, pero aún así participaba en una vivencia; era gracias a la cara de felicidad de papá, jamás podría olvidar su expresión.

Esa noche, igual que las anteriores, dormí en un sofá que había trasladado a la habitación del enfermo. En contra de lo esperado, dormí toda la noche sin que ni un solo ruido o temor ni sueños desagradables interfirieran en mi sueño.

Mi padre me saludó con una risa cuando abrí los ojos.

—Dormiste bien, ¿verdad, Theo? Normal, Angélica te dio de beber de sus néctares de hierbas. Esos no fallan nunca, ¿sabías?

Esa mañana, un poco más tarde, me dijo que debía yo contratar ahora una enfermera en casa. Y esas palabras me volvieron a recordar de manera dolorosa la fecha fatídica, que ahora se acercaba a pasos agigantados.

—Cuando luego venga el médico, a ver si le preguntas, me refiero a los cocimientos de hierbas. Él ya los conocerá. Solo que no sabrá cómo se preparan. Jack sí lo sabe. Jack vendrá mañana y entonces lo verás (—dijo).

De pronto sentí que estaba confundiendo a dos personas. A Jack, como de hecho estaba llamándome todo el tiempo, y a otro. No tardó en corregir el error, porque prosiguió:

—Es lo que pasa, Jack, cuando se envejece. Me equivoco al pensar. Te confundo con otro, ¿no? Es que tengo la cabeza tan llena de cosas ahora. Angélica ha sido promocionada. ¿Te imaginas? Venga, di algo (—dijo).

Justo al decir esas palabras había entrado el médico en la habitación. Agité la cabeza mostrándole mi preocupación, ahora estaba claro que papá estaba delirando. Inmediatamente, el médico le tomó el pulso al enfermo. Papá abrió los ojos y preguntó en tono vital:

—¿Qué, doctor? ¡Que el que va a acertar soy yo! ¿Ya se cree ahora que no me equivoqué al indicar el momento de mi transición? Por cierto, no es sabiduría mía, sino la de Angélica (—dijo).

Aquí ya no pude escuchar más, me sentía desbordado de tristeza. Me apresuré a salir de la habitación, por temor a que los demás vieran mis lágrimas. Pero la campanilla de papá me llamó de vuelta. Me sobrepuse y volví a entrar.

—Theo, Angélica quiere que te quedes aquí. Cree que tienes que saberlo todo.

Me senté en el borde de la cama, preso de sentimientos confusos. Pero como si al instante se hubiera olvidado de mí, se dirigió al médico con las palabras:

—Le diré cómo es, colega. Sabemos demasiado poco del cuerpo humano y



del alma, lo esencial de nuestra existencia, no sabemos absolutamente nada. Pero ¿cómo podremos curar a la gente si no conocemos el alma? Quien conozca el alma también conocerá el cuerpo. Es el alma: el hombre no se para a pensarlo, se obceca con el cuerpo. Las causas de la enfermedad, esas no las conoce. La naturaleza y la evolución de la enfermedad: ¿En cuántos casos las conoce con precisión? El hombre confía en sus conocimientos, en sus estudios, pero yo le pregunto: ¿Es posible que un médico confíe en ellos? Esta enfermedad es mortal, le dicen sus conocimientos, pero el enfermo hace caso omiso y sigue viviendo. “Bah, es un caso de poca monta, insignificante, muy frecuente, nada grave, hágame caso, en dos días estará bien otra vez”. Es el diagnóstico del médico en otro caso, y menos de un día después el paciente ha muerto. En ambos casos los conocimientos resultaron insuficientes. Pero ¿qué hombre conoce las leyes que intervinieron aquí?

¿Qué erudito, qué religión puede decirnos cómo funcionan las leyes que rigen la vida y la muerte? Angélica pregunta con razón: Pero ¿qué es lo que el hombre sí sabe realmente de la vida aquí en la tierra y en el más allá? ¿Existe un solo ser humano en la tierra que no se mueva buscando y tanteando, desamparado, ignorante, pequeño y asustado en medio de los misterios insondables que abarcan la vida y la muerte? Son miles y más, dice ella, y algún día el hombre los conocerá, pero solo cuando se dé cuenta de lo relativos e incompletos que son sus conocimientos terrenales, y quiera escuchar, humildemente y completamente entregado, no con su razón, sino con sus sentimientos a quienes viven donde Angélica, al otro lado de la tumba. Porque son ellos quienes han vencido la vida y la muerte, y conocen y viven las leyes que gobiernan el universo de Dios, para ellos el espacio, el hombre y el alma ya no contienen misterios.

Usted, colega —le llamo colega, porque ahora sé que lo soy—, se encoge de hombros ante mi palabrería. Usted concede más valor a sus conocimientos terrenales que a mi intuición, a mis sentimientos. Pero... sus conocimientos afirmaban que me quedaban cinco días de vida, como mucho seis, aunque mis sentimientos me decían que eran diecinueve... También dicen que haré la transición a primera hora del alba. Resultará que mis sentimientos, que recibieron esta sabiduría de ese mundo, hicieron un dictamen más preciso que el que fueron capaces de hacer sus conocimientos terrenales. ¿Eso lo convencerá? No, ni siquiera pruebas más convincentes lo conseguirían. ¿Es entonces de sorprender que Dios no manifieste de inmediato a Sus Hijos en la tierra el tremendo poder de todas Sus Leyes? ¿Porque se extraviarían irremediabilmente en ellas! Angélica dice que pasito a pasito iremos comprendiendo, nosotros la gente terrenal, el enorme universo. Y los sensibles lo sabrán los primeros, porque a ellos los pueden alcanzar los maestros del otro lado; los eruditos, en cambio, se resistirán durante mucho tiempo, lastrados

por sus conocimientos, que son humanos, y por tanto terrenales, y por tanto incompletos.

Angélica dice que ahora tengo que parar, me he cansado mucho hablando. Pasado mañana veremos, colega (—dijo).

El médico, pensativo, se fue de la habitación del enfermo. Pero en el pasillo, mientras se ponía el abrigo, se encogió de hombros.

—Sí que es curioso lo que dice. De todas formas, se me hace que no son más que los delirios de un moribundo. En ese estado pueden llegar a decir cosas muy peculiares.

Al día siguiente, papá estaba tendido casi sin moverse, no decía ni palabra, solo abría de vez en cuando los ojos. Me buscaban y me irradiaban un gran amor. De vez en cuando susurraba el nombre de Angélica. Empecé a tener la indudable sensación de que ya no hablaría mucho y de que se estaba preparando en silencio para su partida. Muy para mis adentros sentía gratitud de que no hablara. Se me hacía imposible despojarme de la sensación de que papá estaba siendo víctima de alucinaciones, a pesar de todas las palabras hermosas y biensonantes... ¿No podría ser también que en sus delirios contara jirones de los muchos libros que había leído, no una vez, sino hasta diez veces?

¿Captaba mis pensamientos? Tenía que ser así, porque ahora, por primera vez ese día, abrió la boca y dijo con voz tenue:

—Estuve muy lejos, Theo, hijo mío, pero ahora estoy otra vez cerca de ti. Pero no te preocupes, ya no hablaré tanto. Angélica dice que ahora sabes suficiente. Te pide que retengas todo lo que te dije estos días, ¡algún día lo aceptarás todo! ¿Te quedarás ahora cerca de mí, Theo?

Las horas fueron pasando lentamente, papá dejó de prestar atención a lo que lo rodeaba. Allí estaba tendido, con los ojos cerrados, a veces se le movían los labios, pero me era imposible captar lo que decía. No le quitaba ojo de la cara; sus rasgos, buenos y suaves, se grababan en mi memoria, jamás podría olvidarlos. La afilada y desesperada tristeza que sentí cuando quedó claro que papá ya no se levantaría del lecho de su enfermedad había ido disminuyendo para hacer sitio a un dolor suave pero agudo por la inminente despedida. Echaría de menos a mi padre, cada hora de mi vida, pero gracias al conocimiento —porque de eso no dudaba— de que algún día volvería a verlo, mi tristeza había perdido sus aristas más cortantes.

Nunca antes había asistido a un lecho de muerte. Poder morir así me parecía una gracia, no tenía nada de terrible. Serio, preparado, en paz consigo mismo después de haber finiquitado todos los problemas con que la vida le había sembrado el camino, rebosante de amor por Dios y las personas, papá estaba preparado para entrar en la nueva vida, a la eterna.

Cayó la noche y la actitud de papá no cambió en nada. El médico se había

quedado; estábamos sentados en silencio junto a la cama de papá, sin sueño, entregados a nuestros pensamientos.

De repente, papá abrió los ojos y dijo con un hilo de voz:

—Theo, mi querido querido hijo, ahora tengo que partir. Me viene a buscar Angélica, me llevará a nuestra propia casa. ¿No es una gloria? Sé fuerte, hijo mío, y alégrate conmigo (—dijo).

Y al médico dijo:

—Colega, ha llegado mi momento. Angélica tendrá razón. Reflexione un poco más sobre mis palabras. Entonces, algún día, también a usted le llegará el momento en que conocerá a Dios y Sus leyes. Cuando Theo se ponga a dibujar, deberá darle el sobre. Dibujaré y escribiré por medio de él. Ay, qué cansado estoy...

Muy conmovidos nos arrodillamos el médico y yo, y cuando la luz del nuevo día fue desterrando la noche, el alma de papá se desprendió de su cuerpo extenuado para entrar en la vida eterna. La última palabra que le oímos decir fue el nombre de Angélica. ¡Su vaticinio se había cumplido enteramente!

## Mi padre regresa

Entre quienes estuvieron en las exequias de mi padre también vi a mi madre. Nada más concluir la ceremonia se me acercó. En la subsiguiente conversación se hizo realidad otra de las predicciones de mi padre. Me dio a conocer su deseo de venir a vivir conmigo, una buena forma de encargarse de mis tareas domésticas. A ella no le cabía la menor duda de que, ahora que papá ya no estaba, ella y yo nos llevaríamos muy bien. Yo era joven, dijo, así que sabía lo que significaba salir y divertirse; a ella la comprendería mejor que papá, que —alabados sean los muertos— tenía un carácter aburrido, rara vez estaba alegre y prefería husmear en los libros.

Mientras hablaba tuve la oportunidad de observarla bien; ¡qué distinta era de papá, qué duros eran sus rasgos, y qué frialdad irradiaban sus ojos! Ni siquiera ahora fue capaz de decir algo bueno de papá; su actitud sí contrastaba mucho con la de él, que hasta el último instante había hablado de ella con amor, lleno de indulgencia. Solo le interesaba su propio beneficio, y de forma brusca y burda, sin pensar ni un solo segundo en mi tristeza, se abrió camino para alcanzar su objetivo.

Que qué me parecía su propuesta, preguntó. Le dije escuetamente, pensando en las palabras de papá, que no iba a acceder.

Se quedó callada un instante, se le asomó una arruga amenazadora en el entrecejo, pero la voz aún le sonaba medio animada cuando respondió que comprendía bien mi actitud: lógicamente, papá la había puesto a caer de un burro. Ay, demasiado bien sabía cuánto la había odiado, pero de verdad que no era como papá la había pintado, eso yo ya lo notarí muy pronto; tenía muchos amigos en Ámsterdam y La Haya, y también aquí en Róterdam: gente joven y alegre. Me los presentaría y nos divertiríamos hasta más no poder. Y a fin de cuentas, ella era mi madre, ¿no?...

Ella sabía demasiado bien cuánto la había odiado papá y como la había puesto a caer de un burro, ay, qué fea era. Me di muy buena cuenta de lo cierta que había sido la advertencia de papá; en un abrir y cerrar de ojos intentaré dominarme por completo, arrastrarme hacia su vida, y mi paz, por mucho que me opusiera, habría acabado.

—Madre, ¡no voy a meterme en esto!

Entonces su fingida amabilidad dio un vuelco y se mostró tal como era. Su voz sonó dura y amenazante cuando exclamó:

—O sea, me echas a la calle, mocoso. ¡A tu propia madre! ¿Así que estás seguro?

No le respondí, podría haberle dicho tantas cosas: ¿Alguna vez se había

preocupado por mí? ¿Acaso alguna vez siquiera había insistido en verme?

Entonces reprimió su ira: pareciera que se hubiera acordado de algo.

—Bueno, de acuerdo —dijo—, quizá es que realmente sea mejor que no vivamos juntos. Ya ha pasado tanto tiempo sin vernos. Pero ahora otra cosa: papá ha muerto, yo era su esposa, de modo que participo en la herencia. ¿Cuánto vale el negocio?

—Usted, Madre, ha tenido su porción.

Te ahorro los insultos que siguieron. Resumiendo: recurrió a un abogado, pero todos sus esfuerzos fueron en vano; su demanda fue rechazada. Durante el juicio salieron detalles sobre su vida actual, que eran tan horrorosos que agradecí la advertencia de papá, porque me habría visto en un infierno.

Pasaron dos meses. Se me abrió un período tranquilo después de las primeras semanas tan agitadas. Mantuve al ama de llaves y al mozo. Se me hizo muy duro acostumbrarme al vacío surgido en la casa y en mi vida por la muerte de papá. Sus libros, sus cosas, todo en casa me hacía pensar en él, y atestiguaban nuestra amistad, que nos había brindado tantas horas gloriosas. La tienda exigía que me hiciera cargo de ella y ahora bendije el hecho de que papá pronto ya me hubiera encargado su dirección, por lo que se me hacía cómodo.

De noche rara vez salía, normalmente leía. Pero una noche me entró una repentina sensación de no estar solo. Ya la había sentido en otras ocasiones, pero sin hacer caso. La sensación fue haciéndose más fuerte, sencillamente, no podía desprenderme de ella. Y de pronto me di cuenta de que tenía un calambre en el brazo derecho. Lo agité varias veces, pero no se me quitó el calambre. Si lo ponía sobre la mesa describía movimiento giratorios. Daba igual que me resistiera, el calambre solo iba a más. Me vi sacudido, ahora ya no podía ignorarlo más tiempo: sabía con tanta nitidez como si me lo estuvieran diciendo, que papá estaba aquí conmigo, y que quería escribir por medio de mí, ¡exactamente como había anunciado antes de su transición! En ese momento me vi recorrido por el susto, la emoción y la duda. Busqué papel y lápiz, y me fui a la habitación donde papá prefería estar y donde había muerto. Simplemente, me era imposible oponerme a la influencia y además ahora me entregaba a ella del todo. Mi mano empezó a escribir al instante.

“Tú también, Theo, cómo eres, hacerme esperar tanto tiempo. ¿Es que te habías olvidado de lo que acordamos? ¿Hace falta que te lo diga? ¿Soy yo, tu padre! Qué gloria aquel tiempo en que estuvimos juntos. Ahora estoy en la vida eterna. ¿Dudas de que sea yo? ¿Dudas de la autenticidad de estos escritos, hijo mío? Créeme, Theo, sigue tu sentimiento: te dirá que soy yo el que está a tu lado y el que dirige tu mano; tu sentimiento no te engaña. Es una gloria, hijo mío, poder hablar así contigo. Los muertos no vuelven, dice la gente, pero nosotros sabemos que sí. Oh, hijo, estoy tan agradecido a Dios

por todo lo que he recibido de este lado, todo es tan bello, tan poderoso y conmovedor. En estos momentos hablo contigo... ¿No se han confirmado muchas de las cosas que te predije? Esa sabiduría la obtuve de las esferas de luz, de Angélica. Puedes ser un buen médium, Theo, y hacer algo por la humanidad. Pero entonces tienes que abrirte para nuestro lado y abandonar toda duda”.

‘Para usted es muy fácil’, pensé, cuando había pasado mi primera emoción, ‘ni con la mejor voluntad del mundo es posible creerse de golpe y así como así la autenticidad de todo esto. Porque yo sí que sé lo que viene ahora; ¿hay una prueba más contundente de que soy yo mismo el que escribe?’.

Aquí empezó a escribir mi mano de nuevo.

“Pero, hijo mío, ¿es que entonces te has olvidado de la sesión de espiritismo en la que Angélica habló, en calidad del maestro Johannes, sobre este modo de contacto? Impulso a través de ti, de sentimiento a sentimiento, lo que quiero escribir, por eso sabes de antemano lo que viene. No obstante, no es algo que poseas tú”.

—¿Puede probarme entonces que es usted mi padre?

“Esas pruebas llegarán, Theo, ten todavía un poco de paciencia. En cuanto haya llegado el momento, las recibirás, hijo mío”.

Por mucho que mi razón se opusiera, mi sentimiento me decía nítida e irrefutablemente que en efecto el que escribía por medio de mí era papá en persona; sentía su cercanía, reconocía su lenguaje.

“Tienes que dedicarme un par de noches, porque quiero contarte varias cosas sobre nuestra vida aquí, más que nada lo que yo mismo he vivido. Recibo ayuda en eso, porque para que este contacto fragüe necesitas apoyo, y para eso, a su vez, se requiere conocimiento. Lo único que hace falta es que tú quieras abrirte a mí. No es preciso que las preguntas las expresas, basta con pensar solamente; al estar conectados de sentimiento a sentimiento, las capto. Te aseguro que lo que te voy a contar es la sagrada verdad. ¿O es que no se cumplió lo que le predije al médico, que reía de mí a escondidas, sobre cómo iba a morir? Pero ahora tengo que terminar. Luego continuaré, fijemos ya el día y la hora, será mejor. ¿Qué te parece el próximo domingo, digamos a las ocho de la noche? Pues así quedamos. Y ahora te saludo, mi querido hijo, adiós, Theo. – Papá”.

La mano se me quedó inmóvil, y a la vez sentía que papá se iba. De nuevo estaba solo en el silencio de mi habitación.

Pero ¿no había estado solo en todo momento? ¿Es que entonces no era yo el que impulsaba mi mano a escribir? Por un momento sentí una punzada en mi interior: ¿Qué pensará papá de mí, si me siente dudar tanto? *Si* era papá, si es que lo era. Se fue apoderando de mi una sensación de irritación. Esto había que despejarlo. En el pasado, los supuestos espíritus nos habían toma-

do el pelo demasiadas veces. Naturalmente, nos habían llegado hermosos y sabios pensamientos, pero muchas más veces habíamos sido engañados sin darnos cuenta. No era raro que no supieras quién había tomado la palabra: un oscurantista o un maestro, porque también el primero afirmaba a veces, impasiblemente, que venía en nombre de Dios. Y luego estaba además la teoría de un libro que había leído una vez sobre la mediumnidad escritora: no eran los espíritus los que escribían, sino el propio médium, nutriéndose de su subconsciente. Me vendría bien leer más sobre este asunto.

Ya al día siguiente fui a un librero que conocía y le compré algunos libros sobre esta materia. Tendrían que contarme lo que podría creer y lo que no. Fácil no fue la lectura, me confundía la profusa nomenclatura. Pero me lo fui trabajando y a cada página que pasaba disminuía mi confianza en los fenómenos que había vivido. Estos libros también los atribuían a que el médium se engaña a sí mismo. Aflorarían del subconsciente. Los pensamientos y deseos que vivieran en él salían de allí, manifestándose como espíritus. A muchos fenómenos también se les despojaba de su valor, atribuyéndolos a la telepatía. Pues no, amargaba lo poco que quedaba en pie de aquello que yo había vivido en este ámbito. Los libros concluían con la apremiante advertencia de jamás participar en semejantes sesiones; a Dios no le sería grato, ¡dado que a ellas asistía el diablo!

Así llegó la noche del domingo. Bien sabes cuánto creía aún en los fenómenos extrasensoriales con los que me había topado a lo largo de los años. Pero lo extraño era que de todas formas no era capaz de decidir si dejar de lado papel y lápiz esta noche. Se hicieron las siete, las siete y media, y de nuevo, como unas noches antes, me vino encima la sensación de que había una fuerza que incidía en mí. A veces suspiraba de tan oprimiente que se hacía la influencia. Y mi sentimiento me decía que este era, incuestionablemente, mi padre, que me hacía sentir su cercanía. Ya eran entonces casi las ocho. Se me hacía cada vez más agudo el calambre en el brazo derecho. Sonaron las ocho cuando sin pensármelo más agarré papel y lápiz, dejando libre mi mano.

“Hay que ver cómo eres, Theo”, escribió papá. “¿Por qué empezaste a leer tan acaloradamente en esos libros? ¿Tan extraño te parece que estos libros, procedentes del ámbito eclesástico, despotriquen tanto contra los fenómenos? Ahora el veneno en tu interior no ha hecho más que aumentar y ya se te hará muy difícil creerte nada. No obstante, te lo repito, es imprescindible que me brindes algunas noches. Ahora haces oídos sordos a lo que te digo, pero más adelante —de eso estoy seguro— lo comprenderás todo, y entonces te ayudarán mis palabras de ahora. No me negarás tu tiempo —a fin de cuentas quieres a tu padre— y digan lo que digan tu razón y tus libros: tu sentimiento, tu intuición te dice que soy yo el que escribe aquí, y no tú y tu

subconsciente. Te contaré tantas cosas que cualquiera que las lea sentirá que esa sabiduría jamás de los jamases puede salir de ti mismo. Ojalá hubieras ignorado esos libros, hijo mío”.

‘¿Y usted, qué? ¿No leía usted mismo día y noche?’, se me pasó por la cabeza.

Mi padre reaccionó al instante.

“Pero yo no leía ese tipo de libros. Aún eres joven, así que todavía te falta poder distinguir. Leíste libros que venían del mundo de la iglesia, y las iglesias dicen que nuestro contacto es obra del diablo. Nosotros, que representamos el otro lado y vemos en el más allá, nosotros ofrecemos una imagen completamente diferente de Dios y Sus leyes sagradas que ellos. Ellos y sus creyentes se creen los elegidos de Dios, pero nosotros predicamos que Dios ama a todos Sus hijos y que no deja que se eche a perder ni uno solo —ni uno solo, Theo!— por la condenación. De este modo, hay innumerables *verdades* que las iglesias hacen creer a sus creyentes y que nosotros debemos socavar y derribar. Las doctrinas de las iglesias les otorgan poder sobre sus creyentes; ¿te imaginas por un solo segundo que los representantes de las iglesias renuncien a ellas? No, hijo mío, las mantendrán y las elevarán por encima de todo lo que nosotros, que vivimos en los cielos de Dios, llevemos al hombre terrenal en cuanto a verdad, por mucho que esta sea más amorosa, más justa y más real. Perderían las iglesias su control sobre los creyentes, y por eso prohíben el contacto con nuestro lado, sus portavoces rechazan los medios que lo materializan, ¡y llaman nuestras revelaciones diabólicas! El libro en el que estuviste ocupado hoy y que refleja el punto de vista de un erudito, también te tacha de víctima de la sugestión, la fantasía y el engaño. Pero piensa esto, Theo: tampoco la ciencia ha avanzado lo suficiente como para que renuncie a su actitud de rechazo hacia los fenómenos ocultos; pero algún día, hijo mío, ella también se ocupará de investigarlos, con seriedad y sin prejuicios, como ya hicieron muchos grandes eruditos, y tendrán que reconocer que es una realidad. Cuando el momento sea propicio para ello ya nadie, los teólogos tan poco como los eruditos, podrá cerrar los ojos ante las pruebas que brindará el otro lado.

Pero, desafortunadamente, ahora te has intoxicado el espíritu con las opiniones de estos sectores que nos son hostiles, y te va a ser más difícil que nunca creer en la verdad de los fenómenos. De todas formas, no me preocupas mucho, porque alguna vez también tú aprenderás a creer y a inclinar la cabeza. Es Angélica quien me da estas felices imágenes”.

Con esta última frase papá me respondió en el acto un pensamiento que me atravesó la mente: cómo podía saber y decir todo esto con tanta seguridad.

“La conexión entre Angélica y yo es maravillosa”, siguió escribiendo mi



padre. “Ya era así durante mi vida en la tierra. Entonces vivía en dos mundos: mi cuerpo estaba en la tierra, pero mi espíritu moraba en el mundo de Angélica. Ella, que es mi alma, me hablaba e impulsaba las palabras a través de mi boca para que pudieran ser oídas por ti y el médico. Yo me encontraba elevado espiritualmente, como se suele decir. Tú no vives elevado espiritualmente mientras escribes; tú recibes, pero en tu caso también todo te atraviesa primero, por lo que de antemano sabes lo que se plasmará en el papel.

¿Cómo es posible que pienses, aunque sea solo un instante, que eres tú mismo el que escribe todo esto, o que fuera el trabajo de un espíritu burlón? A ver lo que te parece entonces esto. Cuando dos días antes de mi partida le hablé extensamente al médico sobre el conocimiento terrenal, la intuición y las poderosas leyes de Dios, me quedé agotado y me dormí al instante. Aun así, podría haberte repetido lo que te dijo el médico en el pasillo. Sí que le parecía extraño todo lo que yo había dicho, pero no lograba ver en ello más que los delirios de un moribundo. Sí, eso te sorprende, claro, aunque es sencillísimo. Angélica siguió tus pasos y los del médico, y fue ella la que me transmitió la opinión del doctor. Mira, eso sí que es conexión espiritual. De ese modo ahora me es posible captar hasta tus pensamientos más secretos o las preguntas que haces”.

‘Qué burro soy’, se me pasó por la cabeza. ‘Cómo pude seguir dudando. Aquí estaba papá, escribiendo, nutriéndose directamente de la sabiduría del otro lado pero mis libros... no sabían nada de eso, simplemente no querían ver la realidad, negaban y ridiculizaban los fenómenos y preferían aferrarse ciegamente a sus conceptos, pequeños, ilógicos y confusos’.

“No eres un burro”, escribió entonces papá. “No te lo tomo a mal que dudarás. Pero tampoco te creas ahora que de pronto tu duda se haya resuelto. No es tan fácil erradicar de ti esos sentimientos. Con esfuerzo y lucha tendrás que asimilar las verdades eternas. Pero te ayudaré, o más bien será Angélica la que lo haga, porque ella es una maestra de este lado. Durante sucesivas vidas fue un instrumento en la tierra —y uno muy bueno, Theo— y estaba conectada con los maestros. Era una servidora y entretanto pudo desarrollarse ella misma. Basta con pensar en la sabiduría que nos transmitió en calidad de maestro Johannes, además de aquella que me dio cuando estaba en mi lecho de enfermo”.

—Siempre me llamaba usted Jack, padre, y al médico lo llamaba colega: ¿por qué?

“En una vida anterior en la tierra fui médico, Theo. Ahora no te rías, te digo la sagrada verdad. En esa vida te conocí a ti, nos hicimos amigos. Entonces te llamabas Jack. ¿Comprendes ahora por qué en esta vida tuve el deseo de hacerme médico? Pero no debía ser así, estaba aquí para enmendar”.

—Pero, papá, si eso es así, entonces ¿qué ha sido de esos conocimientos que

sin duda tenía como médico?

“Angélica dice que el alma, al nacer en la tierra, tiene que vivir la nueva vida y que por eso se disuelve el pasado. Cuando despertamos en la madre y durante el tiempo en que nos hacemos niños, el pasado va desapareciendo en nuestro interior, y la nueva vida con sus nuevas leyes ocupa su lugar. Sí que continúa formando parte de nuestra conciencia, pero entonces se ha convertido en sentimiento”.

‘Así que usted era médico... y entonces éramos amigos’, cavilaba yo, y casi lo decía en voz alta. ‘Si es así, es imponente, papá’. Aquí, en este instante, tuve que pensar en lo que mi padre había dicho una vez durante su enfermedad acerca de una idea mía, que yo debía abandonar, según él. Yo quería averiguar, me explicó en esa ocasión, lo que el alma realmente vivía en el instante en que el cuerpo era desgarrado. Ese era mi recuerdo más o menos; ¿qué quería decir con esas palabras? ¿Estaba delirando?

De nuevo se me hizo patente lo fácil que es para un espíritu asimilar pensamientos, porque papá enseguida respondió a mi pregunta.

“No, Theo, tampoco en esa ocasión estuve delirando. Es como te dije. Angélica me mostró esas imágenes; ya en encarnaciones anteriores intentabas averiguar lo que experimenta el alma cuando, por ejemplo en un accidente, es arrancada de repente del cuerpo. Parece extravagante poseer semejante manía, pero aquí en las esferas de luz nadie se ríe de eso. Saben que nosotros, los seres humanos, siempre seguiremos los sentimientos que ocupan nuestra vida y todo nuestro ser. Sí que es preciso que el ser humano sepa por qué busca en una u otra dirección. ¿Es por una cuestión de estudio, como era tu caso, o es, en cambio, por sensacionalismo? En este último caso el hombre no gana nada espiritualmente, sino que se detiene en su desarrollo.

Te pongo por ejemplo a un grupo de personas que también se ocupan de tu problema, es decir, aquellos inventores que a diario arriesgan su vida para brindarle algo a la humanidad. En el fondo, se preparan sin cesar para su muerte. También a ellos les surgen entonces preguntas como esta: la de qué les sucederá si alguna vez les fuera fatal la invención en la que trabajan. Quieren saber a dónde irá entonces la vida de su alma. Pues si este deseo está muy arraigado en el hombre, si le vuelve una y otra vez, haciéndose así parte de él, entonces eso despierta leyes, es decir, uno llegará a encontrarse, un día u otro, en una vida u otra, ante la realización de este deseo, y entonces se vivirá cómo se desgarran el cuerpo y cómo se libera el alma con una sacudida; es cuando el propio hombre se convierte en ley. Tú sigues buscando, Theo.

Dime una cosa, Theo: ¿Sigues manteniendo ahora que todo esto sale de ti? ¿Tienes una noción de estas leyes? No te cuento disparates, así que acepta mis palabras. ¿Lo que te aporta? Lo que me aportó a mí: ¡despertar y felicidad celestial! Doy gracias a Angélica por haberme hecho cruzar en mi camino con

aquella mujer que me trajo los libros que me abrieron los ojos. Me encontré con ella aquí, Theo, si te interesa saberlo, porque su tiempo en la tierra también había concluido. Si yo no hubiera querido leer ni hubiera pedido, y hasta rezado, por ser abierto, entonces Angélica no habría podido alcanzarme. Pero resulta que entré completamente preparado a la vida eterna. Fue una gracia tan grande, según me doy cuenta ahora, que me faltan palabras para expresar mi gratitud.

Angélica me estaba esperando desde hacía muchísimo tiempo. Cuando consiguió el contacto conmigo, lloró como una niña, de pura felicidad. ¿Y tan increíble es eso para un espíritu? ¿Tan extraño es que sepan llorar, llorar de verdad, que tengan que llorar, de emoción y gratitud, porque Dios sea tan bondadoso? En la vida eterna nos convertimos en niños pequeños, Theo. No es algo raro ni necio. No dijo Cristo ya: ‘Quien sea como el niño, será el más grande en el Reino de los Cielos?’.

La felicidad que me esperaba cuando entré aquí... Te lo deseo tanto, hijo mío. Angélica, que está aquí a mi lado, dice: ‘Theo ya llegará aquí, aunque sea un indeciso, ¡también es un amor!’. Ella te ama, Theo; te queremos mucho, mi hijo, tan mío. Y ahora parto. Hasta el domingo próximo, a las ocho. Adiós, mi Theo”.

Aquí se me quedó posada la mano; me ardían las lágrimas que me brotaban por las mejillas. Lloré hasta vaciarme, tanto me había conmovido mi padre. El sentimiento de felicidad que me entró cuando papá escribió las últimas frases —un sentimiento cálido, rico, que depositaron papá y Angélica en mí— me abrumó. Ahora yo era como el niño del que habló papá. Me sentía pequeño y protegido por la seguridad del amor de ellos. Ahora no había sitio en mi corazón para la duda oprimente, allí habitaban solo la fe, la alegría y la humildad.

No tardé mucho en dejar de ser ese niño: a la aguda luz del nuevo día, mi alegría perdió su lustre, y la duda volvió a asomar su cruel cabezota. Sufría bajo esa duda y hacía todo lo posible para combatirla, para erradicarla, pero se me clavaba en el corazón como con mil agujijones. No quería causarles tristeza a papá y a Angélica, quería creer en su presencia, en sus palabras, pero la duda me lo impedía. Me sentí profundamente miserable esos días y lloré amargas lágrimas.

Un día en que me encontré al médico por la calle y este me preguntó con sorna si mi padre ya había vuelto, lo negué con la cabeza. Me alejé apresurado, avergonzado. Ante mí veía de repente la amorosa cara de mi padre, estaba triste y decepcionada. Tenía la sensación de haberlo traicionado, a él y a Angélica.

Aquella siguiente noche del domingo, papá no me dijo ni una sola palabra sobre los acontecimientos de la pasada semana. Me sorprendió con la

siguiente petición:

“Por favor, Theo, dibújame un hacha, una normal, como las que vendemos en la tienda, bastan unas simples líneas”.

—¿Un hacha? —pregunté estupefacto, sin comprender para nada lo que quería con eso.

“Espera, te ayudaré”, prosiguió papá, y con unos veloces trazos apareció un hacha en el papel.

“¿No me digas que querías hacer tú este dibujito, Theo? ¿Había en ti un solo pensamiento para hacerlo? Vamos, dime sí o no”.

—No.

“Era yo quien lo quería, ¿cierto? ¿Sí o no?”

—Sí —confirmé, encogiéndome de hombros. Pero ¿qué sería lo que quería papá?

“Te sorprenderás aún más cuando sepas lo que quiero que dibujes ahora. ¡Una sogá y un ser humano que se ha ahorcado con ella!”.

—Pero bueno, ¿y esas qué rarezas son ahora, papá? —solté casi molesto—. ¿Eso para qué tiene que servir?, ¿o es que me está tomando el pelo? ¿Sigue allí, padre?

“Sí, hijo mío, puedes estar tranquilo, enseguida sabrás qué pretendo hacer con eso. Tú dibújalo, no hace falta que sea bonito, solo que guarde un cierto parecido”.

Mi mano volvía a dibujar, ahora con el suicida en la sogá, como me había pedido mi padre. Al instante le pregunté con curiosidad cuál era el fin.

“Pero ¿sigues sin comprenderlo, Theo? Aquí tienes ahora la prueba de la que hablé antes de mi transición, ¿te acuerdas? Tú no pensabas ni por asomo en un hacha o un suicida. Pero *yo* pensaba en eso, *yo* quería que tú los dibujaras. ¿Puedes sostener ahora todavía que todo lo que se escribe aquí solo sean pensamientos propios? Ahora vete al médico y pídele que te dé el sobre lacrado, allí encontrarás un dibujo parecido. ¿Que por qué dibujé entonces justo eso? ¿Es que te has olvidado entonces del suicida con el que hablamos en nuestras sesiones? Reflexiona bien sobre todo esto, contiene una buena prueba, si quieres verla. Ahora tengo que dejarlo, hasta la semana que viene, a la misma hora. Adiós, mi Theo. También te saluda Angélica. — Tu padre”.

El repentino cese de papá me tomó desprevenido, si soy sincero he de confesar que me hubiera gustado seguir un poco más. No me levanté al momento, como solía hacer, sino que dejé mi mano reposada, reflexionando sobre todas las cosas que papá me había dicho. De golpe la mano se me puso otra vez en movimiento, haciendo movimientos en círculos y escribió lo siguiente:

“Vaya, maldito mocoso, ¿sigues fantasmear por aquí? ¡Y ahora como una flecha a la cama!”.

—¿Quién es usted? —pregunté. La respuesta que llegó fue:

—Piet Hein (el famoso corsario holandés), Piet Hein, obviamente. Somos viejos conocidos. ¿No está tu padre? ¿Dónde está ese viejo taladro de hierro? Pensé que eran inseparables. Fíjate, ¡tú si que has dado un estirón! Te has hecho todo un hombre, hay que reconocerlo. Pero por mi parte te puedes ir al inf...”

Arrojé el lápiz y salí de la casa. Quería estar entre la gente y olvidarme de todo. Dejar de pensar y de cavilar. Cuando regresé a casa unas horas más tarde de hecho me había sosegado algo. Me quedé dormido sin pensar ya en nada más.

Al día siguiente pudo conmigo la curiosidad por la carta que papá había escrito antes de su muerte y entregado al médico. Se le asomó una leve risita cuando le pregunté por la carta. Al contarle lo sucedido la noche anterior, no pudo dejar de encogerse de hombros, mofándose.

—Yo tengo mis propias ideas —observó— pero, adelante, abramos la carta, por qué no.

Del sobre lacrado apareció una pequeña hoja delgada, ¡con la imagen de un hacha y debajo de esta un hombre colgado de una soga!

El médico ya tenía preparado su dictamen.

—Mira, Theo, te parecerá algo muy especial y chocante. Y sin embargo no lo es. Para mí esto no forma prueba alguna. Porque tú, igual que tu padre, sabías de la existencia de ese suicida. De modo que el punto de vista científico ha de ser: cuando tu padre dibujó esto, tú lo adoptaste de él por vía telepática. Y...

—Pero, doctor —lo interrumpí—. ¡Cómo iba a saber yo que mi padre hubiera dibujado esto!

—Cierto, pero es que eso no hacía falta, sabías de la existencia de ese suicida. Tu padre lo dibujó en este papelito y al mismo tiempo —porque la transmisión telepática funciona infaliblemente— adoptaste sus pensamientos. Y son esos pensamientos, justo esas imágenes las que anoche te volvieron a aflorar de manera consciente y que después tu mano anotó dócilmente. Ay, Theo, podría ofrecerte ejemplos fantásticos de la agudeza con que funciona la transmisión telepática. Hay casos que con bastante más convincentes que lo que te ha ocurrido a ti. No, puedes confiar en lo que te dije: ¡que anotaste tus propios pensamientos! (—dijo).

Heme allí otra vez. Aquí, en el despacho fresco y luminoso del médico, frente a la voz profesional y segura del doctor, no me explicaba cómo alguna vez podía haberme entregado a esas tonterías. Sentía que estaba haciendo el ridículo. Furioso conmigo mismo hice trizas ambas hojitas.

—Tienes razón, Theo, mejor rompe esos papeluchos, de cualquier forma no significan nada. Y si me permites que te dé un consejo: no te pongas a buscar demasiado lejos de tu propia vida. Tienes mal aspecto, estás pálido,

débil. Despréndete de todas esas cosas y busca la naturaleza, sal. Aún eres tan joven, ¡por qué no disfrutar de la vida!

Me prescribió un jarabe y salí de la consulta con la firme convicción de seguir su consejo y de mantenerme alejado de todos estos problemas, que de todas formas no conducían a ninguna parte. Se lo debía a la memoria de mi padre.

También en eso estaba de acuerdo con el médico: su vida me resultaba demasiado hermosa y sagrada como para poder mancillarla de esta manera.

Pasaron meses en los que frecuentaba la naturaleza, pasando horas en el gran parque, junto a los muelles del puerto y sobre los lagos, haciendo largos paseos por los pueblos en el entorno rural de la ciudad. En ese tiempo conseguí sosiego, mejoró mi salud, y toda la miseria y tensión las dejé atrás.

Esos meses me resultaron muy importantes, en muchos aspectos. Conseguí reflexionar. Este período fue una buena ocasión para tomar distancia de los problemas que me habían agobiado durante tanto tiempo, y así es como perdieron gran parte de su horror. Poco a poco empecé a ver muchas cosas con otra perspectiva. Al ya no estar tan encima, me encontraba en mejores condiciones de ver los acontecimientos en su justa dimensión. Hice un repaso mental a todo: nuestras sesiones con las lecciones del maestro Johannes, el lenguaje torpe, frecuentemente vil que había llegado de los espíritus burlones, las largas conversaciones con papá, su lecho de enfermedad, su contacto con Angélica, la felicidad, la sabiduría que le debía a ella, sus predicciones que habían ido cumpliéndose una tras otra, las circunstancias de la prueba que había querido dar y que ni el médico ni yo habíamos podido creer.

No, no vencí mis dudas del todo, pero en estos meses cruciales sí aprendí a darme cuenta de que con la explicación del médico no podían descartarse ni mucho menos todos los fenómenos en su conjunto.

En todo ese tiempo no había sentido necesidad de escribir, tampoco había incidencia desde fuera. Pero una noche, más o menos un año después de la muerte de papá, volví a sentir un calambre en el brazo derecho. Cedí, aunque con sentimientos encontrados, y dejé libre mi mano. Aun antes de que hubiera una sola letra sobre el papel supe que papá estaba allí, y junto a él, Angélica.

“Mucho he tenido que esperar, Theo, mi querido hijo”, empezó papá, “pero ahora ha llegado el momento oportuno. Has pensado en muchas cosas, y muchas cosas has procesado entretanto. Todavía no puedes creer con plenitud, ni tampoco ya dudar tan drásticamente como hacías entonces. Es una lástima, muy, muy grande, que hayas hecho trizas la prueba que te di.

Para ti y el médico todo eran pensamientos propios. Es tu pleno derecho pensar así. Pero si quieres oír mi opinión, entonces te digo que estás equivocado. Y junto a ti, el médico. ¿Sabías algo, Theo, por *poco* que fuera, de lo que

yo dibujé y encerré en un sobre? Nada, no sabías nada. Pero sí sabías cuando te hice dibujar el hacha y el suicida en la soga. Entonces me había conectado contigo, éramos uno de sentimiento a sentimiento y *yo* te inspiré conscientemente a dibujarlo. Así, ambos dibujos se convirtieron en una prueba pura y certera. Pero ¿quieres saber cuándo te nutriste de tu subconsciente? En el instante en que el suicida empezó a escribir por medio de ti. Ese primer renglón emergió de tu subconsciente. Un poco después, de hecho, escribió por medio de ti. Yo lo había despertado hablando de él. Tú lo atrajiste pensando en él. A pesar de estar encadenado al lugar donde se suicidó, le fue posible escribir por medio de ti; en este mundo no hay distancias.

Te pido que me escuches un poco más. Has de escucharme, aunque en el mismo momento creas que carece de sentido y vuelvas a tener fuertes dudas. Es necesario que sepas todo esto. Basta con que lo sepas, no hace falta más. Todavía no te puedo decir para qué, pero algún día lo sabrás. Como todo aquí, también esto sucede con una intención.

Sea como fuere, Theo, has aprendido de los acontecimientos, te pusieron a pensar. Te aseguro que esta “prueba” algún día resultará serte útil.

Esta ha sido la última vez que escribo por medio de ti. Si pudieras aceptar plenamente, entregarte del todo, esto no tendría por qué ser el final. Pero tengo que limitarme ahora a lo que te di, y eso que no son más que destellos de la realidad. Aun así es suficiente, te servirá para aprender a pensar. Ahora vas a vivir tu propia vida. Que sepas que te quiero, y que no cejo en mi empeño de ser un padre y, además, madre para ti. Siempre podrás contar conmigo, jamás podrá destruirse nuestro vínculo.

Me resta pedirte esto: ¿tendrás mucho cuidado cuando luego pongas tus manos en otras? Has de saber lo que hagas: piensa, sondea, intuye, de lo contrario te golpearán. Más no puedo decirte.

¿Qué más habría de decirte? Mi corazón rebosa de ti, de amor por ti. Angélica también te quiere decir algo. Ahora parto, Theo. Dios me encomendará una tarea, a la que me dedicaré plenamente, a la que brindaré todo lo que pueda dar, y entonces mi trabajo estará colmado de bendiciones. Que Dios te haga tener respeto por Sus asuntos sagrados. ¡Sé bueno, mi querido hijo! Tu padre te saluda”.

Por un instante mi mano yació inmóvil, y después escribió:

“Querido hijo de Dios, también yo vengo a saludarte para después partir. Ahora, en el punto en que entras a la plenitud de la vida, en que quizá te esperan los grandes problemas, te digo lo siguiente. Retén bajo cualquier circunstancia las graves palabras que tu padre acaba de darte. Cuando actúes hazlo pensando, pregúntate siempre si haces bien con lo que haces.

Te aconsejo que sintonices con la vida de tu padre, síguela y adquirirás, como él, respeto por la vida de Dios, querrás servir y dar, para que luego no

llegues con las manos vacías aquí a la vida eterna.

Padre te dice: Que Dios guíe tus pasos y que te proteja de todo lo bajo en el ser humano. Adiós, Theo. – Angélica”.

Es difícil expresarte los sentimientos que me recorrieron después de la despedida de ambos. Leía y releía el papel en el que habían escrito sus palabras de despedida y fue adquiriendo para mí un significado sagrado.

“Sintoniza con la vida de tu padre”. Sí, eso haría sin duda, aún más que lo que había sido el caso durante los últimos meses. Ahora me daba cuenta, mejor que nunca, de lo que me quedaba por cambiar si quería llegar a ser como papá, alcanzar su fe, poseer su amor y su respeto por la palabra del otro lado. Solo ahora comprendí, con tremenda nitidez, cómo, con todas esas dudas, había alejado a golpes de mí a papá, que no dejaba de buscarme de nuevo. Y solo por haber escuchado la voz de mi razón y haber ahogado la de mi sentimiento... Preví una larga lucha, porque incluso ahora, en esta hora conmovedora y significativa, oía muy dentro de mí esa voz odiada, que me preguntaba con una nitidez exasperante cómo podía estar yo tan seguro que realmente era papá el que hacía escribir mi mano. Entonces me hincé de rodillas y rogué a Dios que me hiciera ver.



## Decido hacerme militar profesional y contraigo matrimonio

El servicio militar, que me reclamaba, cambió mucho mi vida. Procedente de una existencia bastante retraída, de golpe me encontré en una comunidad ajetreada con gente de todo tipo. Los primeros días todavía tuve que acostumbrarme a esa gran transición, pero pronto me adapté y no me costó hacer amigos.

Lo que jamás me había imaginado se hizo realidad: el servicio militar me sentaba de maravilla. La agitada vida de soldado me absorbía por entero y me encontraba ante tantas cosas nuevas que los problemas que en casa me habían ocupado con tanta seriedad e insistencia, aquí pasaron a un segundo plano. Yo, que antes prefería estar en casa y evitaba a la gente, ahora la buscaba y salía con ella. Hacia el final de mi servicio militar consideré seriamente hacerme militar profesional; no me seducía nada la vida monótona que me esperaba en casa. El negocio tampoco me atraía, me agobiaba tener que volver simplemente a la tienda, con su sinfín de grandes y pequeñas preocupaciones. Mantener la contabilidad, ese aburrimiento desagradable de números, volvería entonces a empezar; la idea de tener que hacerlo, hasta morirme, me daba escalofríos. Qué diferencia tan grande con la vida de soldado: era más libre, más amplia, más alegre. Por supuesto que también tenía sus lados menos agradables, pero en conjunto el servicio militar me atraía más que una vida detrás del mostrador. Sabía que al mozo le encantaría que le traspasara el negocio; el dinero que me reportaría lo podría apartar.

El servicio militar me garantizaba unos ingresos suficientes, de modo que también en ese sentido bien podía atreverme a dar el paso. Así que nada me impedía convertirme en militar profesional. El sentimiento de haber encontrado ahora mi destino vital me aligeraba y alegraba el espíritu, y me puse a mi nueva tarea con entusiasmo.

Mi felicidad ya fue completa cuando conocí a la chica que se convertiría en mi mujer. La quise a primera vista, en seguida nos pusimos de acuerdo. Nada nos impedía casarnos en poco tiempo. Los primeros tiempos transcurrieron de manera muy feliz, la vida me parecía hermosa y buena, y cuando se nos dio una hija, me sentí la persona más feliz del mundo.

Con el sosiego de las horas nocturnas en casa, mientras mi mujer hacía punto, volví a la lectura. Había encontrado en el ático los libros de papá en una gran maleta y eso fue lo que empecé a leer. Entre ellos había muchos que en su día no llegué a leer. En buena parte habían sido recibidos de manera mediúmnica y contenían revelaciones de espíritus sobre el más allá, la vida,

el morir, el infierno y los cielos.

Se me abrió un nuevo mundo, o mejor dicho: un nuevo mundo se me estaba abriendo aún más. Tiempo atrás me había detenido, espantado por mis desagradables experiencias con las sesiones, y más tarde, con la escritura por medio de mi mano, no había querido seguir penetrando en el mundo del espíritu, tal como se describía en los libros que papá había adquirido. En esos tiempos había concedido más valor a las explicaciones destructivas que ofrecían mis propios libros sobre los fenómenos. Y estos me habían instilado escepticismo frente a todo lo que viniera del otro lado. Pero ahora esos libros no me atraían; no desaprovechaba ni una sola hora libre, me sentaba a leer los libros de papá con cada vez más ganas. Eran horas hermosas, apasionantes: iba penetrando cada vez más en ese mundo en el que papá debía de estar viviendo ahora y del que ya en vida había recibido imágenes.

Ya al comienzo del servicio militar, una y otra vez me di cuenta por las conversaciones con mis compañeros de cuántas preguntas les rondaban la cabeza sobre Dios, la vida, la muerte y la vida en el más allá. Y ahora estaba leyendo en estos libros la respuesta; respuestas que me sorprendían por su sagacidad, su lógica y su riqueza.

Ay, sin duda que ahora tampoco faltaban las ocasiones en que se asomaba la duda, pero no me afectaba, o apenas, porque me la sacudía de encima, para lo que me bastaba pensar: '¡Qué asombroso es todo lo que hay escrito en esos libros, pero para mí es irrefutable que no lo puede inventar el propio hombre!'

Era comprensible que quisiera compartir con mi mujer la alegría que me despertaban los libros de papá. Cuando supe suficiente para poder contarle muchas cosas, para poder responder a posibles preguntas suyas, empecé a hablarle de ellos. Pero ¡qué grande fue mi decepción! Ya después de mis primeras palabras, mi mujer, que profesaba una corriente protestante, me dijo sin rodeos que debía dejar esos libros, no debían estar en manos de un cristiano. Su vehemencia me sorprendió, nunca la había visto así, y le pregunté cómo podía opinar así cuando ciertamente no sabía nada sobre su contenido. Entonces resultó que mis ávidas lecturas le habían despertado la curiosidad y que ayer los había estado ojeando. Se había asustado de las herejías que contenían, que estaban en el polo opuesto de lo que su iglesia le había enseñado. Y también su madre los había ojeado, y esta los había llamado libros diabólicos, que no debían estar en nuestro hogar.

Sabedor de la dedicación con que profesaba su fe, no le tomé a mal esta oposición. Yo mismo podía comprender mejor que nadie que aceptar estos libros no era cualquier cosa. Así que conservé la calma y le dije que le contaría mucho sobre los libros, porque sí que querría escuchar, ¿no? No, no quería oír ni palabra al respecto, salió de la habitación y oí cómo se fue a acostar.

Su brusco comportamiento hizo mella en mi alma; con el tiempo aquella se convertiría en una brecha, por donde se escaparían nuestra felicidad y nuestra armonía...

Vivíamos cerca del cuartel y una mañana sentí que algo me impulsaba a ir a casa. Mi sentimiento me decía que algo no iba bien y me obligaba a ir a casa. Mi mujer estaba junto a la estufa. Me miró asustada cuando entré.

—¿Tú aquí? —preguntó mientras se ponía roja—. ¿Ahora?

—Mi sentimiento se confirmó, algo no cuadraba aquí.

—¿Qué estás haciendo? —pregunté entonces mientras me acercaba a la estufa. Ya no hacía falta que me dijera nada: saqué un libro medio quemado del fuego. En un fogonazo mis pensamientos volvieron a mi juventud y vi a mis padres delante de mí, mamá echando pestes de los libros de papá mientras le lanzaba un libro a la cara después de arrancárselo de las manos. ¿Íbamos a tener Annie y yo una misma vida?, me pregunté de golpe, transido de dolor. Me fui sin poder decir nada más, preocupado, absorto en mis pensamientos. Aún me resistía a creer que las diferencias de opinión podrían ser capaces de acabar con nuestra felicidad matrimonial. Pero pronto caería del burro.

Después de Annie fueron sus padres los que se esforzaron por alejarme de la lectura de los libros. Cuando tampoco ellos pudieron convencerme de que mi punto de vista era pagano, me enviaron a dos diáconos, y después hasta al mismo pastor protestante.

Consiguieron lo contrario de lo que pretendían. Precisamente esas largas conversaciones afianzaron más y más mi convicción de que mis libros estaban en lo cierto. Una y otra vez me quedaba más claro lo pusilánime, ilógica y hasta cruel que era su doctrina. Tantas eran las cosas que tocábamos en nuestras conversaciones. Yo aducía que era imposible que Dios, tal como ellos lo pintaban, pudiera ser considerado un Padre de Amor. Yo preguntaba: ¿Acaso es posible que un Padre elija a un hijo Suyo, le dé toda la gloria del cielo, y que condene a Su otro hijo para la eternidad y lo envíe al infierno? A esta y todas mis demás preguntas respondían invariablemente y encogiéndose de hombros, que las decisiones de Dios eran inescrutables. Ante mi encendida argumentación de que Dios no dejaba que se perdiera ni uno solo de Sus hijos, sino que estos, después de enmendar sus pecados, volverán todos, sin excepción, a Él, respondían muy indignados que los libros que propagaban, semejantes teorías eran paganos y sus adeptos, herejes. Mientras tanto, la relación entre mi mujer y yo iba deteriorándose día a día. Se fue entristeciendo, iba a sus cosas y no decía más que lo imprescindible. Te aseguro que me resigné, pero no sin más. Tenía todo el interés del mundo en hacer las paces con ella y en recuperar la armonía de los primeros años de nuestro matrimonio. Cada vez volvía a inventarme cosas nuevas para sorprenderla, lo intentaba con flores, con bisutería, con ropa, en resumen: la mimaba como

nunca antes había hecho. Todo lo aceptaba con una breve risita, pero no renunciaba a su rígida actitud de rechazo. Cuando alguna vez yo ya no lo aguantaba y le hacía reproches, me espetaba de golpe, con acritud y encono, que podía estar contento de que ella siguiera aquí, compartiendo el mismo techo con un hereje...

Tuve que aceptar que nuestro matrimonio estaba encallando por diferencias de fe, por la fe que precisamente debería unirnos a los seres humanos...

Durante estos días las palabras de papá se me venían a la mente con una claridad dolorosa, solo ahora me daba cuenta de su significado. “Y te pido una cosa más”, había escrito más o menos a través de mi mano: “¿Tendrás mucho cuidado luego cuando pongas tus manos en otras? Has de saber lo que hagas, piensa, sondea e intuye: de lo contrario no te salvarás de los golpes”.

El cambio de actitud tan repentino de Annie me había tomado desprevenido; el amor que yo imaginaba en su interior de golpe se había transformado en frialdad. Me soportaba y al mismo tiempo se veía como una mártir, a quien el destino había colocado junto a un pagano, a un apóstata. ¿No me habría sido posible prever todo eso? Sí, ahora tenía que reconocerlo, y más si hubiera seguido el consejo de papá. Annie era muy beata desde hacía tiempo; desde que la conocía no había faltado ni un solo domingo a la iglesia, y volviendo ahora la mirada, ya había dado muestras en más de una ocasión de que era una acérrima adversaria de otras visiones en el ámbito de la fe. Todo eso debería haberlo pensado antes y haberle familiarizado con más diálogo y tacto con mis ideas, tan diametralmente opuestas a las suyas. Reflexioné que podría haberme ahorrado a mí mismo este golpe. Pero —así me reprochaba a mí mismo— entonces debería haber sondeado a Annie, debería haberla seguido en sus pensamientos, en sus quehaceres, y la habría comprendido mejor, habría podido acogerla mejor, y entonces probablemente nos habríamos entendido, e incluso estado más próximos el uno del otro. Sentía que yo mismo había fallado tremendamente, que en el matrimonio no bastaba con decir al otro: “Te quiero”, sin tomarse ninguna molestia de adentrarse más en el otro, lo cual era necesario para una sana armonía, según me había quedado ahora estrepitosamente claro.

Pero aún no sería demasiado tarde para ello, creía esperanzado. Ante todo tenía que arreglármelas para salvar el abismo entre nosotros. Después de darle muchas vueltas vi mi camino. No conduciría a ninguna parte. Fracasaron mis intentos de que me viera con otros ojos. Se mantuvo irreconciliable, y con ella, sus padres. Le pregunté qué debía hacer para conseguir que el ambiente en casa cambiara y mejorara. Sacar esos libros diabólicos de casa, respondió, y creer lo que su iglesia enseñaba como la verdad. Ya me alegré de que respondiera mi pregunta, porque de costumbre se salía de la habitación si tocaba la cuestión.

—Mis libros no los ha escrito el diablo, Annie, por favor, créeme. Lo que enseñan precisamente es que nosotros, los seres humanos, hemos de ir a Dios, que lo tenemos que amar. También dicen que hemos de amar a nuestros prójimos. Es por eso que no quiero que vivamos ignorándonos tan fríamente. Hazme el favor y échale un día un vistazo a uno de esos libros, aunque solo sean unos pocos capítulos. No me digas que eso te pueda perjudicar. Y entonces quizá pienses de mí de otra manera. Hazlo por mí, no es posible que tu amor por mí haya muerto, ¿no? (—pregunté).

No, agitaba la cabeza con determinación en señal de rechazo, no iba a leerlos. Solo leía lo que su iglesia le daba para leer, y su Iglesia sí que estaba en lo cierto.

¿Que cómo estaba tan segura, que solo su iglesia estaba en lo cierto? Esa iglesia existía desde hacía siglos, fue su respuesta. Había grandes eruditos que aceptaban lo que ella aprendía, tenía millones de fieles. ¿Y todas esas personas iban a estar equivocadas? No, solo tú estás en lo cierto, añadió con desdén. No quería oír hablar más de esto, yo ya estaba al tanto de su exigencia.

Aún lo intenté de otra manera y le dije:

—Pero tu iglesia, en la que dices creer tanto, también te enseña, ¿no es cierto?, que has de amar a tu prójimo como a ti mismo, y que...

Dio un portazo a modo de respuesta.

Algún tiempo después Annie se puso gravemente enferma, tanto que el médico temía por su vida. Le dio una neumonía que había degenerado en pleuritis. De qué poca fe dieron muestra Annie y sus padres en esas semanas. Mirando de cara a la muerte, había quedado poco de su esperanza de que después de que muriera Dios la estaría esperando y que estaría eternamente en Su Santidad. La mantenía presa un miedo atroz a morir. Cuando vi su desesperanza y temor se me ocurrió lo diferente que había sido la actitud de papá ante la muerte. Ella siempre había proclamado que pertenecía a la iglesia elegida, *sabía*, decía, y había vivido según este saber, pero ahora, en los instantes en que Dios, al parecer, la iba a llamar, no había quedado nada de su seguridad, y lo que hacía era temer volver a estar con Él. En lugar de estar dispuesta a morir y de estar contenta con la perspectiva de ver entonces a su Dios, rezaba y suplicaba que por qué no se la dejaba vivir un poquito más. También papá decía que *sabía*, pero así es como se portaba: se había preparado tranquilamente y con humildad para hacer su transición. Para él la muerte no tenía nada terrible, porque sabía lo que le esperaba al otro lado de la tumba.

Hablé con Annie, intentando tranquilizarla, infundiéndole valor y confianza. Le dije que para nada estaba decidido que fuera a morir. Solo Dios lo sabía. Así que tenía que poner su vida en Sus manos, y dejar de quejarse y lamentarse. También que debía darse cuenta, le dije, que en el fondo no

existía la muerte y que seguiría viviendo allí del otro lado; que sería preferible que rezara y se entregara llena de confianza a su Padre Divino, que no la condenaría ni a ella ni a ningún otro hijo Suyo.

Ciertamente, Annie escuchaba y se serenó un poco. La crisis estaba llegando a su punto culminante. Mis suegros se retorcían las manos en desesperación, no podía ser que se hija se fuera. No tenían más hijos que ella. Dios tenía que dejarla aquí, su hija tenía que vivir... También a ellos pregunté dónde había quedado su confianza, y dónde su entrega a las decisiones de Dios, que sin embargo, como buenos cristianos, debían poseer. Su respuesta fue contundente; que desde luego yo aquí era el último con derecho a hacer preguntas, que cómo era posible que me atreviera a pronunciar la palabra Dios. Por cierto, dijeron, sabían muy bien por qué me quedaba tan tranquilo, sin mostrar tristeza sobre la posible partida de mi esposa: es que la odiaba y seguramente que estaría suspirando por volver a ser hombre libre. Esas palabras me obligaron a hacer un gran esfuerzo por dominarme. Conque mis palabras eran malentendidas de este modo; así era como se explicaban mi confianza y entrega. ¡Cuánta vileza e incomprensión destilaban sus palabras en el fondo! Y ellos qué iban a saber de mis sentimientos por Annie, de mi firme voluntad de cambiar nuestra disarmonía por felicidad y amor. Mi suegro era consejero parroquial de su iglesia, ¿cómo era posible pues que hablara con tanta frialdad!

Annie padecía dolores horribles; me quedé un rato a solas con ella y de pronto tuve la sensación de que podía ayudarla. Tomé sus manos entre las mías y mientras tanto le hablé con mucha calma. De repente sentí claramente sus dolores. Se me vinieron a la mente las palabras de papá, pronunciadas cuando estaba en su lecho de enfermo. “Puedes curar a las personas. Tus manos irradian una fuerza que cura”. Pensé muy intensamente en papá y le pedí que me ayudara, si podía. Y con fervor recé a Dios, suplicándole que me diera la fuerza que pudiera sanar a Annie, si esa era Su Voluntad.

Rebosante de gratitud vi un poco después que Annie, que ya llevaba noches sin pegar ojo por sus dolores, estaba dormida. Al día siguiente, el médico tenía una expresión como si hubiera sucedido un milagro. Mi esposa tenía un aspecto bastante mejor, dijo, no comprendía muy bien ese brusco cambio. También los siguientes días tomé las manos de Annie entre las mías, enviándole así fuerza. Yo sentía claramente que papá estaba conmigo y que me ayudaba. Y algún tiempo después el médico dictaminó que estaba fuera de peligro.

De tan contento que estaba dije a Annie el modo en que la había podido ayudar y llamé a la curación un milagro en el que el otro lado —eso era un hecho para mí— tuvo que haber intervenido. Se lo comenté con entusiasmo y detalle, con la esperanza de que esto la hiciera cambiar de parecer. Me

equivoqué dolorosamente: apenas había terminado de hablar cuando empezó a despotricar que era una vileza que la arrastrara a ese mundo, no quería esa porquería, ¡no quería mejorar si era con esos tejemanejes diabólicos! Cada palabra suya se me hacía como una piedra con la que elevaba aún más el muro que nos separaba.

Ahora que estaba fuera de peligro, Annie olvidaba su miedo a la muerte. Pero yo, yo no podía olvidar tan fácilmente su actitud. Ni Annie ni sus padres resultaron estar preparados para la muerte. ‘Pero ¿cuántos sí?’, me preguntaba. ‘¿De que servía ir fielmente a la iglesia, dejar que te atiborrasen el espíritu con proverbios de la Biblia, con palabras, si Dios, a pesar de eso, continuaba resultándote lejano, extraño y amenazante, si la vida eterna, de la que te cantaban todas las glorias, te seguía pareciendo, a pesar de todo, más aterradora que la terrenal, y te hacía luchar como un animal para poder conservarla? Qué poco vital y convincente debía de ser la doctrina de las iglesias si después de veinte siglos la mayor parte de sus creyentes seguía sin vencer su miedo a la muerte, a Dios y a la vida eterna...

Con tanta más gratitud pensaba en las predicaciones bondadosas y hasta grandiosas que había encontrado en mis libros espiritualistas, que quitaban por completo el temor a la muerte, que nos mostraban a Dios como un Padre amoroso y estrictamente justo, ante quien ni uno solo de Sus hijos necesitaba tener miedo o estremecerse, ¡en esencia un Dios en todas y cada una de Sus Obras! Y mi deseo de atraer a Annie hacia este pensamiento, de quitarle así su miedo a la muerte, se hizo mayor que nunca, para que luego pudiera entrar en la vida eterna con una mejor preparación.

No pasó mucho tiempo antes de que se confirmara por segunda vez que era correcta la predicción de papá sobre mi don de curar a los enfermos. Un conocido mío se enfrentaba continuamente a enfermedades en su familia; sus dos hijos llevaban ya bastante tiempo en cama, quejándose de dolores de barriga, sin que el médico supiera muy bien qué les pasaba. Su mujer tampoco estaba bien del todo. Cuando lo visité un día y le hablé del brusco cambio en la enfermedad de mi mujer gracias a mi tratamiento, me preguntó que por qué no hacía entonces lo mismo con sus hijos. Me llevó a las camitas de sus hijos y repentinamente me entró la misma sensación que aquella vez junto al lecho de enferma de Annie: que podía ayudar, que podía aportar curación. Sentí una felicidad sin límites cuando a los niños se les fue el dolor de barriga y la palidez, y recuperaron la alegría. También le quité los dolores a la mujer. Esos días era como que planeaba en lugar de que anduviera, mi alegría me daba alas. Y una y otra vez daba gracias a Dios por permitirme servir y ayudar a otros. ‘Qué gloria es dar’ se me pasaba esos días por la cabeza, ¡qué sentimiento tan anchuroso y alegre hace acelerar entonces el corazón! Entretanto, había habido un acercamiento con la familia, me había convertido en

un amigo del hogar. Y entonces constaté lo malas que eran las circunstancias en las que vivían. La mala suerte en los negocios los había obligado a contraer deudas, su amortización se tragaba casi todo el dinero que necesitaban para vivir. Entonces me vinieron a la mente las palabras de papá, pronunciadas hace mucho tiempo. “Hemos de ayudar a los demás todo lo que podamos. Es una obligación cristiana. Pero sí has de saber que dar es un arte. Porque no todos los que lo piden merecen ser ayudados. Es un arte, dicen los maestros de este lado, porque con frecuencia hacemos peores a quienes ayudamos, en lugar de mejores. Así que da a espuestas, Theo, nunca te aferres a tener. Da cuando tengas que dar, pero mantén tu cartera cerrada cuando te cruces con el ladrón”.

Esta gente merecía ser ayudada. Se privaban de lo más imprescindible, solo para pagar sus deudas, y sin embargo no se quejaban. Disfrutaba ayudándolos, viendo cómo volvía a lucir el sol en sus corazones.

Leían mis libros con avidez y cuando nos visitábamos profundizábamos en los asuntos espirituales, instruyéndonos durante horas. Annie, que no sentía necesidad de tener amigos y solo visitaba y recibía a sus padres, los esquivaba todo lo que podía. Un día estalló un conflicto entre ella y yo. Al hablar más de la cuenta, se enteró que había ayudado a esta gente con dinero. Se puso furiosa.

—¿Qué? ¿Tú te crees que yo intento gastar lo menos posible por esos tipos, por esos holgazanes, esos vagos, que ni siquiera son capaces de llevar un negocio? —gritó.

Le pregunté si es que entonces nunca había oído en su iglesia estas palabras de Cristo: “En verdad les digo que cuanto hicieron a unos de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicieron”.

—¡Herejes, eso es lo que son, igual que tú!

Y esas palabras, exclamadas llenas de pasión, eran las que tenían que explicar su actitud. Me mostró su amargura hacia mí y mis libros; me hizo ver la fosa que ya había entre ella y yo. Salí de casa más desanimado que nunca, en busca de la naturaleza. Me preguntaba cuál podría ser la causa de que ella y sus padres se posicionaran con tanta hostilidad, tan irreconciliables, frente a quienes pensaban de otra manera que ellos. Y me pareció que era por esto: se creían los hijos elegidos de Dios, bajo la autoridad de su iglesia, y cualquiera que no perteneciera a su fe era un hereje. Esa opinión creaba distancias entre la gente, según reflexioné, que jamás serían salvables. ¿Cómo iban a poder entenderse las personas, los pueblos, si se dejaban alejar unos de otros por unas ideas así de horribles?

“Haces que mi vida sea un infierno”: ¿Cuántas veces no me había dado a entender eso? ¿Realmente era así o es que ella misma era la causa de que lo fuera? ¿Es que entonces me tenía que plegar a su voluntad, retirar los libros



de casa y sacar a cuchilladas de mi corazón todo lo que estos me habían dado de sabiduría vital, serenidad y alegría? ¿Como si fuera capaz de hacer algo así!

¿Hacía yo mal en querer vivir mi propia fe, a pesar de las objeciones de ella? ¿En rodearme de amigos para quienes los libros eran alimentación espiritual, igual que para mí? Pero entonces me ponía a repasar cómo actuábamos. Ella odiaba a los heterodoxos, y a mí me amargaba la vida con su forma de actuar denigrante y sus gélidos silencios, solo esporádicamente salpicados de comentarios y críticas punzantes. Yo no la odiaba; al contrario, siempre volvía a buscarla, no dejaba de darle pruebas de mi amor y me cuidaba de no herirla en su fe. ¿Tenía que seguir sus pasos odiando también? ¿Qué es lo que le merecían a ella los demás? Había hecho escenas desagradables cuando descubrió que ayudaba a terceros con dinero. ¿Es que entonces yo también tenía que cerrar mi corazón a la necesidad del prójimo? Y ¿era bueno aislarse tanto, evitar tanto a la gente como ella? ¿No era una forma de pobreza? Ella no era nada para nadie, nada podía dar, todo lo buscaba en su casita bien reluciente y donde sus padres. ¿No teníamos justamente la obligación de estar con los demás, darles amor, buscar sus corazones?

No, mil veces no: no podía seguirla en esto, no iba a deshacerme de mis libros. Prefería serle un ejemplo, imponerle respeto; algún día entendería que no era un hereje, sino que creía en un Dios y que procuraba servirlo a Él.

Para convencerla de mi buena voluntad, un día le puse en la mano cuatro mil florines. Alzó la mirada extrañada, como preguntándome. Entonces le dije que para demostrarle que de ninguna manera quería ser injusto con ella, le cedía la mitad de mi dinero. Podía hacer con él lo que quisiera, a condición de que prometiera no hacerme reproches si daba a los demás mi parte del dinero. Al ver su alegría sentí un dolor lacerante. No guardó el dinero inmediatamente, sino que fue colocando billete tras billete delante de ella encima de la mesa; por primera vez en mucho tiempo la vi sonriente y contenta...

Poco o nada conseguí con este gesto. Sí que cumplió su parte de nuestro acuerdo y no volvió a increparme cuando ayudaba a los demás. Pero ahora manifestaba su disgusto de otra manera: poniendo caras largas, caras que día tras día se hacían más largas.

Se me hacía aún más patente lo fría, vacía y pobre que era nuestra vida doméstica cuando veía la relación que había entre mi amigo y su mujer. ¡Qué vínculo tan glorioso y fuerte había entre esos dos! Qué increíblemente hermoso es el matrimonio cuando dos personas se comprenden. Estos dos se amaban, se concedían todo, nada les parecía excesivo para que el otro estuviera a gusto. Se comprendían sin tener que decir palabra alguna. Se tenían consideración y un respeto immaculado, y a Dios le ha tenido que complacer seguirlos.

Cuando me despedía de ellos y volvía a mi cueva congelada muchas veces

me sentía fatal. Una de esas noches hablé largamente con Annie y la imploré que por qué no adoptaba por fin otra actitud conmigo.

—Quieres a tus padres —le dije—; ¿no puedes sentir lo mismo por mí? Soy tu marido, te amo, quiero hacer lo que sea por tu felicidad. ¿No me puedes dar entonces un poquito de amor? ¿Tuviste alguna vez una amiga? Claro que la tuviste. Bueno, ¿y podías estar siempre resentida con ella? ¿La rechazabas con la mirada? ¿Dejabas de hablarle durante días? Entonces ¿por qué sí actúas así conmigo? Trátame al menos como a un amigo, sé una verdadera compañera para mí, y la vida aún nos podrá sonreír.

La culpa es de mis libros, dices. Pero, por favor, déjamelos tener. Sé generosa por una vez, yo a ti no te ataco: entonces no dejes que mis libros te molesten. Me contaminan, dices, y quien los lee abre su corazón a Satanás. Pero mira por una vez a mis amigos, a quienes tanto maldices. ¿Actúan de forma satánica? Han padecido una pobreza que clamaba al cielo, pero no se quejaban; decían que querían aceptar, sin rechistar, lo que Dios les ponía sobre los hombros. Siempre arriman los hombros, ¿entiendes?, siempre, para cargar el sufrimiento; así es como lo llevan y así es como entretanto aún florece su amor. Y ahora han perdido a su hijo mayor, y sin embargo no dicen blasfemias ni acusan a Dios. Se resignan y se animan uno al otro. Mira, eso es fuerza, eso irradia algo. ¡Eso sí que son cristianos, eso sí que es un matrimonio!

—Dios los ha castigado, ¡eso es otra cosa! ¿Tengo que hacer algo más que rezar para que Dios no te castigue algún día también a ti? ¿Es que tengo que estar contenta y abrazarte con efusión porque pasas de largo de Su iglesia? (—preguntó).

¿Cómo podría yo salvar alguna vez el muro que había levantado ella con su fanática incredulidad hacia mí? ¿Es que no entendía ella misma que era imposible servir a su Dios con su actitud llena de encono y desprovista de amor? ¡Eran preguntas que ya no me serían respondidas en esta vida!

Después de mi ascenso a sargento mayor me trasladaron de Amersfoort a Arnhem. Entretanto, sus padres se habían mudado a Róterdam. Estaba yo bastante esperanzado de que Annie cambiara de actitud, ahora que ya no estaba bajo la égida de sus padres, y de que se acercara más a mí en ese nuevo entorno. Pero también esa esperanza fue en vano: una extraña fuerza mantenía cerrado su corazón para mí.

Aun así los años en Arnhem me aportaron una felicidad grande, intensa. Llegué a conocer los libros que fueron llevados a la tierra por el maestro Alcar y por usted, el instrumento, por medio de quien ahora se me ha concedido escribir. ¡Es inconmensurable cuánto me han dado esos libros! ¡Cómo disfrutaba de las descripciones de los viajes que hacía usted por los cielos e infiernos junto a su maestro! ¡Qué impresión tan aplastante me causó el espíritu Lantos con su historia sobre su vida en la tierra, su suicidio y su llegada y

estancia en la tierra del otro lado! Qué grande fue mi sensación de felicidad y mi gratitud cuando pude leer en los tres libros sobre 'El origen del universo': cómo había creado Dios el mundo, los planetas, a los seres humanos y los animales. (Este libro apareció primero en tres tomos diferentes). Se me amplió tanto el conocimiento sobre la vida aquí en la tierra y en los mundos astrales. Y constaté, estremecido, que lo que el maestro Johannes, o sea, Angélica, nos había contado una vez, estaba siendo confirmado por los libros de usted.

Entonces se me ocurrió viajar a usted; me impulsaba mi deseo de conocerlo, a quien se le concedía vivir estas cosas poderosas. Lamentablemente, no conseguí liberarme. Fue un mes antes del estallido de la conflagración mundial, y la tensa situación internacional nos retenía a nosotros, los militares, en los cuarteles. Era imposible imaginarme entonces en qué circunstancias sí me encontraría algún día con usted...

## Mi final en la tierra

En las semanas dramáticas, cargadas de tensión, en las que todos nos dimos cuenta de que sería casi imposible mantener la guerra fuera de nuestras fronteras, me surgieron muchas preguntas mortificantes. Por aquel tiempo me había hecho militar profesional, porque quería poder salir de Róterdam, fuera del ambiente oprimente en el que tan mal me sentía conmigo mismo. Sin que lograra hacer de mí un militar en cuerpo y alma, el servicio militar, sin embargo, nunca había dejado de atraerme. Hacía mi trabajo con buen ánimo y me parecía un buen medio para rodearme de gente joven a quien podía apoyar e informar con mis conocimientos de los libros. Precisamente en el servicio militar, donde acechan tantos peligros morales que pueden desequilibrar a uno por completo, a muchos jóvenes les agrada apoyarse en alguien mayor y más experimentado. Atraje a estos jóvenes, ganándome su confianza, y así pude ayudarlos muchas veces con sus conflictos internos.

Pero en estas semanas de repente me quedó tremendamente claro que ese no era el objetivo del servicio militar, sino que su tarea primordial era adiestrar a los soldados para que fueran capaces de exterminar al enemigo con sus armas. Jamás me había dado cuenta en toda su dimensión de que las armas, cuyo manejo yo enseñaba a los jóvenes, algún día realmente habrían de servir para matar a seres humanos. Ahora, en estos días en que también para nuestro país la guerra parecía estar convirtiéndose en una amarga realidad, esa conciencia aciaga, tan amenazante, se me estaba viniendo encima.

¡Cualquier día se nos podría ordenar marchar contra el enemigo, y entonces tendríamos que matar, nosotros, los soldados!

Matar: pero eso era justamente lo que no quería hacer, nunca, jamás podría levantar la mano contra un prójimo. ¿Tendría que hacerme objetor de conciencia, ahora, en las barbas del enemigo? No, eso no lo quería bajo ningún concepto, me negaba a ser un cobarde.

Entonces, a pesar de todo, ¿dejarme llevar a las posiciones y matar a gente? El Estado, que me había alimentado y vestido todos estos años, la patria, que yo amaba, los muchachos a quienes mandaba: contaban conmigo. ¿Podría dejarlos en la estacada? Y ¿no estaban ahí mi esposa e hija? ¿Acaso no tenía que defenderlas a ellas?

Pero —qué pregunta más horrible— ¿tenía que obedecerlos y ahogar la voz de mi conciencia, que me decía que era mejor ser un cobarde a los ojos de la gente que un asesino a los ojos de Dios?

En medio de este caos en mi vida interior invoqué a papá. Un día me había dicho que lo llamara cuando lo necesitara.

“Padre”, le recé, “dime qué hacer, dime cómo debo actuar cuando luego ataquen nuestro país. ¿Tengo que participar en el combate? ¿He de matar por el pueblo y la casa real? ¿Qué me aconseja, padre? ¿Sería mejor objetar? ¿Ayúdame, padre, y dame la respuesta correcta!”. Estas palabras emergían en mí una y otra vez: durante las horas de servicio, en casa, no había lugar donde me librara del problema. Una noche, en la cama, sentí a papá muy, muy cerca, tan cerca que hubiera querido hablarle en voz alta. Se inclinó hacia mí, según sentía yo, y entonces —casi grité de júbilo— me entraron las palabras redentoras.

¡No me estaba permitido disparar, jamás de los jamases me estaría permitido matar! Sí tenía que salir con la tropa si hubiera guerra. Pero nunca y bajo ninguna circunstancia podría dar el paso de cometer actos violentos.

Ahora sabía mi posición, papá había hablado. ‘Pero es curioso’, reflexioné esa noche: si miraba en la profundidad de mi fuero interior sabía que en el fondo yo mismo ya había resuelto actuar así. Sabía que no me estaba permitido matar, mi conciencia se había pronunciado con suficiente claridad al respecto, pero tampoco quería sustraerme a la batalla, si la hubiera; había algo en mí que me obligaba a seguir en mi puesto e ir en busca del fragor de la batalla.

No era el único que intentaba determinar ahora su punto de vista de cara a la amenaza de la guerra. Los muchachos con quienes había hablado tantas veces me venían a buscar, y las preguntas que los atormentaban eran como las mías.

—¿Qué hará usted, mi sargento mayor, cuando haya guerra? ¿Disparará u objetará? ¿O es que en la guerra está permitido matar?

Deseaban de mí respuestas claras, y desde el fondo de mi corazón agradecí a papá que estuviera preparado para dárselas. Esa noche fue la más feliz de toda mi vida.

En el instante en que empecé a hablar me embargó una seriedad total, me sentía con el ánimo solemne, y la voz me sonó cálida y convincente cuando dije:

—Escuchen, muchachos, les doy las gracias por la confianza tan grande que me tienen, que quieran someterme a mí semejantes preguntas tan graves, preguntas vitales. Estos días yo también me he enfrentado a ellas, pero ahora sé cuál es mi camino. He llegado a la siguiente convicción: nunca jamás estará permitido que en la guerra matemos. Jamás tendremos justificación ante Dios si matamos Su vida. Si matamos somos asesinos. Somos asesinos aunque matemos como soldados. Aunque matemos por órdenes superiores, no podremos contar con la gracia de Dios. Dios no aplicará la gracia cuando estemos ante Él y tengamos que decir que hemos matado a un prójimo. Nos preguntará: “¿Por qué hizo eso?” Dios nos preguntará: “¿Por qué destruyó Mi

vida?” (—dije).

Yo mismo oía que el timbre de mi voz había cambiado a medida que hablaba; me recorría un sentimiento de felicidad. Era papá quien hablaba, las palabras eran suyas. Para convencer bien a los muchachos de la gravedad, dijo dos veces lo mismo. No me hacía falta buscar las palabras, las propulsaba a mi boca.

—Estos son los hechos, muchachos, nosotros mismos nos excluimos de Dios si nos olvidamos y asesinamos Su vida. De modo que cada cual decida lo que haga. Esa decisión afecta al alma de ustedes, afecta a su vida después de la muerte. Así que deliberen bien. A nuestra Reina la tenemos que servir y obedecer sus órdenes. Y Dios ordena: “¡No matarás!”.

Ni un solo ser humano podrá entrar en un cielo si sobre su conciencia pesa la muerte de un prójimo. Es algo muy natural; es una ley de la naturaleza que quien haga mal no puede esperar ningún bien” (—dije).

Aquí callé un instante para darles la oportunidad de absorber mis palabras. Vi que pensaban profundamente. Uno de ellos preguntó de repente:

—Pero si nos atacan, ¿no tenemos que defendernos entonces? ¿Simplemente tenemos que dejar que nos masacren? Se trata de nuestra patria, de nuestras esposas e hijos, ¿no es cierto?

Se hizo un profundo silencio después de esta pregunta de suma gravedad, todos me miraban con tensión y expectantes.

“Padre”, recé, “Padre, hazme decir las palabras correctas; haz todo lo posible para informarlos bien, ¡hay tantísimo en juego aquí!”.

Entonces dije, y la voz me sonaba con aún más vigor que antes:

—Sea cual sea la razón por la que matáramos, ya sea por la mujer y los hijos, por la patria, el pueblo, por la casa real, no dejaríamos de ser asesinos, porque violaríamos la propia vida de Dios. No podemos dar rodeos en esto. Para Dios, una patria no es más que un trocito de tierra, donde amanecemos, vivimos y nos desarrollamos. Dios no reconoce países ni pueblos, Dios solo reconoce la tierra, solo reconoce Sus hijos que la habitan. Él les enseña que tienen que ser tolerantes los unos con los otros, amarse, incluso. Es por eso que no podemos matar, ni siquiera cuando se nos ataca. Mejor dejar que nos maten y a quienes amamos, que actuar contra Su ley Divina. Tenemos que confiar en Él, ¡nos pasará exactamente aquello que *Él* considere necesario! ¡Así que no hemos de matar, sino depositar nuestra suerte en las manos de Dios, confiar en Él e inclinar la cabeza ante Él!

—¿Qué es lo tenemos que hacer entonces, mi sargento mayor? ¿Es que tenemos que hacernos entonces objetores?

—Que cada uno de ustedes decida lo que haga. En esto nadie puede decidir por los demás. ¿Lo que haré yo? Saldré al campo de batalla si se llegara a ese punto. Pero no dispararé ni daré órdenes de disparar. Sé que esto no

será fácil en esas condiciones. La tentación de recurrir a las armas cuando tus compañeros están siendo abatidos a diestro y siniestro será grande, quizá irresistible. Y aún así iré, muchachos, no sabría decir por qué, porque ni yo lo sé, pero lo que es ir, tengo que ir. Hay algo que me atrae hacia allá. Elijan, pues, ustedes mismos sus posiciones, muchachos, y ¡que Dios quiera que su elección sea la correcta! (—dije).

Mi mujer quería irse una semanita a Róterdam con nuestra hija. No me seducía nada el plan, cada día que pasaba, la situación se hacía más insegura y peligrosa, por lo que no me parecía responsable dejarlas hacer el viaje. Pero mi esposa insistió y al parecer mi pequeña hija estaba tan ilusionada con la salida que al final accedí.

Las llevé hasta el tren y mientras tanto me hacía reproches a mí mismo por dejar que se marcharan. Me oprimía un presentimiento oscuro y amenazador. Sentía que algo iba a pasar, les esperaba pena y dolor, no podía dejarlas marchar. Me dije que era un necio, pero cuando miraba de soslayo a mi mujer e hija mientras íbamos andando, bien me hubiera gustado detenerme para abrazarlas a ambas.

En el andén, delante del tren, les supliqué que no tardaran en volver, no estaría tranquilo antes de que las tuviera otra vez cerca de mí. Las besé con pasión. Se subieron al tren y seguimos hablando un poco a través de la ventana abierta. Les pedí encarecidamente que por el camino por favor tuvieran mucho, mucho cuidado, y que se apresuraran a volver al más mínimo empeoramiento de la situación.

Pero ¿qué es lo que me pasaba? Podría haberme puesto a llorar, a llorar sin parar, sin saber muy bien por qué. Mi mujer e hija me miraban extrañadas, preguntándose qué era lo que me estaría pasando. Para consolarme mi hija me aseguró con su sonrisa más cariñosa:

—De verdad que no nos quedaremos mucho tiempo, papá, en tres días estaremos de vuelta si no puedes estar sin nosotras.

En ese momento el tren se puso en marcha. Se me saltaban las lágrimas: mi sentimiento me decía que nunca jamás volvería a verlas...

Al día siguiente recibimos órdenes de tomar posiciones en las defensas de la Línea Grebbe. Se adueñó de nosotros una nerviosa tensión. '¿Será entonces que ahora va a ocurrir de verdad? ¿En serio que los alemanes se atreverán a atacarnos?'. A cada hora que pasaba nos iban pesando más estas preguntas. Nos miramos, intentamos guardar la calma, ocultar nuestra tensión, hacer como si nada, pero no lo conseguimos del todo. Queremos hablar, hablar de todo lo que nos ocupa; inmersos en el peligro que nos amenaza buscamos apoyo donde los demás; hablamos, decimos maldiciones, hacemos como que estamos animados —lo que me sale cada vez mejor— y nos damos cigarrillos.

—Al final no pasará nada —dice uno.

—¡Estoy seguro de que sí! —dice el otro muy convencido.

—Los vamos a... —dicen muchos en tono amenazante.

Pero en el fondo nadie puede imaginarse lo que significa tener que luchar. Nadie puede hacerse una idea de lo que es librar una guerra. Pero pocas horas después sabremos lo que supone. Porque entonces llega a nuestras líneas la estremecedora noticia de que al alba los alemanes han transgredido nuestras fronteras. El miedo nos paraliza, nos quedamos mudos durante unos instantes, y entonces pasamos a la acción: finalmente, ha llegado el momento; lo que habíamos temido todo ese tiempo se ha convertido en un hecho lúgubre. El tiempo transcurre con una tensión asfixiante. Nosotros, en la Línea Grebbe, estamos esperando entrar en contacto con el enemigo. Entonces suenan los primeros disparos, aumenta la violencia, ¡ha estallado el infierno!

Los aviones nos sobrevuelan en oleadas. Caen bombas. El espanto del que caemos presa al ver a las víctimas pronto da paso a una actitud fría y enconada. Vemos cómo se acerca el enemigo. El fuego enemigo recibe una dura respuesta desde nuestras líneas. Los alemanes atacan en anchas columnas, pero se abren grandes boquetes en sus filas gracias a la puntería de nuestra artillería. No se echan para atrás, una y otra vez caen sobre nuestras posiciones nuevas columnas, pero sus ataques fracasan por el mortífero fuego graneado que alimentan nuestros soldados.

Esto sube el ánimo; después de su sorpresa inicial, nuestros hombres se defienden como fieras. Disparar, abatir a los enemigos, se ha convertido para muchos en un deporte. Dan voces de alegría y gritan cuando aciertan con sus disparos.

Es una sensación horrorosa ver cómo los comandantes alemanes no dejan de arrojar tropas frescas al fuego de nuestra artillería; parece que quieren hacerse con nuestras posiciones al precio que sea. ¡A cualquier precio...! El resultado es una matanza. Se abalanzan por encima de los cadáveres de sus compañeros, por encima de sus heridos, siguen corriendo como fanáticos, saltando, tropezándose, columna tras columna, pero no llegan lejos, los montones de cadáveres y heridos crecen y crecen...

Ahora intervienen sus aviones; caen en picado, con un agudo silbido, hasta encima de nuestras posiciones y sueltan sus cargas de bombas. Pero también entre estos los nuestros causan bajas: los gigantescos pájaros se precipitan al suelo como antorchas llameantes.

Es como si el mundo estuviera hundiéndose en el fuego y la violencia, las explosiones van arando la tierra; por todas partes vuelan por los aires tierra, piedras y hierro. Además de miembros. Los hombres caen y son despedazados; gritan de desesperación mientras agonizan. Llaman a sus madres, sus mujeres, sueltan maldiciones.

Y por encima de este infierno, de esta violencia alocada, luce el sol, las



flores de la primavera que se estrena beben la sangre que corre a espuertas.

Dios mío, Dios santo, Dios mío, lo repito sin cesar, mientras ando perdido en medio de este terror. Lo sé, molesto a los demás, ando estorbándolos, pero no puedo hacer otra cosa, no puedo. Me quedo reducido a un espectador: los brazos me pesan como plomo y he perdido la memoria. Dios mío, santo Dios: ¿Qué hago aquí, por qué estoy aquí? No quiero esto, no quiero disparar, todo es tan horroroso, tan bestial. Aquí los seres humanos están disparando contra otros seres humanos, a sangre fría, con crueldad, con ganas de matar. Quiero gritar, quiero que paren, pero mi voz ni siquiera alcanza hasta mi propio oído...

A mi lado cae un amigo, una bala impacta en su frente, lo veo caer, en su cara se asoma una expresión rara, de extrañeza. He de seguir, avanzar. Tengo la garganta taponada, desbocado el corazón, pero mis piernas me evacúan hacia nuevos horrores. Aquí hay una pierna, un torso, una cabeza, allá gime un herido, le falta un brazo, tiene espuma en los labios. Hay muertos y miembros arrancados por doquier. Y eso es obra de personas, de seres humanos... '¡Ay Dios, haz algo, haz algo, por favor!'. Me parece que voy a asfixiarme, ¿es que nunca va acabar esto? ¿Es que tiene que seguir?

Pasa una hora tras otra y la violencia es incesante; los horrores continúan. Me he calmado algo; estoy vacío por dentro, mis sentimientos se me han ido, ya no consigo rezar ni pensar. De pronto me tropiezo, agudizo la mirada: delante de mí yace nuestro comandante, creo. Doy media vuelta al cuerpo —tan solo quedan pedazos— para estar seguro. Es él, también la cara la tiene mutilada horriblemente, una parte ha sido arrancada por un disparo. Eso un día fue un ser humano, que podía pensar, actuar, hablar, un ser humano con un pequeño mundo suyo, una mujer, hijos, familia. Ahora yace aquí hecho añicos, no más que una gran herida sangrante. Víctima de la noble profesión militar por la que sentía tanta afición en vida. Ni uno de los oficiales que yo conocía había instruido a sus soldados como él, no se le escapaba ningún detalle; y, ay del soldado que dejara sucia su marmita: jamás sería un buen militar y en el campo de batalla nunca sería capaz de cubrirse de gloria inmortal. Así es como este comandante alababa la batalla, en la que los hombres de acero podían demostrar lo que valían. Y ahora un proyectil traicionero lo derribó y mutiló...

Sigo adelante; no se me escapa nada a la vista; está forzada a ver, me es imposible apartarla. Nuestra posición tiene un aspecto horroroso. Me da náuseas y me viene de nuevo el ímpetu de gritar para que acabe esta furia. Los proyectiles no dejan de hacer víctimas en ambos bandos; los gemidos son desgarradores y mientras tanto impactan más granadas, explotan bombas de grueso calibre y tabletean sin parar las armas automáticas. La cabeza me explota, me arden los ojos, ¿cómo es posible que aún no haya enloquecido?

A otros ya les ha pasado. Para mi espanto veo a varios muchachos saliendo de las trincheras, presos de una furia demencial, para ir corriendo hacia el enemigo y destruirlo. No llegan lejos, una ráfaga de disparos los hace jirones. Dos de ellos son amigos míos: camaradas honestos, agradables, ambos casados, los dos padres; ahora están muertos, barridos con sangre fría por un enemigo satánico, a quien nunca hicimos daño alguno.

Hay algo que se quiebra en mi interior, sufro un estallido de indignación rabiosa por tanta crueldad, tanta injusticia. Dios sabe que no quería matar, que no quería odiar, pero todo esto ya no se puede soportar. Hay que parales los pies a estos asesinos. Dios mío, perdóname, pero esta matanza, estos gemidos, este dolor desesperado...

Apunto con el fusil y quiero apretar el gatillo. Pero de pronto —así es como lo siento— mi fusil sufre una presión irresistible hacia abajo y claramente oigo, por encima del furioso estruendo, la voz de mi padre, que me dice en voz alta:

—¡Eso de ninguna manera, hijo mío, eso sí que no, Theo!

—¡Padre! —grito—, padre, pero padre, ¿dónde estás?

Sin embargo, no obtengo respuesta, solo oigo el terrible silbido de una granada entrante, una terrible sacudida y entonces estalla mi cuerpo. Ya no sé nada, pero sigo gritando: ¡Padre, padre, padre! Sigo gritando. Después se me cierran los ojos...

## Entro en la vida eterna

Cuando abrí los ojos vi otro par de ojos que irradiaban una luz llena de amor. Estaba empezando a ver más. Ahora distinguía una nariz, una boca, una barbilla y al instante supe a quién tenía delante. Feliz como un niño exclamé:

—Oh padre, oh padre, oh padre, oh padre.

Y la misma felicidad vibraba en su voz, cuando respondió:

—Theo, hijo mío, estamos juntos otra vez. Bienvenido a la vida eterna, aquí se descansa bien. Ahora duerme, hijo mío, vamos, duerme. Aquí no caen granadas, aquí no existe el horror. Así que descansa, Theo. Velaré por ti.

Me sumergí en un profundo sueño. Cuando por fin volví a abrir los ojos vi que me encontraba en un hermoso entorno. No me era posible ver el sol, pero en todo se notaba que aquí era pleno verano.

‘¿Dónde estoy?’. Fue la primera pregunta que me surgió. Giraba la cabeza en todas direcciones, disfrutando de lo que veían mis ojos. Por todas partes había árboles preciosos, flores de todo tipo de colores, agua, como plateada, con pájaros.

‘¿Dónde estoy?’. Me encontraba sobre un lecho de reposo, según comprobé, y había mucha paz en mí. Me quedé mirando a mi alrededor muy animado, pero sentí que no tardé en volver a sumergirme y a dormirme.

Me desperté en el mismo lugar, nada había cambiado y todavía era verano. De pronto mis ojos vieron personas que iban andando. Avanzaban con mucha calma. ‘Pero ¿dónde estoy? Y ¿dónde está padre?’. La pregunta me volvía una y otra vez. La gente no me miraba, estaba solo y seguía solo. ‘Pero ¿por qué no acercarme a la gente?’, se me ocurrió de repente. Así podría preguntarles dónde estaba. Las piernas ya me aguantarían, me sentía sano. Desde luego que me resultaba evidente que debía de haber estado gravemente enfermo. Sí, me gustaría ir a esa gente; vi que algunos llevaban túnicas preciosas. Irradiaban luz. De pronto vi que también mis manos irradiaban luz. Y entonces, de golpe, vi mi uniforme rasgado.

—¿Dónde estoy? ¿Ay, dónde estoy?

Pero nadie me contestaba. De nuevo se me cerraban los ojos.

Cuando desperté me encontraba otra vez en medio de los horrores de la guerra. A diestro y siniestro silbaban las granadas. Veo alemanes y holandeses corriendo para enfrentarse, el ruido es tremendo, el aire está lleno de explosiones y de gritos de muerte. A cada momento veo cómo el plomo asesino hace pedazos a los soldados. ‘Pero qué locura es la guerra’, pienso en un fogonazo. Sigo a las víctimas, que revientan, y veo claramente cómo las almas

son arrancadas de los cuerpos. Y también observo estremeciéndome cómo al instante esas almas empiezan a buscar partes del cuerpo que les fueron arrancadas. Me asalta un cansancio mortal y vuelvo a sumergirme en el sueño.

Nuevamente, se me abrieron los ojos y vi la tierra. Es atroz el aspecto que ofrece el campo de batalla. La tierra está removida por las granadas. ¿Me engaña la vista? ¿Realmente estoy viéndolo bien? ¡Dios mío, qué espantoso, qué diablos son! Veo cómo los alemanes están juntando a sus camaradas muertos. Les quitan los uniformes y les ponen los holandeses, de los que han despojado a nuestros muchachos.

He de vivir cosas aún más horrendas. Veo cómo una pala mecánica —no conozco otro nombre para esta máquina— levanta los cadáveres y se los lleva arrastrando. Presiento que los quemarán. Pero —y me sale a gritos— entre los muertos hay soldados que aún están vivos. Solo están inconscientes, y también los quemarán si no hago nada por evitar este horror. Me levanto y doy un grito; es absolutamente necesario que detenga a esa gente allí. Pero cuando quiero incorporarme de un salto del lecho de reposo, empiezo a sentir que me oprime un enorme peso y me desmayo.

Fue un pajarito encantador el que con su trinar me sacó de mi impotencia. El pequeño animal estaba sobre una rama cercana y cantaba una melodía tierna, que daba felicidad. Justo cuando quise decirle algo, el animalito desapareció ante mis ojos. Pero en el lugar donde se disolvió vi aparecer una figura, y al instante supe quién se me estaba acercando.

—¡Padre, oh padre! —Salté de mi lecho de reposo y un segundo después lo estaba abrazando. Lo asalté con preguntas—. Pero dime, padre, dónde estoy. Vivo tantísimas cosas y cada vez me quedo dormido.

—Tienes que guardar la calma, Theo, hijo mío. Mírame y dime si estoy vivo. Porque sabes que morí en la tierra, ¿no es cierto? —me contestó tranquilamente.

Naturalmente que lo sabía.

—¿Y no sabes entonces también dónde estás ahora?

—Estoy en la tierra, ¿no es así, padre? —dije titubeando mientras lo miraba sorprendido.

Negó con la cabeza y me abrazó muy fuerte.

—Allí estuviste, Theo, hijo mío. Allí moriste, igual que yo. Te mató una granada que hizo tu cuerpo pedazos. Ahora has entrado en la vida eterna (—dijo).

Si mi padre no me hubiera agarrado, habría desfallecido de nuevo. De nuevo vi el campo de batalla con toda su terrible crueldad inhumana, vi cómo los cuerpos quedaban hechos guiñapos. Esa imagen me repugna y quiero cerrar los ojos ante ella. Pero hay una fuerza fuera de mí que me obliga a revivir esta horripilante escena una y otra vez. Y al mismo tiempo siento por qué es

necesario: es imprescindible que atravesara ese horror, porque es parte de mi vida. Tengo que poder pensar en ella sin que me desmaye.

De modo que vuelvo a seguir todo, me esfuerzo para procesar toda esa espantosa miseria que llegué a ver en el campo de batalla. Tengo que forzarme. Es lamentable ver cómo los hombres se lanzan furiosos unos sobre otros. Es horripilante el gemido de los heridos. Es horrenda la bestialidad con la que aquí los seres humanos se matan entre ellos.

Delante de mí se desarrolla otra imagen, no menos atroz. Veo cuerpos que salen despedidos de los cuerpos materiales, y comprendo que estos forman la vida del alma. Observo cómo estas almas se quedan buscando manos y pies arrancados de los cuerpos en los que vivían en la tierra. Que sin embargo quieren volver a encontrar sus cabezas, que en la batalla han estallado en mil pedazos. Llamen a gritos a sus madres. La imagen se hace aún más terrible cuando los alemanes y holandeses se reconocen y vuelven a abalanzarse unos encima de otros. La lucha estalla aquí de forma tan despiadada y horrorosa como en la tierra. “Dios mío”, recé, “por favor, intervén. Haz, por favor, que cesen esa lucha y destrucción. ¡No lo permitas, oh Dios!”. Pero a medida que más almas son despedidas fuera de sus cuerpos hacia la vida eterna, los combates no hacían más que intensificarse.

Es indecible el esfuerzo que me costó no volver a desmayarme, pero conseguí mantenerme en pie. Pero entonces se me agotaron las fuerzas y pregunté a papá:

—¿Puede llevarme de aquí, padre, lejos de este caos?

—Hijo mío y hermano mío, estoy listo para ayudarte —contestó papá con solemnidad.

Sus palabras sonaron tan serias, tan elevado estaba siendo este momento, que exclamé entusiasmado:

—Padre, padre mío, le doy las gracias. Veo que es usted un espíritu de la luz, y ahora sé que vivo gracias a sus fuerzas. Le pido, padre, que me siga ayudando, hágame ver y vivir todo, quiero saber todo lo que he de saber.

—Lo sabrás todo, mi Theo. Ven y sígueme.

Acompañado de mi padre accedí al paisaje glorioso, que se hacía cada vez más hermoso. ¿Iba a entrar en el cielo? Mi sentimiento me decía que así era y que ahora entraba en la primera esfera de luz del otro lado.

Para estar seguro se lo pregunté a mi padre.

—Ya lo sentiste, Theo. Estamos aquí en la primera esfera.

—¿Quién me trajo aquí?

—Yo mismo, Theo.

Las preguntas se me iban ocurriendo una tras otra.

—¿Desde cuándo estoy ya de este lado, padre?

—Según la manera de contar terrenal ya pasaron ocho días.

Me quedé mirándolo extrañado.

—Ocho días, dice. Han transcurrido ocho días. —Todo me daba vueltas y me asaltaban los pensamientos más variados—. Padre —le supliqué—, ayúdame, ya no me deje solo.

Papá me tranquilizó. ¿No era que había venido precisamente aquí para ayudarme?

—Pero ¿conoce usted entonces toda mi vida, padre?

—Sí, hijo mío, puedes preguntarme lo que quieras —fue su pronta respuesta.

Se me imponían tantas preguntas en mi nuevo estado que no sabía cuál hacer como primera a mi padre. Lo miré con un aire un poco desamparado. En ese momento me percaté por primera vez de su aspecto juvenil.

—¿Por qué tiene una apariencia tan joven, padre?

—Nuestra vida interior determina la forma de nuestro cuerpo, hijo mío. Cuanto más amor poseamos, más joven y hermosa se nos hace la figura.

—Padre, es usted quien me ayuda a pensar ahora, siento su influencia. Fue usted también el que me ayudó cuando corrí el peligro de olvidarme en medio de la violencia bélica. Cuánta gratitud le debo.

—Fuiste tú mismo el que me hizo posible intervenir, ¡tu propia posesión espiritual! (—dijo).

Lo fui reflexionando mientras papá caminaba a mi lado; me transmitía su serenidad. Después de un tiempo le pregunté a dónde íbamos. Papá me sorprendió cuando respondió:

—De vuelta a la tierra, Theo. Allí te aclararé muchas cosas y entonces regresaremos a las esferas.

¡De vuelta a la tierra! Iba experimentando una emoción tras otra sobre lo poderosa que era la vida, lo poderoso que era Dios. Yo estaba muerto para la tierra, mi cuerpo había reventado, y aún así seguía vivo, me movía, hablaba y pensaba. Me inundó una gran ola de gratitud hacia Dios, que había creado todos estos mundos, todas estas leyes. Dios era grande, Dios era bueno: nunca hasta este momento en que nos disponíamos a ir a la tierra lo había sentido mejor.

El paisaje a nuestro alrededor comenzó a difuminarse de pronto, empecé a sentirme muy ligero. Sentí que planeábamos. En ese momento aún me era imposible procesar todas las impresiones que me causaba el viaje por el espacio, por el universo. Vi que estábamos rodeados de planetas y estrellas.

—En la tierra es de día —dijo papá—, ahora el sol inunda con su luz muchos planetas. Todo eso lo llegarás a conocer (—dijo).

Todo lo que estoy viviendo es imponente.

‘Dios mío’, se me ocurrió de repente, ‘imagínate que igual que los demás hubiera violado Tu vida. ¿A dónde habría ido yo a parar entonces?’. Me daba

cuenta de que papá me seguía en mi pensamiento, porque enseguida dio la respuesta a mi pregunta no pronunciada.

—Se te habrían abierto las puertas del infierno. Y habrías vivido en esa locura hasta que tu alma se hubiera librado de ella. Ya lo estarás sintiendo: eso toma mucho, mucho tiempo. Sin embargo, todas las almas lo consiguen, porque para cualquiera es posible elevarse.

—Tengo tanto que preguntar y a pesar de eso no logro hacer ni una sola pregunta. ¿A qué se debe?

—Así les va a todas las almas que entran en las esferas. Pero has de saber, muchacho, que te estoy ayudando a procesar todas tus impresiones. Esta ayuda la recibe toda alma que entra en la primera esfera desde la tierra. Y prestar esta ayuda es la primera tarea de quienes queremos servir. Hemos tenido que prepararnos para ella, solo entonces podemos ayudar a otros que posean una misma vida y sintonización que nosotros.

—Ahora solo puedo pensar en mi vida en la tierra, padre.

—De eso se trata precisamente, Theo. Seguiremos esa vida y todo lo demás que tenga que ver contigo. Solo cuando hayamos terminado con todos esos problemas volveremos a las esferas. Entonces, hijo mío, podrás recibir tu posesión para la eternidad.

—¿Todas las personas viven eso, padre?

—Eso lo viven todas las almas que abandonan la tierra.

—¿A qué se debía, padre, que hace un rato volviera a ver continuamente los horrores de la guerra?

—Es muy natural, hijo mío, que volvieras a aquello en lo que vivías. Porque todavía no conoces la vida espiritual. Así que no quedaba más remedio que tus pensamientos volvieran a los horrores que padeciste en las últimas horas de tu vida. Si ahora te dejara pensar por tus propias fuerzas, todavía volverías a hacerlo. Pero debido a que yo me concentro en tu vida interior, a que te elevo hasta el mundo de mis pensamientos y sentimientos, conservas la conciencia. Tendré que hacerlo hasta que tú mismo sepas crear orden en tu pensar. Pero en este estadio, sin ayuda, todavía volverás a recaer una y otra vez en esos horrores terrenales, sucumbiendo en ellos. Entonces te envolverá el sueño, porque en esta esfera no es posible perder la razón. Naturalmente, es muy grato ayudarte, pero a la larga tienes que saber ayudarte a ti mismo. Esas fuerzas están en ti, tu breve sueño lo demuestra; hay otros que duermen durante meses y años.

—Bien quisiera llorar de felicidad, padre, ahora que sé que vuelve a estar a mi lado. De todas formas, lo siento de otra manera que en la tierra.

—Harás bien, Theo, en pensar en mí del mismo modo en que lo hacías en la tierra. Háblame igual que como lo hacías allí, así estaremos más cerca el uno del otro que nunca. Ahora te sientes extraño, pero eso es porque aún

no estás del todo en esta vida. Primero tienes que integrar todavía en ti esta vida. También estos sentimientos tuyos los averiguo. Tienes el sentimiento de querer abrazarme y sin embargo no llegas a dar ese paso, porque sientes una distancia entre nosotros. Pero a medida que vayas ganando conciencia espiritual, esa distancia se reducirá. Por eso no es cierto que el ser humano que llegue aquí pueda seguir sin más los mismos pasos en las relaciones tal como existían en la tierra. Aquí, en esta vida, hacemos la transición unos en otros a medida que crece nuestro sentimiento, nuestra conciencia (—dijo).

Mientras iba planeando por el espacio hacia la tierra, flanqueado por mi padre, tenía miles de pensamientos e igual número de preguntas, pero sin que pudiera darles forma. Yo mismo no podía pensar ni andar ni planear, todo lo hacía con las fuerzas de otro. Quien me ayudaba había sido durante mi vida en la tierra mi padre. Allí era muy cercano a mí. Ahora había vuelto a vivir a mi lado, y aun así mi sentimiento me decía que existía una distancia entre nosotros. Las palabras de papá hicieron que poco a poco me entrara la comprensión. Papá estaba, consciente como era, más cerca de mí que yo de él. Era mi padre y al mismo tiempo no lo era. Sí, en la tierra lo era, allí me pertenecía. Aquí, en este mundo, era un ser espiritual con una preciosa luz a su alrededor: la luz que había sido formada por su amor. Era una personalidad que conocía el mundo en el que vivía. La posesión espiritual que había adquirido, su mayor conciencia, todo ello me daba la sensación de crear distancia. Con su ayuda, sin embargo, esa distancia siempre iría reduciéndose, para al final desaparecer del todo. Para salvar la distancia me había aconsejado verlo siempre como lo había visto en la tierra: como mi padre, con quien tenía un vínculo.

Me agarré más de su mano; quien ya en la tierra había sido como un guía para mí, también me orientaría por aquí, por este enorme espacio astral, en el que me encontraba como un niño que aún lo tiene que aprender todo.

Miles de almas hechas añicos estaban siendo catapultadas conmigo hacia la eternidad. Unas despertaban en el infierno, otras entraban a un cielo; todas llegaban al lugar que ellas mismas se habían creado mediante sus actos. Yo había abierto los ojos en un entorno precioso y glorioso, me había llevado hasta allí mi padre, y ahora me introducía, tomados de las manos, en los milagros que el Amor de Dios, Su Omnipoder, había creado para Sus cielos. En la tierra había alzado la vista muchas veces a las estrellas, el sol y la luna; había visto su luz, pero no había comprendido su significado. Así había pronunciado el nombre de Dios sin comprenderlo a Él ni Sus obras; había reflexionado sobre la vida y la muerte, el infierno y el cielo, sin darme cuenta de su naturaleza, su significado, su poder. Había vivido sin más, había intentado hacer el bien y dejar de lado el mal, y demasiadas veces todo había quedado en intentos. Aun así podía estar contento; mi empeño me había dado un



cielo. Pero nunca fui más consciente de mi imperfección que ahora, mientras planeaba del lado de mi padre por el espacio. Me quedaba todo por aprender, estaba muy al comienzo de un largo camino; pero recorriéndolo me serían reveladas todas las leyes de Dios. No obstante, antes de que pudieran comenzar mis clases tenía que hacer borrón y cuenta nueva con mi pasado. Por eso me llevaba ahora mi padre a la tierra.

Se me caían las lágrimas por las mejillas. ¡Qué poderosa era la vida, que gracia ser un ser humano! Papá me dejaba llorar y no decía ni una sola palabra. Él conocía los sentimientos que me hacían brotar tan copiosamente las lágrimas, sentimientos de gratitud hacia el Creador del cielo y la tierra, hacia Él, quien me había dado la vida. Nunca recé con más fervor a Dios que ahora.

Estábamos acercándonos a una bola que se hacía cada vez más grande. Era la tierra, lo sentía. Era la propia tierra la que me lo decía. Este saber entró en mi vida como por sí solo. Fuimos acercándonos cada vez más hasta que llegamos a la meta de nuestro viaje: pisamos con los pies la superficie terrestre. Había completado mi primer viaje; cómo y con qué medios, eso aún no lo comprendía. Todo eso todavía tendría que llegar a conocerlo.

Caminábamos por una ciudad. La reconocí enseguida. Era Róterdam. Me sentía abrumado por una oleada de emociones. Papá y yo seguíamos las calles y mirábamos cómo se ajetreaban las personas. Nosotros las veíamos, pero ellas a nosotros no. Había gente por la que me sentía atraído, pero también había otra que irradiaba una horrible luz demoniaca.

Papá me estaba llevando al lugar donde habíamos vivido. Nuestra tienda ya no existía, y sin embargo percibí de pronto el lugar tal como había sido antes, cuando vivíamos allí. Entramos en la tienda.

—Tienes que sintonizarte ahora por completo con la vida que llevábamos aquí, es decir, tienes que pensar en ella intensamente. Así entrarás en comunicación con ella, y esto es necesario, porque te servirá como asidero. Es el camino para llegar a ti mismo. Porque aquí fuiste tú mismo. En esta vida estabas cerca de mí, en ella tenías una personalidad. Y es esta la personalidad que tiene que ayudarte a llegar a ti mismo, para que todo lo nuevo que ya has vivido no te desgarre. Entonces sucumbirás por el espacio inconmensurable, y por todos los poderes y las fuerzas que alberga; después sigue el sueño. Este sueño ya no deberá apabullarte más, porque entonces no llegarás nunca a ti mismo.

Procesé las palabras de papá y entonces expresé el cálido sentimiento que me estaba brotando.

—Padre, de nuevo estás tan cerca de mí. Ahora te vuelvo a sentir como antes. Dígame, ¿por qué es?

—Ya te lo dije, hijo mío, nos perdimos el uno al otro en la eternidad,

aunque esa pérdida carece de importancia. Se ha creado una fosa debido a que ahora sé de la vida en que estamos más que tú, que acabas de despertar en ella. Aquí cambió mi personalidad, ahora tú tienes que crecer hasta alcanzarme. Por eso —vuelvo a repetirlo, porque te tiene que quedar muy claro— volvemos ahora a nuestro contacto terrenal, que te permitirá intuirme mejor, lo cual facilitará nuestra mutua comprensión. Seguiremos construyendo sobre este contacto, te aportaré todo mi saber y así salvaremos ese abismo. Entonces tú vivirás en mí y yo en ti, y así volveremos a ser del todo uno. Pero ello solo es posible, por lo tanto, poseyendo la misma esfera, el mismo cielo. Si no fuera así, tú de todas formas te sentirías distinto a como me siento yo, aunque sea una y mil veces tu padre. Los vínculos paternos y maternos no tienen en esta vida el mismo significado que en la tierra. Deberías reflexionar bien sobre esto, e intenta comprenderlo.

—Le siento, padre, te comprendo — dije asintiendo.

—Estas palabras tuyas también quieren decir algo. Ahora no sabes muy bien cómo llamarme. De forma alternante soy “tú” y “usted” para ti. Aquí, en este mundo, nuestro respeto y amor por la vida de Dios nos dicen cómo hablaremos. Ahora te pido que te dirijas a mí y que me hables como hacías en la tierra. Pero si yo fuera un maestro y conociera todos los grados y fuerzas en este espacio, entonces tendrías que dirigirte a mí con un respeto sagrado. Porque aquí la vida que está en un plano más bajo ama y respeta la que está con una sintonización más elevada. Sin esos sentimientos, aquí ni siquiera podrías dirigirte a un ser más elevado. Son leyes, leyes espirituales que aquí mantienen el alma dentro de fronteras delimitadas por uno mismo. Esto en la tierra no se comprende, pero nuestra vida es distinta en tantísimos aspectos (—dijo).

Entonces se me vino una imagen del pasado: me veía a mí mismo en la tienda, subiendo a la planta de arriba. Allí estaba acostado papá, enfermo, y me había llamado. Esa imagen me hizo pensar en su lecho de enfermo, pero mis pensamientos retrocedieron aún más, hasta mi juventud.

—¿Qué significado esconde el hecho de que de repente tenga que pensar tan intensamente en mis años mozos? —pregunté a mi padre.

—Fue entonces cuando empezaste a quererme de manera consciente. Allí, en Ámsterdam, empezó nuestro contacto. Por eso iremos ahora allí.

¿Entonces también vería nuestra casa de entonces? ¿De modo que eso también era posible? Papá adoptó mis pensamientos.

—Eso también es posible —dijo, y me pidió que lo siguiera.

Proseguimos nuestro camino, por encima de calles, plazas y canales. Nada nos detenía, planeábamos sin más a través de la gente y de las paredes, eran como nubes. Viví miles y miles de problemas durante esos instantes. Pero papá me hacía sentir que no debía pensar en ellos, eso ya vendría, cuando hu-

biera llegado el momento para ello. En esta vida había un orden sagrado. No podías hacer nada que sobrepasara tus fuerzas interiores, solo conseguirías sucumbir. Pero alguna vez se me concedería saber todo —así lo sentía—, se me concedería conocer todas esas leyes que me permitían avanzar y actuar de esta manera. Por debajo de nosotros íbamos dejando atrás praderas, ríos, bosques, pueblos y ciudades. No tardamos en llegar a Ámsterdam. Mientras iba paseando allí por las calles familiares, todo me superó. De nuevo me eché llorando en brazos de mi padre; me abrazó, lleno de comprensión y amor. Retomamos el camino cuando volví a estar más tranquilo y listo para nuevos problemas. Pronto llegamos a nuestra casa. Ahora había allí una tienda de papel tapiz, pero igual que en Róterdam, papá me mostró la tienda nuestra. Y, oh milagro, me veía de pequeño, dando vueltas. No me atreví a preguntar a papá cómo era posible, porque sentí que entonces descendería a demasiada profundidad en esta ley. Sabía que entonces me podría perder en ella, de modo que tenía que seguir sintonizándome solo en lo que mi padre quería mostrarme.

Oh, entendía la forma de actuar de papá muy bien. Estaba yo regresando a lo que sentía por él de niño. Entonces era mi protector, mi amigo, en quien depositaba toda mi confianza, todo mi incipiente amor. Ahora había vuelto a ser mi protector, mi amigo y consejero.

Allí, mientras yo acompañaba a mi padre, volvía a florecer mi infancia; tenía que forzarme para mantener la serenidad. Y al instante sentí la profundidad que me podía brindar procesar este poderoso milagro de forma tranquila. Autocontrol, serenidad y concentración: eso es lo que se esperaba de mí, sólo así sería capaz de explorar todas las fases de mi vida y sacar las lecciones contenidas en ellas. Porque ya sabía que si ni siquiera en esto era capaz de sostenerme, ¿cómo entonces iba a poder estar enseguida listo para ayudar a otros y servirles de guía? Porque a eso íbamos. ¿No habían contado los maestros ya en el pasado durante las sesiones —según se me ocurrió de pronto— que solo sirviendo podías asimilar una vida más elevada?

Consciente de ello agucé la vista aún más mientras iba desplegándose la película de mi vida. Cada ser humano organizaba su vida con arreglo a su propia visión, no había dos personas que vivieran una misma vida. Me enfrentaba ahora a sacar de todos los hechos que mostrara esta película las lecciones que me ayudarían a construir una nueva personalidad en este mundo astral. Cuando pensé en esto pregunté a papá:

—¿Te ayudó Angélica, Padre?

—¿Ya tienes conciencia de eso ahora, Theo?

—Sí, padre, querido padre. Entonces ya no hace falta que me digas nada más y comprendo tu felicidad cuando entraste en esta vida. Pero ¿dónde está Angélica ahora?

—Está en las esferas, Theo.

—¿Qué hace?

—Ayuda a otros, igual que yo ahora a ti.

—Es poderoso, padre, poderoso y natural. ¿Siempre estás con ella?

—Eternamente, Theo, hijo mío. Siempre puedo verla si así lo deseo. Cuando concluya mi tarea de ayudarte a seguir avanzando, volveremos a estar juntos.

—Es para arrodillarse, padre, y dar gracias a Dios por todo (—dije).

Vi nuevas imágenes, el pasado había despertado, y no se había echado a perder ni un solo acto, ni una sola palabra. Ahora me veía a mí mismo en la tienda: papá estaba hablando con una señora y yo observaba desde no muy lejos mientras los escuchaba. Ella le recomendaba leer los libros que la habían cambiado por dentro y que le suponían un firme apoyo ante las dificultades de la vida. Papá le decía que le gustaría leerlos; un poco después ambos fuimos arriba. Mamá nos recibió con maldiciones. Papá me abrazó, como para hacerme olvidar la rudeza de ella, y volvió a serenarme. Qué alegría me proporcionó su gesto de ternura, tan niño como era yo.

En una siguiente imagen me vi yendo a la escuela y volver. Ya estando abajo me llegaban los chillidos de mamá. Otra vez había una disputa por los libros que leía papá. Mamá le lanzó uno a la cara. Tuve que presenciar varias peleas, y de nuevo las viví en todo su horror. Sin embargo, había una diferencia. Por aquel entonces era un testigo infantil, pequeño, miedoso, que no comprendía; pero había en mí serenidad y comprensión al vivir las escenas desagradables. Comprensión por el punto de vista de papá, que veía su modo de vida puro y religioso amenazado y atacado por mamá, que buscaba y servía el mal; comprensión por el dolor de papá, que por su amor por mamá quería apartarla del camino tenebroso que la conducía a la ruina. Comprendía su preocupación por mí, a quien quería educar en su propio espíritu, para guardarme de la mala influencia de mamá.

Y ahora se multiplicaba por mil mi admiración por él. Sólo ahora entendía su fanática voluntad de organizar su vida conforme a las leyes de Dios, solo ahora comprendía sus bellísimos sentimientos que lo convertían en un ser humano tan agradable y profundo, y que no por nada le procuraron un cielo. Así, en cada escenario, la personalidad de papá se me fue configurando con más nitidez. Después de cada escena empezaba a sentirme de otra manera, cada imagen me brindaba sabiduría en el espíritu. En la tierra no habría podido aprender ni en veinte años lo que aprendía ahora en cosa de segundos. Papá me miraba contento, sabía que habíamos alcanzado nuestra primera meta. Esas imágenes del pasado me enseñaban a conocerlo mejor, lo que hizo que nos compenetráramos muy rápidamente. Desde este sentimiento tendría que aprender ahora a dirigirme a su ser espiritual y a comprenderlo.

Y —como se ha dicho— ahora ya las condiciones eran favorables.

Quería postrarme de nuevo, pero los problemas que estábamos averiguando ahora me obligaban a seguir erguido. No era momento de rezar. También esto era nuevamente un milagro, otra vez estaba viviendo una nueva ley. Esa ley me estaba obligando a pensar y a vivir las cosas. ¡También en esto había un orden! Al final, el sentimiento de gratitud que manaba de mí era igual que una oración. De modo que no precisaba poner palabras a mis sentimientos, sino que era preferible que siguiera los problemas que la película de nuestra vida estaba revelando tan profusamente.

Volvía a vivir, tantos años después, yo mismo muerto en la tierra, pero vivo del otro lado de la tumba, cómo mi madre iba por su propio camino y me abandonaba junto a papá. La felicidad de la época silenciosa, tan apacible, que se abrió después, también la sentía ahora de nuevo. Nos detuvimos muy largamente ante las imágenes que se revelaron después. Eran las imágenes que nos mostraban haciendo sesiones de espiritismo. Pero no solo nos veíamos a nosotros mismos, sino también a quienes venían hasta nosotros del otro lado. Eran tanto ángeles como demonios.

## Las sesiones de espiritismo en la tierra

Nos vemos sentados en la mesa, nosotros con nuestros amigos. Mantenemos la cruz sobre los dedos, en la mesa está el tablero con el alfabeto. Allí se acerca un espíritu, su luz lo precede velozmente. Observo sorprendido: es Angélica, esta joven y hermosa mujer es Angélica. Su mirada se posa largamente sobre papá, alberga su gran amor, por sus labios se asoma una sonrisa. Saluda a su alma gemela, es conmovedor ver la felicidad que irradia ahora.

Angélica —ahora lo veo— hace la transición a papá y los demás, reparte sus fuerzas. Todos irradiamos luz, y esta se mezcla con la de ella. Pero al ver esto comprendo también que no podemos ser conectados por completo, porque la luz que irradiamos es diferente. Aun así Angélica establece el contacto. Dirige su fuerza a la cruz y hace que gire. Ahora agudiza su concentración y la cruz empieza a marcar letras con las que se van construyendo oraciones completas. Angélica reparte lecciones preciosas. Está rebosante de animación, viviendo la felicidad de estar con el alma que es como ella. Ahora veo ante mí su contacto, de una belleza poderosa. Angélica vive en papá y él en ella. Pero él aún no siente esto. No puede sentirlo, porque no sabe nada de todas esas leyes.

Ahora empiezo a comprender la intención de Angélica. Si puede seguir conectándose con él, entonces más tarde podrá alcanzarlo bien. Así es como quiere elevarlo paulatinamente en la propia vida de ella, para que cuando a papá le llegue el momento de abandonar la vida terrenal y de entrar en la vida eterna, puedan hacer la transición el uno en el otro, llevados e impulsados por este contacto. Su inmenso amor por él es lo que la hace actuar así. Aún no soy del todo consciente de la profundidad de todo lo que se desarrolla aquí ante mí, pero empiezo a sospechar que el vínculo que une a estos dos seres no es uno que pueda ser establecido por seres humanos. Les tiene que haber sido dado por Dios mismo.

Pero a Angélica no se le facilitan las cosas cuando hace sus intentos. De repente surge una interferencia. Ahora la veo. Entre nosotros se desliza una nube oscura. Va tomando forma: es un ser humano, un ser basto y feo, con una irradiación tenebrosa. Angélica, con toda su luz y amor, tiene que retirarse. Y ahora también comprendo por qué lo tiene que hacer. El trastorno lo causamos solo y exclusivamente nosotros mismos, los participantes.

Sin estar preparados para ello, sin saber nada de las leyes que despertábamos, nos sentábamos y esperábamos establecer contacto con el mundo del otro lado. Allí estábamos todos, con diferentes sintonizaciones, sin unión, repletos de pensamientos y deseos propios. ¿Es de extrañarse que seamos nosotros

mismos quienes atraigamos a los seres inferiores y los admitamos en nuestro seno? Los rasgos de nuestro carácter, que también posee el ser tenebroso, lo llaman hasta aquí, su aura se mezcla con la nuestra y el ser deletrea sus disparates, que muchas veces consisten en palabras enconadas. Es un infeliz que en su tenebrosa existencia aún vende cuentos. Estoy empezando a comprender la gravedad de esta terrible vida.

Ay —pienso ahora—, ¿por qué no nos esforzamos más para compenetrarnos con los demás para alcanzar así una unión? ¿Por qué nos preparamos tan mal en las horas previas y no meditamos más profundamente sobre lo que nos esperaba por la noche? Íbamos a pisar territorio sagrado y nos faltaba el debido respeto. Uno se acercaba todavía envenenado por la disputa que había mantenido ese día; otro venía en busca de sensacionalismo; el tercero se sentaba con el deseo de entrar en contacto con su padre fallecido, mientras el cuarto quería que le predijeran el futuro.

¿Es de extrañarse —pregunto— que fuéramos nosotros mismos quienes atrajéramos a seres con una sintonización más baja y que así les imposibilitáramos a los ángeles de la luz que nos transmitieran su sabiduría y sus lecciones?

Súbitamente, Angélica vuelve a controlar la situación. Levanta una emanación de una luz estridente que ciega al ser tenebroso. Por el momento los participantes quedaremos libres de las fuerzas de las tinieblas.

Ahora vivo otro milagro. Angélica propone escribir por medio de mí. Papá y yo estamos participando los dos. Sucede por sí solo. Ella me eleva en su vida. Esta elevación no es otra cosa que Angélica que domina mis sentimientos. Ahora se sintoniza con lo que quiere escribir y he ahí que siento un calambre en la mano. Su concentración me obliga a permitir que mi mano se deje llevar. La suelto y entonces empieza la escritura. Siento por adelantado qué frase va a anotar Angélica, pero es ella, no obstante, quien escribe. No soy más que la herramienta. Pero entonces vuelve a surgir una interferencia. Me surgen pensamientos propios. En lugar de hacer lo que pide Angélica, y de no pensar, de vaciarme por completo, mis pensamientos trabajan febrilmente. Las consecuencias no tardan en aparecer. Vuelvo a ser yo mismo, mi cuerpo me obedece más a mí que a ella. A fin de cuentas, vivo en mi organismo y ella no está más que suspendida en él. Así que tiene que sacar el máximo provecho de la escasa fuerza que dejo pasar.

Y por ponerme a pensar yo mismo —en lugar de entregarme por completo— interrumpo nuestro contacto y vuelvo a tomar posesión de mi brazo. Peor aún: expulso a la figura luminosa, y debido a que también vuelven a asomarse mis dudas atraigo a otras fuerzas que rozan la falta de fe. Vivimos inmersos en la falta de fe, por encima y por debajo de nosotros, y he ahí una oscura nube que viene hacia mí: por medio de esta se manifiesta el ser que ya

vino a interferir antes. Me agarra el brazo, la mano, y ventila sus majaderías y desvaríos.

Una sesión después, donde estamos papá y yo, se repite el acontecimiento. Entonces, desmoralizado y lleno de dudas, arrojé el papel y lápiz al suelo. Ahora, junto a papá, sigo al ser tenebroso. Vivíamos en su aura, de él nos venían los horrendos sentimientos de pasión y violencia. Quiero saber a dónde se dirige esta vida de sintonización animal.

El hombre pasa sus días en este espacio que es nuestra vivienda. Es retenido allí; en este lugar mató una vez a varias personas, y después se mató a sí mismo. Ese acto lo hace estar encadenado a este sitio, y solo se liberará cuando sus víctimas vuelvan a estar ente los vivos.

Ahora voy a percibir cómo despertó este monstruo. Fue por mamá. Mamá, tan frívola como era, buscaba lo equivocado y se entregaba a la pasión. Eso fue lo que hizo despertar a este ser. El monstruo vuelve a la vida, a las andadas, de tarde en tarde se pega como una ventosa a ella. Entonces los deseos de mamá reciben estímulos más intensos que nunca, ya no aguanta más tiempo en casa, nos increpa que somos muertos en vida, y se desfoga fuera del hogar. La incitaban sus rasgos equivocados y la voluntad de este ser humano.

Todos estos pensamientos me entran como por sí solos. Ahora comprendo cómo se habla la gente de este lado. Papá está junto a mí, él me envía estas explicaciones. Le llega un sentimiento de gratitud de mi parte.

Las disputas de mamá con papá despiertan al monstruo. Entonces vive, ve, nos observa a los seres humanos, la habitación, la tienda y las hachas. Le horrorizan las hachas, tuvieron un papel terrible en su vida; el ser se precipitó en la miseria por usarlas.

El hombre delectaba: “Soy Piet Hein (el famoso corsario holandés)”, y un poco después “Soy Napoleón”. ¿Lo que realmente es? Un montón de miseria, que espera la salvación aquí, en un hedor pestilente. Empiezo a oler esa hediondez. Ahora que me sintonizo tan profundamente con su vida, me tiene que ayudar papá a procesar las impresiones, si no me derrumbaría.

Pero a nosotros, a papá y a mí, no nos pudo alcanzar en nuestra vida terrenal, gracias a Dios. En el caso contrario, no habríamos tenido ni un segundo de paz en nuestra casa. Eso solo cambiaba durante las sesiones de espiritismo, porque entonces, como ya se ha dicho, lo atraíamos.

No obstante, la escritura de Angélica sirviéndose de mi mano como medio podría haber dado buenos resultados. En mí estaban las fuerzas necesarias para ello, albergaba sentimiento. De modo que imprimiendo sus pensamientos sobre la avanzada vida de mis sentimientos y dirigiendo al mismo tiempo su concentración sobre mi brazo, ella conseguía que se plasmara por escrito lo que tenía que decirnos. Yo seguía sin tener dones en mí; estos aún tenían que despertar y después ser edificados por Angélica. Pero se me ocur-



rió que previamente tenía que recorrer el primer estadio de desarrollo; hasta los médiums más grandes tenían que enfrentarse a esta ley de la naturaleza.

Angélica, recurriendo al sentimiento en mí, había podido hacernos vivir las sesiones más hermosas. Entonces mis malditas dudas volvieron a hacerse valer, haciendo añicos todo. En lugar de rendirme, dejaba que mi razón suplantara mis sentimientos, con todas las consecuencias.

¡Oh, qué milagro! Estando al lado de papá en nuestra vivienda de Ámsterdam empiezo a ver más y más. De pronto percibo mi propia aura. La luz que irradió contiene muchos matices cromáticos profundos. En el aura de papá hay otros colores. Ahora también empiezo a conocer la causa de esta diferencia. Esos colores fueron creándose en vidas anteriores, y dado que cada ser humano vive las cosas y se organiza a su manera, los colores de la irradiación cambian según la persona. Un maestro del espíritu es capaz de determinar por esos colores las vidas de un ser humano, así como sus pensamientos, sentimientos y actos en ellas.

Me venían nuevas imágenes. Mi aura demostró que en una de mis vidas había sido un erudito, un conocedor del alma, un psiquiatra para la tierra. Averiguaba los cuadros patológicos que a resultas de sacudidas padecidas carcomían el cuerpo y el alma. Me ocupaba de esta investigación vida tras vida, exploraba siempre más allá y más en profundidad, pero ni siquiera en mi vida de erudito alcancé el conocimiento completo.

En mi última vida sufrí incluso la sacudida más tremenda que el hombre puede padecer: el estallido de mi propio cuerpo. Así se cumplió el deseo que me había acompañado en todas esas vidas de investigación. Quería experimentar la sacudida en mi propia carne, porque así me parecía que alcanzaría conocimiento, además de la meta de mis estudios desde hacía siglos.

Para ello, en mi última vida me había alistado en el ejército. Papá me hizo sentir ahora que el estallido también lo habría podido vivir por otra causa. Por ejemplo, por un accidente. La causa y el efecto, sin embargo, que tenía que vivir en esta vida, lo dispuso de otra manera.

Era poderoso todo lo que tuve que procesar. Gracias a las imágenes de mi última vida, y de las anteriores, empecé a ver cómo estaban interrelacionados los hechos que determinaban aquellas vidas. Así es como también se me conectaba ahora con los sentimientos que me convertían en un médium útil.

Buscando e investigando en el ámbito del alma había ganado conciencia. Hasta en mi última vida en la tierra había trabajado en aumentar esa conciencia. De modo que había empuje en mis vidas, y este también marcó la vida de mi alma. Porque incrementando mi conciencia, mi interior ganó en sentimiento.

Pues bien, manejando este sentimiento, Angélica podía usarme como instrumento durante las sesiones. Eso no era el caso con los demás miembros

de nuestro círculo. Solo vivían para su causa y efecto, y estaban enmendando cosas. Así que solo estaban en comunicación con la vida terrenal, y también en vidas anteriores les había sido ajena cualquier actividad espiritual que fuera más en profundidad. Con papá era distinto, a su vez: él también estaba aquí para enmendar, pero en su caso tenía un mayor desarrollo de lo elevado, de la vida espiritual, por tanto, que cualquiera de nosotros. Por medio de esta intuición y por su sagrado vínculo del alma con Angélica, ella también supo sacar fuerzas de él. Pero el contacto, es decir, el médium, era yo.

Ahora que de este modo habían quedado aclarados mis sentimientos mediúmnicos, deploraba tanto más mi incesante duda, que expulsó a Angélica de la cruz y que permitió que el espíritu tenebroso se conectara. Obviamente, las sesiones se suspendieron. Ahora vi que fue Angélica quien depositó en papá la decisión de irnos de Ámsterdam y de establecernos en Róterdam. Teníamos que alejarnos del malsano ambiente astral, causado por el tenebroso ser encadenado a nuestra casa.

Llegados a este punto en que estábamos reviviendo las cosas, papá me hizo decir, sentir, que también nosotros nos dirigiríamos ahora a Róterdam, para allí proseguir nuestra vida.

Mientras me encontraba ante la despedida de esta parte de nuestra vida, volví a ver pasar ante mí, como en un fogonazo, todas las imágenes que la conformaban. De nuevo vi a papá junto a mamá, de nuevo me vi como niño, como muchacho en la edad de crecer. Entonces, de pronto, tengo que pensar en mi mujer. Caigo en la cuenta, sorprendido, de que hasta ahora no había pensado en ella ni un solo segundo. Miro a papá:

—Padre, ¿por qué no he pensado todavía, aquí, en esta vida, ni una sola vez en mi esposa? Estaba casado con ella, ¿no es cierto? —le pregunto.

Papá me mira y dice:

—¿Ves, Theo, que esto se debe a que ella no te comprendía? Tu mujer no intuía tu interior. No poseía un verdadero amor por ti y no participaba en tu vida. ¿No es comprensible que una vez que estés en este mundo solo puedas pensar en aquello que es parte de tu vida? Ahora que aquí estás sintonizado con otras cosas es imposible que en ti haya pensamientos en ella. Solo se nos ocurren los pensamientos que nos hagan sentir el calor y el verdadero amor de los demás.

—Comprendo, padre. ¿Veré a ella y a mi hija aquí?

—A ambas, Theo. Cuando haya llegado el momento.

—Usted, padre, averigua toda mi vida, de modo que automáticamente llegaremos a ellas. ¿Lo siento bien? —pregunté.

—Así es, hijo mío.

—Padre, siento muy intensamente a mi hija, a mi querida niña. En ella sí he pensado. Me siento muy cerca de ella.

—Eso te habrá quedado claro ahora, Theo. En la tierra tenías más conexión con ella que con tu Annie.

—¿Conoce usted a mi mujer, padre?

—Sí, hijo mío. Estuve varias veces contigo durante tu vida en la tierra. Sé cómo luchaste en esa vida. No hace falta que me digas nada. Porque lo sé todo de ti.

Volverás a ver a tu hija y a quien un día fue tu esposa. Si entre tú y ella hubiera existido un contacto intenso, entonces tu amor por ella te habría obligado a seguir antes que nada ese vínculo. Pero ahora que ese contacto no existe, haremos mejor en averiguar tu vida en el orden normal.

Ahora nos iremos de aquí para dirigirnos a nuestra casa en Róterdam, porque allí hay muchas cosas que percibir. Ya te dije que todo esto es necesario para hacerte consciente en esta vida. Siguiendo tu vida en la tierra haces la transición a la vida eterna. Por lo que queda bastante claro lo estrechamente unidas que están ambas vidas. Nuestra vida en el espíritu viene determinada solo y exclusivamente por nuestras ocupaciones terrenales, por nuestros actos terrenales. Eso lo tienes claro, ¿verdad?

## El morir

Abandonamos Ámsterdam: nuestra voluntad nos llevó a nuestro nuevo objetivo, a Róterdam. Por el camino reflexioné sobre todas las cosas que papá me había mostrado. Había vivido y aprendido mucho en este breve tiempo, muchísimo. Que esto nos esté reservado de este modo a los seres humanos debería de colmar de respeto por Dios el Padre hasta al ser más escéptico y descreído en la tierra. Pero vivir esta gracia solo es posible —según se me ocurrió— cuando la vida en la tierra está sintonizada con las esferas de luz. Si en la tierra hubiera sido un viva la Virgen, entonces mi padre no habría podido ayudarme.

Miré hacia abajo y vi gente que iba caminando. Había vivido entre ellos. Medité sobre los sentimientos que había tenido por ellos. Había sentido amor por ellos. También había querido mucho a mi mujer, a pesar de todo. Sin ese amor por Dios y las personas me habría excluido a mí mismo de la primera esfera. Qué inmensamente feliz me consideraba por poseer este amor.

Aún sabía poco del mundo en el que había entrado ahora, tenía que aceptarlo, todas sus leyes todavía se me tendrían que revelar. Pero bajo la dirección de papá llegaría a conocer ese nuevo mundo, poco a poco, sin saltarme ni un solo paso. Primero, sin embargo, tenía que saber todo sobre mi vida terrenal. Mientras siguiera albergando preguntas al respecto, no estaría listo para absorber y procesar otros problemas y nueva sabiduría espiritual.

‘Pero qué asombrosamente natural es la vida eterna’, reflexioné, ‘esta vida eterna a la que entré por mis experiencias en la Línea Grebbe’. Esa línea defensiva había supuesto un horror para tantos otros, los había destruido en este mundo y habían visto cómo se les abrían los infiernos. A mí este lugar maldito me brindó experiencias, me devolvió el contacto —¡y qué contacto!— con mi querido padre. Así obtuve sabiduría espiritual y experiencias impolutas.

‘Sí, padre, te siento, estoy empezando a darme cuenta, en cierta medida, de lo que supone para mí la Línea Grebbe. En cierta medida, porque aún me falta vivirla. Pero también allí me llevarás. Padre, te estoy tan agradecido; padre, no hay palabras para expresarlo’.

Se me ocurría un torrente de pensamientos mientras planeaba, como una partícula minúscula, sirviéndome de la concentración de otro ser, que estaba dedicado a mí, por el espacio inconmensurable de Dios. Me sentía pequeño, indeciblemente pequeño, en esta infinidad, y sin embargo ahora no albergaba temor. Porque era imposible —eso lo sabía— que ese espacio pudiera aplastarme, dado que me encontraba trabajando. ‘Trabajo. Estoy trabajando en mí mismo. Aún no estoy sirviendo y sin embargo sirvo. Sí, estoy sirvien-

do, pero primero a mí mismo, antes que nada tengo que asimilar conciencia espiritual. Solo entonces podré mantenerme en pie con mis propias fuerzas en este poderoso espacio y empezar a servir a otros. ¿No es todo magnífico? Dios, Dios mío. ¡Padre!'. Así era como pensaba, hablando para mis adentros. 'Soy como un niño aquí, en esta vida'.

Se añadió una nueva alegría a las muchas que ya tuve que procesar desde mi entrada a las esferas de luz. Es impresionante, es increíble lo que veo, y lloro profundamente emocionado. Papá comprende mis sentimientos y deja que llore. No hay persona en la tierra que pueda vivir esa alegría tan intensamente, y sin embargo, lo que veo pertenece a la tierra.

Veo cómo la luz del día se va retirando gradualmente y cómo su lugar lo va ocupando la oscuridad de la noche. El sol se va poniendo... Un poderoso milagro, que me apabulla, como si lo viviera por primera vez. Es que ahora también lo vivo por primera vez tan intensamente, como hijo de la tierra jamás experimenté este milagro así. Inclino la cabeza profundamente y doblo las manos, embargado como estoy por el respeto hacia el omnipoder de Dios que aquí se despliega tan claramente.

Me acometen nuevos pensamientos: cuántas leyes tiene que dominar el universo, el espacio de Dios. Lo atisbo y ya todo me da vueltas, otra vez me siento pequeño e insignificante. Alzo la vista hacia papá, como buscando su apoyo. Sin él —eso lo sé— estaría perdido en este espacio inmenso. Aún no se me concede profundizar demasiado en las leyes y los problemas relacionados con lo que llegué a ver durante nuestro primer viaje por el universo. Todavía no puedo procesar todo, solo acabo de dar unos pocos pasos en la vida eterna, y lo que ahora se me da a absorber ya es de por sí abrumador. Tengo que ir paso a paso, y no he de saltarme ni uno solo, o mi caída será profunda.

Cuando en breve sea de noche en la tierra y la gente duerma profundamente, nosotros, papá y yo, seguiremos con tranquilidad la tarea que se nos ha impuesto. El cuerpo del hombre terrenal requiere sueño, requiere descanso, y nosotros, liberados de la vestidura material y sus trabas, planeamos sin descanso ni impedimentos por el espacio, explorando, viviendo cosas.

Cuántas leyes no estarán vinculadas, a su vez, a este estado, se me ocurre. Pero de nuevo siento que será mejor que tampoco profundice en esto, si al menos quiero mantenerme en pie. En esta vida un problema despierta el siguiente, una ley atrae otras mil.

Miro a papá y al instante habla conmigo, de sentimiento a sentimiento. Dice:

—Está bien que pienses, hijo mío. Quiero desprender tu pensar y sentir. Cuanto más profundo seas en tu sentir y pensar, más rápidamente avanzaremos. Nos esperan otras tareas. Pero has intuitido correctamente que de momento no has de pensar más profundamente que lo que te permitan tus

fuerzas. Por eso sigo muy sintonizado contigo, para poder avisarte de inmediato si te excedes (—dijo).

Estoy en la vida del espíritu como un niño dependiente, tengo que aprenderlo todo: caminar, pensar, procesar. Esto lo experimento así una y otra vez, ahora también. En nuestro viaje con los acontecimientos tan asombrosos para mí, me fueron surgiendo continuamente deseos de agradecerle a Dios todo lo que se me ha dado. Quisiera comprarle entonces flores, flores blancas como la nieve, para depositarlas ante los pies de mi Padre más elevado. También ahora me surge de nuevo este deseo. Sin embargo, no es su intensidad la que de golpe me hace tambalear. Se debe más bien al poder de los pensamientos y sentimientos, a los que mi deseo dio forma. Provocan un caos en mí. De modo que lo primero que he de hacer es poner orden en la vida de mis pensamientos. De lo contrario me será imposible poder empezar con un nuevo problema, siendo entonces mejor que papá abandone y vuelva a su esfera.

Estaba pensando en comprarle a Dios, el Padre de todo lo que vive, un ramo de flores, claveles níveos, o mejor aún lirios inmaculados: solo las flores más hermosas pueden expresar mi gratitud. Pero al sintonizar con esto tengo que experimentar que en esta vida me encuentro sin dinero ni flores, y que por lo tanto ni siquiera le puedo mostrar a Dios mi gratitud de una forma tangible. Entonces empecé a sentir de repente la enorme profundidad vinculada a este problema, y todo me dio vueltas.

Lo que es posible en la tierra —comprarle a alguien flores para mostrarle tu amor— no es posible en este mundo. Dios pide al hombre que demuestre ese amor, esa gratitud, de una manera completamente diferente, menos fácil. ‘Pero ¿cómo pues?’. Y entonces me entra la respuesta, de papá naturalmente:

—Aquí, en esta vida, “servir” es la manera de hablarle a Dios de tus sentimientos por Él. Cada acto de bondad demostrado a Sus hijos es una flor, y cuantos más servicios de amor, más grande y hermosa será la composición floral que puedas ofrecer a Dios.

Eso es lo que hace papá, y con él millones de almas más: entregarse por la vida de Dios. Así es como muestran su gratitud por todas las buenas acciones y el amor que su Creador les demuestra sin cesar.

Una vez más me doy cuenta de cuánto me queda por aprender antes de que esta vida, el mundo del espíritu, me pueda acoger completamente. Mi pensar y sentir, mi conciencia: siguen siendo terrenales, es imprescindible que se hagan espirituales. ¿Cuántas cosas no tendré que asimilar todavía en esta vida, si ni siquiera soy capaz de pensar en un ocaso sin que todo me dé vueltas y parezca que vaya a derrumbarme? *Cada* ley que vive en el cosmos la tendré que aprender si quiero elevarme y avanzar. De este modo, mientras trabaje y sirva, exploraré la vida del espíritu, así como infiernos, cielos y el espacio inconmensurable, que es la creación de Dios, y seré introducido en

ellos, aprendiendo a incorporarlos a mi conciencia.

Proseguimos nuestro camino sobre la tierra, papá y yo. Llegamos a la tierra procedentes de la primera esfera. ¿Qué distancia habría entre esa esfera y la tierra? ¿Cuánto tiempo pasaría antes de llegar aquí desde allí? Pero ¿es que era posible todavía hablar en esta infinidad de distancia y tiempo? Aún así no creía —según seguía dándole vueltas— que durara mucho tiempo. En cualquier caso, debió de haber sido más rápido que ahora, porque ahora parece como si camináramos. Solo avanzamos muy lentamente y ¿todavía sigue sin aparecer Róterdam? Y ¿por qué dura ahora tanto? Al instante vuelvo a sentir que debo ser cauto en mi pensar. Mis preguntas sobre la distancia y el tiempo me conectan de inmediato con el espacio, y ese espacio es inconmensurable.

Papá ha captado mis preguntas. La respuesta a la última pregunta me entra gradualmente. Que avancemos ahora con esta lentitud se debe a mí. Voy divagando ahora por aquí, después por allá, sin tener mi voluntad completamente sintonizada con la meta que queremos alcanzar y que se ubica en Róterdam. Pienso, pero en el fondo no lo sostengo del todo. No pienso más que al cinco por ciento, he de aceptarlo. Si pudiera seguir pensando a fondo y fijar al mismo tiempo mi voluntad en nuestra meta, entonces sí que podría avanzar como rayo. Papá sabe hacerlo, eso lo ha asimilado. Pero yo —he de reconocerlo una vez más— ni puedo ni debo profundizar mucho en lo que pienso, porque así atraigo hacia mí desde el espacio leyes que me abrumarían y apabullarían, dado que soy un niño en este mundo. Así que haría mejor en sintonizarme con alcanzar la meta fijada.

Hago lo que dice papá y hete aquí que volamos por el espacio y solo un segundo después entramos en nuestra vivienda en Róterdam. Aprendí mucho, muchísimo, entre Ámsterdam y Róterdam. ¡Más de lo que jamás podría haber comprendido en la tierra!

Una vez en casa, papá me hace sentir que puedo sintonizarme con nuevas preguntas y problemas. Me dará respuestas a todo lo que quiera saber. No me hace falta pensar mucho tiempo y le pido a papá que me conecte con el acontecimiento más trascendental y que domina todo los demás, y que viví un día en esta vivienda: ¡su enfermedad y muerte!

Sigo a papá a la habitación donde pasó su enfermedad y murió. La imagen que se me había quedado para el resto de mi vida volvió a aparecer ante mí. Papá estaba en la cama, en silencio y con la mirada perdida, meditando, y yo estaba en una silla a su lado. Sobre una mesita al otro lado había algunos medicamentos y un pequeño jarrón con flores blancas. Hemos vuelto a trasladarnos al pasado y resulta que nada se ha echado a perder. Surgen nuevas imágenes y me muestran el transcurso entero de la enfermedad de papá, hasta el final.

Papá se siente enfermo y su cansancio ha ido tan en aumento que ya no puede abandonar la cama. Insisto en hacer venir al médico, y por fin papá accede. Después de examinarlo, el médico declara con aplomo que papá no tardará en recuperarse. Pero papá mismo asegura que el médico se equivoca; ya no volverá a levantarse de esta cama, afirma. Ha percibido una voz que le sonaba muy familiar, y que le dijo que dentro de poco entraría en la vida después de la muerte.

El cansancio de papá es cada vez mayor y a pesar del dictamen optimista del médico su estado empeora. Ahora empiezo a percibir el significado de ese cansancio. El cuerpo de papá se debilita, debido a que él ya no sintoniza sus fuerzas en su conservación. Su alma está trabajando en una nueva tarea y se prepara para hacer la transición a la otra vida. Naturalmente, el cuerpo se ve desprovisto de esas fuerzas y se manifiesta el cansancio. Si papá hubiera tenido enfermedades o padecimientos se habrían agravado y habrían provocado la muerte. Ahora la vida animadora no siente más que cansancio. Es todo lo que se puede sentir. Esta es su enfermedad, que en breve detendrá su corazón. Papá ya lo sabe y se entrega por completo a ese cansancio.

El médico, entretanto, ha tenido que reconocer que papá ya no se recuperará. Sí, constata, el pulso cardiaco se ha debilitado tanto que el final tiene que estar próximo. No le da de vida más de una semana. Pero papá demuestra una vez más lo estrecho que ya es su contacto con el mundo del otro lado y lo grande la seguridad que allí gana. Lo que es morir, morirá, le dice al médico, eso ya se lo aclaró al comienzo, pero no será en menos de una semana. Mañana estará en condiciones de decirle con precisión el día y la hora.

Se ha hecho de noche. La enfermera de noche ha apagado la luz, al lado de papá solo hay encendida una lamparita. De pie junto a papá vuelvo a ver este acontecimiento tantos años después. Papá me hace sentir que no es necesario que me sintonice con la enfermera, pero sí que sería bueno seguir a nuestra ama de llaves. Lo hago y veo a Betsje muy ocupada, yendo de aquí para allá. Entonces empiezo a ver su irradiación y enseguida me llama la atención que contiene manchas negras. Al mismo tiempo descubro su significado. Las manchas oscuras señalan los graves errores que esconde su carácter.

Miro a papá y veo su túnica espiritual. ¿Cómo es posible —me pregunto atónito— que no la haya visto antes? Entonces lo comprendo: tengo que tener en cuenta que aquí lo vivo todo con las fuerzas de papá y que solo me muestra lo que considera necesario. Y todo esto en el momento justo, porque de lo contrario me aplastaría la variedad de impresiones que aquí ofrece a vida.

La vestidura de papá le cuelga holgadamente de los hombros, como una túnica romana. Tiene un color precioso. Papá me deja sentir cómo se formó. Fue la vida de su alma la que la hiló, tejiendo los hilos hasta formar este



patrón, y fueron sus cualidades los que la colorearon. De esta forma, pues, es como la vida interior del portador queda fijada en la túnica espiritual.

Cada alma en el espacio tiene una vestidura; ni una sola alma, da igual donde se encuentre, aunque sea en el infierno más profundo, tiene que ir desnuda. La irradiación de Betsje permite percibir claramente cómo sería la suya. Las manchas oscuras que contiene indican que Betsje no sirve.

La sigo mientras va de un lado para otro. Ahora entra a la habitación de papá y le lleva algo de beber a la enfermera. Así es como termino por posar la mirada en papá. ¡Cielos! ¿Puede ser cierto esto? ¡Veo a papá por triplicado! Hay que ver cómo está de pie junto a mí y en la cama. Pero allí también percibo una sombra y estoy seguro de que es papá. Pero no me quedo pensándolo mucho tiempo, casi al instante vuelvo a mirar a Betsje y su irradiación. Ahora veo que es una ladrona. Se lleva dinero, una y otra vez. Siempre me faltaban pequeñas sumas de dinero en la caja en la tienda, se me ocurre ahora. Pero nunca pensé que se tratara de hurtos. O sea que era Betsje. De golpe la veo mientras está delante de un armarito. Duda, mira a la derecha y a la izquierda, y saca unos cuantos billetes de dinero. Trescientos florines.

“Dios mío, Padre en el cielo, ¿es que entonces no hay nada que se le escape? ¿También eso ya está determinado? ¿Es que entonces nos encontraremos más tarde ante cada acto de nuestra vida? Si eso es así, Dios mío”, sigo rezando, “perdónaselo entonces a Betsje, porque tampoco es que fuera tan mala. Cuidó bien de papá, y de mí también, por cierto. Se lo hemos perdonado, Padre, Dios de todo lo que vive, sería mejor que ya no lo vuelvas a mencionar, el dinero se lo hemos donado”.

Papá, acostado en la cama, sigue a Betsje con la mirada, mientras esta le lleva algo caliente a la enfermera. Leo esa mirada y entonces sé que papá está completamente al tanto del robo de Betsje. Para estar seguro se lo pregunto. Pero no dice nada, aunque sí que me deja sentir que, en efecto, lo sabía todo. Ahora no quiere hablar de ello, porque entonces en esta vida se despiertan demasiadas cosas.

En aquellos días previos a su muerte la sensibilidad de papá había aumentado tanto que podía leer en Betsje. Adoptó sus deseos equivocados, su ansia por el dinero, sus robos. ¡Esta era la transmisión telepática de ella!

Papá mira a Betsje pero no dice nada. Ahora también sé por qué. Papá estaba preparándose para su transición, estaba despidiéndose de la vida terrenal, y ya no podía ni quería sintonizarse con estos actos equivocados. A él eso lo haría volver de manera cruel a la tierra, y de todas formas no iba a poder cambiar de golpe a Betsje, reprendiéndola.

Así que yo tampoco voy a tratarlo más y prefiero seguir la irradiación de Betsje; papá tiene la misma intención. Dejo de mirarla, lo miro a él y después me miro a mí mismo. Mientras papá estaba preparándose para su

transición depuso su túnica terrenal, pero por encima de esta fue tejiéndose otra, espiritual, que por aquí y por allá ya iba coloreándose. Entonces de repente me llamó la atención que mi uniforme, que aún llevaba puesto, estaba difuminándose. Al verlo me asusté, pero al mismo tiempo me entró una gran felicidad. Estaba empezando a comprender ese difuminar de mi trajecito terrenal. Debido a que yo estaba haciendo paso a paso la transición a esta nueva vida, me iba alejando de la tierra y de todo lo que allí me ataba. Más adelante, cuando yo haya seguido y vivido todo, este uniforme seguramente se disolverá del todo. Porque ahora sentía que detrás estaba empezando a tomar forma otra túnica.

Pero, qué asombroso, y todo esto lo recibía por mirar a Betsje y los puntos negros en su irradiación. Tenía que esforzarme para procesar todos estos acontecimientos, que en sí eran problemas muy grandes. Aun así, todavía no había llegado al final de mis experiencias. Volví a dirigir la mirada a mi padre. Parecía estar durmiendo, pero no era el caso. Sus rasgos estaban levemente iluminados por la pequeña lámpara. La enfermera, al verlo así de sosegado, lo había dejado solo. De pronto una gran luz inundó la habitación y vi que se acercaba a papá una gran figura. Era Angélica. Estaba de pie junto a su cama y lo adormecía. Entonces se conectó con él y elevó el alma de papá en el mundo de ella. De este modo él podía verla y oírla. Ella le dijo cuándo viviría su transición.

Ahora me surgía la pregunta de cómo podía predecir esto. La respuesta me vino con fluidez, al instante. Por su completa transición en él, Angélica podía leer cada vez más en su aura —que se difuminaba cada vez más— cuánto faltaba según el tiempo terrenal para que se desprendiera su alma del cuerpo material.

Yo observaba con un respeto sagrado la escena que se desarrollaba ante mis ojos: dos personas que se pertenecían, según lo dispuesto por Dios, y que se profesaban un amor que no había imaginado que fuera posible.

Dejé que los acontecimientos incidieran en mí tranquilamente: ya no debían apabullarme.

Por la mañana papá me contó que esa noche se le había aparecido Angélica y que esta le había dado a conocer el momento de su transición. Fueron transcurriendo los días y el médico no tardó en tener que reconocer que su ciencia había fallado. Pero dijo que eso tampoco era tan extraordinario: que muchos moribundos sabían decir con precisión cuál sería el momento en que cerrarían los ojos para siempre. Sin embargo, no tenía claro cómo podían saberlo, y entonces tampoco podría haber aceptado la verdad. Ahora, no obstante, me encontraba ante los hechos y estos no mentían.

Ahora veo la irradiación del médico, y también esta contiene puntos negros. Si hubiera podido verlos en la tierra me habrían servido de aviso. El

médico no es honesto, finge interés, pero le cuesta esfuerzo no reírse de las palabras de papá. Cree que está loco de remate. Su alma está muy alejada del poderoso acontecimiento en el que vive papá.

Los días van consumiéndose y el final de papá se acerca cada vez más. Su sensibilidad no deja de aumentar. A medida que esta crece, su cuerpo se va debilitando y su aura se disuelve cada vez más. Pero vuelve a reconstruirse en el mundo del espíritu, en el mundo en el que estoy ahora, y se me concede observar todo eso. Es la sombra que percibí hace un rato. Papá empieza a ver y a sentir en este mundo. Sus fuerzas interiores hacen posible este proceso. Para ello recibe también la ayuda de quien es su alma gemela. Las leyes de la vida y la muerte lo hacen posible. Varía en cada persona, según las leyes que tenga que vivir y que ella misma haya hecho despertar.

A papá no le llegará un final repentino. Hará una lenta transición de lo terrenal a la vida eterna. Ni siquiera es necesario que sienta una sacudida. De modo que para él la muerte ha perdido cualquier significado: ¿es que no existe para él!

Cuando mi padre hubo muerto al cincuenta por ciento empezó a predominar la otra vida. Vi que su aura si iba haciendo cada vez más densa en ese mundo. El ver y sentir de papá en la vida del espíritu no dejaba de agudizarse. Por medio de Angélica incluso veía en algunas de sus vidas anteriores; esto se hizo posible por haber tenido conexión con ella en esas vidas. Así también fue conectado con la vida en la que fue médico. La sabiduría acumulada en ella se hizo consciente en él y le daba el derecho de llamar colega a su médico. A mí me conoció en esa vida como Jack, y al instante me llamó así.

—Le diré cómo es, compañero.

Así es como papá le habla al médico, y después trata muy en detalle la incapacidad del sabio terrenal. Aquella no se disuelve hasta que este no llegue a conocer el alma, lo esencial de nuestra existencia humana. Para el médico no es más que el delirio de un moribundo, un galimatías sin sentido ni significado. Pero ahora sé que el inconsciente no era papá, los inconscientes éramos nosotros. Cuando habló era una persona profundamente consciente, que tenía conexión con las leyes espirituales más poderosas. Leyes que le permitían echar un vistazo en las vidas vividas por él, en las que con mucha lucha y gran esfuerzo fue acumulando sabiduría que se convirtió en indivisible posesión suya. No nos habló como un moribundo cuyas capacidades mentales estaban debilitándose, sino al contrario, como una personalidad agudamente consciente que siente hablar en su interior la fuerza y la realidad de su pasado.

Qué alejados estábamos entonces de él. Nos encontrábamos ante la profundidad que existe entre la vida y la muerte, que era inabarcable e insondable para nosotros, para el médico y para mí, y que solo papá podía salvar, con

la ayuda de su Angélica. Ahora, solo en esta vida, papá conseguirá tender un puente hacia mí. En la tierra tuvo que fracasar entonces por mi duda.

El porcentaje sube de cincuenta a setenta. Puede verse en el cuerpo material, cada vez está más socavado. Ya no habla mucho. Está preparándose para su transición en silencio. Lo que quería decirme, ya me lo comunicó. Mucha sabiduría, de cuya profundidad y realidad empiezo a tomar conciencia solo ahora, y ni siquiera en su conjunto. Papá mismo incluso me dio una prueba que debía convencerme de su pervivencia después de la muerte. Me pone sobre aviso de las prácticas que mamá no tendría empacho en llevar a cabo para servir sus propios deseos equivocados.

El proceso de muerte prosigue. El médico asegura que ahora ya tiene que acabar en cualquier momento, sí o sí. Pero vuelve a equivocarse. Aún falta para el final de papá. Se puede ver en su aura. Todavía es demasiado densa y tendrá que hacerse traslúcida antes de que el alma abandone el cuerpo material.

Papá ya no presta atención a su entorno. Mantiene los ojos cerrados, pero no duerme, piensa. Junto a él se encuentra su felicidad eterna, Angélica, que mantiene sus manos en las suyas. Qué inmaculado es su amor. Hacen la transición el uno en el otro, esta hora hermosa es exclusivamente para ellos dos. Es un regalo del que Dios es el Dador. Angélica le dice algo y papá le responde. Es este hablar el que me llamó a su cama. Me veo a mí mismo sentado junto a la cama, pero no oigo lo que dice papá. Angélica se queda, no los molesto. Ambos estamos sentados en silencio junto al enfermo al que tanto amamos.

Angélica se va cuando ya es bien de día y aumenta el bullicio en las calles. El día despierta a papá y vuelve a la conciencia que aún pertenece a la tierra. Luego, cuando la noche se eche encima de la ciudad y acalle el bullicio, él volverá a hundirse en su vida inconsciente, en aquella vida en la que su espíritu vuelve a ser entonces muy activo.

Empieza la última noche de papá en la tierra. Veo que su aura está haciéndose traslúcida. También se cumplirá esta predicción de Angélica. El médico ha decidido quedarse con papá. Ambos pasamos la noche velando. Una última vez nos dirige la palabra y se despide.

Despunta el alba. Angélica planea como un ángel por encima del cuerpo material de papá y lo besa. Ahora se disuelve por completo en papá. La luz crepuscular busca una entrada por las cortinas, que no están cerradas del todo, y se derrama por el lecho de muerte. Todo esto lo percibo ahora, nada se queda oculto. De este lado veo que su cuerpo astral se va haciendo más denso y que adopta formas. Falta algo de tiempo para que el alma de papá sea completamente libre. Aún hay un cordón plateado que une el cuerpo con el alma. Pero eso también se va difuminando, se hace más y más etéreo.

Entonces papá queda libre, abre los ojos en la vida eterna y ve a aquella que le pertenece.

—¡Angélica, mi Angélica!

Lo recibe entre sus brazos y se va con él, planeando. Puedo seguirlos ahora con los ojos, se van alejando cada vez más de la tierra y entonces se les abre su cielo. El lecho de muerte que se me concedió observar es poderoso, es sagrado. ¡Qué grande es Dios, cuánto amor tiene por Sus hijos!

Miro a papá, pero no puedo decir ni palabra. Pasa un cierto tiempo antes de que haya podido vencer mi emoción y logre pensar otra vez de manera normal.

‘Y ¿cómo fue mi lecho de muerte?’ se me pasa por la cabeza. Entonces me entra la palabra de papá. El hermoso lecho de muerte que se le concedió vivir solo es para quienes se han preparado para él en muchas vidas. Cualquiera, sin excepción, puede vivir esta gracia si se prepara para ella espiritualmente.

—Tú también puedes adquirir esto, Theo —dice papá—. Eso ya vendrá, hijo mío. Vas por el buen camino. Sé que ocurrirá, esta gracia algún día también te llegará a ti, porque ya ahora estoy viendo esas leyes.

Naturalmente, creo en las palabras de papá, y durante unos instantes, sin embargo, me asalta un sentimiento triste. ¿Quién me acompaña ahora en mi camino por este mundo? ¿Dónde vive aquella que me pertenece? ¿Dónde está ella? ¿Por qué no me dio la bienvenida cuando entré aquí?

Me entra un enorme deseo de poder poseer una pequeña parte del amor que estos dos, Angélica y papá, se profesan. Los había visto sentados juntos como dos niños completamente felices, sabiéndose cubiertos por las manos bendicidas de Dios. Había sentido yo que eso sí que era amor, amor inmaculado, que hace servir y portar, comprender y cantar. Solo así puede haber querido Dios que se amaran los seres humanos. Y ¿qué logran finalmente? En la tierra no me lo había imaginado de otra manera, así es como hubiera querido amar a quien allí era mi mujer. No pudo ser, para construir un vínculo de amor hacen falta dos. Papá también tuvo que experimentar esto en la tierra. ¿Cuánto más amor, cuánta más comprensión, fuerza y sabiduría podría haber dado a mamá?

Siento que papá quiere continuar y de inmediato se despliega ante mis ojos una nueva imagen. Me veo andando detrás del féretro de papá. Pero me cuesta desgajarme de la esfera sagrada a la que me condujo la vida de su amor y de Angélica. Ya me gustaría quedarme a vivir un poco más en ella, pero entonces me atrapa la nueva imagen.

Voy en el cortejo fúnebre que va a enterrar el cuerpo material de papá, y solo cuando dirijo la mirada a mamá veo lo vacío y frío que es su ser. Incluso ahora todavía no piensa más que en dinero. Leo en esos tenebrosos pensamientos y el frío que expide su interior me hace estremecer. Está deliberando

cómo convencerme para que la deje vivir en mi casa. La acompañan seres tenebrosos que solo intensifican sus pasiones y deseos equivocados.

Pero veo que tampoco ahora estoy desprovisto de protección. Angélica ha vuelto y está junto a mí. Deposita en mí las respuestas que he de dar a mamá.

Es gracias a ella que no cedo ante la presión a la que me somete mamá para arrastrarme hasta su asqueroso mundillo. Es sagrado y conmovedor ver esta protección. Me hace llorar de felicidad. Ni un solo ser humano en el mundo está solo. Para todos hay ayuda y protección espiritual, al menos en la medida en que uno esté abierto a ellas. Papá me hace sentir que esto lo vivirá todo ser humano.

Mamá se largó hecha una furia.

Se van haciendo visibles nuevas imágenes y retienen mi atención.

Papá ha vuelto a mí desde su cielo. Intentó conectarse conmigo y lo hizo mediante la escritura. Cerca de él está Angélica. Papá escribe por medio de mi mano. De tanto en tanto hace preguntas a su alma gemela. El proceso vuelve a repetirse, igual que con la escritura por medio de Angélica. Papá descende en mí. En sentimiento llegamos a la unión espiritual. La escritura va por sí sola debido a que ahora me entrego por completo y a que papá y yo tenemos la misma sintonización. Qué sencillo es todo esto, y también: qué poderoso.

Pero entonces comienzan otra vez mis dudas, papá siente que tendrá que parar en breve. Ahora que me encuentro en esta vida siento ganas de darme bofetadas. Cuánta sabiduría no podría haber recibido en la tierra si hubiera albergado fe y entrega. Pero ahora ya no es posible cambiar eso. Tengo que aceptar que mi conciencia no poseía por entonces ese grado necesario de sentimiento y pensamiento. Ahora, morando en la vida eterna, me sería imposible seguir dudando.

## La mediumnidad escritora

“Es necesario que sepas todo esto. Aún no te puedo decir para qué, pero algún día lo sabrás”. Papá depositó estas significativas palabras la última vez que escribió con mi mano. Entonces no las comprendí, incluso me habían producido un poco de risa por dentro. Le dolió a papá que me riera: ahora tengo que experimentarlo y siento su tristeza. Siguió escribiendo, no obstante; también Angélica estaba ahora a su lado para consolarlo. Y ahora percibo que entonces incluso hubo un tercero con ellos. Tiene una figura espléndida, distinguida, su luz envuelve mi ser terrenal. Esta luz es la de un maestro. Saluda a Angélica y a papá; por lo demás solo observa, no escribe.

Es una imagen del pasado, pero la vivo como si el acontecimiento ocurriera ahora. El respeto inmaculado por este maestro y su luz celestial hacen que me arrodille. Me va entrando la sensación de que este maestro fue durante una vida en la tierra hermano de Angélica.

Ahora vivo un momento sagrado. El pasado se ha disuelto y ahora el maestro realmente está delante de mí. Se ha acercado en silencio. Sigo postrado y no me atrevo a alzar la vista. Dirige la palabra a Angélica, que entretanto también se ha unido a nosotros. Podría escuchar lo que dicen, pero no lo hago. Tengo demasiado respeto por este maestro en el espíritu. Pero entonces papá me hace sentir que debo escuchar. Y oigo que el maestro le dice a Angélica:

—Hermana mía, cuando esté lista, venga entonces a mí. Mi instrumento está preparado para recibir —le dice el maestro a Angélica:

Sigo postrado, el maestro fija su mirada en mí, y esta me da calor. Siento que sus palabras se refieren a mí, más tarde conoceré su significado.

El maestro y Angélica han partido. Me siento profundamente feliz por este encuentro, no estoy solo en este espacio inmenso: eso es lo que ella me quiere decir. Pero ¿qué significado tiene mi vida para este maestro? Y ¿por qué ya en el pasado se posaba su mirada sobre mí?

—¿Lo sabes ahora? —me entra—. ¿Lo sientes, hijo mío? ¿Comprendes por qué te dije entonces que solo tenías que saberlo?

Sí, ahora lo comprendía. Entonces me había reído de las misteriosas palabras de papá, pero ahora comprendo lo que significan. Lo sé de repente. Por aquel entonces papá me hablaba, aunque yo era presa de la duda. Así consiguió que sus palabras se fijaran en mí, a pesar de todo. Ya entonces me estaban preparando poco a poco para la vida eterna y para las tareas que esta me tenía destinadas. También la presencia entonces del maestro era un indicio en ese sentido. ¿Me encontraba ante una tarea puesto que ahora volvía a

aparecer? ¡Lo sabría muy, muy pronto!

Papá me hace sentir que ahora iremos a otro lugar para adquirir nuevas experiencias. Poco después me introduce en otra vivienda terrenal. Nunca antes estuve allí, constato. Siento que en esta casa vive una fuerza espiritual. Angélica también está aquí. Se les acerca una figura. Al mismo tiempo veo a un ser humano sentado en su mesa de trabajo, consignando algo a papel en su máquina de escribir. Me siento atraído a este ser humano.

Lo que vivo ahora es milagroso y hace que se me aneguen los ojos de lágrimas. Porque al ver a este hombre, se me despierta de una sacudida un sentimiento que yacía allí en mí como un deseo, que jamás se vio cumplido.

—A usted lo conozco, amigo de la tierra y maestro en el espíritu —le digo—. Estoy aquí en su casa. Leía sus libros en la tierra. Me daban fuerzas espirituales y me enseñaron a no matar. Quería visitarlo, pero se quedó en un deseo, porque se interpuso la guerra.

Veo a su maestro y ahora sé que fue él quien me tocó en Róterdam y que fue él quien se me apareció hace unos instantes. Percibo que está usted en trance, y hay un ser que desde nuestro lado está consignando a papel un libro por medio de usted. De modo que ahora usted vive aquí en nuestro mundo, aunque pertenezca a la tierra. Pero su maestro vela por usted. Él me hace sentir que enseguida se me concederá escribir por medio de usted. Me inclino ante su maestro y usted, que hace posible que la sabiduría de él sea llevada a la tierra. Veo que el maestro que escribe por medio de usted se detiene y que usted vuelve a su cuerpo.

Ahora Angélica da un paso hacia adelante y me saluda. Se me concede hablar de mi transición, dice ella, por medio de usted puedo consignar a papel mis experiencias. Va a ser un libro que algún día aparecerá editado en la tierra. ¡Qué tarea más gloriosa!

Ahora he de sintonizar con usted. Tiene que entregarse por completo, así lo quiere su maestro. Ha llegado el gran momento. No entrará usted totalmente en trance, ese contacto pertenece a su maestro. Angélica está junto a él y ambos sintonizan con usted.

Ahora empiezo a intuir la vida interior de usted. Se hace el silencio en mí, crece mi respeto por usted. Entonces desciendo en la vida usted.

Estoy erguido dentro de usted, que está en semitrance. Se me concede escribir unas breves palabras, después he de partir de nuevo. Pero algún día, cuando haya vivido lo que he de vivir, se me concederá volver. Entonces se me concederá contarle todo sobre mi vida y sobre la de papá y Angélica. Todo esto se ha hecho posible porque ella es hermana del maestro de usted, y porque la vida de ella y de papá tienen profundidad.

Ahora vivo dentro de usted y lo domino en sentimientos y pensamientos. Eso va por sí solo, porque usted se entrega del todo, no hay nada donde yo



detecte ningún tipo de trastorno. Está usted completamente vacío, sin pensamiento alguno, y se encuentra sintonizado conmigo. Se coloca usted ante la máquina y siento que está llegando el momento en que se me concede que empiece.

Me pongo a pensar y he aquí que al instante mis pensamientos quedan consignados en el papel. Sus manos teclean lo que yo pensaba. Pero a su maestro este texto no le parece bueno y usted rompe el papel. El segundo texto sigue el mismo camino. Tengo que pensar con más fuerza para evitar que usted se apodere de mí, lo que provoca trastornos. Su maestro explica cómo debo actuar, y me incorpora en su pensar y sentir. Vuelvo a hacer la transición en usted y me concentro fuertemente en mi propia vida. Ahora aparece claramente lo que quise decir hace unos instantes:

“Para mí es una enorme gracia que se me haya concedido poder contar sobre mi vida terrenal”.

Espero unos instantes, igual que usted. Entonces prosigo:

“Ahora estoy descubriendo lo sensible que es usted. Puedo seguir esto. Reacciona de inmediato, hasta un niño podría contar por medio de usted. Ahora va como por sí solo.

Su maestro está aquí y me trajo hasta usted. Más tarde se me concederá poder contar de mi vida en la tierra. Hace poco que caí en combate en la Línea Grebbe. Ya podrá imaginarse cuáles fueron mis experiencias allí. Sin embargo, no maté, de lo contrario tampoco estaría aquí. Mi querido padre y otros que a usted y a mí nos son muy queridos están conmigo.

Leí los libros de usted durante mi vida en la tierra, poco antes de hacer la transición. ¿Lo que me dio usted así? Quizá se lo pueda aclarar más tarde, cuando hayamos llegado a ese punto y se me conceda contar sobre mi vida. Qué feliz soy de que esto me sea otorgado. Doy gracias a Dios por esta gracia. Y a papá, a Angélica y al maestro de usted, a todos ellos les doy las gracias por la ayuda que he recibido en mi vida: en la terrenal y en esta.

Solo se me concede quedarme aquí brevemente para anotar algunos datos por medio de usted. Ahora tengo que irme, se me hace difícil, me gustaría quedarme. Pero siento que he de parar.

¡Cómo darle las gracias a Dios!

A usted lo saludo y le agradezco el amor que me da ahora que estoy conectado con usted. Me voy, amigo de la tierra, maestro en el espíritu. Espero poder volver a usted en breve. Le doy las gracias”.

Así fue como se desarrolló la primera ocasión en que escribí por medio de un instrumento terrenal. ¿Cómo tenía que procesar yo eso? Vi que usted se puso a leer el cuaderno. Entonces empezó a verme; me estremeció que se me percibiera de manera clarividente. Un nuevo milagro para mí. Su vida de los sentimientos tocó la mía, me estremeció, pensé hundirme y ya no pude

pensar. Así de cerca estábamos ahora el uno del otro. Usted vio en mí, sintió todo lo que había vivido yo y me envió su amor.

Este contacto profundo siguió un cierto tiempo. Entonces de pronto se desprendió de mí, tan de repente que hubo un instante en que me quedé de piedra. Este regreso suyo de la vida de sus sentimientos a su tarea fue rápido como una flecha. Me rebotó y me hizo daño. Me entró un sentimiento de decepción. En el fondo fui expulsado, así, al menos, es como lo sentí.

Pero entonces se me acercó su maestro y se me concedió vivir que me hablara directamente un maestro.

“La reacción vehemente”, según me explicó su maestro el acontecimiento, “tiene que estar en él, porque si no miles de fuerzas jugarían con su vida en la tierra. Nuestros instrumentos así lo requieren. Ahora nadie de este lado lo puede tocar o influenciar. Puede probarlo usted”.

Hice un intento, sintonicé con usted y traté de alcanzarlo. Pero había un denso muro impenetrable que blindaba todo su ser contra mí. Usted se quedó detrás de este muro y era inalcanzable. O sea, así es como se le protege cuando es usted uno con este lado.

Incliné profundamente la cabeza. Todo lo que llegué a ver era poderoso. Miraba a papá y Angélica. Ellos también mostraban su respeto por lo que sucedía aquí.

Ahora se me ocurría que este instrumento es el más elevado para este lado. En Occidente es el único que trabaja para los maestros. Hay más instrumentos en la tierra, pero él representa a los maestros más elevados de este lado. Todo esto Angélica me lo hace sentir, y usted, instrumento dotado, tiene que aceptarlo, porque digo la sagrada verdad.

Puedo decirle todo esto porque sé que en su interior hay sencillez, y que no le puede afectar nada que podría destruir su personalidad. No podrá entrarle la vanidad, para eso es demasiado consciente; tiene una conciencia que ya poseía de este lado, y por la que conoce la vida en la tierra y de este lado.

El otro maestro vuelve a descender en el cuerpo de usted. Todos estamos observando cómo se va mecanografiando hoja tras hoja. Es profundo lo que se está tratando, pero va como por sí solo. Ahora su alma está fuera de su organismo, ha dejado su sitio al maestro y a la serenidad de las esferas, para que usted ya no sienta cansancio al regresar. Es su maestro el que se encarga de esto.

Se va llenando de palabras una hoja tras otra, crece el montón al lado de la máquina. Pero de repente se produce un trastorno. Miro a mi alrededor, igual que papá y Angélica. Veo a través de las paredes. Se acerca un visitante. Mientras el hombre sube la escalera, el maestro libera el cuerpo de usted, para que pueda regresar a él. Su maestro se concentra en usted y lo tranquiliza. Cuando entonces llaman a la puerta está usted listo para abrir. El paciente

entra. Usted empieza a tratarlo, mientras el maestro, que le va pasando un libro, se queda a la espera. El paciente no ha cerrado la puerta cuando usted ya se apresura a su escritorio, se pone ante la máquina y va quedando sumergido en el trance. El maestro retoma el trabajo y continúa escribiendo sobre las leyes Divinas, sobre el planeta tierra, sobre los miles de problemas que usted ya conoce, porque esta conciencia le entró por medio de él.

Siento una profunda admiración por su maestro que lo ha preparado para su sagrada tarea. Lo que aparece es profundo e inmaculado, natural. No contiene ni un solo pensamiento de usted. Es que usted tampoco puede saberlo, aunque albergue conciencia: usted simplemente no sabe lo que vendrá ni lo que el maestro quiere contar. Aun así no vive usted el estado de trance más profundo; eso es algo que pertenece a su maestro. Ahora se está usando el cuarto de los siete grados en el trance.

Su máquina produce un tableteo incesante, a este ritmo el libro tiene que concluirse pronto. ¡Qué envidia da usted, instrumento dotado! He de sentir respeto, y conmigo cualquiera, por su mediumnidad y su sagrada voluntad de servir a los maestros del otro lado en aras de los miles de personas que quieren ser convencidas de la vida eterna.

Veo las muchas opciones por medio de las cuales lo puede alcanzar el otro lado. Siento el amor de su maestro por usted. Angélica lo sigue a usted de este lado y le manda todo su amor. La conciencia de usted es profunda, su amor fuerte y su fe en Dios inquebrantable. Y esto lo posee usted como ser humano en la tierra. Como ser humano en la tierra. Aquí quiero asimilar esa posesión sagrada, incalculable, y haré todo lo posible para ser digno de ella.

Veo dónde está su maestro, porque la luz que él irradia envuelve toda la casa de usted.

“Maestro”, le digo postrado, “quisiera agradecerle lo que recibí por medio de usted. Aún no puedo abarcar todo, de tanto que tuve que procesar, de tantas lecciones en las que abismarme. Me hará avanzar espiritualmente y me protegerá de ser destruido. ¿Me permite darle las gracias?”

Cierto tiempo después, mi padre me hace sentir que tenemos que seguir. Angélica y el maestro de usted, usted y su casa: para mí todo se disuelve. Ya estamos planeando otra vez por el espacio. Mientras avanzamos mis pensamientos se apuran en volver a usted y de repente siento que usted me sigue. Pensando en usted vuelve a entrarme fuerza. Me siento fuerte y llego a tener más capacidad de comprender. Usted me hace sentir que ya no quiere repudiarme como hace un rato. Pero en el instante en que tuvo que empezar a experimentar su propia vida debió excluirme. De modo que no ha de haber decepción en mí, sino que he de comprender la lección que contiene. Usted solo está sintonizado con los maestros, no deja que nada ni nadie le interfiera. Para usted su tarea es prioritaria, y en el momento que esta le llama se

muestra completamente disponible, al ciento por ciento. Es esta entrega la que quiero asimilar: me ayudará a ganar profundidad espiritual.

Me habla usted en el idioma del espíritu, durante este avanzar estamos conectados de sentimiento a sentimiento. Lo veo ante mí y vuelvo a vivir un nuevo milagro. Está en alguna parte del espacio, al tiempo que hay un maestro en su cuerpo que consigna un libro al papel. Pero está usted también en mí, es decir, una mitad suya. Así que experimento que se divide. ¿No es poderoso? De este modo es como se ve que es usted un maestro, dice mi padre.

¿Que si la tierra lo reconocerá a usted como tal? Muchos no podrán comprenderlo a usted ni la sabiduría que aporta. Se burlarán de usted y lo ridiculizarán, pero le dará igual. Ninguna difamación ni crítica podrán quebrantarlo. Está usted listo para aceptar absolutamente todo lo que se le cruce por el camino.

Alberga usted la voluntad de servir y con esa conciencia sigue a su maestro. Pone en juego todo lo que es suyo para el trabajo de ustedes dos, hasta estaría dispuesto a dar su vida por ello si se lo pidieran.

Oh, un vistazo en su vida me enseña una inmensidad, quiero asimilar todo lo que vive en usted, aunque me cueste sangre y sudor.

Le envié toda mi gratitud y todo mi amor. Usted interrumpió entonces este contacto con un amable “hasta luego”. Desapareció usted de mi aura y volví a estar a solas con mi padre.

## Me veo a mí mismo como Jack

Papá iba planeando por delante de mí. Me entregaba por completo a su dirección. Había vuelto a vivir ahora a grandes rasgos mi vida en Róterdam. Todavía se me hacía significativa la pregunta de por qué había abandonado esa ciudad y mi tienda para apuntarme al servicio militar. Porque a fin de cuentas tenía apego a mi domicilio y regentaba un negocio con muchos clientes. ¿Por qué dejé todo eso atrás, sin más, y por qué preferí la vida irregular del servicio militar a la tranquila seguridad de una existencia como civil? La respuesta a esta pregunta me aclararía mucho sobre mí mismo, de modo que tenía que sumergirme mucho en ella, me llevara a donde me llevara.

Según el modo de medir terrenal ya era tarde, estaba haciéndose de noche. Otro día más había pasado. Pero no tenía sueño. Tampoco estaba cansado, a pesar de tanto pensar. Para ello no usaba el cerebro, sino los sentimientos, que me introducían en los problemas y me daban la solución, por supuesto con la ayuda de papá, que también ahora tenía que volver a ayudarme. Me dijo que tenía que seguir sintonizándome con él con mucha precisión. Este agudo pensar en papá ya lo había llegado a conocer en nuestro viaje, se me hacía cada vez más fácil.

Ahora que me sintonizaba con la decisión que me hacía aceptar el estado militar como profesión, me volvían a surgir los sentimientos que me llevaron hasta allí.

¡No salían de mí mismo pero a la vez sí que lo hacían! Era como si moraran en mí dos personalidades, de las que una tenía predominio sobre la otra e imponía su voluntad. Esta, la más débil, se llamaba Theo. ¿Cuál era el nombre de la otra? Entonces me entró el nombre de Jack. ¿Era Jack la otra? Él, pues, podría introducirme en el significado de mi decisión trascendental de hacerme militar profesional. Ahora hice una transición aún más profunda en papá para poder percibir su sentir y pensar mejor y con más nitidez.

Fuimos desplazándonos por el espacio. El cielo es azul, la tierra, gris. Si quiero ver a través de la emanación gris que envuelve la tierra se hace más denso lo que vive allí. Y eso es evidente, porque al mirar a la tierra me conecto con ella. Es papá quien me hace ver las imágenes que aún me urge vivir en este estadio de vivencias. ¡Qué inteligente es papá! Él lo posee, no es para menos. En los años que lleva ahora de este lado ha sabido asimilar este conocimiento de las leyes.

Empiezo a sentirme muy tranquilo y me entra otra mentalidad. De nuevo tengo que pensar en las dos personalidades que moraban en mi interior cuando me decidí. Vuelven a levantarse en mí y siento cómo Jack, porque así

se llama, predomina sobre Theo. También ahora lo hace, ¡me estoy convirtiendo en Jack!

Miro a papá, me veo ahora totalmente obligado a hacerlo, y veo su querida cara muy cerca. Su rostro irradia hasta tal punto amor y felicidad que su Dios lo tiene que haber bendecido. Viéndolo ya no puedo pensar más tiempo en mí mismo. Sonríe y sus ojos son estrellas. No me sueltan, en sus destellos leo la felicidad de papá. Ha sido bendecido, de distintos modos. Él un cielo lo puede llamar su lugar de residencia. Hay en su interior sabiduría espiritual y —lo que es su mayor tesoro— vive dentro de su alma gemela y al lado de ella. Todo esto se lo brindó Dios en recompensa por servir, por su fe y por su amor.

¿Por qué sonrío papá tanto, y por qué tanto brillo en sus ojos igual que estrellas?

¿Es en Angélica en quien piensa?

Esas palabras, ¿proceden de mí? ¿Proceden de papá?

—¿Ahora lo comprendes? ¿Ya lo sabes ahora, mi todo? ¿Estás muy seguro ahora? De que te quiero, de que te amo con todo lo que hay en mí. Alma mía, que he recibido de Dios entre el cielo y la tierra, ¿ahora lo sabes?

A papá lo estoy sintiendo. Ahora se me concede leer en su interior más profundo. Siento, sé, experimento. Es Angélica la que le habla. Porque de todas formas, separados siempre son uno. Capté las palabras de ella, las palabras que deben su forma a sus sentimientos más entrañables. Y ahora ya se me hace imposible seguir pensando en Jack y en todo lo que me mueve y ocupa, y esto seguramente que también estará bien así.

Papá escucha a Angélica y todo su ser está pendiente de sus palabras. En él hay silencio, respeto y emoción, ahora que le habla su propia alma y le cuenta del amor de ella. Y, sin embargo, consigue ayudarme todavía, me sujeta, a mí, que apenas sé cómo portar tanta santidad.

¡Qué torpe, qué inútil soy todavía en mi sentir y pensar, yo que aún lo tengo que aprender todo en este mundo!

El amor de Angélica le insufla nuevas palabras: son más hermosas que la música más hermosa.

—Ay, amado mío, mi amado. Ay, querido mío. Estoy aquí fuera, pensando en ti. ¿Olieron las flores alguna vez más gloriosamente? Los pájaros repiten cantando las palabras que manan de mi corazón. Y cuando me inclino por encima del agua veo tu cara en su espejo cristalino.

Estoy escribiéndote una carta a ti, amado, y esa carta se dirige directamente de mi corazón a ti.

¿En lo que tengo que pensar ahora, amado? ¿Sabes en qué? Cuando hayamos llegado más tarde a ese punto —seguro que pasarán mil años o más, pero para nosotros no existe el tiempo, ¿verdad?—, cuando lleguemos en-

tonces al punto en que se nos conceda entrar al otro grado (el cuarto grado de vida cósmico), más elevado, tendremos de nuevo un hijo. Y serás tú quien me lo dará entonces, seré tuya y Dios nos mirará sonriendo.

Amado mío, ¿tendrás cuidado y harás que el niño que ahora está explorando su vida junto a ti no se pierda? Sabes que también ahora estoy contigo, ¿verdad? Cuando miro a quien es tu hijo tengo que pensar en el pequeño ser que más adelante podré poner en tus manos. Mi amado, padre de tu propio hijo, ¿cómo me verás entonces? ¿Cómo serán entonces tus pensamientos?

Oh, lo sé, imagínate que ahora viviéramos en la tierra. Entonces te pondrías tu mejor traje y te irías a pasear conmigo y con nuestro bebé. Entonces la gente vería tu cara radiante y sabría que en nuestra casa vive la felicidad. Ambos miraríamos a nuestra criatura y agradeceríamos a Dios habernos confiado esta vida.

Oh, amado, mi felicidad, ¿volverás a estar luego un poco conmigo? Ya te seguiré, naturalmente, te seguiré. Pero quiero estar solo unos instantes muy cerca de ti, y ¿me abrazarás entonces con fuerza? Con más fuerza, ¿con tanta fuerza, cariño, que haremos la transición el uno en el otro y se haga uno el latido de nuestros corazones? Y ¿me sentirás entonces, estés donde estés, por siempre jamás, igual que en ese instante bendito? Porque ¿no es esta la voluntad de Dios? ¿Acaso no nos entregó este lazo?

Pero ¿quién eres, mi todo en el espacio, como para que yo tenga que amarte tanto? ¿Seguro que esto no será malo? Pero eso es imposible, porque ¿no hemos alcanzado la primera esfera en nuestra eterna felicidad?

Y cuando hayas terminado este viaje y hayas conseguido que también tu propio hijo esté listo para todas estas sagradas revelaciones, ¿sabes, mi amado, lo que nos espera entonces? Cuando Jack comience sus estudios y también yo haya concluido mi trabajo. ¿He de decírtelo todavía? ¿Como en la tierra? Pero aquí puedes saberlo sin que yo te lo diga. Porque ahora eres completamente uno conmigo y no tienes más que pensar para sentir cómo te entra el saber. Y aun así no lo haces. ¿Quieres ser como en la tierra? ¿Prefieres oírlo de mi propia boca? Eres tan cariñoso en todo.

Escucha, pues, amado mío: ahora mismo ya estoy viendo a la criatura que nos será dada cuando hayamos entrado a esa concienciación más elevada. Allí volveré a ser, y por tercera vez, tu Angélica. Oh, mi alma querida. Entonces seré tu amada. Mi ser querido, mi parte de mí misma. Te amo tan verdadera y claramente, lo sé. Dios me lo hace ver y sentir. ¿Aún me escuchas?

Vamos a prepararnos ahora para eso. Paso a paso continuaremos subiendo. Los dos juntos, mi amado querido. Solo entonces viviremos las leyes como Dios lo ha querido, y seremos padre y madre.

Oh, ¿no es poderoso lo que ya veo y siento ahora? Es algo que todos deseamos, dice mi maestro, porque de lo contrario aquí la vida se detendría. Y es

que eso es imposible. De todas formas tenemos que seguir avanzado y profundizando en la transición al ser padre y madre, incesante y eternamente. ¿No es el propio Dios padre, pero también madre? ¿No te conté eso ya en la tierra, cariño? ¿Cuántos días y cuántas horas han transcurrido desde entonces? Parecen siglos, de tantas cosas que vivimos, y así está bien. Cuando vuelvas conmigo y vayamos a caminar de nuevo por nuestra esfera, saludando los pájaros y las flores, entonces, mi todo, te haré un gran regalo. Será para ti, mi alma, mi querida vida, y te hará muy feliz. Con eso te esperaré en nuestra esfera; te abrazaré y besaré con la plenitud de mi gran amor cuando vuelvas una vez cumplida tu hermosa tarea.

He hablado con mi maestro, cariño mío. No, justo ahora es cuando no debes pensar. Ahora has de cerrar los ojos y no querer saber cuál es el regalo que te daré entonces. Tiene que seguir siendo una sorpresa. Eso en la tierra es posible, allí puedes mantener secreta una sorpresa si es preciso. ¿No pensarás?

Mi queridísima Alma, ahora esperaré hasta que vuelvas a tener tiempo para hablar conmigo. Ahora te tomo la cabeza entre mis manos, y mis labios rozan los tuyos y tu rostro. Te beso...

Mi amor por ti es inmaculado, inmaculado y eterno.

Todavía te estoy viendo, aún te veo, pero ahora haces la transición en tu propio hijo. Adiós, amado mío, mi querido amado. Adiós, mi Alma.

Es sagrado lo que se me concedió escuchar, no se me escapó ni una sola palabra. Se me concedió leer en el interior más profundo de Angélica y experimenté los sentimientos que impulsaban sus palabras al espacio, en línea recta al corazón de papá. No me atrevo a mirar a papá a los ojos; preferiría encojermelo y esconderme. ¿Por qué no pudo cerrar para mí estas cosas sagradas, que en el fondo solo eran para él? ¿O es que me dejaba participar a propósito en estas vivencias? ¿Lo hacía adrede? ¡Sin duda era eso! Pero ¿no sabe entonces que anhelo poder amar así también? ¿No sabe que me consume el deseo por palabras así, sentimientos así? ¿Que quiero que me llamen “amado”?

¡Estos sí que son espíritus, ángeles! Qué naturales son en su amor. O sea que el amor entre dos almas puede ser así de grande, así de profundo. ¡Dios mío, Dios mío! ¡Mi corazón parece que va a estallar! ¡He sentido lo que significa amar, esto es grandioso, esto es imponente! Esto me supera, ay Dios, ayúdame ahora a llevar esto.

Y Dios oye mi plegaria. ¿O es papá? Empiezo a sentirme más liviano y el incendio que el sentimiento amoroso de papá y Angélica ha desencadenado, va extinguiéndose. Puedo volver a erguirme y ahora sé que es papá el que me ayuda a hacerlo.

Se me concedió vivir unos instantes en el amor de ellos dos y pensé que el poder de este sentimiento me aplastaría. Así que es en este sentimiento en el



que viven papá y Angélica.

“Oh, Padre mío que estás en los cielos, ¿estará en el destino de cada uno de Tus hijos alcanzar este amor? ¿Es a esto a lo que se llama el amor verdadero? ¿Fue esto lo que quiso decir Tu Hijo, Jesucristo, cuando ordenó al hombre, en Tu Nombre sagrado, que asimilara el amor? Y ¿es este el amor por el que tanta gente en la tierra se abisma en la muerte? ¿Fue esa la razón por la que creaste el cielo y la tierra para Tus hijos? ¿Para darnos la posibilidad de perfeccionarnos en el amor?

Pero, Dios mío, entonces todavía nunca he amado de verdad. ¿Cuáles fueron mis sentimientos en la tierra al lado de los de papá y Angélica? Ciertamente, había calor en mí, pero ahora que se me ha concedido vivir la fuerza y sacralidad que irradia el amor entre aquellos dos sé que también en este aspecto me queda todo por aprender. ¡Dios mío, enséñame a amar, enséñame a amar de verdad todo, todo lo que vive! ¿Me ayudarás?”

Nuestro ritmo ha vuelto a bajar por mi pensar y procesar; en lugar de avanzar con rapidez planeando, caminamos. Pero papá me hace sentir que eso ahora no importa, al contrario, es precisamente lo que tengo que hacer: pensar con rigor si quiero poder comprender todo lo que hay que vivir todavía. Al reflexionar sobre el amor empezará a haber luz en mí. Y en esta vida la luz significa sabiduría en el espíritu.

Los sentimientos que irradió hacia papá y Angélica son cálidos. Les agradezco profundamente los sentimientos que me permitieron vivir con ellos; el vistazo que me dejaron echar en sus corazones. Y también les doy las gracias por haberme despojado de aquellos sentimientos, despertados por su amor, en el instante en que corrí el peligro de que me hicieran sucumbir. Sucumbir bajo el amor: casi llego a vivirlo.

Mi respeto por papá y Angélica es indeciblemente grande. Angélica quería hacerme sentir el grado del amor que profesa a papá. Quería introducirme en el amor que la vida de los sentimientos alberga en calidad de madre. Fue por eso que me dejaron contemplar sus inmaculadas vidas llenas de amor, por eso quiso estar desnuda delante de mí. Tampoco papá llevaba en esos momentos ropa. Estaban desnudos, y aun así ataviados, con el sagrado amor de Dios que les caía de los hombros como si fuera una capa.

Pero, por Dios, hombres de la tierra, ¿tienen ustedes conciencia de lo que quiere decir amar? Recen conmigo para que puedan conseguir ganar más amor. Inténtenlo, cada hora de su vida. Dios lo contemplará y sonreirá. Les extenderá las manos y los bendecirá porque harán lo que es Su sagrada Voluntad y porque darán amor a todo lo que vive en Su espacio.

Papá y yo retomamos el camino. Por debajo de nosotros navegaban las nubes. Papá me hizo sentir que debía mirar hacia abajo. Fue como si me quedara mirando dentro de un agujero azul. Vi la tierra. Fue apareciendo una

casa. Estaba edificada en un estilo sencillo pero hermoso y tenía un precioso jardín alrededor. Iba acercándose a ella un señor. Oh, milagro, si es que soy yo el que toca a la puerta. Mi sentimiento no me engaña. Me siento uno con esa persona. Me miro a mí mismo. Y el que me saluda en la puerta es un amigo mío, un médico.

La forma en que nos hablamos es cortés.

—¿Puedo decirle a quien es mi amada que no volverás a irte en seguida?

—pregunta mi amigo, y le respondo:

—Me encantaría quedarme un rato.

Mi amigo me lleva después a una habitación; es un espacio alto y espacioso; veo a quien me une una gran amistad. Está ocupada, secando hierbas aromáticas.

Después de habernos informado sobre nuestro mutuo bienestar llevamos la conversación de inmediato al asunto que nos ocupa de lleno y de continuo, tal como estamos reunidos.

Pregunto a mi amiga si está avanzando. Y me responde:

—Sí, he avanzado. Y ha sido la naturaleza, con sus profundas posibilidades, la que me ofreció la lección. Aún no lo sé todo, solo poseeré certezas cuando haya terminado mis estudios. Quiero intentar explicarte las convicciones que tengo ahora.

Cuando al hombre lo terminan de socavar las sacudidas interiores eso para mí es la prueba de que no aprovecha todas las fuerzas que tiene y que la rica e inagotable vida hace fluir hacia él; o no se trataría de un trastorno.

Estas sacudidas interiores sí pueden afectar al cuerpo, pero nunca al alma. Ella conservará la vida, aunque el cuerpo sucumba.

Voy a sacar un ejemplo de la naturaleza. Una ramita posee todas las fuerzas que posee el árbol. Ahora bien, si la ramita resulta dañada, paralizada, tendrá que terminar por morir. Pero el propio árbol seguirá creciendo.

Ahora, tú opinas que el alma tiene que ceder todas sus fuerzas para eliminar las consecuencias causadas por las sacudidas interiores en el ser humano. ¿No es así, Jack?

Eso yo no lo acepto. ¿Que si tengo razón yo? ¿Y quién de nosotros está bien encaminado? Aún no se puede decir. Mi tesoro intenta averiguar la verdad examinando el cuerpo humano, tú sigues la vida del alma, yo busco en la naturaleza. Sea como sea, es bueno investigar, nos brindará sabiduría, profundidad.

No es el alma, querido Jack, el que puede ayudar aquí, esto solo lo puede hacer la naturaleza, que lo posee todo para ayudar al cuerpo enfermo y proveerlo de nueva savia.

Le pides demasiadas cosas al alma, Jack, y al mismo tiempo no ves su grandeza. Estás buscando con total entrega si es posible desgarrar y destruir

el alma con una tremenda sacudida, igual que ocurre con el cuerpo. Pero ¿cómo va a ser posible buscarla? Dado que somos Divinos, para mí el alma es eterna, y mi marido te lo confirmará. El cuerpo es posible desgarrarlo, el alma ¡jamás!

Es por eso que creo que avanzaremos con nuestra investigación. Porque también la podremos continuar después de esta vida. Si no la acabamos ahora proseguiremos con ella en otra vida consecutiva. Nuestra alma es eterna, nuestra vida es eterna. El deseo que vive en nosotros de llegar a conocer la esencia del hombre y de la naturaleza nos lo trajimos de vidas anteriores. Mi sentimiento me dice que ya hemos pasado varias vidas en la tierra. Explicaría por qué unos poseen ciertos deseos y otros, diferentes deseos, unos más sabiduría, otros más arte, y aún otros nada de nada. Y por eso creo que algún día sabrás lo que soporta el alma cuando se vive la última sacudida. Y que algún día se te concederá poder ver en el alma para saber cómo es y comprenderla. Créeme, así es como lo siento (—dijo).

Después de su larga exposición estuvimos un rato callados. Ahora nos veo sentados, reflexionando. Y entonces sé de golpe que es Angélica quien me hablaba allí. Y papá es allí su esposo y mi amigo. Quiero conocerme a mí mismo; pues bien, entonces he de ver dentro de mí mismo, tal como estoy sentado allí con ellos, hablando y escuchando. En aquel cuerpo de allá vive mi propio pensar y sentir. Ese de allí soy yo, y Angélica está allí como es ahora, igual que papá. Ya entonces se querían, y me querían, solo que ahora son más conscientes de las leyes. A Angélica y papá se les concedió poder vivir las leyes vitales; ahora las conocen y a mí me están ayudando a penetrar en ellas.

Ahora siento lo que quiero y lo que nos cautivaba allí. Soy psiquiatra, una persona docta, que quiere conocer la profundidad del alma. Hacia acá se orienta mi sentir y pensar, mi vida. Allí en la tierra, ahora en el espacio. No hay diferencia. Angélica estaba en lo cierto cuando suponía que no había ningún obstáculo para concluir nuestro estudio. Dios es así de bueno. Gracias a este pensamiento vuelvo a la habitación, luminosa y amplia. Ahora soy yo quien tiene la palabra.

—Cada sacudida, amiga mía, me desespera mientras no conozca su profundidad. Siento mi impotencia cuando estoy frente a mis enfermos. ¿Cómo no va a haber una cura para toda esa gente? Dices que eso lo puede conseguir la naturaleza. Pero quiero saber si el alma no puede ser la sanadora, si es posible devolverle la vida, despertarla una vez que haya experimentado la sacudida. Si no puedo obtener esa seguridad haré mejor en dejar mi trabajo. ¿Cuántas sacudidas no llega a tener que procesar el ser humano en la vida cotidiana? Son innumerables. Tengo que conocerlas todas. Bien, quiero aceptar que tus hierbas aromáticas sean una medicina. Pero entonces aún no he llegado. El hombre sensible sufre el tormento de sacudidas nuevas, siem-

pre cambiantes. ¿Servirán esas hierbas en todos los casos sin excepción? ¡Ay, ojalá conociera yo el alma! Quiero entregarme para llegar a conocerla. No creo que en toda nuestra sociedad haya un problema más trascendental que el del alma humana. Conociendo a esta, conoceremos al hombre.

Pero se me hace que cada día me alejo más de ella. Ando por un laberinto y continuamente me encuentro ante nuevos obstáculos que barren todas mis esperanzas de encontrar la salida.

Si es verdad lo que tú supones, que tuvimos varias vidas, ¿quedaría determinado con eso que tampoco se puede destruir el alma? ¿Ni por una terrible sacudida que deje el cuerpo hecho añicos? Si ello fuera cierto, que recibimos más de una vida, solo se me complica todavía más. Porque entonces también queda fijada en el alma la enorme cantidad de impresiones que el hombre acumuló en todas esas vidas anteriores. Con solo pensar un momento en ello todo me da vueltas por los nuevos problemas que eso conlleva.

Sea como fuere, no deja de ser de una belleza impresionante seguir la vida del alma, intentar sonarla, descifrarla. Si es como tú crees, que hemos vivido varias veces y que podemos volver una vez más, entonces eso me haría profundamente feliz. Entonces querría volver a la vida, una y otra vez, hasta saberlo todo del alma humana. Quiero hacer todo por ello. Darme por completo si fuera necesario. Quiero perderme, dejar que mi cuerpo se quede hecho jirones para averiguar de esa manera lo que el alma vive entonces. Quiero rezar a Dios para obtener de Él esta gracia (—dije).

Aquí me callé y pasó un tiempo antes de que volviéramos a hablar. Después Angélica me contestó muy resuelta:

—Es mi sagrada convicción que seguimos viviendo, porque el alma, que fue creada por Dios, es eterna. Siento que soy originaria de Oriente. Es allí donde aprendí lo que significa enmendar lo que se hizo mal (—dijo).

Y mientras continuó hablando posó su mirada llena de amor en su marido:

—Aquí volví a ver a quien es mi alma. No, no he avanzado más que él, aunque yo sepa más de las leyes. Es él quien posee el amor, ese amor que más tarde nos juntará para siempre. Yo lo he recibido y quien me lo dijo puede saberlo porque no vive en este mundo, sino que es un maestro en la vida eterna. Y dice que algún día sabré a dónde se dirige la vida del alma cuando muere el cuerpo. Sí, algún día en mi vida lo sabré todo, todo... (—dijo).

—Es profundo lo que dices y para muchos será demasiado asombroso, hasta increíble. No conozco ese mundo dentro del cual tú piensas y experimentas. Aun así no te perderás, tus vigorosas piernas te mantendrán en pie. ¿No es así, colega? (—pregunté).

Más tarde me veo marchar, completamente absorto en los problemas vinculados a la conversación y mi trabajo. La charla tuvo lugar hace siglos y no se perdió nada, ni una frase o palabra. Todo me da vueltas. Me agarro a papá,

me sujeto bien a su mano. Seguimos con el viaje y mientras tanto intento procesar todo para estar listo enseguida.

Todo esto casi me supera. Esas imágenes del pasado, ¡cuántas cosas no me prueban! Vivo: viví innumerables veces. Quería llegar a conocer el alma y aún ahora me impulsa ese deseo. Quería sacrificarme a mí mismo para conocer las leyes para el alma, y entretanto eso ha sucedido. Tuve la oportunidad para ello en la Línea Grebbe. Fue entonces cuando Angélica y papá estuvieron conmigo; ahora lo están de nuevo. Nos unía, y nos sigue uniendo, el amor y el anhelo por la sabiduría espiritual. La vida es grandiosa y poderosa. Dios es grande y poderoso.

Me entran silencio y quietud, ahora que sé todo esto. Es imposible destruir el alma. El alma es eterna, igual que el ser humano. Quiero seguir reflexionando sobre esto, porque siento que al hacerlo llegaré a conocer y a comprender la sagrada Creación de Dios.

Papá también está inmerso en pensamientos. Veo cómo la luz se debilita en el horizonte. Va cayendo la noche, la gente se va adentrando en ella. Pero para mí no hay oscuridad, a mí los rayos de luz me dan en la cara. ¡Y me llegaban desde el pasado!

# Mi matrimonio

Seguimos planeando a través de la noche. Cuando nos detuvimos estábamos delante de la casa donde había vivido en los años de mi matrimonio. Ahora me sentía Jack, pero en este estadio de mi vida, durante mi matrimonio, era Theo quien se imponía en mi interior. Seguí a papá al interior de mi vivienda. Entonces se fue desenvolviendo ante mis ojos toda mi vida matrimonial y de nuevo viví todas las expectativas, decepciones y amarguras de aquellos años.

Papá me conecta con mi mujer. Y a través de este descenso en su interior se me confirma lo que ya tuve que aceptar por aquel entonces: no alberga ni una brizna de amor por mí, solo hay frialdad y vacío. Por eso fue imposible que nuestras almas llegaran a ser una, fue inevitable que la disarmonía e incompreensión entraran a nuestras vidas.

Papá me muestra por qué, no obstante, adquirimos un vínculo. Yo tenía que enmendar cosas con mi mujer. Yo la había destruido en una de nuestras vidas. Por eso se pusieron en marcha las leyes de causa y efecto. Fueron las que me colocaron de nuevo a su lado. Estuve enmendando a diario. Recibía mis cuidados, le daba regalos, la colmaba de amor y de cordialidad. Frente a cada palabra dura suya yo le colocaba flores. Nunca nada me parecía excesivo para procurarle alegría ni para anteponer mi comprensión a su dureza. Pero nada me sirve, nuestras almas no se tocan y permanecen cerradas, a pesar de mis continuos intentos.

La situación se torna, sin embargo, insoportable cuando Annie se percató de que leo libros que a sus ojos son diabólicos.

Ahora veo quién me animaba a leerlos. Era papá. Incidía en mí y aumentó el deseo por la sabiduría que vive en mí hasta tal grado que agarro y absorbo buenos libros espirituales, uno tras otro. Anhele el conocimiento, suspiro por tener sabiduría. ¿Y puede sonar eso ahora todavía como algo extraño? Ahora que sé que Jack vive en mí, formando parte de mi personalidad, comprendo esta fanática inclinación por las leyes. Era Jack quien quería saber, impulsado por su intenso deseo de conocer la vida, la muerte, el ser humano y el alma.

Mando sentimientos de gratitud a mi padre por haberme conectado con Jack. Por eso primero me dejó ver en una vida que se vivió hace cientos de años, porque sin ese conocimiento no habría comprendido mi vida como Theo.

El alma ansía saber, busca vidas tras haber intentado sin cesar averiguar las leyes que gobiernan al hombre y el espacio; Dios en Su omnipoder ofrece esa posibilidad a Su hijo, pero ¡un ser necio y pedante que se llama a sí mismo

pastor espiritual tacha a gritos de satánica a esta alma!

Después de que Annie y sus padres hubieran intentando, sin éxito, apartarme de la lectura de los libros, me enviaron el pastor para que cambiara de idea. En esa ocasión, el enviado de Dios, como se llamaba a sí mismo, me echó en cara que fuera un Satanás, al que algún día ya le pagarían con su misma moneda. Y todo ello porque yo no podía ni quería aceptar su Dios de la maldición...

Ahora obtengo una imagen de toda esa gente, leo en su interior, veo sus actos y así me es posible hacer comparaciones. Ellos están en un lado; del otro: papá y Angélica. Qué diferencias se manifiestan ahora.

Estas comparaciones las hago para mí mismo, pero también para ti, lector o lectora, que tienes el deseo de escuchar y de enriquecerte espiritualmente con mis experiencias, lo que sin duda es el objetivo de los maestros.

La vida junto a Annie se convierte en un infierno. Deambula por la casa cabizbaja, sin decir nada. Me mira con frialdad y rechazo. Me odia, por mis libros que no coinciden con sus ideas. Papá me hace sentir que aún no está preparada para el amor de ser humano a ser humano. Le gusta su casita, que limpia y a la que saca brillo con dedicación hasta dejarla reluciente. Pero aún no es su momento para el amor por lo que es un ser humano. Ni tampoco lo es para la vida espiritual, piensa y siente de forma terrenal, nada más que de forma terrenal. Reza, eso sin duda, aunque su oración no se eleva hasta más allá del techo, masculla las palabras; pero no las respalda en cuerpo y alma, de modo que las palabras tampoco viven y no pueden ir elevándose. Es lo que ocurre con su fe; su corazón no participa en ella, no es verdadera, sino fría y árida.

‘¿Dónde estará ahora?’, me pregunto, ‘¿y dónde y cuándo volveré a verla? ¿Aún vivirá en Arnhem o en Róterdam?’. Quizá, cuando vuelva a verla, la sentiré aún más claramente. También me pregunto dónde entrará cuando haya terminado su vida en la tierra. ¿Será en la primera esfera? ¡Ya quisiera yo! ¡Cómo me gustaría que así fuera! Pero ¿cómo se desarrolló su vida interior en la tierra? ¿Daba amor? ¿Qué alcanzó con su matrimonio? ¿No destruyó mi vida? Y ¿no es nuestro interior, el grado de nuestro amor, lo que determina nuestro lugar en el más allá?

Aun así, Annie, sus padres y quienes son igual que ellos creen que organizan sus vidas según los mandamientos de Dios.

Viví cerca de ellos y pude sentir en carne propia cómo se imaginaban que era seguir Sus sagrados mandamientos. Oh, indudablemente, no incurrían en grandes pecados, no eran del todo personas malas, corrompidas. Pero es igual de seguro que el amor de ellos no se merecía ese nombre elevado y sagrado. Se mostraban intolerantes: hasta podían odiar cuando se trataba de alguien que no pensara como ellos.

Papá había amado, amado con todo su ser, toda su vida había sido una bendición para quien se cruzara con él en su camino; su fe en la abundancia del amor del Creador había sido grande e indestructible. Y fue este amor, esta amplitud del corazón, esta gran fe, lo que le había abierto las puertas de la primera esfera, el primer cielo en la vida eterna. Pero entonces ¿a dónde entrarán Annie y las personas que piensan y actúan como ella? Las que manchan y destruyen un matrimonio, que pueden odiar porque no se comparta su fe. ¿A dónde irá a parar el sacerdote, protestante o católico, que lleva predicando toda su vida sobre un Dios que puede maldecir a Sus propios hijos hasta el fin de los tiempos? ¿Dios realmente les ofrecerá un sitio detrás de Su trono en recompensa por esta falsa difusión, tal como esperan?

Se suponía que yo era un hereje, Satanás. Realmente, ¿lo soy? Solo sé una respuesta: si en la vida eterna todos los herejes reciben la gloria que me tocó a mí, entonces no les habrá ido mal. Entonces reciben lo más poderoso que Dios puede dar a Sus hijos: ¡Su cielo!

Fue Dios quien hizo que se me abriera un cielo, y la gente con la que me encontraba conectada me odiaba por no visitar su iglesia...

Así le ocurrió a mi padre, igual que a Angélica y a innumerables personas más a las que los “creyentes” despreciaban, desterraban y hasta quemaban. Esa fue la suerte de todos los que no aceptaban un Dios de la maldición y que tenían un sentimiento de amor más ardiente que las llamas de las hogueras.

¿Como se sentirán estos creyentes cuando entren a la vida eterna y vean la realidad, completamente diferente de sus opiniones defendidas con tanto fanatismo? Una realidad que entonces ya no podrán negar. Cuando lleguen a conocer a Dios como un Padre de Amor, que una y otra vez da a Sus hijos la oportunidad de volver a Él. ¿Cómo se sentirán cuando Dios no cuente las veces que visitaron sus templos de piedra ni haga caso de las veces que invocaron Su Nombre sagrado, sino solo mire el amor que alberguen sus corazones y mire los consiguientes actos hacia sus prójimos, o sea, sus hermanos y hermanas?

Para el amor, para el amor, solo para el amor ceden las puertas de los cielos.

Mi mujer pensaba que servía a su Dios odiándome, por ser yo en sus ojos un hereje. Pero Dios manda: “Ámense, oh, seres humanos”. Le pregunto: ¿Por qué no me diste tu corazón, tu propio yo? Ojalá lo hubieras hecho, entonces habríamos tenido una vida maravillosa. A pesar de nuestras diferencias en la fe, de nuestras discrepancias, podríamos haber ido creciendo más y más el uno en el otro. Entonces habríamos respetado nuestras respectivas opiniones, habríamos amado. Y ahora no hay nada. No hemos vivido nada de aquella grandeza ni de aquello poderoso que une a Angélica y a papá, y que los convierte en ángeles a la vez que niños. Le pido: haber querido amarme un poquito, haber querido confiar tan solo un poquito en mí. Entonces



habríamos vivido aquello de lo que ha surgido el espacio, me dice papá; entonces habríamos podido ayudar a incentivar el plan de la creación y dar a varias almas un cuerpo, y así estas podrían haber empezado una nueva vida.

Cuánta conciencia, cuánto amor vuelven a destilar estas palabras de papá, y cómo las comprendo. De inmediato veo a Annie delante de mí. Aquí se manifiesta una nueva contradicción. Qué grande fue mi deseo en la tierra de tener hijos. Pero mi Annie ya no quería más hijos. Una le bastaba y sobraba. No tenía ganas de volver a sentir esos dolores, era demasiado en detrimento suyo, decía... ¿Es así como siente y piensa una madre consciente?

Pero ¡y yo! ¿Qué quería? ¿Cómo podía esperar que accediera a mi deseo si no vivía en ella el sentimiento maternal, si no albergaba ese amor? No conocía ni sentía la vida de su hija ni de aquel que se la dio, ni puso empeño alguno en ello.

Y entonces tengo que pensar en Angélica y en papá, y en los sentimientos que se enviaban el uno al otro, y que yo viví con ellos sin querer. Amaban, eran uno, y su mayor deseo, y el más sagrado, era tener una criatura.

¿En quién está instalada la pobreza? ¿En quién el no ser consciente? ¿Quién responde más en su sentir y pensar a las intenciones de Dios?

De nuevo se me despierta el deseo, pero ahora mucho más fuerte y conscientemente que en la tierra, de ayudar a Annie y los suyos. Cuánto daría por despertar en ellos el amor con el que me iluminaban papá y Angélica.

Para ello tendrán que hacer todo lo posible, porque ahora sé que el amor es sagrado y que quienes son como ellos primero tendrán que aprender a inclinar la cabeza; tendrán que deshacerse, tendrán que despojarse de su estrechez de miras para estar preparados para absorber el saber más elevado y espiritual. Y eso también se refiere a mí. Yo también tendré que cambiarme si quiero asimilar este amor espiritual que nada tiene que ver con el terrenal, por sobrepasar mucho a este en fuerza, profundidad y sacralidad. Ahora veo una nueva escena que saca a relucir una contradicción que ya en la tierra me había puesto a reflexionar. Annie se ha puesto gravemente enferma. Su vida corre peligro. Un miedo atroz a la muerte le atenazaba el corazón con un puño de hierro. ¿Qué fue de su fe, de su confianza en su Dios, al que había rezado toda su vida? Se retorció con un miedo animal ante el final, que sin embargo, tal como enseñaba su iglesia, tenía que suponer reunirse con su Padre Divino.

Y de nuevo, igual que entonces, me volvió la imagen de mi padre, donde se le veía prepararse con serenidad y entrega para su transición, que para él no significaba nada horrible, sino que, por el contrario, le parecía un acontecimiento festivo: la fiesta de volver a nacer.

Vuelvo a preguntarte: ¿Quién mostró aquí tener conciencia? ¿Quién exhibió aquí fe, confianza, entrega?

Veo cómo empiezo a actuar. Tomo las manos de Annie en las mías. Así empiezan a fluir hacia ella las fuerzas que la curarán. Es papá, quien está ahora conmigo, él me envía sus fuerzas, que se mezclan con las mías. Percibo que a papá, a su vez, lo impulsa Angélica, que como siempre está con él, más cuando se trata de aportar felicidad allí donde reinan la pena y el dolor.

El bendito fluido vital de papá hace que Annie vuelva a recuperarse.

Pero ahora que el miedo a la muerte había retrocedido y que ella había vuelto a sentir la vida en su interior, Annie y sus padres imprecaban las sagradas fuerzas que habían llevado a cabo este milagro. Decían que esta forma de curar eran artes diabólicas.

Pero ¿y ellos? ¿Qué habían hecho en estas horas de peligro? ¿Se habían estrujado las manos de pura desesperación y se habían mostrado díscolos! Pero algún día también ellos tendrán que aprender a inclinar la cabeza ante estas sagradas verdades, tendrán que mostrar confianza en vez de desesperación, humildad en lugar de rebelión. Algún día también ellos sabrán actuar y entregarse entonces para hacerle llegar al ser humano sufriente el flujo de fuerzas que son el origen de toda la vida en el espacio.

Hay una riña en nuestra casa por los libros espirituales que leo. Como si no bastara eso, ahora empieza Annie a discutir sobre el dinero con el que ayudo a otros que lo necesitan como el aire.

No le perjudico en nada dándolo, pero aun así me riñe e impreca. Papá daba a los pobres, y doy gracias a Dios porque yo también sé renunciar a las posesiones terrenales.

Te pregunto: ¿De qué sirve rezar y alabar a Dios, si no quieres dar a los más pobres lo que necesitan? ¿Cómo puedes amar a Dios y al mismo tiempo estar atado a tus propiedades? ¿No indica esto vacío, pobreza espiritual, falta de conciencia? ¿Crees que serán esas las cualidades que te abrirán los cielos? ¿Y que Dios pasará por alto estos errores porque le hayas rezado tan fielmente?

Así, esta mirada retrospectiva a mi vida matrimonial deja al descubierto, una tras otra, las fuertes contradicciones.

Mi esposa creía estar sirviendo a su Dios esquivándome a mí, excluyéndome de su vida y tachándome de hereje.

Creía que lo servía a Él, visitando con regularidad su templo y elevándole allí oraciones.

¿Fue eso realmente lo que quiso decir Dios cuando dijo a Sus hijos que lo amaran a Él y que amaran y sirvieran Su vida?

Annie y la gente como ella pronuncian mil veces el nombre de Jesús e inclinan la cabeza. Pero ¿es que no ven Su vida? ¿Es que se les escapa enteramente Su ejemplo, elevado y sagrado?

¿Esquivó a los herejes o les dio Su amor?

¿Nos anunció que nos dividiéramos en mil y una religiones, sectas y socie-

dades? ¿O dispuso que nos amáramos de todo corazón?

¿Habló de un Dios que maldice para siempre a Sus hijos? ¿O recurrió a las palabras más hermosas para pintarnos el amor del Padre que abarca a todos y todo?

Ni Dios ni Cristo nos piden que entremos en un edificio de piedra, piden, y hasta exigen, en cambio, que aprendamos a amar a nuestro prójimo.

Yo no iba a la iglesia, no era necesario. Yo daba, sin embargo, amor a mis semejantes. Y eso sí que es imprescindible. Eso me llevó al cielo.

Annie, ¡despierta, por favor, despierta! Busca la vida de Dios y ama. Aprende a amarla. No sigas a esos pobres que todavía creen que Dios puede odiar. Él no es como se imaginan. Todos Sus Hijos volverán algún día a Él. Oh, si solo pudieras aceptarlo, tú y ellos. Ojalá quisieran lanzar al mundo esta verdad desde sus púlpitos; así se atraerían millones de almas buscadoras. Dios no maldice, porque es un Padre de Amor.

Inclina la cabeza, Annie, no cometas más estupideces. Contempla el Gólgota y deberías reflexionar sobre lo que Cristo entendió por amar al prójimo, por entregarse a él.

Suelta los dogmas que asfixian la fe en el Omnipadre y que matan el amor por nuestros iguales.

Aprende a ser cordial. Es tan sencillo estar animado. Deposita en esa cordialidad, en ese estar animado, tu gratitud hacia el Creador por haberte dado la vida. No ansíes más las posesiones terrenales, ¿qué significa en realidad poseer algo como el dinero? Dios no quiere que consumamos nuestro tiempo, nuestro valioso organismo, nuestro espíritu, para enriquecernos. Por tanto, no ansíes el dinero, ¡sí el amor!

No basta con que recemos, Annie. Las puertas del cielo no se abren por postrarse ni por dar las gracias ni por cantar. Dios nos pide que actuemos, exige que demostremos nuestro amor, nuestra fe en Él con actos. Solo nuestros actos le dicen algo en su propio idioma claro. Sin ellos me encontraría ahora viviendo en las tinieblas, en lugar de estar planeando por el universo de Dios junto a papá.

Así le hablo a Annie, la Annie que en el pasado fue mi esposa. Vuelve a surgirme el deseo de verla y hablarle. Quisiera decirle tantas cosas. Pero ¿dónde está en este momento? ¿La veré enseguida en casa y me la encontraré quizá llorando porque yo ya no estoy entre los vivos en la tierra?

Ahora me entran sentimientos que me dicen que me he desprendido de ella. Fue mi mujer en mi última vida terrenal; ahora esas leyes de causa y efecto se han disuelto y tendré que aceptarla en adelante como a una hermana, como hago con Angélica.

Perteneces a otro, Annie. Seguirás a quien es tuyo y le pondrás en las manos todo lo que vive en ti. No me perteneces en la vida eterna. En alguna

parte del espacio me espera otro ser. Seguiré con quien es mi alma, tal como tú seguirás con la tuya.

Rezo a Dios para que se encienda en ti el fuego del amor inmaculado e espiritual. También rezo a Él para que se me conceda que sea yo quien lo prenda en ti.

Papá me hace sentir que tengo que desprenderme de Annie y los suyos. Teníamos que seguir. Pronto volvimos a planear por el espacio.

## Mi final en la tierra visto desde este mundo

Entramos en la casa que Annie, mi hija y yo ocupábamos en Arnhem. Me asusté mucho al darme cuenta de que había otra gente viviendo en ella. Me entró un sentimiento de tristeza debido a que aquí echaba de menos a Annie y a mi hija. ¿Dónde vivirían ahora? Me encantaría verlas. Entonces papá me advirtió:

—Ten un poco más de paciencia, hijo mío. Más tarde lo verás todo.

Tiene razón, también ahora me tengo que rendir por completo a su dirección. El sentimiento triste sigue. Entonces percibo imágenes del pasado. Me veo salir de la casa con Annie y nuestra hija, camino de la estación. Viajarán a Róterdam para visitar a los padres de Annie. Por el camino me asalta una horrorosa tristeza: la pena oprimente, oscura, que también ahora estoy viviendo. Apenas logro despedirme de mi mujer e hija. Me surge la pregunta: ¿Las volveré a ver algún día? El tren arranca y se las lleva.

Me viene un deseo aún más irresistible que hace unos instantes de por fin volver a verlas alguna vez a ambas. ¿Se mudó Annie de esta vivienda, de esta ciudad? Se lo pregunto a papá, aunque este insiste:

—Pero ¡ten paciencia, Theo! Esto también tienes que aprenderlo: ejercer la paciencia, hijo mío.

Después decido que será mejor darme por vencido y me sintonizo por completo con papá.

Ahora me veo entre soldados. Están muy alborotados. Se está discutiendo apasionadamente la pregunta de si seremos arrastrados a la guerra. Nadie puede responder con suficiente seguridad.

Después se me acercan los muchachos, con quienes ya había hablado de temas espirituales, preguntándome cómo han de actuar cuando en breve la guerra sea un hecho. ¿Tienen que devolver el golpe? ¿Está permitido que maten? Son preguntas con las que yo mismo he luchado. Me sintonizo con papá —ahora veo lo que ya sentí entonces— y está conmigo en estas horas difíciles y graves. Es su palabra la que me ofrece una respuesta clara a todas mis preguntas tortuosas, y es él también quien me inspira cuando advierto encarecidamente a los muchachos que no maten, que no maten bajo ninguna circunstancia, porque sería un asesinato y porque este los arrojaría a las tinieblas del infierno.

Es Jack, según siento de repente, quien habla a los soldados impulsado por papá. Poco a poco Theo se va sumergiendo en esa personalidad. Y es que nadie más que Jack puede hablar así, con su posesión interior.

La oscuridad de la noche cae sobre la tierra. Pero aún percibo otra oscu-

ridad más: aquella en la que viven a quienes hay que considerar como parte de los demonios del infierno. Ahora viven en la esfera de la tierra, están al acecho para obtener placeres bajos y crueles que esperan vivir cuando luego estalle la batalla.

La tormenta de sentimientos de la que caigo presa ahora que se me va a conectar con los acontecimientos y problemas que causan una impresión tan aplastante en mi alma y que incluso hicieron que entrara en la vida eterna, hace que pierda el dominio sobre mí mismo.

Ya solo pensando unos instantes en las horribles vivencias de la Línea Grebbe me veo arrastrado hasta allí. Me adelanto a papá, pero esto ya no es una vivencia. Esto es dejarme arrastrar por los acontecimientos, un precipitarse hacia adelante a ciegas. Me adelanto al ritmo en que se produjeron los hechos y por eso tengo que convertirme en juguete de los poderes y las fuerzas que los hicieron tan terribles. De modo que volvemos a casa. Allí primero tengo que aprender a sintonizarme bien; de lo contrario no sabré nada de todo lo que ocurrió. Papá me hace sentir que en esta vida no se puede saltar nada; aquí hay que vivir todo hasta en el detalle más profundo para no tener que volver a empezar una y otra vez desde el comienzo.

Pero aunque soy completamente consciente de ello, me sigue costando, no obstante, un esfuerzo sobrehumano concentrarme. Una y otra vez la Línea Grebbe consigue atraparme y entonces corro el riesgo de perderme a mí mismo y me disuelvo en los espantosos acontecimientos.

Pero sigo resistiéndome y paulatinamente me entra el sosiego necesario. Papá me hace sentir que ahora tengo que atravesar todos esos horrores de manera consciente, no puede ayudarme a hacerlo. Tiene que dejarme libre, no como en otros tiempos en la tierra cuando se conectó conmigo para ayudarme a vivir la terrible matanza masiva. Entonces lo viví todo como si no fuera conmigo, como si estuviera viendo pasar los acontecimientos en un cine. Pero ahora no me queda más remedio que vivirlo todo, y además en toda su cruda realidad.

Ahora papá va por delante y yo lo sigo. Por todas partes vemos movimientos de tropas. Los soldados avanzan hacia las posiciones que tienen designadas. Presto mucha atención porque quiero seguirlo todo. Junto a algunos soldados veo seres astrales, padres y madres, hermanas y hermanos. No puedo imaginarme por qué los acompañan. Ya obtendré una respuesta a ello.

Todavía ahora percibo los dos estados de oscuridad: el de la tierra, donde es de noche, y el de este mundo, la esfera de los demonios.

Me veo a mí mismo entre las tropas cuya función es reforzar la Línea Grebbe. Y al instante ya me apresuro a este lugar, el acontecimiento me ha vuelto a atrapar. Demasiado rápido, según papá; me modero y regreso.

Primero tengo que volver en los sentimientos que me acompañaron du-

rante la marcha a la Línea Grebbe.

Mientras progreso voy haciéndome otra persona. Es como si soñara, coloco del todo maquinalmente un pie delante del otro. En el fondo vivo desde hace varios días en ese estado onírico. Es como si ya no estuviera en la tierra. Esta extraña sensación no ha hecho más que agravarse desde la partida de mi esposa e hija a Róterdam.

Papá está conmigo en este viaje. Incide en mí y me eleva a su mundo. No le cuesta, las fuerzas que le permiten hacerlo están en mí. Ya no soy completamente Theo, sino que este está descendiendo en mi subconsciente. Allí tiene que seguir viviendo. Es Jack quien poco a poco irá controlando el organismo y quien actuará por Theo. Así es como mi propio yo va transformándose mientras avanzamos.

Todo esto no era tan palpable en la tierra, porque esos cambios en mí afectan de todas formas mi vida como Theo. Theo se fue al servicio militar, pero es Jack quien ahora tiene que vivir algo. Theo aún no ha quedado sumergido del todo. Cuando llegamos a nuestras posiciones sabe cómo actuar, da y ejecuta órdenes. Jack también lo vive todo.

Yo, en calidad de Theo, estoy petrificado por dentro. Todos se percatan de que algo no va bien conmigo. Así no actúa un ser humano normal. Así nadie me ha visto nunca. Miedo, piensan; porque muchos se muestran ahora miedosos y nerviosos. Se me ordena presentarme ante el comandante.

Que si tengo miedo, quiere saber, y que eso no me está permitido, prosigue sin pausa. Casi todos tienen mujer e hijos, o padres. Que por qué no doy un buen ejemplo.

Me encojo de hombros. Me es imposible responderle, podría decirle tantas cosas. No estoy atemorizado, odio esos pensamientos de miedo. No le temo a la muerte. Nada me da miedo. Lo único que pasa es que no hay sentimientos en mí. ¿Cómo debo explicárselo? ¿Tengo que decirle que todo me deja frío como una piedra? No me comprendería, ni siquiera yo lo comprendo...

Una hora después tuvimos que presentarnos un gran grupo ante el teniente coronel. Allí están reunidos los generales al mando y nos insisten mucho en que no nos apartemos ni un ápice en caso de que hubiera que luchar.

Uno de ellos se fija en mi actitud apagada. Me llama para un cara a cara.

—¿Tiene miedo? ¿Siente miedo a la muerte?

Balbuceo algo, sin haberle comprendido bien.

—Los nervios —oigo que dice.

Nervios: casi todos los están padeciendo. Cada uno reacciona a su manera, pero todos, sin excepción, se sienten temblorosos.

La sensación de vacío en mí no hace más que agudizarse. Apenas ya puedo pensar. Tengo el torso oprimido, justo por debajo del corazón. Allí falta calor, se siente frío. A ello se añade una inquietud que crece a cada hora que pasa.

Estoy frío como un témpano, y sin embargo ardo. Me tomo una aspirina, pero no hay mejoría. Solo después de bastante tiempo se me va yendo el frío. Pero la opresión alrededor del corazón permanece. Y entonces se me instala en el interior un profundo silencio. Ese silencio me seguirá acompañando y será mi morada mientras aún esté en la tierra.

Por aquel entonces no me daba cuenta de todos estos diferentes sentimientos. Pero ahora respondo a ellos. Es papá quien me ha conectado con ellos. Estaba entonces, igual que ahora, a mi lado y me seguía. Estaba por encima y por debajo de mí, a ambos lados, delante y detrás, más aún: estaba dentro de mí. Nuestras almas eran y son del todo una.

Me protegía y eso podía hacerlo porque pudo elevarme en la vida de Jack. Dado que esta personalidad vive en un problema grande para este mundo, papá consiguió hacerlo.

Siendo Jack, no tengo más que un objetivo que me impulse. Recibí la vida para enmendar y vivir cosas. Ahora estoy ante esas vivencias. Mi vida como Jack, que es un erudito, trasciende mi conciencia como Theo. Pero más tarde harán la transición el uno en el otro. Eso es lo que siento ahora. Entonces —después del acontecimiento que me espera— la vida de Jack será completamente predominante, y esto es posible porque en la vida de Theo no viví nada que sacudiera mi alma. Ahora voy a sentir más profundamente y eso a papá se lo agradezco mucho. Es tremendamente instructivo lo que voy a sentir y a procesar.

Cada vez tengo más claro que no es Theo quien lo quiere vivir, sino Jack. Theo no tenía sentimientos como erudito, no sabía nada de este estudio, eso era algo de Jack.

En esta última vida en la tierra soy Theo y pertenezco a papá. En aquella otra vida también existía, sin embargo, un lazo entre nosotros: era mi amigo. Así es posible que ahora me ayude, lo que de otra manera quizá habría resultado inconcebible. Ahora empiezo a ver lo complicado que es el ser humano.

En Jack se ha hecho el silencio. Theo ya solo forma parte en un veinticinco por ciento del cien por cien que soy. Para él no hay guerra ni horror, todo lo ve como en un sueño. Jack, en cambio, es muy consciente, está sintonizado con un solo punto y se prepara para vivir la experiencia. Papá le ayudó a hacerlo. Ahora toca quedarse a la espera de lo que vaya a suceder.

A Jack las instalaciones no le parecen más que un desbarajuste. Tanto arrastrarse y esperar le desagrada. Poco tiene que ver él con todo lo relacionado con ese lío bélico. Solo vive para sus enfermos, a los que siente próximos.

Mientras tanto, Theo va de un lado para otro haciendo bromas. Los soldados y sus superiores ya no piensan que tenga miedo. Habla entusiasmado y hace justamente como si no hubiera peligro de guerra. Contagia su indifer-



encia a la masa. Los muchachos se sienten apoyados por su buen humor y se olvidan un poco de la tensión en el ambiente.

No obstante, el día transcurre con una lentitud tortuosa.

Ahora vuelvo a percibir en este mundo y veo que miles de seres astrales han venido a la tierra. Papá me hace sentir que todas esas almas han abandonado su cielo para venir a recoger a quienes luego caerán en la batalla y que podrán ser llevados a las esferas.

Veo a padres y madres junto a sus hijos, están cerca de ellos, conectándose con ellos. Los hombres no se dan cuenta. Siguen su rutina, inconscientes de que a su lado los seres espirituales esperan el instante en que estalle el infierno. Todas estas figuras que irradian luz tienen un aire a Cristo. Igual que Él, quieren servir, dar, entregarse. Veo que su aura irradia todo el amor que sienten por la vida de Dios.

Pronto me llama la atención que ninguno de ellos está inquieto. Veo que se pasean jóvenes mujeres de gran hermosura, vestidas con preciosas túnicas, como si se encontraran solas en medio de la naturaleza más gloriosa. También veo entre ellas la presencia de niños; papá me hace saber que tienen más de catorce años, porque si son más jóvenes no pueden estar aquí. Cada uno de ellos está acompañado de su preceptor y están preparados para hacer por los suyos lo que esté a su alcance.

A mi alrededor veo miles de estos espíritus del amor. Hablan entre ellos y sus conversaciones tratan del acontecimiento que los ha traído hasta aquí. En todos ellos hay serenidad y paz, incluso siento la alegría que albergan por la cercana reunión con sus seres queridos. Ahora también en mi padre hay felicidad.

Pero hay otros, según percibo, a quienes el dolor interior deja mudos. Empiezo a seguir su pena, con solo sintonizarme con ellos ya recibo en mí sus pensamientos. Pero también hay seres, según se me ocurre de repente, que no puedo sondear de esta manera. Es como si al sintonizarme los atravesara, no encuentro un asidero, no los siento. Pregunto a papá lo que significa eso y me llega la respuesta de sentimiento a sentimiento. Estos seres tienen una sintonización más elevada que la mía, por lo que esos mundos de los sentimientos me resultan insondables. Puedo percibir ahora esas almas porque se han sintonizado con este acontecimiento terrenal. Pero si se retiraran a su propio mundo, entonces se disolverían todas ante mis ojos, haciéndose invisibles para mí.

Estas almas, dice papá, viven en el segundo, tercero, cuarto, quinto, sexto y séptimo cielo. Saben exactamente para qué han venido hasta aquí. Planean por el espacio pero no se quedan esperando sin más, sino que ya están conectándose con la vida en la tierra.

Qué conmovedor y hasta abrumador se me hace la idea de que estas almas

hayan abandonado sus cielos para ofrecer ayuda a sus seres queridos, enfrentados a problemas de semejante gravedad. ¡Qué grandiosa y buena y poderosa es la organización del mundo de Dios para que esto sea posible!

Hay almas que sienten cómo se eleva en ellos la felicidad al pensar en sus seres queridos en la tierra, mientras que otras además sienten tristeza.

Las comprendo. Ya saben en estos instantes que sus allegados, que pueden ser sus hijos, padres o hermanos, se olvidarán a sí mismos. En la batalla que se avecina matarán, cometerán asesinatos en serie y así se sintonizarán con las tinieblas. Los infiernos serán los únicos lugares a los que entonces podrán entrar. Dios no consiente que liquidemos Su Vida Sagrada.

Estas almas de aquí saben que eso sucederá. ¿Es de extrañarse que les duela el corazón por saber eso? Lo que es intervenir, no pueden ni tampoco detener al ser humano mientras el odio y el mal gobiernen sus corazones. Tienen que aceptar como padres que sus hijos se arrojan a sí mismos a los tenebrosos infiernos. ¿Qué padres pueden sentirse felices pensando en que la vida que aman se destruye a sí misma? ¿Qué madre puede permanecer en su cielo y vivir su felicidad sabiendo los estragos que va a causar su hijo?

Por eso están aquí y ayudarán a sus hijos en todo cuanto puedan. Sienten tristeza por la idea de encontrarse aquí ante un muro, erigido por sus propios seres queridos; sienten pena por ser terriblemente conscientes de que en el fondo no pueden hacer nada de nada, porque su hijo, padre o hermano solo escuchará la voz que sale de su propio interior tenebroso. Y así de todos modos no puede con ellos su tristeza, porque su conciencia adquirida les dice que es del todo inevitable que estas pobres almas tengan que pasar por la pena provocada por ellas mismas, para aprender así que ni un solo ser humano, en la circunstancia que sea, tiene derecho a matar la vida de Dios. Saben que algún día también se abrirán las esferas de luz para estas almas, después de tanta destrucción, tanto sufrimiento y tanto enmendar.

Ahora vivo otro milagro, que me impacta mucho. Ya oigo hablar alemán y aun así todavía no es visible el enemigo. ¿Dónde oigo este idioma? ¿Es en la tierra o de este lado donde está siendo hablado? Y ¿quién lo habla con tanta fluidez? Sigo las almas que están aquí, y ahora sé que desde hace tiempo se está hablando este idioma. Pero hasta ahora no lo había oído. Esto ya lo viví más veces; sé por papá que un espíritu solo puede seguir aquello que lo mantiene ocupado; todo lo demás que suceda se le pasa desapercibido.

Delante de mí veo una preciosa figura, que irradia una luz celestial y que es de una belleza increíble. Es tan difícil ofrecer en palabras terrenales una imagen del aspecto de estas almas. Ella es una madre, según me hace sentir papá, está esperando a su hijo, que es un alemán. Ella y también muchos otros se han sintonizado no solo con los acontecimientos venideros, sino también en el idioma que hablan sus familiares o amigos.

Esa diferencia de idiomas ya no existe en las esferas. Todos entienden allí a los demás, por ser todos uno en el amor. La única diferencia que hay es en la sintonización, y consiguientemente la de la profundidad de los pensamientos, sentimientos y actos.

Qué diferencia con la tierra. Allí el hombre no se esfuerza por entender al otro, allí la gente se combate con las armas más terroríficas que la mente humana haya podido imaginar y se derraman ríos de sangre.

Qué diferente de la imagen que ofrecen las esferas. Helos allí, a los espíritus de la luz, reunidos como hermanos y hermanas, siempre dispuestos a servir y a dar.

Y así lo quiso Dios. Quiso que cada día que Él diera a Sus criaturas se afanaran en acercarse unas a otras y fueran construyendo un vínculo de amor duradero.

La madre que se me concede percibir, y junto a ella muchas personas más, hablan alemán y eso aquí a nadie le molesta. Saben cuánto se odia la especie a la que pertenecen sus hijos. Pero también saben que un alemán es igualmente un hijo de Dios, el Padre de todos nosotros. Y con esa conciencia están aquí para ayudar. También entre los alemanes que luego atacarán mi país hay quienes prefieren caer ellos mismos antes que levantar la mano contra la vida de Dios. Y para los demás —y eso también incluye a nuestros soldados, que aún albergan odio y violencia—, aquí también hay ayuda, al menos en la medida en que su estado, su sintonización, la admita.

Si no fuera posible ayudarlos en la tierra, les espera ayuda de este lado. Porque cuando se hayan liberado del caos, del horror de la guerra, y sus almas se hayan sosegado, sus familiares irán de nuevo hasta ellos desde las esferas luminosas para intentar elevarlos hasta su vida y conciencia. Si consiguen abrir estas almas entonces harán absolutamente todo lo posible para desarrollarlas espiritualmente.

Incluso entonces hay algunas —me lo hace saber papá— a las que todavía no se puede ayudar. Estas continúan luchando en la tierra o en las esferas oscuras durante cientos de años más y siguen sintonizadas con la destrucción y el odio. Son inalcanzables para sus parientes y a estos no les queda otra opción que regresar a sus esferas y seguir viviendo allí su propia vida. Pero no dejan de seguir a estos pobres, esperando el instante en que por fin lleguen a sosegar.

Es espantoso tener que observar con los brazos cruzados cómo se destruyen a sí mismas. Y reflexiono sobre qué no tendrá que pasar por un espíritu de la luz cuando tiene que vivir que su amado hijo, padre o hermano sigue luchando durante siglos sin poder liberarse del envenenado odio que lo domina...

Pero qué tremenda es la guerra. Hay allí gente que ha perseguido el bien incesantemente, que se ha deshecho a sí misma, que ha combatido sus cual-

idades negativas para convertirlas en buenas, gente que creía en Dios y que procuraba servirlo —y en la guerra pone en juego todas sus posesiones arduamente conseguidas, perdiéndolas por matar... Piensan que todavía están haciendo el bien, creen que están sirviendo a su Dios prestando oídos a las órdenes de sus autoridades para que defiendan su patria.

Pero... Dios solo conoce de Sus criaturas y Él les dio la orden de que se amaran.

Quien quiera entrar en las esferas de luz no puede tener sangre en las manos. Un solo mal pensamiento ya hace que se nos cierren las puertas de las esferas. ¿Cómo iríamos a poder entrar allí entonces con un asesinato en la conciencia?

Dios nos pide que obedezcamos Sus sagradas leyes. Son estas las que nos tienen que introducir en la felicidad eterna. Dios desconoce leyes que representen el mal. Han sido pensadas por el yo malo en nosotros, los seres humanos. ¿Es un acto de amor matar al prójimo? ¿Es posible entonces que la ley que lo ordene proceda de Dios?

Todo espíritu que pueda considerar un cielo como su morada podrá contarte que solo fueron los actos de *amor* los que le abrieron las puertas de su cielo. Un asesinato —y matar al prójimo en una guerra lo es— te remitirá irrevocablemente a las tinieblas de las esferas infernales. Así lo manda la justicia de Dios, y pobre hombre el que no lo crea así. La dura realidad de aquí lo tendrá que convencer.

Se ha instalado el silencio en la Línea Grebbe. Aún más silencio hay del otro lado. Los soldados han dejado de reír. Holanda aguarda, está en estado de alerta. También está preparado el otro lado. Ahora tengo que empezar a sintonizarme con muchos sucesos.

En la Línea Grebbe cae la noche. Algunos soldados están convencidos de que muy pronto va a pasar algo. ¿De dónde sacan esos presentimientos? A mí también me entran esos pensamientos, me los da papá cuando me duermo unos instantes. Lo mismo les ocurre a mis compañeros. Hay otros seres astrales que han sintonizado con los acontecimientos del otro lado de la frontera. Por eso saben que allí han concluido los preparativos y que en pocas horas los alemanes invadirán nuestro país. Imprimen este conocimiento, cuando es factible, sobre sus parientes, y así resulta posible que estos anuncien categóricamente la llegada de las tropas alemanas.

De ese modo se pudo alcanzar a un pequeño muchacho rubio de mi compañía. Está seguro de que los alemanes llegarán. A primera hora, ya lo verán. Está tan seguro que está dispuesto a jugarse la cabeza. Ya está celebrando el enfrentamiento. “Menuda la que se va a montar”, dice con el rostro desencajado. Se cargará a más de un puñado.

Ahora percibo que él mismo será una de las víctimas de la violencia que tanto está anhelando... Y el espíritu que ha venido hasta él desde el otro lado se irá con las manos vacías: el odio en su hijo lo excluye de cualquier tipo de ayuda.

Llegó la hora: van llegando noticias de que los alemanes han cruzado nuestra frontera. Y en poco tiempo la guerra empieza su cruel y horripilante juego.

Los aviones extranjeros entran por oleadas en nuestro país. También aparecen por encima de nuestras posiciones y lanzan bombas. Estos monstruos estallan en mil pedazos y provocan un terrible caos; hay muertos y heridos. Observo a esos muertos desde el mundo donde me encuentro ahora.

—Gracias a Dios— dice una voz tenue a mi lado. Es la de un espíritu femenino. Es una madre que está junto al cuerpo sin vida de su hijo—. Gracias a Dios, mi hijo se ha salvado.

El alma, en su calidad de espíritu, está inconsciente. La madre se inclina por encima de esta vida, y con ella otro ser más: una hermana del soldado. Entre ambas se llevan el alma a las esferas. Su felicidad es grande: esta vida del alma ha podido dejar atrás la tierra sin mancillarse odiando o asesinando. La felicidad de ellas es infinita, con su preciada carga sobre los brazos planean hacia la vida eterna.

Angélica planeó así algún día con papá hacia las esferas de luz. Es algo sagrado. Me entra la felicidad de estas almas; también se transmite a los demás seres astrales que están aquí.

Veo morir a decenas de hombres. Vivo varias transiciones a este mundo. Hay gente a la que también se puede recoger; sus seres queridos se los llevan a las esferas, donde volverán a abrir los ojos para que se convenzan de que han abandonado sus cuerpos materiales y de que en adelante tendrán la vida eterna.

Pero también hay a quien no se puede ayudar. Sin embargo, no han matado: fueron presas de la muerte antes de poder disparar un solo tiro. Papá me lo aclara: la vida terrenal de estas almas transcurrió inmersa en odio y pasión. Fueron amontonando un error tras otro. Son demonios, inaccesibles para la ayuda espiritual, aunque esté presente allí.

En este mundo se quedan dormidos, y les atraen las tinieblas de las que ya hablé. Hay un infierno que atrae a estos demonios, que se echan a dormir allí hasta haber descansado y estar preparados para hacer su aportación a la vida diabólica de aquí. Y también en ese infierno existe la chispa de Dios; pero cuántas cosas no han de cambiar en ellos antes de que puedan volver a su Creador...

Aún otra gente, y es más numerosa, no se queda dormida. En esta vida están de inmediato listos para luchar, orientan su odio y furia hacia el enemigo

cuyos proyectiles los hicieron caer. Pero aún tienen que esperar: murieron por las bombas lanzadas desde el aire, no ha habido todavía combates sobre el terreno, aún no ha habido contacto con las tropas enemigas. Entonces vivo que estas almas son arrastradas fuera de aquí. Gracias a papá comprendo a dónde van. Les atrae la masa que en otro lugar está envuelta en intensos combates. Allí tienen la oportunidad de desahogar su odio y pasión.

Entonces se acerca el enemigo, aumenta el ruido infernal. “Jamás podrán pasar por aquí”, se gritan los hombres con rabia. Comienza una terrible matanza. Me veo a mí mismo abriéndome paso entre ese terrible caos. Ya no albergo sentimientos. Soy un estorbo para los demás. ¡Dios mío, qué horror! Mis amigos van cayendo por todas partes. Los demás no lo ven, una y otra vez vuelven a apuntar sus fusiles; en los labios se les asoma el veneno.

La imagen que desde este mundo ofrece el campo de batalla es desgarradora.

¿Qué hacen los pobres a los que un proyectil lanza fuera de sus cuerpos? ¿Qué hacen a quienes se les arranca miembros que quedan esparcidos por doquier? En este mundo es lo primero que empiezan a buscar.

Veo a un chico al que la metralla de una bomba se gó la cabeza del tronco. Aquí empieza a buscarla como un poseso. Y sin embargo su figura astral está completamente intacta, lo que me enseña que es imposible destruir o dañar el alma, ¡jamás de los jamases!

Al chico le mueve un solo pensamiento: encontrar su cabeza arrancada. Papá me hace sentir el significado de esto. El alma así lo determina porque esos miembros pertenecen al mundo de los sentimientos. Rastrea cada metro de tierra. Encuentra otras cabezas, torsos, brazos y piernas. Y por fin puede cesar su búsqueda lúgubre: allí se encuentra con una cabeza que reconoce como la suya. Ahora que la ha encontrado se ríe como un niño pequeño. De tan contento que está quiere levantarla, pero... no lo consigue. Intenta agarrar la cabeza, quiere rodearla con las manos, ¡pero estas la traspasan! No cesa en sus intentos, es horrible verlo, su furia ciega, su miedo casi animal de no poder recoger su cabeza y tener que seguir sin ella...

Veo a decenas de muchachos como él. Otros llaman a gritos a sus madres y padres, suena como el aullido de un animal agonizante. Han sido lanzados a esta vida con un tremendo tirón. No saben nada de la vida eterna; en cambio, están completamente disueltos en odio y miedo.

Hay otros que de este lado retoman el combate al instante, desconociendo que han entrado a la muerte y así a otra vida. Se abalanzan sobre los soldados alemanes atacantes y no comprenden que estos no notan nada de sus golpes y gritos. Pero entonces se dan cuenta de la presencia de los alemanes caídos. Estos seres, que ahora son astrales, se atacan los unos a los otros con terribles alaridos e intentan destrozarse. Pero el alma no puede ser destruida como el

cuerpo; entonces siguen luchando hasta que el otro pierde la conciencia y se desploma.

Y mientras tanto continúan los combates en la tierra. En medio del estruendo infernal de las explosiones los hombres se arrojan sin parar unos encima de otros. Los combates se van recrudeciendo sin cesar, los cuerpos humanos vuelan por los aires hechos añicos. Muchos se vuelven locos en este terrible infierno, salen corriendo de las posiciones para entablar un cuerpo a cuerpo con los alemanes, pero a solo unos metros los siegan a tiros. Otros tienen que ser abatidos por sus propios compañeros...

Y lo más terrible de todo es ver entonces cómo se regodean los demonios del infierno —porque este se ha vaciado— en el peligro, el miedo y el dolor del pobre ser humano terrenal. Se desternillan de risa —es horrible oírlo— y aguzan las orejas aún más, desahogándose a costa de los soldados que combaten y de los que han caído. Los demonios están aquí de fiesta y es lo más horroroso que puede suceder entre el cielo y la tierra. Pero ¿qué sabe de todo esto el hombre terrenal?

¿Cómo tengo que procesar todas estas imágenes indescriptibles y horripilantes? Lloro grandes lágrimas, se me parte el corazón. Pienso cada vez que voy a desfallecer.

Lo mismo me ocurrió en la tierra en esta guerra, la peor de todos los tiempos. Deambulé como atontado. Recé a Dios para que interviniera, para que obligara al hombre a parar esta locura. Pero cuando al paso de las horas la violencia no hace más que arreciar me voy vaciando por dentro, me quedo sin sentimientos, ya no puedo rezar ni pensar. De no haber tenido en mi interior las fuerzas de papá y de Jack, me habría disuelto en la violencia y el odio que se extienden como un gas venenoso por encima del teatro bélico y me habría olvidado a mí mismo disparando y asesinando como los demás, indignado por tanta injusticia y semejante violencia brutal.

Entonces tropiezo con el cuerpo de mi comandante, mutilado como un animal. Tal como lo veo ahora desde este mundo, su alma usa todas sus fuerzas para liberarse de su cuerpo. Pero este sigue apresándolo. El rugido que profiere es horrible. Quiero acercarme corriendo para ayudarlo, pero papá me detiene. De pronto comprendo que ya no se le puede ayudar. La lucha que se libró aquí entre cuerpo y alma ya terminó hace mucho. Pero de esta forma tan natural es como puedo percibir las imágenes del pasado.

El rugido es incesante, solo después de bastante tiempo el pobre se tranquiliza. En estas terribles horas no deja de llamar a su madre. Igual que muchos otros. La madre es a quien más se llama, tanto en alemán como en holandés. El vínculo con la madre predomina sobre todos los demás.

Las esferas tenebrosas lo atraen a mi comandante; allí despertará, una vez que se haya serenado. La noble vida militar, que tantos elogios le mereció

siempre, lo ha arrojado en esta miseria. Cuando hablaba del uso de las armas no había nadie más fanático que él en las filas militares. En su manejo un hombre podía mostrar lo que valía, enseñar que era un valiente que de su enemigo no dejaría más que pedazos.

¿Qué lugar se ha asegurado en la vida eterna con estos “ideales”? ¿Hay otra cosa que Dios le pueda asignar a este ser humano que no sea un infierno? ¿O es que acaso tiene que ofrecer un lugar en Su cielo a quien pensaba así de una vida humana? Hombre de la tierra, te pregunto si sabiendo esto aún serías capaz de tomar las armas que despojarán a tu prójimo de la vida que le dio Dios y que a ti te arrojarán a los abismos del infierno. *¡No habrá nada —nada—, ni una sola meta en todo el mundo ni una orden de quien sea, que te permitirá encontrar una justificación a los ojos Dios!* ¿No crees que con esto está dicho todo?

Las imágenes que me ofrece la contienda que no cesa son cada vez más horrosas. Ya casi no puedo más. Si papá no me ayuda al final sí que desfalleceré. Pero entonces se me concede vivir algo milagroso. Una vez más obtengo una prueba de cómo el otro lado quiere y puede ayudar al hombre. Papá se adelanta a los acontecimientos al dejarme percibir eso; lo siguiente ocurrió después de que terminaran los combates en la Línea Grebbe. Pero por lo visto papá hace esto para ofrecerme durante un tiempo un panorama más bondadoso en esta horrible fase.

Se están echando los cadáveres en un montón, enseguida se los llevarán. También están evacuando a los heridos. Siguiendo esto reparo en un joven al que un disparo en la pierna ha dejado en un estado de profunda inconsciencia. Vienen a recoger su cuerpo, convencidos de que está muerto. El joven soldado se ha desdoblado del cuerpo, pero el cordón fluido que lo une al alma sigue intacto, por lo que para él la vida en la tierra aún no ha terminado. “Está muerto”, constatan los hombres, sin embargo, después de echarle una ojeada, mientras el jefe del grupo señala las montañas de cadáveres detrás de él.

Desde este mundo, el chico ve con horror el grave peligro en el que se encuentra; tirarán su cuerpo junto al montón de muertos y luego lo enterarán o quemarán. Da un alarido para detener a los hombres, pero no le sale ningún sonido de la boca. El muchacho sigue gritando, desesperado, sin saber qué hacer.

Veo que papá se acerca rápidamente junto a otros espíritus del amor. Uniendo fuerzas obligan al joven a que vuelva a su cuerpo. Ahora puede moverse otra vez y también le vuelven a obedecer las cuerdas vocales. Ha quedado fuera de peligro. Los milicianos (voluntarios) de la Cruz Roja se lo llevan.

Así, y de otras maneras, son ayudados varios hombres. ¡Así de poderoso es



el otro lado!

Entonces, de pronto, me llama la atención este agudo contraste: aquí hay dos mundos —el otro lado y los médicos terrenales— que juntan todas sus fuerzas para salvar a un solo hombre; al mismo tiempo se envía por nada a miles de jóvenes vidas al fuego, y son masacradas. Qué mundo tan enloquecido: personas enloquecidas que se llaman a sí mismas líderes de los pueblos y que de esta manera tratan las vidas que se confiaron a ellos...

Y por estos pensamientos de golpe vuelvo a estar inmerso en la violencia bélica.

Conforme avanzan las horas las pasiones se intensifican, los hombres pelean como diablos. El silbido de los proyectiles, el retumbar de las explosiones, los gemidos de los heridos y de los moribundos no acaban nunca. Parece que el mundo fuera a estallar, y lo único que me hace feliz es ver que hay soldados en ambos bandos que disparan por encima de sus adversarios. Los mueve el amor que albergan por su prójimo, al que no pueden odiar por su amor a Dios y Cristo, cuya orden de no matar quieren obedecer.

No hay más que lamentos y dolor, muerte y degeneración a mi alrededor. Dos de mis amigos han sucumbido a la locura. Han trepado al exterior de las trincheras y han corrido hacia el enemigo. Los abaten a tiros. Esta imagen me quiebra algo por dentro. Theo suplanta a Jack en mí, ahora soy sargento-mayor, que conoce el ejército, las armas. Me ha nacido una furia enloquecida. “¡Esos diablos, asesinos!”, grito cuando ya no aguanto ver más tiempo cómo el enemigo, que no respeta nada ni nadie, siembra muerte y destrucción en este glorioso y pacífico lugar. Nunca les hicimos mal alguno, jamás, y ahora están provocando un baño de sangre entre nosotros. Es absolutamente necesario que esto cese, y como para vengarme de tanta justicia apunté.

Pero ahora vivo que mi mano no puede apretar el gatillo. Por unos instantes, muy breves, había salido de Jack, de papá: fue en ese momento que aquí caí en manos de la Línea Grebbe, de la violencia y el odio. Pero entonces papá vuelve a elevarme. Es él quien aprieta mi fusil hacia abajo y me grita: “¡Eso no, hijo mío, eso no, Theo!”.

Reconozco la voz de papá, lo llamo. Entonces oigo un tremendo silbido que no deja de acercarse. A mis pies estalla una granada. En ese instante quedo hecho trizas. Experimento una tremenda sacudida y pierdo la conciencia. Solo es un instante, después la recupero. Vivo la liberación de mi vestidura material. Pero todavía predomina en mí un sentimiento punzante; es el dolor provocado al desgarrarse mi cuerpo. Todo sucede tan deprisa que no puedo darme cuenta plenamente del suceso. Salgo despedido a varios metros de altura y veo que caigo en los brazos extendidos de papá. Mientras tanto ya abro los ojos y veo un rostro, primero turbio, pero que al desvelarse va adquiriendo nitidez, hasta que reconozco su cara.

Después se va mitigando el intenso y cortante dolor, se me relaja el alma, me sereno y me siento como si acabara de recuperarme de una grave enfermedad.

Sigo viéndome en la Línea Grebbe. Papá me ha recostado en el suelo. Ahora he llegado al punto en que me puede llevar a mi esfera. Estoy viviéndolo con una aguda conciencia. Me libera del todo de la tierra, y puede hacerlo debido a que ya no hay nada que me vincule a mi cuerpo material desgajado. Planeamos por el espacio. Va aumentando continuamente la distancia entre nosotros y la tierra.

Así fue, pues, cómo se produjo mi transición a este mundo. Papá me la deja vivir ahora de nuevo; todo es tan poderoso, tan difícil de vivir y procesar de una sola vez.

Vuelvo a vivir la horrible sacudida que me arrojó fuera de mi cuerpo; de nuevo sigo cómo se rompe el cordón fluido y cómo caigo en los brazos de papá, que enseguida irá planeando conmigo por el espacio.

Tengo el cuerpo mutilado hasta la repugnancia, pero mi alma vive, está intacta, no hay nada que pueda destruirla.

Para averiguar esta realidad Jack ha estado estrujándose la cabeza vida tras vida. Buscaba esta verdad con una entrega total. Y ahora, en la vida después de la muerte, obtiene la respuesta a sus preguntas. Nada le ocurre al alma, nada, cuando el cuerpo resulta desgarrado, porque es imposible que al alma le pase nada, es eterna porque en ella vive la chispa de Dios.

¿Qué saben del alma el psiquiatra terrenal o el psicólogo? ¡Oh, ojalá conocieran las leyes y los estados del alma! ¡Qué posibilidades tan enormes se nos abrirían entonces! Ahora se me vuelve a imponer la vida de Jack con una conciencia muy aguda. Hago una transición completa en ella; veo y pienso como el erudito que no conoce más que una sola ambición: indagar los misterios que hacen tan inescrutables las vidas del alma de sus pacientes y que tiene que conocer a toda costa si quiere poder contribuir a su recuperación. Que Dios quiera que algún día me sea posible llegar a conocer y comprender el alma humana. Ya me he acercado un pasito más. Pero el alma del hombre es de una profundidad imponente —estando en la vida eterna me doy cuenta de ello mejor que nunca. Todo me da vueltas cuando en un fogonazo se me revela esa profundidad, y tengo que forzarme a no desplomarme.

Mis ojos buscan a papá; el amor y la fuerza que me vienen de él como un flujo me dan fuerza. Extiendo las manos hacia él y le doy las gracias desde el fondo de mi corazón por todo lo que he recibido de él y a través de él. Ahora me toca a mí retener y procesar toda la sabiduría obtenida.

Ahora nos despedimos de la Línea Grebbe. Lo que tenía que vivir allí lo he vivido ahora. He saldado mis cuentas con la vida terrenal, he quedado libre de la tierra, ya no hay nada que me vincule con ella. Va a empezar para mí

una nueva vida. He entrado al mundo del espíritu, allí me esperan tesoros espirituales.

Pero allí siguen todavía mi mujer e hija. Tengo muchas ganas de ver cómo pasaron la guerra y cómo viven ahora.

Papá me hace sentir que también esto lo seguiré todavía. Forma parte de la vida de Theo.

Luego, Jack irá desplazando por completo a Theo cuando este haya concluido su vida. Jack arde en deseos de empezar, quiere seguir su estudio, quiere hacer algo para la ciencia y por tanto para la humanidad.

De esas dos personalidades en mí es Jack quien puede aportarme algo bueno, algo útil. En las esferas solo seguimos edificando las vidas en las que nos afanábamos por una tarea, un cometido, que tuviera significado espiritual. Por eso es imprescindible que la vida de Theo se vaya hundiendo en mí, porque no tiene nada que aportar al mundo: vivió el mundo como un niño pequeño y despreocupado.

Oh, qué claro y real es todo. La intensa e incesante ambición de Jack de conocer el alma, en aras de la humanidad sufriente, lo ha convertido en una personalidad que se fue fortaleciendo en cada vida subsiguiente. Es esta personalidad, este el mundo de los sentimientos, este el Jack cuya voluntad de servir y cuya animación desplazan otras personalidades en mí. Es él también quien una vez llegado a las esferas busca de inmediato los caminos que lo puedan conducir a la realización de sus ideales. De otra manera no podría ser.

Quiero estudiar, padre, saber todo aquello que mi espíritu pueda procesar. Quizá entonces se me conceda volver alguna vez a la tierra. Es algo que anhelo, padre. No deseo otra cosa que volver a nacer. Quiero ayudar a la ciencia, comunicarle todo lo que se me concede experimentar aquí en relación al hombre y la vida de su alma. Estos sentimientos y deseos viven en mí. Pediré a Dios si puedo regresar. Y papá me hace sentir que haré bien en pedirselo.

Parece que dentro de mí Theo escucha a papá y a Jack. También lo quiero a él. Ahora lo seguiré. Como Theo pienso en mi mujer e hija; como Jack no significan nada para mí. Entonces las quiero como a toda vida de Dios.

Papá me dice que tengo que prepararme para nuevas experiencias. Y responde a mi pregunta de a dónde iremos que nuestro destino es Róterdam.

## Arde Róterdam

Papá iba delante de mí. Se me ocurrían muchos pensamientos. Repasé mis vidas, en la medida en que ahora las conocía, y seguí ambas personalidades que en ellas jugaron un papel. Me pareció curioso percibir cómo ahora ninguno de las dos quería asumir protagonismo en mi pensar. Se me hacía que ambas se hubieran dormido. Poco a poco fueron pasándome su silencio. No era sueño, lo que me entró podría llamarse una sensación de paz. Me era grata en este estadio en el que mi vida interior estaba despertándose progresivamente, lo que me consumía muchas fuerzas.

Dejé que la placentera paz incidiera en mí un rato. Nos desplazábamos muy lentamente. Papá planeaba por delante de mí, ensimismado.

Pero entonces empecé a comprender que tenía que llegar a hacer las paces con ambas personalidades en mí, si en Róterdam quería estar preparado para adquirir nuevas experiencias. Me di cuenta de que estos sentimientos procedían de papá. Y tenía razón, me era preciso saber cómo debía sintonizarme. Si repasaba la vida de Theo entonces esto obligaba a Jack a tener paciencia y a mantenerse alejado.

Lo comenté a Jack: ahora Theo tenía que vivir su vida y esto exigía que me dedicará enteramente a él. Jack se resignó a ello sin problema, era mayor que Theo y más consciente. También había paz en su interior, y esa, a su vez, era distinta a la de Theo. Ahora sabía que entre aquellos dos había una mutua comprensión, lo cual beneficiaba mi carácter, dado que eso indicaba que en mi interior había armonía. Me parecía instructivo desdoblarme de esa manera: sentir y seguir el pensamiento y sentimiento de las personalidades que se habían desarrollado en mí. Luego se fundirían en una sola en mi interior, lo que me haría ganar conciencia en el espíritu. Theo me va absorbiendo por completo conforme nos acercamos a Róterdam. Quiere que le preste atención. Lo hago y he allí que empiezo a sentir y pensar de manera completamente diferente. Me hace saber que es necesario porque en esa ciudad voy a vivir muchas cosas, hay muchos problemas que papá tendrá que aclararme allí.

Ahora me surge la pregunta de qué es lo que papá quiere tratar allí. ¿Es que tiene que volver a la tienda que teníamos antes? Realmente, no tengo ni idea. Pero entonces tengo que pensar de golpe en la guerra.

Son los aviones que veo pasar los que me traen a la memoria la guerra. ¿Es que tengo que ver todavía más miseria? ¿No ha sido suficiente todavía? Me estremecen los horrores que he visto pasar ante mis ojos. Apenas me he recuperado de las sacudidas que me provocaron. ¿Ya tengo que prepararme

para más dolor?

Pero con un solo vistazo a papá me doy cuenta de que he de someterme a sus planes sin preocuparme. Él sabe lo que es útil y necesario para mí.

Me estremezco cuando los aviones van pasando con los motores rugiendo. Cómo odio estos terribles pájaros. Cuánta miseria sembraron en nuestras filas con su maldita carga de bombas. Y ahora que sintonizo con ello sé de pronto que fue uno de sus proyectiles el que me arrancó de cuajo de la vida.

¿A dónde quieren ir ahora? Me entra miedo. Miro a mi alrededor y veo que papá y yo no somos los únicos que planean por aquí. Varios seres astrales se dirigen en la misma dirección. Mi miedo no hace más que aumentar: donde hay tantos seres espirituales juntos —ya lo viví en la Línea Grebbe— tiene que ocurrir algo. ¿Será Róterdam? No puedo reprimir mi impaciencia y quiero saber qué plan tienen las aves rapaces. Ahora voy más rápido que los aviones, la tensión me propulsa a toda velocidad. Papá se adapta.

Llegados a los alrededores de Róterdam el miedo me atenaza el corazón como un puño de hierro. La guerra también se ha extendido a esta ciudad. Me recorre un escalofrío.

¿Harán los alemanes realmente lo que de repente empiezo a sentir? Pero ¿eso es imposible! No se atreverán a hacer eso, ¿no? No, no lo creo, se me hace imposible creerlo. ¿Es que a los alemanes los han abandonado entonces todos los sentimientos humanos?

¿Se atreverán a incendiar una ciudad? ¿Lanzar bombas desde el aire sobre mujeres y niños indefensos? ¿Ni siquiera les arreedrará cometer un asesinato por sorpresa, cobarde y masivo?

No, no, Dios mío, no se atreverán a corromper de esta manera Tus leyes sagradas.

Mi Róterdam, ay, Róterdam. ¿Qué va a tener que vivir mi ciudad?

¿A dónde lleva Alemania la vida en la tierra? ¿Se atreverán sus dirigentes a ordenar algo tan bárbaro, tan tremebundo? ¿Es que no les queda entonces ni una brizna de amor?

Lanzar bombas sobre personas que no tienen a dónde huir, atrapadas entre las paredes de sus casas. ¿Cuántos muertos no tendrá que haber entonces aquí? ¿Qué dolor inconmensurable no se va a provocar? Ay, preguntas amargas, atroces. Esto es inconcebible. Estos sentimientos en mí tienen que estar equivocados.

Pero entonces vuelvo a ver los aviones que ahora dan vueltas por encima de mi ciudad. Y veo las horrendas cruces gamadas, sus diabólicas cruces. No, ahora sí que sé que mis sentimientos son ciertos: los alemanes cometerán la fechoría horrorosa y esparcirán sus bombas por encima de ciudadanos desprevenidos.

Y a ello se prestan estos “soldados”: ¿no habrá ni uno solo que se niegue

a ejecutar semejante orden horrorosamente cruel? ¿Será que su esencia está tan fundamentalmente podrida, tan corrompida? Pero entre ellos, Dios mío, habrá católicos y protestantes creyentes y fieles a sus obligaciones, ¿no? ¿Y no se opondrán a sus superiores diabólicos? ¿Incendiarán, despedazarán y exterminarán, como si fuera un trabajo que te complaciera, a miles de sus correligionarios, a sus hermanos y hermanas, Tus hijos, Dios mío, como si fueran animales dañinos?

¿Como podré encontrar las palabras para los sentimientos que ahora se me echan encima? Se me ocurren tantas cosas: dolor, tristeza, indignación, decepción. Cómo es posible que haya personas, que sin embargo creen en un Dios, ¿verdad?, y que quieren servirlo, ¿cómo pueden atacar a Sus hijos de una forma tan bestial, pegándolo a Él así, a sangre fría, en la cara?

Me demuestran inmediatamente que son capaces. Los primeros aviones caen en picado, el rugido que provocan al hacerlo es escalofriante. Entonces caen las bombas, y siguen cayendo, lanzadas por personas sobre personas, sobre hombres, mujeres y niños, sobre enfermos y ancianos. Casas e iglesias quedan pulverizadas por las explosiones, las escenas son horripilantes. Los desgraciados, desesperados entre sus débiles paredes que no ofrecen protección alguna, esperan su muerte mientras se estrujan las manos.

Qué horrores tengo que percibir. Esto es millones de veces peor que el infierno en la Línea Grebbe. Entonces se atacaba a soldados provistos de armas que podían usar para defenderse. Aquí se decide con frialdad lanzar sistemáticamente bombas sobre civiles indefensos. Nosotros luchábamos en campo abierto, pero aquí la gente está atrapada como ratas, encerrada como está por sus paredes de piedra. No puede escapar, no hay donde salvarse el pellejo. La gente queda aplastada bajo un alud de escombros. Cierro los ojos, no puedo ni quiero verlo más tiempo. Pero no me queda más remedio que mirar: el estruendo de los motores, los silbidos y el impacto de las bombas, los alaridos de las personas: todo me obliga a abrir los ojos.

Veo que un hombre sale de una casa en llamas con un niño en brazos, pero apenas se ha alejado un poco cuando una bomba estalla a sus pies y lo despedaza a él y al niño de pecho. Ay, Dios mío, Dios mío —Dios mío—, lo repito diez veces, veinte veces. Miro a papá y él adopta mis sentimientos. Sí, dice con la cabeza, esos son los estragos que pueden hacer los hombres, los seres humanos aún son capaces de cosas así de repulsivas.

Ahora también comprendo por qué no me queda más remedio que mirar: pronto tendré que escribir acerca de todo esto. Y ahora rezo de inmediato con toda la fuerza y todo el deseo que hay en mí por que entonces sepa encontrar las palabras para dejar claro a la humanidad a dónde la llevará su deseo de destrucción y de poder. Le diré entonces a voz en cuello: hombre de la tierra, te imploro que no violes jamás la vida de tu prójimo, no mates nunca, ni siqui-

era en la guerra, porque ni entonces encontrarás justificación a los ojos de Dios. No odies a tu hermano ni a tu hermana, porque te esperarán las esferas tenebrosas del infierno y te mantendrán atenazado hasta que comprendas que solo sirves a Dios amando Su Vida y todo lo que vive. Mi palabra tendrá que llamear entonces, para que su fuego se incruste en el corazón de quien llegue a ver mi libro, por el bien de su propia alma imperecedera.

Vuelvo a bajar la mirada hacia donde mi querida ciudad sufre su destino. Se extienden grandes nubes de humo, las llamaradas salen disparadas de las casas que arden, hay cuadradas enteras que parecen una masa de llamas. Los gritos de la gente que ha perdido el juicio se mezclan con el estruendo y el crepitar del fuego.

Tengo que percibir extraños sucesos. Veo a una mujer que sale corriendo de su casa con un perro y un gato en los brazos. A estos intenta salvarlos, pero por encima del furioso rugido de las llamas se oyen detrás de ella los gritos de sus hijos que están en horribles apuros. Cómo es posible, una madre que hace todo lo posible para salvar sus mascotas y que por eso se olvida de sus hijos... Papá me lo tiene que aclarar.

Esta mujer estuvo sintonizada toda su vida con animales; significaban tanto para ella que los anteponía a los seres humanos. Naturalmente, amaba a sus hijos, pero su amor tampoco era tan grande que su vida estuviera colmada por completo con ellos. No era capaz de renunciar a los animales, los idolatraba, o sea: tenía un complejo gatuno y perruno. En el terrible instante del impacto de la bomba, cuando tenía que decidirse qué hacer, obedeció la voz de su alma inconsciente y se apresuró a salir de la casa en llamas con los animales, entregando así sus hijos a las llamas. Solo cuando ya se había alejado bastantes metros pensó en ellos y gritó sus nombres, pero entonces ya fue demasiado tarde. Ama los animales, dice papá, pero jamás te olvides de que pertenecen a la especie inconsciente y que desde luego ¡jamás pueden ser colocados por encima del ser humano!

Otra madre sale precipitadamente de su casa llorando y no salva más que el atizador. ¿Por qué justamente este objeto de hierro? Alberga un miedo por la muerte que la estrangula. También en ella vive el odio. Con el atizador quiere luchar por su vida, echarse encima de los alemanes, a los que odia como sus enemigos. En estos terribles momentos vive solo para estos sentimientos. Por eso perecen sus hijos en las llamas...

Pobre madre, en cada uno de tus actos se manifiesta el grado de tu amor, de tu conciencia. Así es como el ser humano delata la profundidad de su personalidad a quien sabe leer su alma. Eso no habría sido posible en la tierra; aquí, en la vida del espíritu, tu ser está abierto y no puedes ocultar nada de tu interior.

Oh, cómo me gustaría estar en la tierra, equipado con el conocimiento del

alma. A cuántos psiquiatras no podría acoger entonces, ayudándolos en su tarea responsable.

Rezo a Dios que a ese fin nos otorgue la gracia de una nueva vida, a mí y a tantos más que de este lado estamos capacitándonos en este conocimiento.

Róterdam arde como una antorcha. Miles de habitantes encuentran la muerte en las llamas desbocadas o son aplastados bajo los escombros que caen. Y mientras los pilotos prosiguen su repugnante labor, los espíritus del amor del otro lado se afanan en asistir a sus seres queridos o los llevan a la serenidad de las esferas.

De golpe se me ocurre la pregunta de cuánto tiempo habrá transcurrido entre mi transición y el bombardeo de Róterdam. Cuatro días, me hace sentir papá.

Cuatro días, repito, cuatro días. Pero... ¿es que entonces también estaban mi mujer e hija en esta ciudad?

Cierro los ojos. Tengo que pensar. En nuestra casa... mi mujer e hija ¿también han...? Le pido a mi padre que me lleve a la casa de mis suegros. Ya me adelanto corriendo, aquí sé el camino.

La casa ya no está, se ha convertido en un montón de escombros. Entonces mi padre me conecta con lo que allí ocurrió. Veo la casa. Mi suegra está sirviendo un té y habla con mi mujer e hija. Se van acercando los aviones, las bombas hacen temblar la casa. Se abrazan muy fuerte, asustadas. Oigo el horrible y aterrador rugido de una bomba, un impacto tremendo, gritos que van ahogándose bajo los escombros que caen. Las veo desfiguradas bajo las paredes que las cubren como lápidas. De inmediato aparecen sus hermanas y hermanos de las esferas, que liberan las almas de los cuerpos y se las llevan, inconscientes.

Dios mío, ¿también están aquí mi mujer e hija?

—Padre, ¿lo sabía? ¿Cómo me lo pudo tener callado durante tanto tiempo?

¿Se me concede ver a Annie, padre? ¿Puedo ayudarla? Y ¿mi hija? ¿Está con ella?

Papá me hace saber que las volveré a ver. Más tarde abandonaremos la tierra y nos apresuraremos hacia las esferas. Allí me mostrará dónde viven mi mujer e hija. Más tarde. Claro, papá tiene razón: aquí todo sucede en el momento indicado. Pero me vino todo tan de sopetón. Tengo que procesarlo. Annie y mi hija, mi Liesje, han muerto para la tierra. Están conmigo en la vida eterna. Así que se fueron a Róterdam para encontrar allí su final. Por eso sentía yo ese miedo cuando las llevé al tren. Ya entonces, mis sentimientos me decían que iba a ocurrir algo terrible.

Annie, Annie: no dejo de pronunciar su nombre. Quiero verla, refrescar su cara. ¿Qué aspecto tenía? Me cuesta imaginarme sus rasgos. La veo borrosa pero al instante ha vuelto a desaparecer su cara. Con Liesje no es así para



nada: su hermoso rostro irradia sus rasgos hacia mí, cada línea la conozco y me es familiar.

Papá viene a ayudarme. Es la vida de los sentimientos la que habla, me aclara.

—Con Liesje tenías un contacto intenso, vive en tu alma, es parte de ti, dado que hay una conexión de amor entre los dos. No es así con Annie: te es ajena porque no supo entregarse a ti.

—Annie, ¿dónde vives ahora? ¿Ya experimentaste que la realidad de aquí se corresponde enteramente con lo que te conté de mis libros? ¿Cómo te tomas ahora el mundo? ¿Ahora sí podrás aceptarlo? ¿Por qué no me pudiste creer entonces?

Los alemanes violaron tu vida y la de miles de personas más. ¿Cómo podrán enmendar alguna vez este crimen contra Dios y las personas? Y ¿qué ocurre con todas esas personas que allí fueron arrancadas de la vida con una tremenda sacudida? ¿Puede haber sido voluntad de Dios? Si no, ¿por qué no intervino? ¿Por qué no exterminó a esos asesinos? ¿Tanto poder tienen los diablos del infierno? ¿Es que ni siquiera Dios nos puede proteger contra ellos? Qué preguntas no se me revelan. Es completamente necesario que sepa esto o mi vida se detendrá.

Miro a papá. Me ayudará y me proveerá de las respuestas que pondrán fin a todas estas preguntas que me atormentan, a mí y a millones de personas más.

## El plan de Dios

—Para darte una respuesta adecuada a tus preguntas haremos un breve viaje por encima de la tierra —me dice papá—. Después habrá terminado nuestra estancia en la tierra.

Me hace sentir que no tardaremos mucho. El otro lado es capaz de eso. Hace tan solo un rato lo viví cuando sintonicé con mi casa y llegué al lugar en un abrir y cerrar de ojos.

Primero damos un breve paseo por Róterdam. No miro la destrucción, prefiero seguir las conversaciones de la gente por aquí y por allá. Increpan y maldicen a los alemanes que los sumieron en este desastre. Los odian horriblemente, no hay ni una sola persona que encuentre palabras de perdón. Tampoco hay nadie que reprenda a esta gente consumida por la rabia y les enseñe que el odio es igual de malo que el asesinato, ni más ni menos.

No obstante, todos tendrán que aprender a darse cuenta de ello. Dios no quiere que Sus hijos maten, ni tampoco que odien. Por mucho que nos hayan lastimado el corazón, el sentimiento de amor no debe ser liquidado por ello. Es una de las leyes de Dios y es tan inexorable como las demás.

Papá me hace sentir que la culpa de esta guerra la tiene cada ser humano, sin excepción alguna. En nuestras muchas vidas fuimos amontonando males sobre males, y el mal aún vive entre la gente. Los corazones siguen siendo insensibles y todavía hay quienes no quieren dar amor a sus prójimos. Todavía las personas no se soportan, la envidia campa a sus anchas tanto como la sed de poder. ¿Fue eso lo que Cristo nos enseñó a los seres humanos? Nos ordenó que nos amáramos, pero en el sentido pleno e irrefutable de la palabra. Ahora, me dice papá, ha comenzado el Siglo de Cristo, ahora el hombre tiene que empezar a vivir con arreglo a los mandamientos que Él nos dio. La humanidad aprende por esta guerra —la peor de todos los tiempos— que tiene que dar la espalda a la violencia, a la sed de poder, de ganancias y de odio. Esa será la ganancia que brotará para nosotros de las ruinas y de los campos de batalla.

Hasta ahora la humanidad ha vivido a la buena de Dios. Caminaba al margen de las leyes de Dios, sin conocerlas ni vivir acorde a ellas. El ser humano no sabe para qué está en la tierra, de dónde viene ni a dónde va. Aún tiene que despertar en este saber, y eso va a suceder ahora. El hombre ha dado hasta ahora palos de ciego, ha deambulado como un invidente por el espacio de Dios. Pero ahora la luz del otro lado, la luz de los cielos, iluminará su camino y le hará ver. Solo ahora es posible, porque ahora está por empezar el Siglo de Cristo.

Papá dice que aquí en las esferas fueron captadas las plegarias del ser humano, que, rodeado de las atroces ruinas provocadas por la violencia de quienes deberían haber sido sus hermanos, pide explicaciones a Dios. “Enséñanos, oh Dios, Tus sagradas leyes. ¿Qué sabemos de ti? ¿Qué sabemos de nuestra vida? Nada, nada y nada: lo que nos cuentan las iglesias es todo igual de pobre y precario, oh, Señor. Y la actitud que adoptaron en esta terrible contienda fue tan contradictoria y torpe como sus doctrinas. Ya no nos pueden enseñar nada, oh, Padre; sentimos que por muy buenas intenciones que tengan nos alejan de ti y de la vida. Dios, Creador mío, enséñame ahora lo esencial que eres, enséñame a conocer Tus intenciones, enséñame cómo he de vivir.

Y Dios responde por medio de los maestros del otro lado, por medio de Sus ángeles: “Ahora sabrás, hijo Mío, ahora me conocerás, así como toda Mi Creación. Solo ahora es posible eso, hasta ahora preferías escuchar las voces que te atraían al mal y las tinieblas. Solo ahora ha llegado el momento en que tu espíritu se abre y que está dispuesto a conocer las leyes que gobiernan el universo y tu vida. Quien se acerque con amor a mí y a todos Mis hijos llegará a conocerme a mí, así como Mis intenciones. De modo que has de amar, hijo Mío, aprende lo que quiere decir amar de verdad. ¡Entonces Mi voz llegará a sonar en tu interior y oirás latir Mi corazón en el tuyo!”.

Son los maestros del otro lado, según me sigue enseñando papá, quienes por orden de Dios están llevando a la tierra su conocimiento del Universo y de la vida humana. Para que el hombre sepa que existe la pervivencia eterna y que Dios no conoce la maldición, sino que, por el contrario, es un Padre de Amor.

Entonces se verá liberado del miedo atroz al eterno infierno, adorará a Dios como a un Padre lleno de amor y siempre querrá conocer, comprender y amar a su prójimo. Entonces el hombre hará lo que hizo Cristo: conceder perdón hasta al torturador más malévolo y sacrificarse a sí mismo si ello beneficia a su prójimo.

El recorrido por Róterdam me enseña que muchas personas aún no están preparadas para estos elevados conceptos. Pero, según me dice papá, la guerra también les enseñará a ellas. Ya es imparable ahora que ha comenzado el Siglo de Cristo; el hombre ha llegado al punto en que va a despojarse del odio y a aborrecer la violencia. Unos elevarán a otros, hasta que se haya aprendido el amor y vencido el mal.

El ser humano, antes que nada, tiene que darse cuenta de que también él es culpable de esta guerra. También quienes ahora rugen e imprecán, y maldicen a sus enemigos por la destrucción que estos provocan. Pero nadie reconoce su culpa; ni una sola persona de las que veo aquí y a las que oigo hablar querrá reconocer que hizo algo malo; están empeñadas en echar la culpa a los intrusos. Pero no llegaremos muy lejos si hacemos como si tu-

viéramos las manos limpias. Si Dios nos ilumina, verá de todas formas que no es así. Estamos desnudos ante Él, nos atraviesa con la mirada. No hay nada que se le pueda ocultar, ni un rasgo ni un fallo, ni siquiera un pensamiento errado, por nimio que sea. Quien odie se sintoniza con los infiernos. Y no justificamos nuestro odio hacia el enemigo exonerándonos a nosotros mismos de ser culpables de esta guerra. Todos, sin excepción, somos culpables y jamás nos está permitido odiar.

Todas esas personas que ahora maldicen a sus enemigos tienen que plantearse que morirán tarde o temprano y que entonces tendrán que entrar en la tierra del odio, que es el lugar con el que está sintonizado su interior. Aún tengo que conocer esa tierra, pero de los sentimientos que papá me envía sí puedo deducir que allí debe de ser terrible. Es un lugar donde viven diablos, y odian con una ferocidad que da miedo. Arrastran por las tinieblas al pobre que ha de aceptar este lugar como el suyo y lo succionan hasta dejarlo vacío. No es Dios quien castiga de esta manera al hombre, según me hace sentir papá claramente: es el propio hombre quien elige para sí mismo este lugar de horror. Pero si, en cambio, el hombre acepta el desastre en el que lo sumió el enemigo como una experiencia que puede serle útil para aprender y para crecer espiritualmente, si cierra su corazón al odio y hace que su boca diga palabras de perdón, entonces se le abrirán las esferas de luz, un mundo de amor, paz y comprensión: el cielo de Dios.

Allí es a donde tienen que ir todas las almas que son parte de la creación; no puede permanecer ni un solo sentimiento de odio ni un infierno: estos tienen que disolverse y así lo harán. Esto forma parte del plan de Dios. Siento que este plan se sostiene en millones de leyes; aún no soy capaz de darme cuenta de su poder, aunque algún día las conoceré, así como *toda* alma en el espacio. Esto es algo que nosotros los seres humanos tenemos en nuestras manos, por increíble que suene.

Róterdam ha quedado devastada porque sus habitantes también lo están. Y esto es así en toda la tierra. Si todos esos millones de personas no se hubieran olvidado, no habrían quedado sumidas en este horror. Pero mientras en ellas permanezcan pensamientos asesinos y de rapiña, ahora que aún hay tantas almas tenebrosas que esparcen por doquier su odio y veneno, no es de extrañarse que la tierra tiemble bajo los golpes de la venganza. Es la ley de causa y efecto, que el propio hombre despertó y activó, aunque ni mucho menos todos quieran aceptarlo, al sentirse libres de culpa. Pero estas personas se han olvidado de las vidas en que vivieron a la buena de Dios, amontonando un pecado encima de otro. Pero Dios no se ha olvidado de nada y Él se encarga de ver que todo lo que se haya hecho mal quede enmendado. Y mientras el hombre se afana en equilibrar las balanzas de la causa y el efecto, mientras hace disolver su karma en sangre y lágrimas, Dios sabe que la ganancia de

todo su sufrimiento y de tanto bregar ¡al final beneficiará al propio hombre! El hombre solo aprende con dolor, solo así llega a reflexionar, a crecer espiritualmente y, finalmente, es como hace suyo un cielo.

Así que ¿cómo tiene que actuar Dios cuando el hombre, angustiado, le suplica que le ayude? ¿Tiene que despojarle Dios del sufrimiento que él mismo ha provocado, que es la única escuela que puede elevarlo desde sus tinieblas hasta una esfera vital espiritual? ¿Tiene que quitarle Dios este sufrimiento? Ahora que toda la humanidad empieza a volver en sí por los crueles golpes de la guerra y está aprendiendo a comprender que es necesario liberarse del odio y de la violencia que ha hecho temblar la tierra hasta ahora, ¿tiene que intervenir Dios? Es más: ¿es que puede intervenir?

Los pueblos tienen que despertar y unirse. Por mucho que la guerra sea un azote para la humanidad, su valor consiste, sin embargo, en que materializará la concordia entre las masas y que estas cierren filas. Lo que la palabra y el ejemplo no consiguen, lo llevan a cabo el sufrimiento y la guerra. Solo estos hablan un idioma que los pueblos comprenden y que les cambian y mejoran las convicciones.

¿Cuántos pueblos pueden aseverar de sí mismos que trabajaron incansablemente y aplicando todas sus fuerzas por asegurar la paz en la tierra, uniendo los países en amor y comprensión? Incluso nuestro pueblo, aunque esté varios grados por encima de, por ejemplo, el alemán o el ruso, no puede presumir de haberse afanado en este sentido elevado. También los holandeses son culpables de esta horrorosa guerra. Si la hubiéramos repudiado intrínsecamente hasta en el fondo de nuestros corazones, no habríamos mantenido un ejército. Quien quiera caminar por el sendero de la paz ya no forma a la gente para que mate y destruya. También los holandeses se inclinaban todavía por la guerra, aún prefirieron la violencia bélica antes que confiar en Dios. Y guerra es lo que recibimos, en todo su horror.

Papá, gracias a quien me entran todos estos pensamientos, me hace saber que los maestros del otro lado tratarán estos poderosos problemas para la humanidad. El instrumento por medio del cual estoy escribiendo ahora enviará al mundo el libro correspondiente. (Véase el libro: 'Los pueblos de la tierra contemplados por el otro lado').

Bajo la dirección de papá sigo nuestro pueblo, sondeo sus pensamientos y sentimientos. Veo seres con una preciosa irradiación y, además, demonios que tienen un color verde venenoso. También percibo a muchos creyentes, seguidores de las iglesias, y el corazón me da un vuelco. ¡Cómo odian! Con qué virulencia maldicen a sus enemigos. Y estas son personas que quieren servir a Dios para hacerse así con un cielo. Creyentes que ven su ejemplo en Cristo, el inmaculado, elevado Hijo de Dios, radiante de amor, y que por eso se llaman a sí mismos cristianos. Y matan como si no existiera un Dios

de Amor. Y odian como sería incapaz de hacerlo el animal... Y aun así, estos “cristianos” se atreven a ir a sus iglesias y alzar la mirada para mirar a su Creador a los ojos. Se atreven a entonar cánticos para alabar a Dios y a Cristo, y ni siquiera oyen lo crudos y falsos que son los sonidos que salen de sus gargantas. Pero es que ¿cómo iban a sonar si no esas voces? Porque mientras alaban a Dios y cantan sobre el amor y la fraternidad, a sus corazones los consume el odio hacia sus enemigos.

¿Hay alguna manera en que puedan demostrar su inconsciencia más claramente? No piensan en lo que hacen, no viven en su fe estos cristianos. Sus sacerdotes, ya sean protestantes o católicos, les hablan de amor desde el púlpito y los creyentes a sus pies escuchan. Pero ¿“escuchan” verdaderamente? O ¿creen, quizá, que las palabras que representan lo que Dios ordena —amar al prójimo— están destinadas a otros? Sea como fuere, las palabras de Dios, Cristo, el sacerdote católico o protestante caen en oídos sordos.

¿Cuántos de estos creyentes que acuden a las iglesias para rezar, incluso para llegar a comulgar con el sagrado Cuerpo de Cristo, según se dice, cuántos de ellos pueden decir: “En mí vive el amor, al menos a eso aspiro, intento amar en lo fundamental abarcando tanto como ordenan Dios y Cristo, blindo mi corazón contra el odio y no maldigo a ninguno de mis enemigos, sea lo que sea que me hayan hecho?”.

Lo que pregunto es: ¿cuántos? Pero si *no* pueden decirlo de sí mismos, ¿cómo tienen entonces las agallas de entrar de todas formas a sus iglesias y de burlarse de su Padre Divino y de Su Hijo Divino con sus cánticos falsos?

¿Cómo es capaz un sacerdote —católico o protestante— de vivir una sola hora en paz, sabiendo que los creyentes en su auditorio escuchan su mensaje de amor mientras tienen las manos manchadas con la sangre de sus enemigos y los corazones carcomidos por el odio? Sabe cómo piensan, ni un solo clérigo no lo sabe, pero ¿por qué no les impide el acceso al templo? ¿Por qué no expulsa a esos farsantes, a esos hipócritas, que escupen a nuestro Padre —el de todos— en el rostro? ¿Eso al menos los pondría a pensar!

Allí es donde está el error que cometen las iglesias: sus creyentes están atiborrados de textos y cánticos, les han grabado a fuego los “diez mandamientos de la ley de Dios”, saben recitarlos maquinalmente a cada hora del día, pero jamás han comprendido que han de seguirlos “al pie de la letra” y hasta las últimas consecuencias. No creen, o les cuesta, que Dios ordene que sus mandamientos sean cumplidos y que le es imposible consentir ninguna violación.

Cristo es el ejemplo, según predicán los clérigos, pero entre los creyentes se ponen de acuerdo en que como ser humano “normal” es imposible vivir como Cristo...

Y después de todos esos siglos siguen sin comprender que entonces al

menos deben intentarlo.

No reflexionan sobre lo que tiene que ver con Dios y la vida, nunca han aprendido a pensar y jamás han sabido que es necesario. Las iglesias han mantenido a sus creyentes en la ignorancia, no les han enseñado a pensar espiritualmente, sino que los han convertido en niños por quienes se piensa y actúa.

En nuestro viaje sondeo a los creyentes y cada vez me topo con inconsciencia. Quienes acuden a la iglesia no viven ni creen con una conciencia fuerte e intensa, jamás han reflexionado en profundidad sobre Dios, sobre Su Ser, Sus sagradas leyes, Sus intenciones con nosotros, nuestras obligaciones hacia Él, el cumplimiento de Sus mandamientos, la ordenación de la existencia terrenal, ni sobre el más allá. Creen haber cumplido con sus obligaciones hacia Dios y sus prójimos acudiendo fielmente a la iglesia, y dándole las gracias y alabándolo por ello en momentos prefijados. Pero entretanto en su interior reina el caos, van acumulando falta tras falta, sin que se den cuenta de que están violando las leyes de Dios ni que están sintonizándose con las esferas tenebrosas.

Quien entre a la tierra del otro lado con odio en el corazón o con sangre en las manos tendrá que vivir que los cielos le seguirán vedados y que no habrá plegaria, por muy bien intencionada que sea, que pueda abrirlos. Así de implacable es aquí el gobierno de las leyes de Dios. En la tierra, en cambio, las puertas de las iglesias están abiertas de par en par y se puede cantar impunemente a Dios y al mismo tiempo odiar a Sus hijos. ¿No es una muestra horriblemente clara de la inconsciencia de las iglesias y sus seguidores?

Si las iglesias hubieran sido fundadas verdaderamente por Dios, conocerían su tarea mejor. Entonces no sería posible que se quedaran mudas cuando los gobernantes criminales llamaran a sus creyentes a las armas. Al gobernante que intentara justificar su propia guerra diciendo que actúa por orden de Dios y en interés de sus súbditos, le demostrarían lo contrario, con una sagrada indignación por semejante calumnia.

Prohibirían irrevocablemente a sus creyentes que tomaran las armas y en su cruzada contra la violencia se sabrían animadas por el fuego de Cristo.

Sabrían encontrar las palabras para mostrar bien a las claras a sus fieles que Dios no dicta un mandamiento para recompensarnos si ni nos molestamos por cumplirlo.

Darían a entender a sus creyentes con palabras enérgicas que Dios no solo espera de nosotros cánticos y oraciones, sino también hechos.

Él quiere que nos neguemos a matar aquello que forma parte de Su vida. Quiere que amemos Su vida en el único sentido de la palabra que lo abarca todo.

Todo esto es lo que las iglesias tendrían que hacer saber a la humanidad, y

así habría tranquilidad y paz en la tierra. Porque ¿qué sería de los gobernantes de la tierra si los creyentes se negaran a tomar las armas? ¿No hay en cada pueblo personas que creen en Dios y que procuran servirle? Los gobernantes ya podrían ir enterrando sus planes bélicos si los creyentes cerraran filas igual que el mal cierra filas.

Pero ahora, con la actitud cobarde, estúpida e inconsciente de las iglesias y de los creyentes, Dios tiene que experimentar que Su Vida es odiada y asesinada por quienes se llaman a sí mismos Sus Hijos elegidos. Por medio de ellos los delincuentes impíos, que se proclaman a sí mismos líderes de las naciones, pueden realizar sus horrendos objetivos diabólicos. Gracias a la colaboración de aquellos, en esta guerra hay miles de mujeres y niños que perecen en las llamas o que son despedazados. ¡Ni un solo creyente, ni un solo clérigo podrá negar eso!

Entonces ¿no va siendo poco a poco tiempo de que estos creyentes, estos “cristianos”, empiecen a reflexionar sobre el verdadero y único significado de los mandamientos de Dios? ¿No va siendo tiempo de que abandonen sus dogmas estúpidos y tan terribles con los que todavía intentan justificar la guerra y el asesinato a pesar de la orden clara e inequívoca de Dios de que “no matarás”? ¿No va siendo muy urgente que vayan cumpliendo Sus mandamientos al pie de la letra y aprendan a amar entera e ilimitadamente todo lo que vive?

Mientras me entran todos estos pensamientos papá y yo planeamos por encima de la tierra. Veo por debajo de nosotros ciudades y pueblos, carreteras y ríos, montañas y océanos. De tiempo en tiempo descendemos hasta las personas y leemos en sus vidas de los sentimientos y pensamientos. Así visitamos a todos los pueblos de la tierra y no necesitamos mucho tiempo para hacerlo. Pero por rápido que sea tengo suficiente tiempo para intuir a la masa y determinar cómo es su vida interior.

Es una amarga experiencia tener que constatar que todos los pueblos del mundo siguen mostrándose abiertos a la violencia. Todos siguen considerando que es necesario resolver sus diferencias, o supuestas diferencias, por las armas. Pero este tumor pestilente tiene que ser extirpado como sea, si no jamás habrá paz en la tierra. Aquí, sin embargo, papá me interrumpe los pensamientos. Me hace sentir que el tumor será extirpado. Esto está ocurriendo en esta guerra, por terrible que sea la operación y por mucho que el enfermo esté gimiendo y pida ayuda a gritos. Por esta guerra la masa está aprendiendo a inclinar la cabeza y que no tiene que seguir los demonios que la quieren llevar a su perdición.

Este viaje, que nos lleva por todo el mundo, me enseña muchas cosas. No viajamos solos, según veo: hay miles de almas haciendo lo mismo. Para ellos, igual que para nosotros, es una escuela mediante la cual conocen y compren-



den a los pueblos de la tierra y a sí mismas.

En estas almas está viva la felicidad, así lo siento, porque también está en mí. Planeo por el espacio, por el universo de Dios. Ese espacio me pertenece. Lo asimilé. Si hubiera matado en la tierra, si me hubiera mostrado abierto al odio, lo habría puesto en juego. Para el mundo habría sido entonces un héroe, un buen patriota, y me habrían premiado condecorándome con un trocito de hojalata, con un pedacito de tela. Pero Dios me dio Su cielo y tierra, Su espacio.

—Dios, ay, Dios mío, cómo te amo. Haré todo lo que pueda, no hace falta que papá me insista en que lo haga. Quiero trabajar para la humanidad, oh, Dios, y contarle que eres un Padre de Amor. Los seres humanos te rezan, te alaban cantando, pero no te conocen, ni siquiera tus intenciones, o no saben cómo guiar con ellas sus actos. Quieres que se amen, porque solo así podrá haber una paz duradera en la tierra, solo así dejarán de existir algún día los infiernos.

Ardo en deseo, Dios mío, de hablar a mis hermanos y hermanas, a Tus hijos, de Tu amor. Que mi palabra esté animada por el espíritu y posea la fuerza para hacerse audible a miles de personas (—concluí).

El plan de Dios es que nosotros, que somos Sus criaturas, chispas de Su fuego, volvamos algún día a Él. Pero esto solo es posible —hasta un niño puede entenderlo— si caminamos por el sendero del amor. El hombre se encuentra ahora ante la elección de seguir a Dios o a los demonios, el amor o el odio. No hay otra elección. Pero yo pregunto: ¿Puede ser difícil esa elección? ¿A dónde te lleva el odio, a dónde te conducen tus gobernantes terrenales que hicieron un pacto con los demonios de las capas inferiores de los infiernos?

Escucha sus caceroladas, escucha el terrible estrépito de sus botas. A la Madre Tierra le hace gemir. “Soldados, ¡en marcha!”, ordenan los superiores. “Hay que matar y destruir. ¡Dios y el derecho están del lado nuestro!”. Y allí llega una marea de hombres y muchachos, procedentes de todas partes y confesiones.

¿No es terrible?

Basta una sola orden de sus tenebrosos autócratas para que agarren las armas y siembren la muerte y la perdición entre sus hermanas y hermanos.

Pero ¿por qué? ¿Es que no sientes que ese es un comportamiento terriblemente malo de cara a tu Dios, el Creador de todo lo que vive? Quisiera pedírtelo una y otra vez ahora que estoy completamente inmerso en la violencia que hace temblar tu tierra. Son tan imperdonables los cuentos que te sacan de la manga los jefes de Estado. ¿Todavía no te parece abominable su vil comportamiento? ¿Es que no queda claro por todo lo que hacen que no los respaldan más que los diablos? ¿Esos son soberanos de amor? ¿O son agitadores consumidos por el odio y el ansia de poder que sacrifican tus bienes

y tu sangre en aras de la realización de sus propios deseos tenebrosos? Pero mira, por favor, cómo se desfogan a costa tuya. Se hacen grandes a través de ti, te exigen todo: tu esposa, hijo, familia, cuerpo y vida, siempre quieren más de ti, porque ¡su sed de poder, de tierras, de propiedades es insaciable! ¿No te dice nada esto?

Y aun así hay masas enteras que todavía los llevan en palmas y que los adulan. Se les da la posibilidad de imponer sus crueles planes demoniacos a costa de todo lo que te es sagrado como ser humano, como cristiano. Pero ¿eres tú precisamente quien lo permite! Te destruyen a ti y a los tuyos, porque ¿eres tú quien lo quiere!

Así que luego no te quejes de que se te venga encima la miseria que tú provocaste. No se quejen, feligreses, ahora que sus casas tiemblan sobre sus débiles cimientos. Al fin y al cabo, ¿por qué no se opusieron a ellos como un solo hombre? ¿Por qué eligieron y sirvieron a quienes son diabólicos, y por qué pisotearon a Dios y Su Sagrada Vida con sus actos?

Les exclamo: ¡Hay que despertar y abrir los ojos! Hay que juzgar sus actos, descender en su cruel interior y dilucidar si te conducen a Dios y el amor o al diablo. Hay que erradicar a esos autócratas y tiranos de entre la gente. No dejes que te usen de pretexto, porque chupan de ti hasta dejarte vacío, recorren el mundo por encima de tu espalda y te destruyen espiritual y físicamente.

¿Y tienen alguna meta que justifique que mates y destruyas? ¿Crees que has de defender tu patria? Pero ¡Dios no conoce ninguna patria!

¿Crees que has de defender a tu mujer e hijos? Pero entonces ¿dónde está tu confianza en Dios? ¿Cuántas veces le prometiste en tus oraciones una entrega completa a Su voluntad todopoderosa? Ahora es cuando puedes mostrarla. Y ¿qué haces? Prefieres violar Sus sagradas leyes. ¡Matas para intentar salvarlos para esta corta vida terrenal y así te sintonizas con los infiernos más bajos de todos!

En la tierra te dan una chapita por tus “actos heroicos”. Pero aquí, en la vida eterna, no se tiene respeto por ti, aquí tu interior estremece. Aquí no se conoce la compasión, según me hace sentir mi padre, y así me muestra la veracidad de las esferas.

En la tierra te honran como a un héroe, como un luchador por la patria y el pueblo, pero para esta vida eres, en cambio, una persona inconsciente, un demonio, que violó la vida de Dios. Eso es exactamente lo que quisiste, hiciste caso omiso de la oración amorosa de Dios, y entonces hay que tenerte compasión aquí? A ti, que tienes sangre de otros en las manos, ¿hay que franquearte *a ti* el paso a un cielo? Tu propio interior se elige una morada y dado que albergaba odio e instinto asesino esta solo podrá ser un infierno. Aquí las leyes hablan con una contundencia irrevocable.

Papá me lleva a las residencias de los gobernantes de los pueblos. Veo sus

oscuros corazones y oigo sus conversaciones. Me repugna la pestilencia que emana de su interior. Y estas personas, estos diablos ¿son quienes tienen que dirigir la vida de Dios? ¿Son ellos quienes tienen que encargarse de la seguridad y la paz de los pueblos, de su bienestar físico y espiritual? ¿Creen que Dios les confió Sus hijos y que respalda sus actos?

Los pueblos deberían poder escuchar las conversaciones que mantienen estos “líderes”. Durante años han estado enloqueciendo el mundo con su charlatanería sobre cómo querían hacer felices a sus compatriotas. Ahora el mundo sabe por fin en qué consiste esa felicidad. Ahora ve que lo único que pretendían estos líderes con sus actos era ponerlos al servicio de sus propios instintos bajos. En las conversaciones que se me concede escuchar hablan de su pueblo como si se tratara de bestias de carga, quieren dejarlo exangüe, quieren sacrificar todo lo que le es sagrado con tal de que sirva a sus crueles planes imperiosos. No desperdician oportunidad —los jefes y jefecillos— para proclamar que tu mujer e hijos serán protegidos mientras estés dispuesto a dar la vida por la patria. Pero a puertas cerradas sonrín con cinismo y mancillan a tu mujer e hijos.

¿Habrás visto! El imperio de los demonios es de una vileza obscena. ¿A qué tipo de conciencia pertenecen? ¿Ahora sabrías decirlo? Los demonios se desfogan en ellos. Se atavían con cruces. Pero estas cruces están manchadas de sangre; chorrean de tal modo que Dios se aparta. ¿Es que Él tiene que ayudar a esta especie? ¿Tiene que ayudar a los cristianos, abrir Sus cielos a quienes les hicieron posible a estos demonios que jugaran allí su juego asqueroso?

¿A los cristianos que a la primera orden tomaron las armas para abalanzarse sobre sus hermanos en lugar de negarse, conscientes del mandamiento de Dios, a prestarse a matar y destruir, que era el acto que estaban deseando Dios y Cristo?

¿A los cristianos que renegaron de su Creador al matar, que pisotearon Sus sagrados mandamientos y que así volvieron a clavar a Cristo en la cruz de los dolores, una y otra vez?

¿Tiene que ayudarlos a ellos precisamente?

Encontrarán su lugar, junto a sus dirigentes, en los infiernos más bajos, y allí se convertirán en las víctimas desgraciadas de los demonios, que los dejarán vacíos y abiertos en canal; tendrán que expiar sus pecados hasta que hayan enmendado toda vida que liquidaron. Y solo cuando sepan bien que han de seguir a Dios y no al diablo, el amor y no el odio, solo cuando comprendan de verdad lo que significa entregarse *enteramente* por Dios y Su Sagrada Vida y ofrecerse por completo a Él, ¡solo entonces podrán llamarse verdaderamente cristianos!

Dios, como un Padre sabio, ahora no interviene. Tiene que establecerse

una unión entre los pueblos, tiene que empezar a haber lazos de amor que los vinculen, la lealtad tiene que hacer superfluas las armas, el altruismo tiene que sustituir la sed de poder y la avaricia.

Tiene que empezar a haber comprensión y respeto entre los pueblos, solo entonces reinará la paz y la serenidad en la tierra. Esta es la voluntad de Dios.

Es una dura y terrible escuela que la humanidad se impone a sí misma para llegar a esa unión. Si Dios interviniera ahora esto no redundaría en beneficio de los pueblos, al contrario. Del dolor y la pena que la humanidad está padeciendo ahora nacerá un nuevo mundo que solo podrá tener un nombre; a saber: ¡el Reino de Dios!

Habrà poca gente, sin embargo, que estando rodeada del estruendo de la violencia que hace temblar al mundo pueda creer en este nacimiento. Y sin embargo, cada uno tendrá que aceptar esto. Así de avanzada está ahora la evolución de la humanidad. El mal está en minoría en tu mundo. Son más los que tienen una buena predisposición espiritual. Estos recorrerán a trompicones el camino, purificados por el dolor y animados por la sagrada voluntad de edificar ahora el mundo de forma espiritualmente inmaculada.

El fragor de los combates aún no ha enmudecido, aún reinan la muerte y la destrucción, pero no tardará en hacerse el silencio en tu tierra. Entonces la furia del mal se habrá extinguido y podrán hacerse oír las personas que hablan de amor y concordia.

Así, y no de otra forma, reza el plan de Dios; los pueblos serán uno y los unirá el amor.

A ti, ser humano de la tierra, la tarea de asimilar esa unión, ese amor. Los maestros del otro lado te ayudarán. Ha comenzado el Siglo de Cristo. Medita sobre lo que eso significa. Vive conforme a Su elevado ejemplo glorioso y serás un apóstol que Él contemplará complacido.

Despierta, ser humano de la tierra, despierta ante tu Dios. ¡Jamás te engaña!

## Conozco los infiernos

Durante nuestro viaje por la tierra no nos saltamos ni un solo pueblo, y sin embargo, cuando volvimos a nuestro punto de partida en Róterdam solo habían pasado escasos días midiéndolos con el tiempo terrenal. Papa me dijo entonces que ahora podíamos empezar a abandonar la tierra. Lo que tenía que vivir allí lo había vivido. Aunque tenía muchas ganas de saber dónde vivían ahora Annie y mi hija Liesje, sí se me hizo duro tener que desprenderme de la tierra. La esfera de la tierra me retenía, pero tenía que seguir. ¿Por qué no podía soltarme de la tierra y del caos que reinaba allí?

Esta fue la razón, hermanas y hermanos míos: se me hacía horrible tener que irme ahora de la tierra, donde sabía que estaban ustedes, en medio de los problemas más horrorosos. Este sentimiento que albergo también lo tienen millones de personas más que están en la vida eterna, porque todos nosotros tenemos que ver con ustedes. Hay miles de lazos que nos vinculan a ustedes; ¿es entonces de extrañarse que sea difícil dejarlos atrás? ¿Es de extrañarse que una y otra vez quisiéramos insistirles en que ya no cometan más estupideces, en que no pongan en peligro su vida eterna violando las leyes de Dios?

Nuestra vida aquí es celestial, rica, grandiosa y natural. Así que trabajen en ustedes mismos para que pronto puedan entrar también aquí. Hagan el bien, no odien ni tampoco disparen a la vida de Dios, porque así se entregarán ustedes mismos a los demonios del infierno, luego los dejarán vacíos y buscarán destruirlos si pueden. Sintonicen con el bien. Buscando el mal cavarán su propia tumba. Ustedes mismos echarán la argamasa para el muro que los mantendrá presos. No sirve que griten lo angustiados que están. Nadie los oírán ni podrá ayudarlos.

Dios les dio la vida y la muerte: la vida para que fueran capaces de acumular experiencias y crecer espiritualmente; la muerte, para hacerlos entrar en la vida eterna.

¡Luchen sin cesar contra sus rasgos malos que quisieran hacerles sintonizar con los infiernos; trabajen en su interior para que luego su entrada se produzca en una de las esferas celestiales de nuestro lado!

Mi deseo de hacer algo por la humanidad jamás fue más grande que ahora que estoy a punto de dejar la tierra. Siento que podría servir a la humanidad, en la condición de Jack, y papá me dice ahora que esto es posible. En unos cien años, quizá, volveré a estar en la tierra y ¡nazca entre los alemanes! Siendo parte de ese pueblo se me dará una tarea y me uniré a ese núcleo de sabios y artistas que harán todo lo posible para inculcar a su gente pensamientos mejores y más nobles, y elevarla espiritualmente.

Ahora le digo a mi padre que deseo abandonar la tierra y que estoy dispuesto a seguirlo a donde vaya. Quizá le pregunte si ahora también hay una posibilidad de llevarme a mi mujer y a Liesje.

Nos alejamos de la tierra planeando. Ella se fue difuminando y finalmente se disolvió por completo. Lo mismo fue ocurriendo con las estrellas y los planetas. Se me fue haciendo visible un nuevo mundo.

—De modo que este es nuestro mundo, el mundo astral —me hace sentir papá— y aun así reinan aquí las tinieblas. Te llevaré a los infiernos más bajos y te mostraré dónde viven ahora todos esos salvajes y destructores terrenales. Tienes que conocer su estado. También verás a Annie en nuestro viaje, y a otros que murieron en la tierra y que aquí aún no han podido reencontrarse a sí mismos.

Comprendía el estado de estos últimos; yo también había tenido que conocerme antes de que empezara a haber orden en mi interior. Y todavía me quedaba mucho por conocer antes de tener una imagen de mí mismo.

Había una oscuridad absoluta aquí, pero aun así podía ver y percibir. Ya conocía estas tinieblas de la Línea Grebbe. Allí vi dos tipos de tinieblas: unas pertenecían a la tierra, donde se conocían como la noche, y las otras, en las que vivía yo ahora, eran las tinieblas astrales.

Es en estas últimas donde viven los diablos. Papá me dice que todavía no hemos abandonado la esfera de la tierra. Estos mundos infernales son parte de la tierra, ofrecen un lugar a quienes maldicen a Dios y destruyen Su Vida allí donde puedan. Aquí primero tienen que sosegar y después puede comenzar su edificación espiritual.

Es en este mundo vacío donde voy a percibir. Veo con nitidez y claridad que en estas tinieblas viven personas, y no puede ser de otra forma: su carácter entero me dice que son estos los seres a quienes vi afanados en los días de la guerra mientras daban rienda suelta a sus sentimientos demoniacos. Papá me lo confirma.

Ahora estamos entre estos seres. La tierra está muy alejada de nosotros, tardamos mucho en llegar aquí. Ahora sé que, aunque los infiernos formen parte del espacio material, estos mundos sí están separados unos de otros y pueden distinguirse entre ellos.

Cuanto más profundamente penetramos en la vida de aquí, tanto más nítidamente se puede percibir esta. Así que aquí viven ahora todos esos malhechores, que con el estruendo de sus botas y sus fanfarrias despertaron el infierno y el diablo, atrayéndolos a la tierra. Les sonó a perlas esta música de hojalata, pero con ella vuelven a dilatar una vez más su sintonización. Esa música de cazos y cazuelas no le interesaría a nadie en las esferas de la luz. Los berridos pertenecen a los infiernos, al estruendo de sus botas.

Mientras permanezco en su mundo me siento desahogado y miserable. Este

es el sentimiento que vive en estos desgraciados, tan animalizados como están por dentro. Van reptando por sus tinieblas; otros, exánimes, están tirados por el suelo. Cuando los observo puedo seguirlos con nitidez en sus quehaceres, se hacen visibles por medio de mi concentración. Si fijo la atención en otros, entonces se disuelve su vida. Es así de intensa la oscuridad aquí. Cuando pregunto a papá si este de verdad es el infierno más bajo de todos, el más profundo, me dice que sí.

Aquí no veo fuego. ¡Gracias a Dios! Lo que sí corroe esas almas yacientes y reptantes que transgredieron las leyes de Dios es el fuego de sus propias pasiones. En la vida terrenal buscaron el libertinaje y la vileza, aquí encuentran miseria y porquería.

La pestilencia en la que viven los atormenta. Es la pestilencia que emana de su propio interior. No encuentro palabras que puedan reflejar este horroroso olor. Es peor que la fetidez repugnante que despiden un cadáver en descomposición. No conozco ningún nombre para esta violencia astral. Solo me sintonicé con ella durante unos instantes; si no lo hago no noto nada del hedor.

Y en este horror vive gente que no puede evadirlo mientras no vaya disipándose la corrupción de su interior. Este es el infierno más bajo y a medida que vamos subiendo cambia la vida y disminuye el horror. Pero en todos los infiernos reinan las tinieblas.

Lloro hasta quedarme vacío ahora que veo toda su miseria. Papá me hace sentir que ni en cien años me sería posible comprender esta vida y que esa tampoco es la intención ahora, porque hemos de seguir. Solo me quiere mostrar que los infiernos no atan las almas eternamente y que tampoco las desbaratan mediante las llamas. ¡Quiere darme la prueba de que el clero de la tierra dice disparates!

El infierno no es eterno y allí no arde ningún fuego. Dios simplemente no puede, dijo una vez Angélica, condenar para la eternidad a Sus hijos, Su propia vida, y ahora veo en esa realidad.

¿No es terrible que los sacerdotes de la tierra infundan miedo y pánico a las almas creyentes con estas falsedades, que no son más que blasfemias? Quieren informar a la humanidad sobre Dios y Sus asuntos sagrados, y mientras tanto dicen las mayores tonterías sin disponer ni por asomo de pruebas, apelando a la infalibilidad de su iglesia.

“¡Dios es amor!”, exclaman y dicen a renglón seguido: “Pero a quien peca ¡Él lo condena a arder en el fuego eterno!”. ¿Qué clase de conciencia es esa que se contradice de tal manera? Su idea del Ser de Dios es tan diminuta y pobre, que cada vez más laicos se van apartando de ellos. Su fe en Dios y Cristo, su sentimiento, les dice que su Creador es más divino y amoroso de lo que podría deducirse de las ideas contradictorias de esas iglesias en la tierra. Estas almas ya no quieren aceptar las visiones apollilladas sobre un infierno

que haga arder para la eternidad la vida del alma, ni sobre un Dios al que, por permitir algo así, de todas formas no se puede considerar otra cosa que un ser humano capaz de odiar.

También en este aspecto la humanidad está ante el despertar. Las iglesias ya perdieron incontables creyentes por predicar estas ideas monstruosas que rebajan y encubren el verdadero Ser de Dios. Un Dios que es Amor no puede condenar. Todos Sus hijos que violan Sus leyes y que así se sintonizan con las esferas de los infiernos obtienen, en cambio, de Él su oportunidad para asimilar una existencia más elevada. Nadie, ni un alma en el espacio, se echa a perder o siquiera puede echarse a perder. Dios no lo quiere, porque toda Su vida tiene que regresar a Él.

¿No combina esta idea mejor con un Dios de Amor que la visión de que Él podría estar contemplando tranquilamente desde Su mundo cómo una parte de Sus Criaturas estaría ardiendo eternamente en los infiernos por pecados cometidos por ellos —cierto, por voluntad propia— antes que darles la posibilidad de que se dieran cuenta de sus errores y de que se abrieran un cielo después de haber transformado sus rasgos malos en buenos?

La iglesia, obligada por la ciencia, ya ha tenido que renunciar en tantos aspectos a doctrinas por ser erróneas: también tendrá que hacerlo con sus ideas relativas al eterno infierno.

Hasta ahora ha sido desdeñosa con todas las ideas que contradigan las suyas y muestra un burdo rechazo hacia ellas. Pero algún día esto cambiará. Ahora que ha empezado el Siglo de Cristo y que está abierta la conciencia de la humanidad para el conocimiento de las leyes inmaculadas y naturales de Dios, el otro lado por fin podrá pronunciar la palabra redentora.

Ahora ha llegado la humanidad al punto en que se le pueden explicar las leyes de Dios. El otro lado ha tenido que esperar este momento. Pero ahora no permitirá que ninguna iglesia le impida hacer al hombre consciente de Dios, de la vida y del más allá.

“El otro lado”, dice la iglesia con desdén.

Sí, responden los maestros de la vida después de la muerte. Dios nos dio la tarea de contar a Sus hijos las experiencias que se nos concedió adquirir en Su espacio después de nuestra muerte material.

Harán caer una lluvia de pruebas, según me hace sentir papá, porque ahora ha llegado el momento. En el instante preciso. Estas pruebas y la inmaculada naturalidad de la sabiduría que ha de ser revelada harán enmudecer incluso a quienes creen que hacen un favor a Dios y Sus hijos tachando todo lo que viene de nuestro lado como obra del diablo.

Las iglesias quieren retener a sus feligreses, atarlos a ellas, y lo hacen con cada vez más fanatismo a medida que crece el número de quienes se apartan de ellas y de quienes intentan encontrar por otras vías el verdadero Ser de



Dios. Son horribles las amenazas que padece todo aquel que dude de lo que las iglesias le dicen que crea, todo aquel que piense por su cuenta y reniegue. Hacen campañas especialmente virulentas contra quienes se dedican a los fenómenos ocultos, y que creen en estos. Dios te amenaza con Sus castigos eternos, dicen, si concedes valor a las manifestaciones espirituales. Así intentan infundir miedo a sus creyentes y atarlos a ellas. De poco les sirve: las innumerables pruebas científicas que se han ofrecido sobre la pervivencia después de la muerte ya han podido convencer a millones de personas. Por cierto: las iglesias ya han revisado en parte su posición, bajo presión de estas pruebas y por el creciente número de apóstatas resultante de ellas. Han dejado de descalificar, sin excepción, todos los fenómenos ocultos como engaño y fantasía, pero ahora intentan explicar todo eso de otra manera.

Yo mismo leí en la tierra muchos de los libros en los que reflejaban sus pensamientos, y siempre me volvía a llamar la atención lo confusas que eran sus explicaciones. La iglesia católica por fin admite ahora que el alma de una persona fallecida puede llegar a manifestarse a seres terrenales. Pero rechaza que toda alma sea capaz de eso, o al menos: dice que no le está permitido a cualquier alma. Solo es posible que ocurra con el permiso de Dios. Así la iglesia se reserva la libertad de juzgar los fenómenos. Si le conviene, entonces se trata de un alma que con el beneplácito de Dios se da a conocer a la tierra, y en todos los demás casos ¡es obra del diablo!

En ninguno de todos esos libros existe una investigación imparcial impulsada por la sagrada voluntad de llegar a conocer y comprender a fondo los fenómenos ocultos. Y la causa es bastante obvia. Si los doctores de la iglesia ya han hecho lo que tantos científicos, tendrían que abandonar o revisar sustancialmente la mayor parte de su doctrina eclesíástica que han estado predicando fanáticamente a lo largo de los siglos como si fuera “infalible”.

Entonces las iglesias tendrían que reconocer ante ustedes que a lo largo de los siglos han estado ofreciendo una imagen completamente equivocada de Dios y Sus sagradas leyes, ¿y crees que esto lo reconocerán dada la influencia sobre la masa que aún les resta? De modo que prefieren ridiculizar los fenómenos ocultos, ignorarlos o desacreditarlos.

Sin duda, dice papá, que mucho de lo que se presenta como un fenómeno oculto veraz corresponde a un engaño consciente; también en este ámbito los charlatanes hacen su agosto y los estafadores violan los asuntos más sagrados: las iglesias y sus sabios tienen pleno derecho a sacar a la luz estas prácticas escandalosas.

Pero ¡por lo menos tan escandaloso como la actuación de estos estafadores es el método de las iglesias de negar, tergiversar o aniquilar también los fenómenos puros, inmaculadamente espirituales que la ciencia atribuye a una intromisión sobrenatural!

Aun así, las verdades divinas que se manifiestan por medio de estos fenómenos también alcanzarán y convencerán la humanidad. Y no hay iglesia o sabio que pueda impedirlo.

Papá me dice que luego se me pondrán los ojos como platos cuando al tomar luego posesión de mi cielo me encuentre con millones de católicos y protestantes; y estos, según dice, han tenido que vivir aquí en el mundo astral que los sacerdotes protestantes y católicos de sus respectivas religiones les contaran mentiras. No hay palabras para describir lo terrible que fue su decepción. Y primero tuvieron que liberarse de todas esas ideas erróneas que les habían sido instiladas antes de poder comenzar a asimilar un cielo.

¿No crees, lector, que todas esas almas están deseosas de liberar a sus seres queridos en la tierra de las majaderías que les hacen creer las iglesias? Todas anhelan eliminar el veneno que el clero de la tierra inyecta en los corazones de sus seres queridos. Todas esas sandeces denigrantes y fantasmagóricas sobre la eterna condenación, sobre el proceso del fuego eterno, deben ser extirpadas. Ya han causado desde hace demasiado tiempo miedo y temblores a la humanidad, estremecimientos a los creyentes que procuraban servir a Dios.

Créeme que con mis palabras no quiero herir a ningún sacerdote —católico o protestante— ni a ningún feligrés. Porque así mancillaría mi cielo y me blindaría a las esferas de luz. Pero es mi deseo de hacerte entrar en la veracidad de la vida de Dios lo que me hace hablar tan acerbamente. Sé que me anima el espíritu de millones de personas que te siguen desde este lado, que te aman y que procuran convencerte.

Te pedimos que te liberes de todas esas doctrinas inconscientes, esos conceptos desfasados desde hace tiempo, que te alejan mucho de Dios y Cristo, y que mejor te abras a la sabiduría que el otro lado te quiere revelar de muchos modos; la sabiduría es aquella en la que los ángeles más elevados se hicieron conscientes de este lado.

Papá me condujo a los infiernos, no para que respondiera a los horrores de la vida allí —aunque sí quiero conocerlos más tarde—, sino para ver en las tinieblas de aquí la luminosa luz de una sagrada verdad: en el espacio de Dios no hay un eterno infierno, no hay fuego.

Medítalo, por favor, creyente de la tierra: *No existe una condenación eterna. Ni una sola alma se echa a perder, cada una regresa a su Creador.*

Dios quiere que conozcamos Sus Leyes, Su creación. El camino hasta Él es largo, pero no hay ni un alma que no llegue hasta allí. Vamos, reflexiona sobre esto; anda, deja que el imponente significado de esto vaya incidiendo en ti y después agrádecele a Dios Sus muestras de amor, porque Dios es amor, Su Sabiduría no conoce fin, todas Sus leyes son de una profundidad insondable.

Las iglesias hacen que sus creyentes se estremezcan ante el proceso de morir, porque puede internarlos en el infierno eterno. Te meten miedo hacia

tu Creador y le atribuyen a Él, que es todo amor, el más cruel de todos los castigos: una tortura eterna —imagínatela— en un infierno en llamas. Y todo eso sin la más mínima prueba —¡créetelo y punto!—, e invocan declaraciones que se han ido deformando con los siglos hasta quedar irreconocibles.

Qué responsabilidad tan horrible se han echado las iglesias sobre sus propias espaldas, ¿cómo lo enmendarán de cara al Dios de todo lo que vive? ¿Se atrevería un solo sacerdote —católico o protestante— a imaginarse su situación cuando tenga que experimentar que, día tras día y de todas las maneras imaginables, ha estado vejando y calumniando al Dios al que pensaba estar sirviendo, presentándolo a Él, que es una fuente de amor, como un Dios de condenación. Y sin embargo, algún día, cuando entre aquí, tendrá que aceptar esta terrible verdad. La propia vida lo convencerá allí de cómo está organizado en esencia el universo de Dios. Y entonces inclinarán la cabeza y se sentirán felices por poder exclamar: “¡Verdaderamente, Dios es amor y no hay lugar para la condenación en Su mundo!”.

Son horribles las situaciones que papá me muestra en los infiernos, y sin embargo no me vuelve a entrar la tristeza de hace un rato. Sé que no se echa a perder ni uno solo de estos desgraciados: también para ellos nuestro Creador tiene preparada una morada en Sus cielos cuando hayan recapitado.

El lugar a donde me lleva papá ahora se llama la tierra del odio. El nombre ya indica qué almas moran aquí. Tienen pendiente aprender lo que significa amar. A ese fin tienen que desprenderse del odio que los mantiene presos aquí. Y de nuevo, tampoco aquí hay fuego; la tierra es fría y árida, porque donde falta el amor no puede medrar el verdor. Tampoco es que estén tan mal, dicen aquí los demonios: viven, se divierten, hasta pueden ir a la tierra, si lo quieren, para disfrutar de todo lo que allí los atraiga.

Pasión y violencia: es lo único que buscan todavía. Veo sus vidas, e igual que Dante vivo ahora los infiernos en la vida después de la muerte. Igual que Dante, jamás pude pensar que alguna vez viviría esto. Un día leí su caracterización, observé las ilustraciones dibujadas por Doré que la acompañaban. Y ahora experimento que muchas de las cosas que representaban se corresponden con la realidad. Muchas, pero de ninguna manera todas. Tampoco puede describirse o representarse toda la realidad, según me hace sentir papá.

Dante visitó los infiernos y los cielos con su ángel de la guarda: nuestro instrumento lo hizo con su maestro y yo ahora con mi padre. Qué agradecido le estoy a Dios por que se me haya concedido esto. Hay millones de personas que pueblan los infiernos. Todos esos seres naufragaron por sus actos equivocados en la tierra. Aquí el odio vive junto al odio. Aquí, un ladrón busca al otro ladrón, un asesino al otro asesino. Su irradiación es diabólica. Quiero conocer sus vidas más tarde. Aquí están representados todos los grados del mal. Aquí puedo explorar a fondo la vida del alma, en todos sus matices.

Dios me brinda esa posibilidad porque asimilé un cielo. Junto a mí habrá miles de espíritus que descenderán en los infiernos para seguir un estudio, y que así se preparan para una concienciación más elevada.

Pero de momento abandonaremos estos lugares del horror. Ha llegado el momento, dice papá, de ponerme en comunicación con Annie, mi esposa.

Lanzo una última mirada hacia atrás. Quiero trabajar y servir, según me entra, todos estos infelices deben despertar. También ellos son chispas de Dios, pero tienen que asimilar el amor para que puedan entrar en un cielo. También el hombre de la tierra tiene que asimilarlo.

Quiero entregar todo lo que tenga a mi alcance para abrir los ojos y los corazones de la humanidad a las sagradas leyes de Dios. Para que también pueda prestar algún día testimonio ante mi Divino Padre: yo contribuí a que se disolvieran los infiernos.

## Un encuentro en la tierra crepuscular

Dejamos la tierra del odio. El azabache negro de las tinieblas fue transformándose poco a poco en una niebla gris. Por eso la esfera a la que entramos ahora se llama “Tierra crepuscular”. Aquí la naturaleza es menos agreste y terrible que en la tierra del odio.

A medida que avancemos, dice papá, la niebla irá disipándose, la naturaleza irá cambiando e irá apareciendo vegetación. Quienes viven aquí se han desprendido de las tinieblas. La vida del alma ya posee algo de sentimiento. Aquí la gente suele haber entrado directamente desde la tierra. Muchas personas conocían a Dios, le rezaban a Él, aunque no vivían conforme a Sus leyes. En sus almas aún vive la mentira y el engaño, el deseo de poseer cosas. Y aunque sean incapaces de asesinar, aún no se desprendieron de sus leves sentimientos de odio. Pero también hay quienes entran aquí desde la tierra del odio; por eso, la tierra crepuscular está conectada con aquella, como ya se ha dicho. Es comprensible que quienes se desprendieron de esas tinieblas no sean capaces, así como así, de sintonizar de inmediato con la luz. Eso es algo que aquí compensa la esfera, donde las tinieblas se transforman lentamente en una luz crepuscular.

—Ya ves, Theo —comenta papá— la forma tan natural en que aquí se cumplen las leyes también en este aspecto.

A lo lejos vemos seres humanos. Me decido por seguirlos. Siento curiosidad por cómo viven, piensan y sienten. Veo algunos que están encogidos, solos, en hoyos. Normalmente, no salen de allí, por el momento, me dice papá. Son las almas que por fin se desprendieron de la violencia de las esferas tenebrosas. Quienes llegan aquí desde la tierra han avanzado más. Se buscan entre ellos y se construyen casas grandes, como en la tierra.

Esto último apenas me lo puedo creer, y aun así he de aceptar también esta realidad.

Mira los habitantes de esta esfera: son terrenales en todo lo que hacen. Sus moradas son como en la tierra, su ropa es terrenal.

¿Tan incomprensible es esto? Aún están completamente sintonizados con la esfera de la tierra, todavía no conocen otro mundo, y la consecuencia es que parece que, impulsados por sus deseos sintonizados con la tierra, recrean aquí la vida terrenal. Lo mucho que siguen sintiendo y pensando de forma terrenal me lo demuestra el sermón que oigo pronunciar a un pastor protestante en un corralito. Vestido con traje negro les implora que por favor piensen en la salvación de su alma. Porque Dios, según exclama, golpeará duramente a quienes pequen: les esperará el eterno fuego del infierno.

Él, y muchos más con él, ¿ni siquiera saben que murieron para la tierra y que ahora permanecen al otro lado de la tumba! Siguen sin poder liberarse de su manera de pensar y sentir terrenal. Hay que darles las pruebas de que han entrado a una nueva vida. Solo cuando se les acerca un ser querido, un pariente o amigo del que saben que murió en la tierra antes que ellos, puede darse que se dejen convencer. Y muchos no están dispuestos ni siquiera entonces a aceptar la ayuda espiritual que se les ofrece. Muchos la rechazan con empecinamiento. Con lo vinculados que están a la tierra, no albergan deseos por una vida espiritual más elevada.

También lo pasan muy mal los feligreses que creían poder disfrutar de su Señor después de morir y que se les concedía sentarse a Sus pies. Pero en este mundo no se encuentran con Dios, aunque tampoco están en el infierno, porque no observan ni rastro de fuego. Y ¿ahora qué?, se preguntan. Se sienten engañados por sus sacerdotes protestantes y católicos. Pero ¿es que realmente están muertos?, se preguntan entonces. Pues casi es imposible, aquí hay casas como en la tierra y ¿no llevaban esta ropa también allí?

En ningún sentido están preparados para la vida eterna a la que entraron.

—Aquí el pobre vive junto al rico, el intelectual junto al obrero, el creyente junto al que no lo es —dice papá—. Todos ellos están vinculados a esta tierra árida y pelada debido a que aún no vive en ellos el amor, que les puede hacer eclosionar un paraíso. Carecen de cualquier posesión espiritual y por eso son inalcanzables para una conciencia superior. Pero apenas empieza a despertarse algo en ellos o se apresuran hacia allí espíritus serviciales, hermanas y hermanos que quieren entregarse por completo por ellos. Hacen todo lo posible por guiar a estas almas, para inculcarles una vida más elevada (—dijo).

Presto atención a un grupito de personas que están hablando. Su conversación es completamente terrenal. No poseen amor. Solo sienten algo hacia ellos mismos; no les sobra ni un solo pensamiento cálido hacia la otra vida. Son pequeños y estrechos de espíritu en su pensar y sentir. Empiezo a intuir su mentalidad y me asalta el miedo. Estas almas son como era mi mujer. ¿Será aquí donde me reencuentre con ella? No me atrevo a preguntárselo a papá y prefiero esperar a que él me conecte con ella.

Me llama la atención que aquí no hay niños por ninguna parte.

—No, de este lado los niños viven en otra esfera, una más elevada —dice papá. Cuando le pregunto dónde vive Liesje me responde que para visitarla también tenemos que elevarnos más.

Aún caminamos un poco más por la tierra crepuscular. Con la ayuda de papá me sintonizo con las personas y así puedo determinar su nacionalidad. Aquí están todas. Papá me dice que luego tendré la oportunidad de seguir también las vidas de estas almas y de analizarlas. El sentimiento del que ya fui presa antes me vuelve a asaltar: cuántas cosas he de aprender aún, aquí

viven tantos milagros, hay tantas leyes que piden ser meditadas a fondo. Y primero he de conocer el otro lado si quiero poder hacer algo yo mismo.

Ahora que estoy aquí me siento por completo como Theo. Debido a que este tiene cosas que vivir aquí, Jack ha tenido que retirarse. Más tarde volverá a ocupar el primer plano y podrá empezar sus investigaciones. Toda esta experiencia de dos diferentes grados de conciencia va como por sí solo. Tengo que aprender mucho todavía, cierto, pero albergo la conciencia de que estoy vivo, de que formo parte de la creación de Dios, el espacio me pertenece, se me concede moverme, servir, experimentar, voy creciendo. Cuánto me gustaría ofrecer esta conciencia de lo eterno a estos pobres diablos que están escondidos aquí, que deambulan como perdidos, como si aún estuvieran plenamente en la vida terrenal.

Son psicópatas, dice papá, y tiene razón. Están al otro lado de la tumba pero no lo saben. Por eso viven en un mundo irreal. En la vida del espíritu llevan consigo su ropa terrenal, sus joyas. Ya te lo dije: en esta vida tu deseo crea. De este modo son capaces incluso de poblar su esfera ¡con seres que aún viven en la tierra! Hablan y ven a sus parientes, a sus amigos que dejaron en la tierra, y en este estadio nadie podría convencerlos de que estos no están aquí...

Se me anegan los ojos de lágrimas cuando veo cómo se comportan estos pobres diablos, que en el fondo no actúan de otra forma que tus deficientes mentales. Con cuánta claridad empiezo a entender su estado y la esfera que los vincula.

Ahora papá vuelve a reclamarme. Me toma del brazo y dice:

—Escucha bien ahora, Theo. Voy a conectarte con Annie. Vive aquí y su madre está con ella, lo cual la consuela. Te pido que te domines bien cuando haya llegado el momento. Aquí vive tu esposa, está sentada, pensando. Aún no es posible que hables con ella. Eso solo será posible más tarde. Te pido esto: ten respeto por estas vidas. Lo tienes en tu interior, pero aun así he de decírtelo. Muestra ese respeto dominándote por completo. Demasiado fervor, aquí demasiado sentimiento solo puede ser perjudicial. Ahora me conectaré con ella.

Sigo a papá y me siento agitado. Así que ahora la veré. Allá, escondidas entre algunos arbustos, veo a unas cuantas personas. Mi sentimiento me dice que allí encontraré a Annie. De hecho, papá va hacia allá y un instante después me encuentro ante quien fue mi esposa en la tierra.

Ahora no puedo pensar. Este momento es increíble. Allí está Annie, sentada, con la cabeza entre las manos. ¿En qué estará pensando? La sigo. Me doy cuenta de que no piensa; sus pensamientos sí revolotean de un lado para otro. Aún no puede pensar de verdad. Su alma está vacía; pobre, pobre Annie. Está sola, pero ahora veo que se acerca su madre. También ella lleva su vestido

terrenal. Nada ha llegado a cambiar. Miro a papá. Entonces oigo decir a la madre de Annie:

—No paran de querer hacerme creer que hemos muerto en la tierra. Ese tipo de hace un rato hablaba exactamente como ese bonito marido tuyo. Son blasfemias. Le he dejado bien claro que no me va ese rollo diabólico, que ya nos lo contagiaron en otra ocasión. Esto lo ha hecho ese marido tuyo, es él quien nos envía esos diablos (—terminó).

Las palabras me conmocionan. Cielos, ¿es que esa gente sigue sin aprender nada? ¿No creen que han muerto para la tierra? ¿Siguen odiándome tanto? ¿Será entonces que de verdad no los podré ayudar ni convencer? Pero ahora estamos todos en este lado, ¿no? Tiene que ser posible salvar ese abismo, ¿no? Y ¿si hiciera que me vieran? ¿No llegarían entonces a la aceptación?

Papá me aclara que solo se asustarían y que se marcharían corriendo. Crearían estar viendo un diablo, porque todavía no saben que están de este lado. A estas almas no se las puede ayudar ni un solo segundo, solo se quedarían muy conmocionadas.

—Su madre obtuvo esa sabiduría de un hermano de este lado. Con cuidado, poco a poco, les instila que están en la vida después de la muerte. Aquí nada ocurre sin pensarlo antes, ni precipitadamente. Aún piensa ella que le habla un diablo. Tienes que esperar. Aquí no puedes hacer nada por ellas, si quieres saber lo que pienso, tendremos que esperar hasta que empiece a haber vida en ellas (—concluyó).

Aquí es donde se encuentra mi esposa, en una esfera brumosa. Intenta pensar, pero es incapaz de hacerlo. Todavía no sabe dónde estoy yo o dónde está su hija. No encuentro en ella pensamientos sobre nosotros. La sacudida —así empiezo a intuirlo ahora— con que salieron despedidas de sus cuerpos las ha dejada aturcidas. Ahora no tienen conciencia de cómo es su vida. Y dado que no albergan amor su interior es vacío. Ese vacío es la causa de que no puedan pensar. Las mantiene presas, y será tanto tiempo como hasta que empiecen a sentir que sí están en algún sitio. Porque ahora en el fondo no viven en ninguna parte, ni en la tierra ni en las esferas. No tienen sintonización con ninguna esfera existente.

Por todas partes veo espíritus del amor que están trabajando. También siguen a mi mujer y a su madre. Están esperando a que se disuelva su aturdimiento. Entonces se sentirán terrenales. Y en esos sentimientos podrán ser alcanzadas por aquellos.

Mientras estaba meditando de esta manera dejé de prestar atención a papá por unos instantes. Ahora vivo un poderoso milagro. Papá se ha disuelto a mi lado. Y allí lo veo de pronto acercándose a madre e hija. A mí no se me puede ver, dado que la esfera con la que estoy sintonizado es invisible para ellas. Papá sabe que estoy conectado con él, por lo que lo puedo seguir.



Ahora se acerca a las dos mujeres y se dirige a ellas. Puedo entenderlo con nitidez.

—¿Sabían que han muerto en la tierra? —les pregunta. No le hacen ni caso. Papá no desiste:— No tienen que temer nada. ¿Me permiten convencerlas? —pregunta.

Las mujeres lo ignoran. Estoy temblando, me late el corazón en la garganta. ¿Es que no sienten nada entonces? ¿No oyen a papá? Este continúa, sin perturbarse:

—¿Me permiten que las ayude? ¿No fue destruida Róterdam, su ciudad? Pobre ciudad. ¿Quieren que las lleve a la tierra y que les muestre que murieron allí?

No le responden, ni siquiera se inmutan ante la palabra Róterdam. Papá da un paso más y percibo que quiere convencerme de que aún no saben pensar.

—¿Quieren que vaya a por Theo?

Me asusto tanto al oír estas palabras que ya no puedo contenerme. Papá lo siente y me hace saber como un rayo que tengo que dominarme. Me esfuerzo mucho y logro recuperar la calma.

La muerte, Róterdam, Theo, no les dice nada. Y es que no puede decirles nada, primero tienen que despertar y serenarse. El aturdimiento aún sigue, solo cuando se disuelva resucitarán y empezarán a sentirse como en la tierra. Papá, como para convencerme aún más de esto, les dice entonces:

—¿Quieren que les traiga libros, para que puedan leer sobre la vida después de la muerte?

Me quedo muy sorprendido al ver que esas palabras las hacen reaccionar: se incorporan de un salto y se van corriendo. También lanzan insultos. Dicen que papá es un poseído.

Son psicópatas, concluye Jack en mí. Ambas mujeres han vuelto a sentarse un poco más allá, recaen en su depresión. Aún son muertas en vida.

Papá vuelve a aproximarse a ellas. Ahora intenta entablar conversación con ellas de otra manera.

—¿Desde cuándo están aquí?

Algo se despierta en la madre. Mira a papá. Entonces dice:

—No lo sé, señor. Estamos enfermas. ¿Dónde estamos?

Y papá responde enseguida:

—En la vida después de la muerte, Madre, en ninguna otra parte.

Ambas mujeres se ponen de pie como mordidas por una serpiente y se van corriendo, hasta que las pierdo de vista. Se han disuelto en la infinitud del espacio.

No me es preciso seguirlas, papá tiene razón. No hay quien pueda ayudarlas. Es algo que he de aceptar. Pero, alguna vez sí superarán su sacudida. Haciéndoles una y otra vez este tipo de preguntas saldrán de su aturdimiento.

Papá me hace saber que ahora abandonaremos la tierra crepuscular. Algún día se me concederá volver en compañía de él a ella y a su madre para vencerlas de su muerte en la tierra.

## Vuelvo a ver a mi hija en las esferas de luz

Proseguimos nuestro camino. Abismado en mis reflexiones continué paseando junto a papá. Una y otra vez mis pensamientos retornaban a mi mujer. Cuanto más meditaba sobre ella, su carácter y sus opiniones, más comprendía su estado aquí. ¿Es que había alguna posibilidad de que entrara en otro lugar que no fuera este donde residía ahora? ¿Es posible entrar en un cielo si uno no alberga amor verdadero? ¿Si se presta más atención y cuidados a una mesa, a una silla, a un armarito que al ser humano que cruza tu camino? ¿Es posible que se te abra un cielo si aún habitan en ti la avaricia, la estrechez y la mezquindad? ¿Si no eres capaz de perdonar nunca? ¿Es posible que Dios te invite a Su cielo si reniegas de Su verdadero ser y lo crees capaz de condenar? ¿Si rehuyes a Sus hijos que piensan de otra forma que tú o si incluso los odias?

No, si sigues pensando de esa manera tu interior no será mucho más que algo gris. Y si sabes entonces que es tu interior el que te indica tu lugar en el más allá, no puede sorprender que entres a una tierra brumosa, tan yerma como tu propio corazón árido, despojado de amor, ¿no? Que Dios quiera —siguieron hilando mis pensamientos— que Annie salga pronto de su aturdimiento para que yo pueda abrirle los ojos, pueda hacerle vibrar el corazón, consiguiendo así que le entre vida, animación, deseo, y empiece a comprender las verdaderas leyes de Dios.

Se me pasaron por la cabeza estos y otros pensamientos, tenía que procesarlos y haber acabado con ellos antes de que volviéramos a entrar en la primera esfera.

Todavía desconozco lo que me espera allí, pero siento que allí vamos, porque papá no deja lugar a dudas en esta cuestión. Mantiene mi sentimiento y pensamientos ordenados. Me ha apoyado en eso todo este tiempo, todos estos meses que ya llevamos de camino. Han sido meses hermosos, que me han enseñado una barbaridad. Me siento muy feliz y contento conmigo mismo. Si solo papá también lo estuviera. Los sentimientos que me envía responden mi pregunta afirmativamente y dan calor a mi vida interior. Nuestro vínculo espiritual se ha hecho perfecto. Sí, querido papá, ¿cómo puedo agradecersele? Cuánto he empezado a amarlo durante este viaje. ¡Qué refinada y elevada es su naturaleza, mi querido papá!

Siento un gran respeto por mi padre, tan grande que ahora ya no me atrevería a llamarlo por su nombre de pila. Y aún así lo hice muchas veces durante el camino cuando quería preguntarle algo. Pero en pensamientos ya no era capaz de pronunciar siempre su nombre, porque se rompía la concentración necesaria cuando miraba a mi padre y veía en él al maestro con quien

estaba conectado de sentimiento a sentimiento.

Pero ahora, apabullado por mis sentimientos, pienso: ¿Qué es lo que tendría que haber hecho si no te hubiera tenido a ti a mi lado?

¿Habría sido capaz otra persona de convencerme de mi vida como lo hizo él? ¿Sabe otra persona todo de mí? Esto también habla del orden que reina del otro lado. Demuestra, además, la gracia en la que vive el ser humano que se entrega a Dios. No es cualquier cosa, es poderoso vivir en un vínculo como el que nos une a papá y a mí. Albergamos unión, amor y comprensión, y todo ello ha ido creciendo continuamente durante nuestra convivencia. ¡Y eso es lo que quiere Dios!

Con estos pensamientos vuelvo a parar donde Annie y su madre. Lo que en la tierra me unía a ellas ha dejado de existir aquí, de este lado. En el espíritu los lazos terrenales carecen de significado. Solo los lazos establecidos por el verdadero amor conservan su fuerza también de este lado.

Ahora no significamos nada el uno para el otro, debido a que Annie se negó a construir un lazo en la tierra. Eso solo podrá cambiar más tarde cuando también ella entre en una concienciación más elevada. Entonces sentirá por mí como una hermana y yo por ella como un hermano.

Como a un hermano es como ahora también veo y siento a mi padre. Y al instante hago la transición en lo que Angélica nos llevó una vez a la tierra cuando habló del amor universal que del otro lado está verdaderamente presente. Y por eso sé que debo abandonar el amor paterno y materno, y que tengo que asimilar el amor universal. Su posesión ya la llevo dentro, pero tengo que sintonizarme con ella para así desarrollar los sentimientos. ¡Una de mis tareas en la primera esfera!

Los alrededores cambiaron por completo a medida que avanzamos caminando. Poco a poco la niebla había ido convirtiéndose en un cielo nublado, que sin embargo apenas dejaba pasar luz. Pero aquí una luz radiante ya bañaba el paisaje. Vi arboledas, agua, agua de un verde tenue. E ingentes cantidades de flores, que elevaban sus cabecitas hacia la luz. La visión era una delicia después de todo el horror que habíamos dejado atrás. Aquí todo estaba radiante, aquí había vida, despertar, aquí había colores en muchos matices.

¿Era sorprendente que mis pensamientos volvieran a Annie y a quienes había conocido por medio de ella en la tierra? Todo lo que había allí faltaba en la tierra crepuscular, y también faltaba en los corazones de aquellos que encontraban aquí su sitio. Han de deponer miles de cosas y convertirlas en sentimientos sintonizados con este hermoso mundo. La luz, el color y los matices también les tienen que entrar a ellos. Sus corazones tienen que eclosionar en amor y empezar a dar frutos. De su interior tiene que brotar una nueva personalidad.

El diácono que conocí en la tierra por Annie y sus padres sigue viviendo

allí. Quizá —ojalá lo quiera Dios— llegue a ver mi libro y lo ayude. Tal vez comprenda esta sutil indicación de Dios y despierte. Aquí se le muestran la vida y el más allá tal como son. Ojalá deponga ahora el pensamiento de que si sigue viviendo así ya conseguirá un lugar detrás del trono de Dios. Si no se da cuenta ni cambia, este libro le podrá decir dónde entrará en esta vida. Conozco su vida. Hay falsedad y engaño en él. Lo reconocerá cuando se atreva a analizarse agudamente. Se fue convenciendo de que es una buena persona por visitar a los pobres con dinero de otros y por acudir fielmente a la iglesia. Mi mujer y su madre están viviendo ahora cómo se juzga aquí este “hacer el bien cuando no cuesta nada”.

En la tierra el diácono se siente un gran señor cuando visita a los pobres con sus buenas ropas. Se cree mucho y piensa que Dios lo ve a él con agrado. Y nadie le quita esa ilusión.

Pero aquí se encontrará ante la fría realidad. Aquí no hay sol, las ilusiones no pueden vivir en este lugar. Lo que en la tierra quedaba oculto, aquí no lo podrá esquivar: su yo al desnudo, su pobreza interior. Aquí tiene que vivir que aún no alberga suficiente amor como para que le pueda dar calor... El desamor, la vanidad y la fanfarronería con el dinero de otros: ¿Cómo no va a ultrajar a Dios? Y aun así Él no castiga. Dios deja hacer a estas almas, ni siquiera les da un tirón de orejas. Prefiere dejar que se serenen y que así se reencuentren. Y después no les envía perros de presa para sacudirlos hasta que despierten, sino ángeles, espíritus del amor que quieren entregarles todo lo que tienen para que corrijan sus ideas.

A estas almas les esperan entonces mucha lucha e intensos esfuerzos. No hay *nada* que duela tanto como deshacerse a uno mismo. Y todos, sin embargo, nos encontramos ante esa tarea. ¿De qué otra manera vamos a poder tomar conciencia de nosotros mismos y de la vida de Dios? Dios no nos regala nada. Para poder asimilar Sus leyes las tenemos que experimentar y vivir. Así, y no de otra manera, es como Dios lo quiere. Y al mismo tiempo observa con mucha atención si nuestros sentimientos son realmente verdaderos, o bien falsos y engañosos. Lo que no quiere son apariencias. Y quien aun así intente engañarlo y lo engatuse con amor y bondad tendrá que experimentar que en la vida después de la muerte ¡solo pueden ser las apariencias de la tierra crepuscular las que se le revelen!

Es algo de lo que el diácono tiene que darse cuenta, igual que Annie y cualquier otra persona que sienta como ella.

“Pero ¡Annie! Te sientes enferma. Pero ¿qué enfermedad es esta? Es tu falta de amor por la vida de Dios. Por eso tu entorno también es tan gélido y árido. Luego volveré a ti para hablar contigo, quizá te podré ayudar entonces. También me ayudará a mí, porque solo entonces podré seguir con tranquilidad, consciente de que también tú estarás trabajando en ti misma. Pero

seguramente que pasarán todavía unos meses, no es tan fácil desprenderse de uno mismo. Pero pasará, eso es seguro, y entonces quiero estar contigo. Que Dios me dé la fuerza para hablarte entonces. Luego veré a nuestra hija, según sé ahora, tal vez se me conceda hablarte entonces de ella. Con voz bien audible te digo: hasta luego, Annie. Volveré a ti. Ojalá ahora pudieras oír mis palabras...”.

Estoy soñando. Se me acerca una luz. Una luz celestial. La luz de las esferas, según sé. Me hace bien, me da calor, me llena de felicidad. El suelo que piso es mullido. Y jamás vi la naturaleza tan hermosa como ahora. ¿Realmente estoy soñando?

Elevo la vista a papá y vivo un milagro. Se le ha caído la túnica y ahora lo envuelve otra vestidura hermosísima. Y yo mismo también porto ahora una túnica espiritual, mi uniforme de rayas dobles se ha disuelto. Ocurrió durante nuestro viaje por el espacio.

Me puse de rodillas y lloré de felicidad. Ya en la Línea Grebbe quería rezar, pero entonces no había oportunidad de hacerlo. Pero ahora estaba dando gracias a Dios desde el fondo de mi corazón por todo lo que se me había dado.

Mi oración fue larga, hasta que me entró el sentimiento de seguir adelante. Me levanté y miré a papá, que me enviaba todo su amor.

La felicidad que fluye hacia nosotros desde la eternidad no tiene límites. Y era esta la felicidad que tenía que procesar ahora al final de mi paseo por la tierra. ¿Cuántos millones de personas habrían conocido esta felicidad antes que yo? Vi todas esas almas en su ascenso a Dios, a su Creador, y me recorrí una dulce alegría por poder unirme a ellas. Ahora podía sintonizarme con verdades espirituales. Esta conciencia me entró durante el largo camino hacia aquí. Empiezo a percibir de forma clarividente, es mi posesión espiritual. Allá me viene la luz de la primera esfera. Mis ojos se regocijan con los colores festivos de las flores, que aquí ya son transparentes y que se embellecen cada vez más. La canción de bienvenida de los pájaros hace que cante mi corazón. Dios mío, que bueno eres, ¿a qué debo todo esto?

Papá continúa caminando y lo sigo, indeciblemente feliz. Me veo a mí mismo como a un renacido. Nos acercamos a la frontera de la primera esfera. Solo ahora puedo entrar en este mundo, en este cielo.

¿A quién veo allí? ¿Quién me está esperando? Dios mío, ¿es cierto?

Adelanto a papá.

—Liesje, ¡mi querida niña! ¡Liesje, mi Liesje!

Abrazo a mi hija. Las lágrimas nos caen por las mejillas de tanta felicidad.

—Papá, mi papá.

Después me libero de nuestro abrazo y me aproximo a la radiante figura que me trajo a mi hija. Es Angélica. Me postro ante ella e inclino la cabeza. Siento tantas cosas y mi respeto es tan grande que no me atrevo a pronunciar

su nombre. Pero entonces Angélica me posa la mano en la cabeza, y siento cómo emana de ella la fuerza que da la felicidad. Y su voz —tan gloriosa, tan celestial, que solo puede pertenecer a un ángel— dice:

—Hijo de mi Divino Padre, lo saludo en las esferas de luz. Hermano, mi amado hermano, levántese.

Hago lo que me dice y mis ojos miran a los suyos. Lloro, pero siento que he de dominarme.

Liesje se ha puesto a mi lado y ambos experimentamos cómo Angélica descende en nosotros, que se nos comunica con todo su interior, con su amor. Nos hace indeciblemente felices, porque este descenso en nosotros de un espíritu más elevado hace vibrar nuestra vida interior, eleva nuestro sentir y pensar, y nos anima a asimilar su conciencia.

Viviendo en este sentimiento puedo pronunciar su nombre:

—Angélica, Angélica. No sé decir más.

Me toma de las manos, papá y Liesje colocan las suyas encima, y entonces Angélica dice:

—Que Dios nos dé misericordia y fuerza para que podamos seguir siempre y eternamente juntos, y para que podamos hacer despertar a otros. Que Dios quiera que nos mostremos siempre agradecidos por todo lo que se nos dé. Entren ahora a su esfera y contemplen su propia posesión, les dice Dios (—terminó).

Así que ahora he llegado tan lejos como para poder tomar posesión de mi propio cielo. ¿A quién más que a Angélica tengo que darle las gracias, que dio todas sus fuerzas junto a papá para hacerme partícipe de esa felicidad?

Quiero decirle lo grande que es mi gratitud, pero lo rechaza de plano.

—Dale gracias a Dios por todo —dice.

Papá y Angélica me preceden y flanqueado de Liesje rebaso la frontera de la primera esfera. Este es un momento poderoso, las palabras no alcanzan para describir esta experiencia.

Y mientras estamos de camino a la casa de Angélica y papá, Liesje me cuenta cómo vive y trabaja. Está estudiando para hermana de amor, más tarde tendrá por tarea descender a las esferas inferiores a esta para ayudar a aquellas almas que necesiten ayuda espiritual. Ya sabe que también su madre está allí. Piensa sin cesar en ella y quiere hacer lo que sea para entregarse a que se conciencien.

En medio de la inmaculada naturaleza nos espera la casa de papá y Angélica. Lo único que rompe el silencio es el trinar de los pájaros. Hay cientos de caminos que conducen a la casa, puede llegarse hasta allí desde todos los lados y me doy cuenta de su significado. Igual que a su morada, cualquiera también puede llegar hasta quienes la poseen. Igual que su casa, también ellos están abiertos a la vida de Dios. Entro. Quisiera decir muchas cosas, se me

ocurre una pregunta tras otra, pero los pensamientos se me diluyen. Caigo presa de una sensación perezosa. Tengo que dejarme llevar, la serenidad de papá y Angélica me hacen caer en un profundo sueño.

Cuando volví a abrir los ojos me sentí completamente descansado. Estaba preparado para nuevas experiencias. Según papá había descansado una semana según el tiempo terrenal.

Al mirar a mi alrededor eché en falta de inmediato a Liesje. Papá me dijo que había vuelto a su trabajo. Angélica estaba con ella. Nos podríamos volver a encontrar más tarde, porque aún había muchas cosas que hablar.

—Estoy listo, papá —le dije entonces—, tengo aún muchas preguntas en mi interior que esperan una respuesta. ¿Puedo formularlas?



# Una morada espiritual

Mi padre, que posee esta hermosa morada espiritual y que lleva los hombros envueltos en una inmaculada túnica radiante, como una vestidura romana, es un maestro. Cuando lo veo así ya no puedo pensar en mi padre terrenal, lo cual tampoco es la intención: he de olvidar el mundo.

Papá ha avanzado más que yo, aunque viva conmigo en esta esfera. Sé que dentro de poco se elevará con su alma gemela y que entrará en la segunda esfera.

En su casa, donde me encontraba descansando sobre un lecho de flores, rodeado de su amor y de su alma, mi primera pregunta fue:

—Explíqueme, si quiere, cómo asimilé esta morada.

Tampoco puedo preguntarle dirigiéndome a él como “papá”. Había empezado a sentirlo de otra manera mientras dormía, aunque siguieran existiendo nuestros sentimientos por la tierra.

Papá aún no me contesta a mi pregunta. Siento por qué, primero tengo que seguir pensando algo más a fondo sobre mi relación con él. No debo seguir viéndolo como mi papá: mientras siga viendo así de terrenalmente no podré descender en su posesión espiritual. Tiene derecho a que lo vea de otra manera: es una ley espiritual. Es el respeto por lo que él ha asimilado, el respeto por su posesión en la vida eterna. He de entrar en la vida de los sentimientos universales, en los que se disuelve el amor paterno y materno. Por esta razón también he de sintonizarme de otra manera con Liesje: en la tierra era mi hija, ¡aquí es mi hermana! Crece en cuanto a conciencia bajo la dirección de Angélica, su ángel protector, y así hasta que sepa ser independiente: una hermana de amor para mí y para cada vida en el espacio de Dios.

Una vez llegado aquí con mis pensamientos, papá responde:

—Nuestras moradas espirituales, amigo y hermano mío, se han creado por nuestro propio pensar y sentir.

—Entonces ¿yo también puedo crearme una morada espiritual?

—Es posible, pero nos creamos una morada espiritual cuando lo consideramos necesario, cuando las condiciones para ello están presentes en nuestra vida. Eso quiere decir y significa que solo empezamos a hacerlo cuando en el espíritu nos elevamos más allá con nuestra alma gemela. Angélica es mi alma, ella me sigue y será eternamente la mía. Somos uno sintiendo y pensando. Es ahora cuando podemos construirnos una morada. Pero ¿está usted preparado para ello? ¿No alberga usted el deseo de regresar a la tierra para entregarse allí a favor de la humanidad? ¿No es su deseo servir allí? ¿No se manifestó en su interior la vida de Jack? Es consciente usted de todos estos

sentimientos, ¿verdad? ¿Por qué entonces iba a construirse una morada aquí?

Así es como cada alma tiene sus propios deseos. Nosotros, Angélica y yo, deseamos servir aquí. Y ahora nuestros deseos crean una morada espiritual.

El espíritu de luz que siente la vida sagrada de Dios, que está sintonizado con las leyes, solo construye una morada espiritual cuando ya tiene ese amor, esa madurez, esa conciencia.

Después esta se convierte en nuestro lugar de descanso donde podemos retirarnos y sentarnos en silencio.

Esto ya lo hemos vivido Angélica y yo. Hemos intentado hacer todo lo posible para hacerlo feliz, para darle sabiduría en el espíritu. Hemos estado sentados aquí un tiempo, descansando felizmente, rememorando en plena armonía y alegría lo que se ha llevado a cabo. Nuestro trabajo se ha completado, nuestra tarea ya está hecha. Por eso seguiremos más adelante, ya lo sintió usted, y entraremos en la segunda esfera.

Este es el regalo, esta la sorpresa que se me concedió que Angélica me contara después de nuestro regreso, y esto es a lo que se refería en su amoroso mensaje a mí que pudo usted oír durante nuestro viaje.

Usted también seguirá. Ya ha visto usted su tarea, aunque primero le mostraré y explicaré aún muchas cosas de esta esfera. Se le darán muchas cosas hermosas. Lo ayudarán a prepararse para su tarea en la tierra.

Nuestra morada espiritual, igual que todas las que hay aquí, ha llegado a crearse gracias a lo que poseemos de amor, a lo que trabajamos, servimos y rezamos. Han surgido de y por nosotros mismos. Es un poderoso milagro y todos estos milagros los llegará a conocer usted.

Cuando nos surgió el deseo de sentarnos aquí nuestra aura se hizo más densa y así es como se fue levantando nuestra morada. Estos milagros suceden como por sí solos, pero surgen por nuestro sentir y pensar. Todo lo que usted perciba dentro de nuestra morada y alrededor de ella es lo que poseemos Angélica y yo (—dijo).

Aquí papá guardó silencio durante un tiempo, como para darme tiempo para procesar todo. Entonces dijo:

—Theo mío, te he dado una pequeña impresión de cómo surge nuestra morada espiritual. También te hice sentir cómo hablamos cuando aceptamos la relación que existe entre nosotros de este lado. Pero ¿qué tal si por el momento volvemos a sintonizarnos como lo hicimos durante nuestro viaje?

—Con mucho gusto, querido papá, con mucho gusto —respondí.

Lo comprendí. Aunque yo sintiera cómo había de ser nuestra relación aquí, no me resultaba fácil verlo de otra manera que no fuera como mi padre terrenal. Me era más familiar, más cercano de esa manera.

Papá me hacía sentir que tampoco era posible sentirlo de otra manera a corto plazo, aún tenía que madurar en ese aspecto. Pero para alcanzarlo me

aconsejó que me sintonizara cada vez con mayor agudeza en la nueva relación. Así se disolvería también en este aspecto mi sentir terrenal.

—De modo que una morada espiritual surge por nuestro amor —prosiguió papá—. Si no está en nosotros ese amor, no puede salir de nosotros la fuerza que crea en este mundo. Fue mi fuerza la que cercó este entorno en el que vivimos ahora. La de Angélica creó la belleza que contiene. Su amor aportó los colores. Vivimos en el centro de este espacio. Cualquiera puede entrar aquí donde estamos.

Así que nuestro deseo de tener un lugar de descanso y nuestra aura crean una morada espiritual. Entonces poseemos un punto central feliz y es Dios quien nos brinda esta gracia.

Se nos concedió ver hecho realidad el hermoso dicho: “En la casa de mi Padre hay muchas moradas”, y junto a nosotros millones de personas más.

Mientras seguía pensando en sus palabras, las resumí en la pregunta:

—De modo que si quiero reposarme, papá, ¿puedo sintonizar con ello y me construyo una morada espiritual?

—Sí, hijo mío, si albergas ese sentimiento, si vives en el amor y tienes suficiente fuerza, haces automáticamente la transición a esas leyes.

—Qué milagroso, papá, no se me ocurrió por un solo instante que fuera así. ¿Y los edificios que percibí al entrar en la esfera?

—Esos surgieron, hijo mío, igual que nuestra morada espiritual, pero fueron los maestros espirituales quienes los construyeron. Estos maestros de las esferas más elevadas conservan los edificios, es posible gracias a su fuerza y amor.

—¿Cómo surgieron aquí las flores y los árboles y el agua, papá?

—Igual que el hombre, también la naturaleza ha recibido de Dios la vida material y la astral. Al igual que surgió en la tierra la naturaleza al hacerse más densa, surgió también en el mundo astral. Ocurrió cuando con sus buenas acciones el ser humano dio lugar a la creación de las esferas de luz.

Angélica me mostró todo ese proceso. Con ella regresé hasta el estadio inicial de todo lo que vive. Entonces contemplé cómo Dios creó todo.

—Y los pájaros, papá, ¿cómo llegaron aquí?

—El hombre fue creciendo de un grado a otro, pasó de planeta en planeta y obtuvo una sintonización espiritual. Ese mismo camino largo lo recorren también los pájaros. Ya sentirás que esto no es más que un fogueo, pero llegarás a conocer toda esa evolución, todo este poderoso proceso.

—Las cavernas y chabolas en los infiernos también habrán sido construidas por sus propios moradores, ¿verdad?

—Sí, así es. Esas chabolas reflejan por eso su propia vida. Construyeron sus terribles engendros mediante la pasión y la violencia, y así es como también surgieron los infiernos. Cuando quieren apartarse de los demás, se

retiran, igual que nosotros, en sus edificaciones. Quien aún no conozca esas fuerzas ya se enterará por los demás. Pero algún día también se disolverán los infiernos y las edificaciones que contienen. Pasarán aún millones de años, pero entonces los últimos seres, ayudados por sus hermanas y hermanos de la luz, abandonarán esos lugares tenebrosos para ir a poblar, purificados, los cielos.

—¿Qué ocurrirá ahora, papá, cuando continúe usted?

—Cuando nos entre el sentimiento de elevarnos más, iremos caminando a la segunda esfera. Nuestra casa se disolverá entonces por sí sola. Si queremos establecernos en la segunda esfera volveremos a construirla allí. Ya te expliqué que eso solo lo hacemos cuando lo consideramos necesario. Cuando tenemos trabajo que hacer en la esfera de la tierra o llevamos a cabo una tarea en los infiernos quedándonos allí muchos años para servir y avanzar en el espíritu, no necesitamos una casa. Al fin y al cabo, aquí, en las esferas, podemos entrar donde queramos: cada morada está abierta a nosotros para ofrecernos descanso y la oportunidad de meditar, si así lo precisamos.

Pero antes de que Angélica y yo tomemos posesión de nuestra esfera seguiré contigo, Theo. He de mostrarte tus posesiones en esta esfera, y solo después irás a tu propio maestro, así como al maestro más elevado en esta esfera, el mentor, que como su propio nombre ya indica, dirige esto.

Mientras tanto intentaremos convencer a Annie de su vida eterna. Solo cuando lo hayamos conseguido entraré con Angélica en nuestra nueva vida.

—Me ha ayudado a mí, papá, y Angélica se dedica a Liesje. Y ¿ahora encima quiere dedicar sus fuerzas a Annie?

—Hijo mío, servir es el deseo de cada alma en las esferas. Y ¿no es una gran felicidad poder ayudar a aquellos con quienes tuvimos trato en la tierra?

—Papá, Angélica es el alma gemela de *usted*. Cada ser humano tiene una. Así que algún día Annie también se encontrará con su alma, el ser que le pertenece.

—¡Sí, esa gracia está reservada a todos nosotros!

—Ojalá que pueda aceptar eso —dije cavilando, y recordé cómo Annie se había alejado corriendo de nosotros hace un rato.

Gracias a ese comentario, papá tuvo oportunidad de tratar en profundidad el amor gemelo, la fuente infinitamente rica de gracia que Dios nos dio en Su todopoderosa sabiduría y amor.

## Almas gemelas

—Comprendo en lo que estás pensando, Theo. Pero aquí todo sucede a tiempo. Solo cuando nuestra conciencia haya llegado a esa altura se nos conectará con el alma que es parte de nosotros. Entonces estaremos completamente preparados para él o ella, listos para vivir el milagro del amor gemelo. Ya sentirás que entonces es imposible que no se acepte. Todo nuestro interior, nuestro pensar y sentir están centrados en recibir la vida del alma que sea como nosotros mismos. Nuestro crecimiento en el amor nos ha elevado tanto que este se ha hecho universal. Y sin embargo, despunta aún más el amor por su alma, es diferente y solo es posible sentirlo por ese único ser en el espacio que Dios creó como nosotros mismos.

Puedo amar a una mujer en la tierra, nuestros caracteres pueden aproximarse, nuestra vida allí puede parecerse a un cielo, y aun así no significa necesariamente que esa mujer sea mi alma gemela. Porque el amor gemelo destaca muy encima de eso, tiene un significado cósmico, aunque es posible sentirlo también ya en la tierra. Podemos tener vínculos llenos de gracia con muchas almas, pero aun así no hay más que un único ser en el universo que nos pertenezca verdaderamente. Y fue Dios mismo quien nos asignó esa alma.

—¿Cuándo ocurrió eso, papá?

—Para eso hay que retroceder mucho, hijo mío. Cuando Dios se entregó a nosotros, cuando nos dio la primera vida, cuando los planetas empezaron a hacerse más densos y comenzó el plan evolutivo, hicimos la transición a esa felicidad. Pues bien, la vida del alma que vivió conmigo el grado primigenio de vida, que absorbió mi alma, esa es el alma que cósmicamente ha de estar a mi lado.

—Pero, papá, eso ya no es posible saberlo, ¿no?

—Es que saberlo no tiene importancia, sino que es el sentimiento en nosotros el que nos lo dice, ¡con una seguridad como si fuera Dios mismo quien nos lo dijera! Nacimos al mismo tiempo en el primer estadio de todos de la Creación, y nos sentíamos uno. Fue entonces cuando empezamos juntos nuestra evolución espiritual. Nos perteneceremos para siempre jamás. Fue Dios quien nos dio esta gracia para la que no hay palabras.

—Y ¿volvemos a tomar conciencia de esto aquí, papá?

—Sí, solo de este lado volvemos a esta conciencia, aunque eso también es posible en la tierra, como ya dije. Allí algunos han asimilado esa conciencia.

—Pero ¿por qué es solo aquí cuando nos enteramos de esta gran felicidad?

—Pues eso está muy claro, ¿verdad, Theo? En la tierra no nos conocemos

ni a nosotros mismos. ¿Cómo íbamos a saber entonces algo de estas leyes? En la tierra, por regla, las personas solo se tienen a sí mismas, y este tipo de amor, ya lo estarás sintiendo, no tiene nada que ver con el poderoso amor entre gemelos. Las personas viven allí su propia vida y no se adentran en las vidas de las almas con las que se cruzan. No tienen ningunas ganas de inclinarse ante ellas, y por eso es que tampoco aman. Pero son pocos los que poseen verdadero amor.

Estos pocos suelen poseer amor fraternal, aunque crean que están viviendo el amor entre gemelos. Su sentimiento amoroso es grande y cuando se casan se revela una gloriosa armonía. Imagínate ahora, Theo, que uno de los dos hace la transición a este mundo. El otro, que queda atrás, siente una intensa añoranza por el ser que hizo la transición. Ya nunca más querrá conectarse con la vida de otra alma. Solo alberga deseo por quien sabe que está ahora del otro lado. Su amor tiene profundidad, profundidad inmaculada, que le hace crecer sus sentimientos y aumentar su conciencia. Y aun así no se puede determinar por medio de aquel si ambos son almas gemelas. Es solo de este lado cuando experimentan que sus sentimientos no tocaban el amor entre gemelos, sino el fraternal. En la tierra no era posible que lo determinaran, porque allí esa profundidad no se puede sentir ni sondar. Tan solo imagínate-lo: el amor fraternal, que tan poca gente siente en la tierra es universal, pero el amor entre gemelos es *cósmico*. Y en la tierra ¿quién sabe sentir con una profundidad cósmica? No, Theo, es muy, muy escasa la gente en la tierra que vive conscientemente en el estado de las almas gemelas.

—Pero ¿no es posible que las almas gemelas se encuentren en la tierra sin darse cuenta de que se pertenecen?

—Por supuesto que sí, Theo. Nosotros, las almas, nos vimos en diversas vidas, aunque no es necesario que eso siempre ocurra como hombre y mujer. Puedes encontrarte en la tierra con el alma de tu vida, como niño, como anciana, como tu padre o hermana. Y a pesar de eso ambas almas están destinadas cósmicamente la una para la otra. ¿Quieres preguntarme cómo es posible eso? Las almas gemelas tienen que llegar a conocer las leyes de Dios, tienen que aprender a amar de forma universal. Para eso tenían que entrar en contacto con la vida de Dios. Escogieron su propio camino. Ambos hicieron el bien y el mal en sus vidas, cada uno a su propia manera y para sí mismo. Así es como las leyes de causa y efecto los llevaron de un lado para otro. Y si se encontraban alguna vez de nuevo no se reconocían, y eso porque vivían en sus propias leyes. Solo cuando todo ha sido enmendado podemos volver a vernos conscientemente en la tierra. Ya te dije, sin embargo, que eso suele ocurrir de este lado, porque en la tierra no queremos poseer esta conciencia elevada.

—Pero ¿qué me dice, papa? ¿No queremos poseerla?

—En efecto, hijo mío, así es. En la tierra ¿quién quiere inclinarse ante toda la vida de Dios? ¿Quién quiere amar toda esta vida? ¿Quién se ocupa allí de entregarse por completo a toda esa vida? ¿Quién es tan íntegro en su amor como para que nada, ni una palabra dura ni un acto lo moleste en ese amor? Allí ¿quién ha dejado de odiar allí y sabe decir siempre y en cualquier circunstancia la palabra indulgente? ¿Quién quiere vivir así, servir y dar así, y asimilar de esa manera una conciencia más elevada que sea espiritual? El ser humano sabe que es así como ha de vivir para cumplir el deseo de Dios. Pero, te pregunto: ¿Cuántos quieren eso?

Y sin embargo es así como hemos de ser si queremos estar listos para nuestra alma gemela. ¿Cómo vamos a poder estar listos para él o ella si ni siquiera poseemos amor por nuestro prójimo? Ya te dije que por encima del amor universal está el amor entre gemelos, porque es cósmico. Nunca jamás estaré preparado para el amor entre gemelos si no amo de forma universal.

Dios exige mucho, nos lo exige todo, antes de que nos permita hacer de forma consciente la transición a nuestro estado de gemelos. Pero una vez que hayamos alcanzado ese punto viviremos lo más poderoso que Dios pueda darnos. Siendo completamente uno en pensamiento y sentimiento estaremos entonces preparados para conocer Su universo, porque allí Sus milagros son tan numerosos e indescritiblemente hondos que solos no seríamos capaces de asimilarlos. Dios, en Su infinita sabiduría, designó para eso a un ser a nuestro lado que nos pueda ayudar a hacerlo, unidos por un solo sentimiento, un solo pensamiento, un solo amor. Dios creó el universo para las almas gemelas, para dos seres humanos que representan Su espacio como hombre y mujer, como padre y madre, porque también Él no es solo padre, sino también madre.

Pasó mucho tiempo antes de que hiciera mi siguiente pregunta. Dejé que las palabras de papá incidieran en mí. No podía abarcarlas de golpe, ni su hondura, y aún requeriría mucho esfuerzo mental antes de poder llegar a ese punto. De modo que el amor entre gemelos es cósmicamente profundo, papá y Angélica vivieron en él, y con ellos millones de personas más de este lado. Yo mismo, según sabía, aún no estaba preparado para ello, pero algunas personas en la tierra, como había dicho papá, vivían en esa conciencia. Naturalmente, papá tenía razón. Pensé en la gente que yo había conocido en la tierra y en quienes sondé durante el viaje que había hecho con él. ¿Cuántos vivían en completa armonía con su marido, con su esposa? Y sin embargo, eso eso era lo mínimo que tenía que haber para alguna vez poder hacer la transición al amor entre gemelos. ¿Cuánto no separaría entonces de él a los hombres que buscaban su felicidad con muchas mujeres, y al revés?

Que papá me siguiera en mis reflexiones lo demostró retomando este pensamiento.

—Quien sintonice con ese tipo de amor demuestra así que no comprende el amor entre gemelos, que aún le falta para poder recibirlo. Tiene que liberarse por completo de esos deseos. Sí puede albergar amor, pero ese amor no es consciente, está dividido. Solo pretende vivir la unión material, y por eso estas almas no poseen amor en esta vida espiritual. Una vez que nuestra vida interior se haya visto tocada, cuando alberguemos la necesaria conciencia, entonces el deseo solo puede dirigirse a una sola alma, no a tres. Por tanto, quien busque a más de una mujer, llegando a ser uno con ellas, tiene que aceptar que aún no está preparado para el amor entre gemelos. Pero aun así es posible que con una de ellas llegue a un sentimiento más grande y alcance un estadio de amor.

Pero si en su unión emergen pasiones propias, vuelven a cerrarse otra vez para el amor. Su compromiso podría haber sido bendito, porque también el amor entre gemelos llega a la unión cósmica por medio de la maternidad, por medio del ser uno. Habrían vivido un sentimiento que es muy avanzado para la tierra, que incluso descuella sobre el amor universal y que toca el amor entre gemelos. Lo habrían alcanzado gracias al sentimiento maternal.

¿Comprendes el profundo significado que tiene, Theo? Entonces escucha. La madre es el ser más sagrado en el cosmos. En su estado tiene conexión con Dios. Ahora bien, si entonces ambos seres que viven el ser uno sintonizan con la madre, se elevarán muy por encima de la vida material. Entonces serán verdaderamente uno, y su unión será cósmica.

Pero como ya dije, entonces no ha de haber pasión en ellos, su deseo no ha de orientarse hacia el organismo en lugar de hacia el alma, porque en ese caso su conexión solo será material y carecerá de significado espiritual.

—Creo, padre, que para mucha gente que empieza a sentir espiritualmente la unión es un grave problema.

—Sabemos que así es, Theo, pero también en esto el ser humano ha de adquirir conciencia. Hay tanta gente que no comprende para nada la unión, porque no se comprende a sí misma. Hay innumerables almas eclesiásticas que incluso ponen un alto a la unión. Acepta esto: si de verdad nos amamos los unos a los otros es un acto sagrado. Solo cuando no amamos más que el organismo y nuestra alma vuelve a recurrir a la pasión todo será terrenal y material. ¡Entonces nuestro acto carece de cualquier significado espiritual!

Pero el ser humano que empiece a sentir el espacio, que posea respeto y amor por la vida del alma con la que se une, también obligará a todo lo demás que vive a entregarse a sí mismo para llegar a experimentar lo que es verdaderamente inmaculado y espiritual, abriendo así la vida subconsciente.

Cuando es atraída entonces un alma incluso es posible que al mismo tiempo uno sea conectado cósmicamente, después de lo cual el amor en ambos seres humanos alcanzará un estadio más elevado.



—¿Qué quiere decir eso, padre?

—Significa, hijo mío, que por medio de una unión de ese tipo se abre nuestro interior, y ello sucede entonces por la vida del alma que atraigamos. La madre en primer lugar de todos, debido a que ella recibe, porta y eleva la nueva vida en sus entrañas. Pero nosotros, amando a la madre y a su criatura del modo en que lo quiere Dios.

Pero desgraciadamente ocurre demasiadas veces que el ser creador se deja apartar de ese estado de felicidad por las preocupaciones terrenales, mientras decae su atención amorosa por la madre y la pequeña criatura en ella, hasta al final cesar del todo, por lo que la madre se ve sola con todos esos poderosos sentimientos que la asaltan y de los que quiere hablar, porque no es capaz de procesarlos sola. Entonces la madre se siente sola, pobre y terrenal...

Por eso siempre tenemos que estar a su lado, seguirla y amarla, servirla y apoyarla. Si abrigamos ese respeto, ese amor inmaculado, espiritual, y si la madre lo siente y comprende, entonces poseemos en la tierra un estado de felicidad celestial —una que nos eleva, que nos da más espacio y profundidad—, una felicidad que Dios bendice. Y todo eso lo recibimos pues por ser uno de forma inmaculada y por atraer la nueva vida.

Si queremos vivir en este estado tenemos que entregarnos a él por completo. Si cobijamos esa voluntad Dios hará que nos despertemos en Sus sagradas leyes, y toda nuestra vida cambiará. Entonces la madre será para nosotros una santa, pero naturalmente solo en caso de que también ella aspire a este estado de felicidad y esta conciencia. Cada acto erróneo, cada exabrupto o dureza, toda falta de comprensión abrirá boquetes en la relación, por donde se escapará la felicidad. Entonces no quedará nada del contacto sagrado que unía al hombre y la mujer.

Pero si, en cambio, aprovechamos cada segundo que Dios nos da para compenetrarnos más con el ser a nuestro lado, contribuiremos a interiorizar el vínculo espiritual que para el resto de nuestra vida nos asegurará la felicidad más elevada, que solo sienten e igualan quienes aquí son almas gemelas. Primero tenemos que saber servir y amar con fuerza espiritual la vida a nuestro lado, y solo entonces estaremos listos para recibir al alma que nos pertenece.

—Padre, ¿puede decirme si ese sentimiento ya está en mí?

—Aún te falta para eso, hijo mío. En tu vida hay aún varios deseos que quieres seguir. Y estos no los puedes albergar cuando te encuentras ante el amor entre gemelos. El trabajo en la tierra aún te llama. Eso es lo que amas en primer lugar. Naturalmente, te ofrecerá un rédito espiritual, ese estar ocupado. Pero acepta que eso te apartará de abrirte por completo al amor entre gemelos.

Es algo que también vemos en la tierra. A muchos allí les aparta su trabajo

de su amor. Y sin embargo, precisamente es en ese estado donde hay tantas posibilidades.

—¿Puede contarme algo de eso, padre?

—Por supuesto, hijo mío, si quieres seguirme. Se trata de lo siguiente. Imagínate el caso de que ahora se me concediera vivir y trabajar en la tierra junto a Angélica. ¿Cómo actuaríamos entonces? ¿Puedes aceptar que por dedicarme plenamente a mi trabajo podría desatender a Angélica? Claro que no. Jamás me perdería en mi trabajo, porque estaría ocupado creando *a través de la vida de los sentimientos de Angélica*. Trabajaría a partir y por medio de ella. Ella me animaría, a ella la vería continuamente en y durante mi trabajo. Ella se encontraba en mi trabajo, lo conocía, lo seguía, me impulsaba, me acogía. Debido a que por tanto anima mi trabajo, lo que se consigue es que esto a su vez infunda alma a nuestro amor, acrecentándolo y profundizándolo. De modo que jamás nos separaremos, sea a donde sea que me lleve mi trabajo. Entonces trabajamos ambos y mientras tanto estamos construyendo la ampliación de nuestra felicidad. Y si entonces además nos perfeccionamos espiritualmente, nuestro interior va elevándose y crece nuestra conciencia.

—Pero en el fondo así no vive nadie en la tierra, ¿no?

—Es por eso, Theo, que las personas terrenales no conocen el amor entre gemelos ni el amor que toca este grado de sentimiento. Por eso desconocen lo que aquí poseemos y hemos asimilado. Allí en el fondo se separan una y otra vez, porque dejan pasar cada hora, hasta cada segundo, para ir edificando su amor, su felicidad. No aman a su mujer, sino su trabajo. Y la madre espera, se siente desatendida, vacía, sola, y entonces ya solo le será posible sentir amor si sus sentimientos por él son grandes y predominantes sobre todo lo demás. De modo que en la tierra la situación suele ser que las personas pierden el contacto por culpa del trabajo, empiezan a vivir en su propio mundo limitado y rompen así el lazo que las une. Nosotros, en cambio, incluso intensificamos el contacto gracias al trabajo que hacemos, nuestro amor adquiere así profundidad. De modo que nosotros vivimos justo al contrario de como lo hacen en la tierra.

Hay quienes piensan que hay que desatender o bien el trabajo o bien la esposa, y que es imposible prestar a ambos la misma atención a la vez. Se equivocan por completo. Es así: una cosa me anima para la otra. En mi trabajo deposito mi amor por la mujer que está a mi lado. Trabajando duro demuestro mi amor por ella. Soy amor cuando trabajo, la vagancia me deja vacío y pobre. Mis ganas de trabajar determinan mi riqueza o pobreza interior.

En resumen, Theo, nuestra vida crea, y creando aumenta mi amor por quien me impulsa y anima. El trabajo hace que nos encontremos, en lugar de separarnos. Una vez conseguida esa armonía ya no es posible enfrentarse. Todo enfrentamiento supondría un alejamiento, a la larga disolvería nuestra

felicidad. Así que tenemos que estar muy atentos para evitar la disarmonía.

En la tierra hay personas que poseen la unión de la que hablé. Aman verdaderamente, demuestran en su vida que han comprendido las leyes fundamentales del amor espiritual y de ser uno en el espíritu.

—De modo que si lo intuyo bien, padre, entonces en la vida de aquí el ser humano solo recibirá, vivirá y poseerá en materia de amor aquello que haya deseado y pretendido, ¿no es así?

—Así es, hijo mío, en efecto, no podrás recibir otra cosa.

—Es lo que Angélica nos contaba siempre en la tierra, padre.

—Eso también me quedó por fin bien claro, Theo, cuando entré aquí. Mi felicidad no conoce límites ahora que sé que es mía.

—¿No puedo liberarme de mis sentimientos, padre?

La pregunta se me ocurrió al pensar en la felicidad que me irradiaban las palabras de papá. Estar preparado para su alma, para su alma gemela. Vivir con ella los cielos de Dios, sobre una base de amor y comprensión... ¿Estaba yo aún muy alejado de esta felicidad?

—No, hijo mío, no puedes liberarte así como así de los sentimientos que aún te separan de ese estado sagrado. Primero tienes que intentar servir, y al servir despertarás. Tendré que decepcionarte si piensas que podrás hacerte con ello de golpe. Aún no posees las fuerzas de los sentimientos que te hacen estar preparado para tu alma gemela, pero si quieres dar verdadera ayuda a la vida de Dios, tu vida despertará y te esperará esa gran felicidad.

Me quedé pensando largamente sobre estas palabras y comprendí lo precisas que eran las leyes de Dios también para este estado. En la vida no se nos regala nada, tenemos que ganárnoslo todo por nuestro propio esfuerzo. ¡Nadie en el espacio se escapa de esto!

Y mientras seguí pensando mis pensamientos llegaron hasta mamá.

—Cuando mamá venga luego, padre, ¿cómo actuará usted entonces?

—Con madre ya no tengo conexión. En la tierra tuve que enmendar cosas con ella y así lo hice. Después de esto se separaron nuestras vidas. Ahora yo continúo y ella sigue su propio camino. Si me quiere recibir aquí, la ayudaré o me iré. Si me puede aceptar en esta vida, seré un hermano para ella y ella, mi hermana. Pero te puedo contar que cuando concluya su vida terrenal volverá de nuevo a la tierra, porque tiene pendiente enmendar cosas allí.

—Pero cuando llegue entonces usted ya no lo conocerá, ¿no es así?

—Eso carece de importancia para esta vida, Theo. Me conocerá cuando de este lado se le enseñen sus vidas anteriores. Entonces habrá entrado en la vida consciente y allí es donde amamos toda la vida de Dios. Es cuando hacemos la transición en el amor universal, como ya te dije.

—O sea, el estado en que se habrá disuelto el amor paternal y maternal.

—Exactamente, hijo mío. Es aquello a lo que se refería también Angélica

cuando en la tierra nos hablaba sobre el amor.

—Siento el deseo, padre, de poseer este amor, ¿y sin embargo he de aceptar que esos sentimientos no están en mí?

—Tus sentimientos aún no tocan este mundo, Theo. Todas las personas que dicen amar se sienten todavía terrenales, con algunas pocas excepciones. Ya te hablé de ello hace un rato. Aún están muy alejados de esta verdadera felicidad. Nuestro amor destaca muy por encima del de la tierra, nos da el paraíso, porque somos del todo uno.

En la tierra tus sentimientos y tu amor pueden ser grandes, pero no por ello poseen un significado espiritual. Vuelvo sobre esto una y otra vez porque tienes que sentir bien la diferencia. En la tierra el amor toca el cuerpo humano, pero solo es espiritual e inmaculado cuando toca el *alma*. Pero hasta allí llegan solo muy pocas personas, ya que nuestra conciencia ha de ser grande para que el ser humano no se pierda en el espíritu donde los sentimientos y pensamientos son tan distintos. El hombre tiene que entregarse y pulirse tantísimo en la tierra para asimilar ese grado de amor. Aún así es posible alcanzarlo.

Por medio de este amor que es nuestro sentimos la inmaculada esfera de pensamientos de Dios. Poniéndonos en ese lugar ampliamos y profundizamos nuestros sentimientos. Pero por cada acto irreflexivo y cada palabra dura la gente en la tierra vuelve a dismantelar sus fundamentos. Entonces tienen que pagar por su falta de profundidad y amor. Pero lo que son nuestros sentimientos, esos tocan la creación.

—¿La creación, padre? ¿Qué quiere decir con eso?

—En mi caso, Theo, significa que es por medio de Angélica que entro en el espacio. Descendiendo en su vida veo en todos los grados de la creación que hemos vivido ambos. De modo que nuestro amor nos interna en la vida de Dios, la amamos. Así nuestro amor no se detendrá nunca. Porque al descender en el ser que nos pertenece damos una y otra vez con nuevas leyes y milagros. Y a medida que así crezca nuestra conciencia, podremos descender más profundamente en los cuasi insondables estados depositados en el hombre a modo de chispas de Dios. Así que penetrando en la vida del alma a nuestro lado, llegaremos más profundamente a Dios y Su Creación, y viviremos en el sistema central de Él, que nos creó.

Es profundo, hijo mío, lo que has de procesar ahora. Imagínate solo que sondando la vida que tenemos a nuestro lado entramos en contacto con todos los grados corporales y espirituales con que cuenta la vida. Nos lleva tan lejos como amemos verdaderamente a un ser humano, ¡eso es lo que puede proporcionarnos el amor! ¿Es de extrañar entonces que nos entre respeto por la vida a nuestro lado y que ya ninguna palabra fea pueda traspasar nuestros labios? ¿Es de extrañar que nunca nos agotemos en nuestro amor y que inclinemos

la cabeza profundamente ante la creación de Dios?

—¿Es algo que cualquiera puede alcanzar en esta esfera, padre?

—No cada vida está preparada para ello, Theo. Lo habitual es que no hagamos la transición en este amor hasta en la segunda esfera.

—Pero entonces ¿por qué aquellos otros no están listos para hacerlo, padre?

—Porque esas almas también quieren entregarse a otros estados, igual que tú. Están sintonizadas con la tierra y quien posea esos sentimientos no puede vivir, por tanto, en el otro. Estas almas se sienten como el ser humano en la tierra, o sea materialmente, pero con una sintonización espiritual. Ya no pueden cometer actos equivocados, están excluidas de la mentira y el engaño, porque su vida es espiritualmente consciente. Es un grado espiritual que forma parte de los grados cósmicos con que cuenta el espacio. Pero aún no están separadas de la tierra y regresan a ella, lo cual puede hacerse tanto astral como materialmente. Solo cuando se disuelven esos sentimientos harán la transición en la otra vida superior de los sentimientos. Solo entonces podrán prepararse también para el amor de gemelos.

—¿De verdad que este es inalcanzable en la tierra, padre?

—Como ya dije: si haces el máximo esfuerzo para asimilarlo.

Y volví a preguntarle:

—¿Así que si me empeño...?

—Entonces es posible, pero entonces también lo tiene que querer seriamente tu alma, tu mujer para la tierra, porque de lo contrario no llegarás a ese punto. Ya te hablé de ello, pero aún no te das plena cuenta de ello.

Debe haber una férrea voluntad y además tiene que haber predisposición espiritual. Un pensamiento equivocado, sin embargo, ya interfiere con esta buena voluntad e interrumpe el contacto espiritual. Ya lo viviste en tu vida en la tierra, ¿podías alcanzar allí algo si la otra persona no lo quería? No puedes quedarte incomprendido en nada. Ambas personas tienen que poder amar todo de la otra. Allí llegas —ya te lo dije— por medio del trabajo. En ningún caso otras fuerzas y otros poderes deben interferir en tu interior ni en el de la otra persona porque si no estos trastornos te vuelven a detener y tendrás que empezar desde cero. Entonces lo único que habrá es sentir y pensar de forma terrenal, amor terrenal.

Pero el amor ente gemelos está separado de la tierra y de todas las influencias terrenales. Traspasa el espacio y entra en comunicación con las leyes cósmicas. Este amor se hace tan profundo y vigoroso que no deja que nada interfiera en él ni lo rebaje. De modo que tenemos que tener equilibrio, de lo contrario no podremos alcanzar jamás una altura espiritual. También nuestro amor tiene que ver con los grados de la vida sentimental.

—¿Cuáles son, padre?

—Los conocerás en nuestra vida. Allí vuelves a encontrar los miles de

mundos materiales en los que fuimos acumulando nuestras vivencias, los tres primeros grados en el universo, o sea los sistemas planetarios en los que vivíamos. En todos esos mundos todavía no poseíamos amor, pero aun así tenemos que poder regresar allí en sentimientos, porque de lo contrario no seremos capaces de intuir la otra vida. Para no extenderme: cada acto que complete el ser a nuestro lado lo aceptamos en amor, ¡porque todo lo que hace este mundo es bueno!

—Pero eso no es posible en la tierra, ¿no es así, padre?

—Pues allí ya tienes entonces un trastorno, Theo. Es absolutamente necesario aceptar al ser humano a nuestro lado en todo lo que haga. Actúa según su grado de sentimiento. Tenemos que elevarlo. Así que jamás nos está permitido castigar un acto equivocado respondiendo con dureza.

—Para asimilar eso hace falta por lo menos una vida entera, padre.

—Lo has sentido bien, Theo, así es. Pero quien lo quiera de verdad puede capacitarse en ello. Para eso también hace falta sabiduría vital. La adquirimos pensando. Aprender a pensar es el cometido de todo ser humano que quiera alcanzar altura espiritual. Ya dije que por medio del ser humano a nuestro lado vamos a parar directamente a Dios y a Su divina creación. Así que tenemos que seguirlo en su pensar, sentir y actuar. Así descenderemos en su alma y lo conoceremos. Así, pensando, crecemos en conciencia, pero también en amor. Así, y solo así, podemos hacer la transición en el amor entre gemelos y vivir conscientemente en él.

Ya lo ves, Theo, tenemos que soltar por completo el sentir y pensar terrenales. Las almas que de este lado siguen sintonizadas terrenalmente se encuentran ante la tarea de deponer estos sentimientos. Para ello descienden en los infiernos y allí aportan ayuda. Hay otras que hacen lo mismo en la tierra. Y aún otros vuelven a nacer en la tierra, donde consiguen deponer sus sentimientos materiales y donde aprenden a vivir la vida de manera espiritual.

—Experimentan entonces las cosas y viven como usted en la tierra, ¿es eso lo que quiere decir?

—Algo así, Theo.

—Creo que le comprendo. Cuando usted vivió su última vida en la tierra ya albergaba usted los buenos sentimientos. Y Angélica lo ayudó más para que asimilara la conciencia espiritual.

—Es un ejemplo entre muchos, Theo. Una vez desprendido de la tierra pude entrar en la conciencia superior. Nuestra felicidad es entonces tan intensa, hijo mío, que deseamos compartirla con todo ser humano. Es la razón por la que repito una y otra vez: “Hombre de la tierra, despréndete del sentir y pensar terrenales y trabaja duro en ti mismo para asimilar una conciencia más elevada y espiritual. Dios te ofrece esa oportunidad, pues aprovéchala. Te espera una felicidad celestial. Quien aprenda a sintonizarse espiritual-

mente y siga los grados de los sentimientos de la vida experimentará poco a poco que le va entrando profundidad y amor y comprensión.

Dios quiere que amemos Su vida. Pero ¿cómo se puede aprender a amar? Ya dije que quien siga mis palabras y tenga disposición de entregarse por completo llegará algún día al punto en que diga: Amo todo lo que vive.

Para ello es necesario que nuestros sentimientos se desprendan de la materia. Nunca podrá darse la unión espiritual entre hombre y mujer si nuestros pensamientos y sentimientos solo se centran en el cuerpo material y si vemos al ser humano a nuestro lado como nuestra posesión terrenal. Quien vaya por el camino astral, en cambio, siempre busca la vida interior, el alma. Entonces apenas ya se producirán trastornos, porque estos los encajaremos con nuestro gran amor.

Nuestro amor hará entonces la transición al espacio, lo cual significa que quiere seguir la vida divina tal como nos la enseñó una vez Cristo. Quien vea la chispa divina en la vida a nuestro lado —ya lo dije— desconocerá la incompreensión. Y el respeto hace que no se realice ningún acto que pueda interferir la otra vida. Nuestro amor nos conduce a Dios. Queremos hacer todo lo posible para llegar a conocer y comprender Su vida. Porque somos conscientes de que esta es la única posibilidad para poder despertar espiritualmente y asimilar el amor verdadero.

Todo lo que decía papá era igual de maravilloso. Cuántas cosas podían decirse sobre el amor. Qué poderosamente era vivido este de este lado. ¿Qué ser humano en la tierra amaba de esa manera?

—Sí, Theo, y sin embargo es así. Sin duda que en la tierra viven personas que tocan este amor. Unas más, otras menos. En el amor también hay grados, o sea, mundos de sentimiento y pensamiento.

—Qué poco siento eso aún, padre.

—¿No te dije ya que en ti hay otros pensamientos?

—En realidad, ¿qué sentimiento alberga usted? ¿Quisiera decírmelo?

—Tú aún no estás sintonizado con eso, hijo mío, de lo contrario lo habrías sabido. El hombre en la tierra dice: Amo. Conforme sean sus sentimientos y pensamientos ama a una persona, a personas. ¿Qué es lo que ama en esas personas? ¿Las ama del todo? ¿También ama sus errores? ¿Las ama material o espiritualmente? Mira, Theo, la respuesta a estas preguntas muestra el grado, la profundidad, de su amor, indica si realmente se trata de amor.

¿Cómo es nuestro amor? ¿Qué sentimos? Nosotros, con nuestra conciencia espiritual, sentimos en el ser que amamos la vida, el espacio, la creación, a Dios. Es el alma la que sentimos. Sabemos que estamos completamente unidos a ella. Todos nuestros rasgos tocan los de la otra persona, no hay nada que moleste. Hemos asimilado ese grado de sentimiento y pensamiento. En esos grados de nuestra vida de los sentimientos vuelve a hablar el espacio en

el que estuvimos viviendo. Si nuestra conciencia alberga estos grados y la otra vida los siente, entonces tocamos nuestros respectivos subconscientes, y después podemos pasar a una profunda unión cósmica.

También regresamos entonces por medio de nuestro amor al primer estadio de todos en la creación. También allí éramos uno. Dios conectó entonces nuestras vidas. De modo que nuestro amor está conectado con aquel. Pues cuanto más profundamente podamos sentir y pensar, penetraremos a mayor profundidad en esos primeros estadios. Entonces nos sentimos portados por Dios. Nos sentimos acogidos en Su mundo de los sentimientos y a Él lo llegamos a conocer como padre y madre.

Una vez que hayamos llegado tan lejos en sentimiento seremos cósmicamente profundos. Entonces seremos verdaderamente almas gemelas y estaremos preparados para entrar más y más profundamente en el plan divino.

Nos iremos elevando sirviendo y viviendo hasta que podamos entrar en la cuarta esfera. Porque nuestro amor nos impulsa y nos anima a soltar por completo el mundo inmediato de los sentimientos terrenales —las tres primeras esferas también forman parte de él— y a aceptar la vida directa espiritual. En la cuarta esfera, y en las siguientes, nos preparamos para las regiones mentales de las que durante el camino ya oíste hablar a Angélica. Forman parte del estadio cósmico en un planeta material. Allí, las almas volvemos a nacer como hombre y mujer, y vivimos la creación como seres humanos materiales, pero albergando en nuestro interior amor cósmico y profundidad. La felicidad que se nos concede vivir entonces es imponente e indescriptible.

Es allí a donde nos conduce nuestro amor. Me preguntas lo que sentimos nosotros. ¿Lo comprendes ahora un poco? En nosotros arde un fuego de amor. La felicidad nos acompaña a cada paso que demos, porque a nuestro lado y dentro de nosotros vive nuestra alma, vive el ser que en el principio nos fue asignado y que estará con nosotros para toda la eternidad. Al unísono, al servicio de Dios y del prójimo, vivimos los cielos, viajamos por el espacio de Dios y asimilamos Sus sagradas leyes. ¡Es Dios mismo quien nos interna en ellas y seguimos Su vida, Su amor y Su felicidad! (—dijo).

Papá miraba el espacio con el rostro levantado y los ojos radiantes. Calló durante un rato, se quedó con la mirada extraviada, siempre apabullado por una felicidad cuya hondura yo solo podía intuir. Me faltaban las palabras. ¿Era este mi padre? Ahora me daba cuenta de la distancia que mediaba entre nosotros. Me quedaba mucho por asimilar si quería poder hablar como él. Igual que yo, el hombre en la tierra podía determinar ahora por sí mismo la profundidad del amor que poseía, y si este estaba sintonizado terrenal o bien espiritualmente.

—Así es —respondió papá a este pensamiento silencioso—. Pero algún día todos, sin excepción, alcanzarán esta profundidad espiritual en el amor. Todo



animal desea amor. ¿Acaso son diferentes los seres humanos? Cada hombre alberga el afán de dar amor, de poseerlo. Pero el hombre aún se pierde, sus rasgos equivocados lo apartan del buen camino. Todavía desconoce el verdadero amor, al igual que desconoce cómo debería asimilarlo. Pero algún día la humanidad alcanzará el punto en que viva de forma espiritual e inmaculada. Entonces el hombre y la mujer, los amigos y los desconocidos estarán unidos por verdaderos sentimientos. Entonces poseerán la conciencia espiritual, por la que aprenderán a sentir y pensar de un modo más profundo. Sus corazones abrigarán felicidad y calor, su actitud vendrá determinada por un sagrado respeto y adoración.

—Todo es milagroso, padre. Que Dios quiera que suceda pronto.

—Así es, Theo, pero cada cosa a su tiempo. El hombre no se puede saltar ni un paso en las leyes de Dios. Así que la humanidad tendrá que asimilar mucho, muchísimo; tendrá que deponer mucho mal e incompreensión antes de que se vaya elevando hasta un estadio más alto, completamente espiritual. Así que ahora solo a una minoría en la tierra le está reservado amar de forma verdaderamente espiritual. Y lo pasan mal con toda su felicidad, sin duda que han de disponer de una fuerza increíble para seguir siendo ellos mismos en medio de un mundo que no comprende este amor en su hondura y naturalidad.

También en otro aspecto no lo tienen fácil. Nosotros, en nuestra vida astral, ya no tenemos interferencias, pero eso no es así en la tierra, en plena vida material. La materia nos arranca continuamente de nuestro pensar y sentir espirituales. Y eso es muy natural. Solo comiendo paso a funcionar materialmente, lo cual repercute en el alma. Solo cuando me haya construido una fuerte concentración, por lo que la comida ya no me hará nada, conseguiré una sintonización espiritual duradera. Pero si el ser a mi lado no es capaz de ello, entonces echaré en falta en él el sentimiento necesario y la intuición natural, por lo que tendremos que abandonar nuestra conexión al cien por cien. Si esto lo comprendes bien, sentirás que la vida material tendrá que ser vencida por completo. Ya serás consciente de que solo hay muy pocos que son capaces de ello, y es frecuente que tengan dones espirituales que los conectan con el espacio. De modo que podríamos considerar como un milagro poseer este amor, esta conciencia en la tierra. Pero quien lo posee es terrenal y material, tiene conciencia espiritual y cósmica, conoce un amor que es espacial. Estas personas, Theo, reciben el mayor regalo que Dios tiene para dar a Sus hijos. Su amor es poderoso. A cada ser humano le es posible asimilarlo, y como ya se ha dicho, cada cual llegará a ese punto si empieza a deponer seriamente sus deseos y sentimientos materiales (—dijo).

Tendría que ser muy difícil, pensé, separarse de esos sentimientos terrenales. Y sin embargo eran un impedimento para llegar más alto, eso también

yo lo sentía. ¿Cómo podías de verdad escalar espiritualmente si tus pensamientos y deseos te hacían recaer una y otra vez hacia la tierra? Estuviste en la primera esfera ante esos hechos; por eso, antes que nada, tuviste que intentar soltarte de todos los sentimientos cargados de materia.

—Ni un alma puede eludir esto, Theo —prosiguió papá mientras adoptaba mis pensamientos—. Tenemos que despegarnos de la tierra o los grados superiores de conciencia seguirán siéndonos inalcanzables. Entonces la segunda esfera nos bloquearía el paso.

—¿Hay todavía aquí en la primera esfera almas, padre, a las que haya que animar a que empiecen a hacerlo?

—Estas personas también viven aquí. No todos los millones de almas de aquí están preparadas para comenzar. Te encontrarás con ellas, Theo. Muchas piensan y meditan desde hace mucho tiempo y aun así no logran empezar.

—¿Y estas almas forman sin embargo parte de la primera esfera?

—Sin duda. En la tierra llevaban una vida buena y sincera, y sintonizaban con uno de nuestros grados espirituales. Pero tienen que aceptar que aún no poseen una conciencia para los grados más elevados en nuestra vida. A su interior le falta haber avanzado lo suficiente como para querer conocer el espacio. Para prepararte para eso se te exige todo. A estas almas les falta la necesaria animación; caminan y piensan, pero no llegan a lo que es servir directamente, lo cual nos permite entrar en una sintonización más elevada. Puedes compararlas con los seres en la tierra que siendo parte de la sociedad carecen de sentimientos para encumbrarse hasta una posición más elevada.

—Y cuando por fin sí lleguen hasta allí, entonces ¿qué harán?

—Estas personas despertarán tarde o temprano. Normalmente, después regresan a la tierra, porque está preparada para ellas.

—¿Qué significa esto, padre?

—Quiero decir con esto que Dios nos brindó a través de la vida material en la tierra innumerables posibilidades para llegar a despertar. Eso no es tan sencillo en la vida de este lado. Pero en la tierra la vida material está organizada a ese fin y nos ofrece miles de oportunidades para servir a la vida de Dios. Eso aquí solo puede producirse a base de las fuerzas propias, por nuestra sabiduría, el conocimiento de nuestra vida. ¿Cómo íbamos a poder ayudar a personas inconscientes si nosotros mismos careciéramos de conocimientos?

Para poder acoger a las almas en este mundo, para ayudarlas a seguir, tenemos que formarnos en las leyes. Esto aquí solo puede hacerse en las esferas tenebrosas. Ayudando allí a la vida que quiera comenzar otra más elevada, nos es posible a nosotros mismos alcanzar un estado más elevado. Pero ¿cuántas más oportunidades ofrece la tierra para eso?

Déjame darte un ejemplo. Si una madre quiere obtener la conciencia en la

maternidad, o sea, en el amor maternal, tiene que volver a la tierra. Esta le ofrece esa oportunidad. Cuando camines por aquí podrás encontrarte con miles de madres que quieren experimentar algo así para asimilar el amor superior.

Tú albergas el deseo de ir a hacer algo por la ciencia. Regresando a la tierra recibirás esa oportunidad. Allí podrás trabajar y servir y asimilar la vida superior de los sentimientos. Oh, hay tantas cosas que se pueden alcanzar en la vida terrenal. Allí a muchos se les pasa la vida inconscientemente. Otros, en cambio, adquieren un enorme caudal de sentimientos y conocimientos espirituales, y cuando entran aquí pueden admirar la catedral que ellos mismos fueron construyendo piedra a piedra con sus actos en la tierra.

—Tengo un ardiente deseo de volver a la tierra, ¿me cree, padre?

—Pide a Dios que te conceda poder entrar en Su sagrada meditación. Mientras trabajes aquí prepárate lo mejor posible para tu tarea en la tierra. Aún pasarán muchos años antes de que se te sean dadas estas leyes. Y eso está claro, porque primero tienes que conocer las leyes en esta vida. Tendrás que saber sobre cómo surgió la creación, tendrás que sentir y comprender todos los grados cósmicos, porque de lo contrario tu conciencia en la tierra no tocaría nuestra vida.

—¿Y estarán todos esos conocimientos todavía en mí cuando regrese a la tierra?

—Allí podrás comprobar que no se habrá perdido nada de este mundo de los sentimientos que adquiriste. Pero sí quedará sumergido nuestro mundo para ti, se te hará invisible, pero tus sentimientos permanecerán.

—Pero ¿no es eso una gran pena, padre?

—¿Qué significa que sea una pena, Theo, cuando eres consciente? Porque cuando eres espiritualmente consciente sí puedes ver y sentir nuestro mundo, ¿no es así? Con eso basta. Cuando naces en la tierra los conocimientos procedentes de nuestro mundo se disuelven por completo, porque la vida terrenal requiere todas tus fuerzas. Pero gracias a tus sentimientos será factible que cuando allí tengas que hacer un gran trabajo te llegue ayuda desde este lado.

—¿No vivió usted eso también, padre?

—Sí, sí, en mi penúltima vida en la tierra. Entonces volví allí desde este mundo y se me concedió volver a encontrarme con Angélica.

—Y en su última vida regresó usted a la tierra para enmendar cosas con mamá.

—No solo por eso, también para liberarme por completo de la tierra y poder entrar por tanto a la vida eterna en libertad y sin ataduras. Había una ley que quería que yo viviera esa vida. Angélica tuvo que aceptarlo y esperar. Cuando terminé en la tierra pude morir. Es la explicación de por qué morí tan pronto.

—¿Está vinculado a eso el morir, padre?

—Así es, hijo mío. Si he de hacer una tarea que abarca mucho, que requiere toda una vida, entonces se me asignan los años con generosidad. Entonces no moriré antes de haber podido concluir mi trabajo.

—¿En manos de quién está eso? De Dios, ¿verdad?

—Es el propio ser humano quien tiene esas leyes en sus manos. Pasan a nuestras manos cuando estamos interiormente preparados. Cada hombre llega a ese punto algún día. Porque ¿no es la voluntad de Dios que nos hagamos conscientes en Su vida, que asimilemos Su vida? Pues bien, nosotros y las leyes actuamos entonces conforme a los sentimientos que alberguemos. Es algo que viven esas almas que han llegado a la última de sus vidas, en la que tienen algo que hacer para la tierra.

—¿Y tuvo usted alguna vez una importante tarea para la tierra?

—Sí, también viví esa vida, eso fue cuatro vidas atrás.

—Pero ¿cómo es que sabe todas estas cosas, padre, de dónde consigue esta sabiduría?

—Pude asimilarla en numerosas vidas entre todos los pueblos de la tierra. En todas esas vidas hice algo por la humanidad y fue así que me entró esa sintonización más elevada. Además, de este lado se me mostraron mis vidas.

—Pero entonces, padre, será usted muy mayor, ¿no?

—Tú también lo eres, Theo. Quien vive en esta esfera, o en la tierra, ha recorrido un camino cósmico.

—Y ¿qué significa eso, padre?

—Que hemos vivido millones de veces.

—Pero eso, padre, es algo que no se sabe en la tierra, ¿no?

—No, todas las personas aún no. Pero tú mismo, Theo, ¿no has leído sobre esto en la tierra? (—preguntó).

Sí, se lo tuve que admitir a papá. No había pensado en esto para nada.

—Esto también tiene fácil explicación, Theo. Ese pensar y sentir sigue sin ser algo que poseas. Una cosa es que antes leyeras mucho sobre ello, pero eso no basta para que poseas las leyes. Solo leyendo no vas a despertar aquí, solo es posible por medio de la vida. Todos nosotros hicimos aquí ese largo viaje y fuimos, como ya te dije, de planeta en planeta. Así fuimos asimilando las leyes y así ya nadie puede despojarnos de lo que sabemos de ellas.

Así que será necesario que tú hagas aquí el mismo largo viaje. Solo entonces estarás preparado para tu tarea en la tierra. Es una gloriosa gracia si tus maestros te mandan de vuelta a la tierra para serle útil allí a la humanidad. Eso lo he vivido en tres vidas sucesivas, hice mis enmiendas en ellas, y aporté sabiduría espiritual y belleza a la tierra.

—¿Usted conoce esas vidas exactamente, padre?

—Sí, hijo mío, las conozco.

—¿Estaba Angélica al corriente?

—En dos vidas fue mi animación para la tierra.

—¿Todo eso lo sabe usted? Pero ¿a dónde es que me lleva usted?

—Esto tiene empezar a tomar conciencia en ti, Theo. En esta esfera nosotros podemos ver nuestras vidas, ya te lo dije. Es posible gracias a la ayuda de los maestros. Por supuesto que solo ocurre cuando realmente hace falta, por ejemplo para alcanzar un grado superior de conciencia.

—Y ¿Angélica lo animó durante esas vidas en la tierra?

—Sí, hijo mío, entonces se me concedió vivir esa gracia divina. Naturalmente, también podrían haber sido otros seres, o sea, los maestros, dependiendo de la tarea que tuviera que hacer en la tierra. Pero dado que mi vida estaba entonces en conexión con mi alma gemela, es ella, por supuesto, quien mantiene el contacto. Fue ella quien me animó y semejante contacto es lo más hermoso y glorioso que se pueda alcanzar y recibir. Podrás seguirlo cuando más tarde tengas una visión general de tu vida como Jack. Entonces vivías entre nosotros, entre los tres ya habíamos alcanzado el amor fraternal. Después de algún tiempo Angélica hizo la transición y no mucho después se conectó conmigo y recibí de ella la animación que me dio la posibilidad de terminar mi trabajo.

—¿Había terminado Angélica entretanto sus estudios en la tierra?

—No, no en la tierra; pero aquí, de este lado, pudo conseguirlo. Entonces volvió a la tierra y desde este mundo transmitió sus conocimientos a aquellos sabios que estaban abiertos a ello. Así le resultó posible regalarle al mundo sus conocimientos sobre las fuerzas curativas que posee la naturaleza. Varios sueros que conoce ahora la ciencia en la tierra se crearon gracias a su inspiración.

—Todo se me hace igual de milagroso, padre. Y también me parece tan lógico. Me resulta más lógico que un alma que haya acumulado numerosos conocimientos busque, nada más llegar a este mundo, contacto con la tierra para regalarlos allí y ayudar a la humanidad sufriente, en lugar de que una vez que esté en su cielo se olvide de sus conocimientos arduamente adquiridos y de la tierra y haga como si ya no existieran personas enfermas. Qué grande es Dios, padre, por crear esa oportunidad de hacerlo. ¡Y cuánto más rico y hermoso resulta ser el cielo de lo que la gente imagina!

Y después de una breve reflexión continué:

—¿Podría contarme algo más sobre el significado de su última vida en la tierra, padre? En el fondo ¿no fueron mucho más importantes las que la precedieron? Porque en aquellas usted aportó —como ya dijo— sabiduría y belleza.

—Sin duda tuvo una importancia enorme, Theo, pero en ese caso sobre todo para mí mismo. Fue precisamente en esa vida —como ya te dije—

cuando me desprendí por completo de los sentimientos terrenales. ¡Allí en la tierra obtuve nada menos que la conciencia del espíritu! Además de eso me enmendé ante mamá, como sabes. Y también me encontré en nuestra casa de Ámsterdam un alma por la que mi última vida adquirió igualmente significado.

—Y ¿quién fue? —pregunté muy asombrado.

—Todo en nuestra vida tiene sentido, Theo. Yo tenía que nacer en Ámsterdam, como fuera. Allí viviría una simple vida terrenal. ¿Y no fue así? De ese modo me fue posible llegar a conocer las leyes astrales. A saber, por aquel que allí aún sigue encadenado a su propia vida.

—¿El suicida? ¿Se refiere a él?

—A él me refiero, Theo. En una de mis vidas fue mi padre. En esa vida sucumbió.

—Pero ¿hasta dónde llegan las leyes espirituales?

—Hasta el infinito, hijo mío.

—¿Y se enmendó usted entonces ante él?

—Estoy completamente desprendido de él. Pero después, cuando llegue a despertar, lo ayudaré desde este mundo. Y para eso Angélica volverá a ayudarme.

—¿Por qué no habló entonces para nada Angélica de él?

—De todas formas no habríamos comprendido nada.

—¿Tan complicada es la vida de él?

—Como la tuya, la mía y la de cualquier alma. Nuestras vidas son espaciales, tienen una profundidad cósmica, porque tenemos que ver con miles de vidas. Y todo lo que allí se hace tiene que ser enmendado.

—Así que si usted tuviera que haber vivido otra vida, padre, quizá jamás habría vuelto allí.

—Ahora estás empezando a sentir mi vida. Así es. Si hubiera vuelto a ser un sabio, por ejemplo, entonces las leyes me habrían conducido a un lugar muy diferente. Entonces jamás podría haber asimilado los tesoros que ahora se convirtieron en posesión mía. Y tampoco podría haber hecho nada para él.

—¿Fue por ese motivo también que celebrábamos las sesiones?

—Precisamente por él, y por otros motivos más. En primer lugar para despertar su vida y establecer contacto con él, después por mamá y, finalmente, por ti y por mí mismo. Principalmente, sin embargo, por aquella alma, porque tiene que volver a la vida.

—¿Tomará mucho tiempo todavía, padre?

—Años, pero entonces lo conseguiremos. Tienes que ver su estado de esta forma: vive en lo consciente y lo inconsciente, cada vez toca la realidad y luego vuelve a olvidarse de ella.

—Pero todo lo que dijo entonces fueron majaderías, ¿no es así, padre?

—No todo. Él tuvo que ver con las personas de las que habló, porque de lo contrario no habría podido hablar de ellas.

—¿Así que luego lo va a ayudar otra vez desde este mundo?

—Sí, Theo. En la tierra eso no es posible.

—¿Qué saben las personas en la tierra de todo esto, padre? En el fondo nada.

—Así es. No toda la humanidad sabe todavía por qué recibe la vida de Dios. ¿Por qué venimos a la tierra? ¿Por qué nos encontramos allí con estas y aquellas personas?

Pero llegará el día en que el ser humano volverá a ver sus vidas y sentirá gratitud por la vasta gracia que Dios le concedió una y otra vez. Recibimos nuestras vidas para adquirir experiencia en ellas, para combatir nuestros rasgos equivocados y para enmendar los males cometidos. Y las últimas tres vidas que se nos asignan sirven para que encontremos el equilibrio espiritual. Entonces nos recuperamos de todo lo imponente que hayamos vivido y asimilamos la conciencia más elevada. ¿Sientes el orden en esto?

—Lo comprendo, padre, pero quiero seguir reflexionando mucho tiempo sobre estas cosas poderosas. ¿De modo que ahora, padre, puede considerarse a sí mismo espiritualmente consciente?

—Sí, hijo mío, se me concedió asimilarlo. Comencé con ello en vidas anteriores y en mi última vida pude hacer la transición en ella.

—Si lo comprendo todo bien, padre, ya estuvo usted varias veces de este lado para regresar desde aquí a la tierra.

—Así ha sido. Dios me dio esta gracia. A Angélica se le concedió vivirlo, y con nosotros a millones de personas más.

—Pero ¿tan fácil es entonces recibir la vida en la tierra?

—Si estamos trabajando en nuestra conciencia, si queremos servir y abrigamos el deseo de trabajar en la tierra, entonces despertamos una ley, y esta incluso antecede a todas las demás.

—¿Es por Dios, padre?

—Por las leyes cósmicas del bien y del mal, Theo.

—¿A dónde me conduce esto ahora, padre?

—Te lo explicaré. La ley que despertamos nos reenvía a la tierra, en concreto para mantener allí en equilibrio la balanza del bien y del mal. Esta ley es tan importante y por eso se cumple antes que todas las demás, porque — como ya sentirás — pocas cosas saldrían bien en la tierra, o incluso ninguna, si allí no vivieran los grados superiores de conciencia. ¿Sientes lo que significa esto?

—Si lo comprendo bien, el asunto es que si yo quiero el bien y otra persona quiere el mal, ¿la precedo y recibo allí la vida?

—Sí que tocas la realidad, pero no del todo. A las almas sintonizadas con

las tinieblas no les corresponde querer nada: tienen que volver. Es lo que exige su sintonización. ¿Cómo iban a querer elevarse, avanzar, si se les privara de la vida en la tierra? Pero ¿qué sucedería si estas almas tenebrosas empezaran a predominar en la tierra?

—¿Así que Dios hace que haya un equilibrio?

—Sí, por Él hacemos la transición a las leyes de la vida y la muerte. Entonces recibimos una tarea en la tierra y pronto somos atraídos hasta allí.

—Pero sobre esto no leí nada en la tierra, ¿no es así, padre?

—No, allí aún no está esa sabiduría. No sería comprendida allí, porque afecta a las leyes cósmicas. Pero yo llegaré a la tierra, serán los propios maestros quienes la llevarán allí.

—O sea, para la nueva era que ahora se avecina.

—Para eso, hijo mío, y cada uno de nosotros en las esferas está dispuesto a entregarse por completo con ese fin.

—Yo también quiero trabajar, padre, ayudar a los maestros en su tarea. Pero entonces seguramente tendré que aprender mucho todavía, ¿no?

—Sin duda, hijo mío, pero llegarás a ese punto. Empieza sin preocuparte por eso, así luego estarás preparado cuando recibas las leyes para tu tarea. Pero primero tendrás que hacer trabajo para Angélica y su maestro.

—¿Yo, padre? —pregunté sin comprender todavía.

—Ya lo sabes, piénsalo, ya verás. Se te concede contar sobre tu vida por medio de un instrumento terrenal. Obtienes esta gracia por medio de Angélica. Ella tiene conexión con el maestro del instrumento, el maestro cuya tarea es llevar la conciencia espiritual a la tierra. En una vida anterior fue hermana de él. Ya lo viviste, porque en la tierra ya estuvimos conectados con este instrumento, ¿verdad? Recibiste esta gracia en el instante en que estuviste disponible y te abriste para mí y Angélica. Más tarde tendrás que contar todo sobre tu vida. Habrá muchos que despierten por ella, y esa es la intención de los maestros. Tu vida afecta a varias leyes, contiene muchas cosas que tienen significado para el hombre que busca.

Cuando en breve estés listo para tu esfera, es decir, cuando te haya acogido la primera esfera, cuando conozcas tu propio estado y lo hayas aceptado conscientemente, cuando Annie haya sido despertada, entonces se te concederá comenzar con esa tarea. Angélica y yo te ayudaremos con ella. Así que no te preocupes. Además, ya viviste su sencillez.

—No tengo palabras para ello, padre. Es el mayor regalo que Dios puede darme. Prometo hacer todo lo posible.

—Si crees que aún debes hacer preguntas, prepárate entonces y házmelas. Ahora todavía es posible.

—¿Es que tiene que irse?

—Si quieres, aún podemos seguir hablando durante meses y tratar pre-



guntas, pero después he de continuar.

—¿Ya no me ayudará entonces, padre?

—Sin duda que sí, pero con nuestra sintonización. Lo vivirás (—dijo).

Reflexioné sobre todas las cosas que había dicho papá. Se me fueron sucediendo las imágenes velozmente. Se me venían como por sí solas, sin trastorno alguno. Esto tenía que tener un significado y reaccioné ante la imagen que se me apareció ahora.

—Veo a Liesje, padre, ¿qué tengo que hacer por ella?

—No hace falta que hagas nada por ella, Theo. Liesje es consciente. No necesita tu ayuda. La recibe de otros que a su vez tienen que ver con ella.

—¿Volverá esta alma de nuevo a la tierra, padre? ¿No fue interrumpida su vida de golpe?

—Ella vivió su vida. Lo que tenía que recibir lo recibí.

—El accidente, ¿fue ese su propósito al ir a la tierra?

—¿Te olvidaste de tu propia vida? ¿Para qué volviste tú?

—¿Cómo es posible, padre? Así es. ¿Y Liesje?

—Vivió en la tierra los grados materiales de la conciencia para la madre. Allí asimiló ese desarrollo material para la vida del alma. Fue por esto que volvió a la tierra.

—¿Es ese el sentimiento de poseer allí el cuerpo maternal?

—Quiso vivir allí conscientemente el nacimiento y la muerte. Y así sucedió, lo cual la hizo más madura. En la tierra no conociste a tu propio hijo, pero allí es así, nadie se conoce a sí mismo, ¿cómo va entonces a conocer a otra persona?

—Y Liesje, ¿también volverá a la tierra, padre?

—No, ella continuará de este lado.

—¿Por qué me siento ya del todo libre de ella y ya no la veo como mi hija?

—Debido a que asimilas otra conciencia en la que vives, igual que ella ahora, así cambia el interior de ambos, igual que el suyo, y de este modo se disuelve el vínculo terrenal (—dijo).

Comprendí a papá por completo. En efecto, yo albergaba esos sentimientos. Me venían nuevas imágenes. Volví a sintonizarme con nuestra conversación y me cercioré de que había comprendido todo. Tenía que comprenderlo todo o habría lagunas.

—¿Liesje también se ha liberado de su mamá, padre?

—Con su madre aún conservará una conexión durante un tiempo. Ella la ayudará. Una vez que haya terminado con esta tarea, podrá empezar una nueva para intentar asimilar la conciencia más elevada.

—Lo comprendo, padre. Quisiera que me aclarara todavía lo siguiente: El hombre en la tierra, ¿cómo debe intentar adquirir esta conciencia en el espíritu?

—Puede hacerse de varias maneras, Theo. Tus pensamientos son: ¿Cómo nos desprendemos en la tierra de la vida material y cómo ganamos ya allí posesiones espirituales para que se nos abran las esferas de luz?

—Eso quiero decir, padre.

—Para poder entrar en la vida aquí y desprenderse de la vida material es necesario seguir la doctrina de Cristo. No me malinterpretes: no es preciso que allí nos convirtamos en santos, basta con que sigamos sincera y naturalmente lo que nos mandó hacer durante Su paso por la tierra.

—Padre —dije, expresando los pensamientos que ahora se me pasaban por la cabeza—, si lo comprendo bien, aquí en la tierra en el fondo nos preparamos para el amor entre gemelos.

—En la tierra hemos de intentar ganar en amor, Theo. Esa es la razón de que la vida terrenal tenga un significado cósmico. Recibimos la vida de Dios solo para aprender a amar. Perfeccionándonos en el amor asimilamos a la vez Sus sagradas leyes. Por eso es bueno aspirar ya en la tierra a dar y poseer el amor, porque entonces de este lado ya no será necesario aprender a hacerlo. Si Annie hubiera poseído más sensibilidad por la vida de Dios, entonces habría entrado aquí, igual que tú y Liesje, y podríamos haberla saludado todos en nuestra felicidad. Entonces habríamos estado completamente conectados, aquí habríamos vivido juntos la felicidad durante un tiempo, para comenzar cada uno después su propia tarea para la conciencia más elevada. Pero ahora, por su falta de verdadero amor se ve desplazada a la tierra crepuscular, fría y sombría.

Ya te dije que si en la tierra seguimos los mandamientos de Cristo, estaremos directamente encaminados a las esferas de luz. Tenemos que meditar allí sobre Su amor. Él amó verdaderamente y así lo mostró en cada ocasión. Respaldó Su amor con toda Su personalidad. Y en la tierra ¿qué ser humano puede decir eso? ¿Cuál de Sus seguidores, a quienes ya se les acaba el amor cuando se encuentran ante alguien que no comparta su fe?

Las mentiras y los engaños, el rencor y la hipocresía: nos apartan del camino del amor. Cristo no nos pide que profesemos nuestro amor en el templo, *lo que Él exige de nosotros es que estando en la plena vida demos amor.*

Una y otra vez tenemos que meditar sobre el amor. Antes que nada tenemos que hacerlo en nuestro matrimonio. Porque este nos une con el espacio y nos hace sentir —sobre todo a la madre— los latidos del corazón de Dios. ¿Qué ser humano ha visto alguna vez el matrimonio y la maternidad con este trasfondo? Y sin embargo, al hacerlo se nos va abriendo el corazón por el respeto, la deferencia, el amor. El matrimonio es sagrado y quien lo mancille se mancilla a sí mismo y la creación, ¡mancilla a Dios! Pero quien se prepare para el matrimonio, quien se afane por elevarlo y hacerlo más sagrado, experimentará que también crecerá en amor. ¿Y así lo quiere Dios, así lo quiere

Cristo!

Ambas partes en el matrimonio tienen que tener esa voluntad, o si no será un fracaso. Todo tiene que cuadrar, no puede producirse incomprensión ni rudeza, o se producirán grietas que ya no se podrán sellar.

Quien se prepare para el matrimonio, también lo hará para el amor fraterno y, finalmente, para el amor entre gemelos. Porque ¿quién puede decir verdaderamente “amo la humanidad” si ni siquiera es capaz de vivir en paz con el ser a su lado?

Quien quiera crecer en el amor empieza por hacerse útil. Solo sirviendo, entregándonos por completo, se fueron poblando las esferas de luz y el Omnigrado. Solo sirviendo fue posible que la vida del alma regresara a Dios.

En los cielos de nuestro lado cada alma pretende ser servicial, cada una trabaja y sirve sin cesar. Si esto también ocurriera alguna vez en la tierra, ¿no crees que se convertiría en un cielo?

Y cuanto más trabajemos, cuanto más nos demos, tanta más felicidad recibiremos nosotros mismos. Porque esta es la gran ley en las esferas: todo lo que hagamos por los demás revertirá a nosotros mismos. La realidad es que no podemos hacer nada por los demás, todo lo hacemos por nosotros mismos. ¡Piensa bien, Theo, cómo lo quiero decir, comprendeme bien!

¿Aciertas a ver, Theo, que actuando y pensando así tienes que ganar en amor? ¿No lo enseñaba así ya Cristo? Pero ¿cuántas personas lo comprendían a Él o seguían Sus palabras al pie de la letra?

Si quieres aprender a amar verdaderamente, sintonízate entonces con todo esto y cuando entonces haya penetrado en la vida de tus sentimientos todo lo que te dije, poseerás más tarde la felicidad sagrada, si se te concede volver a vivir el matrimonio en la tierra. Entonces sabrás cómo tienes que edificar el matrimonio, cómo procesar la felicidad. Ama entonces a quien esté a tu lado, sírvela y elévala entonces como el alma que te da lo más poderoso de lo que te puede dar. Dios te lo recompensará.

—¿Sabe usted entonces si allí volveré a ser un creador?

—Esa pregunta la puse yo en ti, hijo mío. Mientras pensabas quería que me hicieras esa pregunta. Esta profundidad no puede estar en ti si no posees la conciencia cósmica. Pero la pregunta tiene que ver con tu vida. La respuesta es: ahora que eres consciente en la primera esfera como ser creador, también seguirás como creador.

—El alma con la que me encuentre allí ¿será como yo, padre? ¿Sentirá igual?

—Te encontrarás con el ser que allí será relevante para ti, pero como madre, y también lo será para tu vida aquí. Esta alma tiene que ver contigo, aunque entres en una vida que es para llegar a un equilibrio espiritual. Intenta darte cuenta del significado pleno de mis palabras a través de la reflexión.

—Pero, padre, ¿tan seguro es, pues, que allí contraeré matrimonio?

—Ahora que ese amor está en ti, Theo, poseerás allí el deseo por el matrimonio. Todos los que han asimilado esta conciencia se buscan en esa vida el compañero, el ser que dé sentido a la existencia. Entonces te creas tu propio mundo, pero este estará orientado por completo al nuestro. Y lo que te impulsa a crear de esa manera es el deseo de crecer en el amor. Es obedecer una ley que Dios mismo instauró y que dice: Vivirás todos los grados para la vida humana para así poder entrar en el amor entre gemelos.

—Así que si lo he comprendido bien, padre, ¿es necesario poseer ese amor para poder portar luego la sabiduría más elevada?

—Si me hubieras comprendido bien, habrías sabido que nos hace falta poseerla para poder portar luego la felicidad en las esferas más elevadas.

Ya en la segunda y tercera esfera no es posible procesar esta felicidad en soledad, para ello necesitamos el apoyo de nuestra alma gemela. Ya hablé de ello.

Y si luego hacemos la transición a la sabiduría cósmica, y sentimos y pensamos como Dios lo ha pretendido y querido, ¿cómo vamos a querer procesar entonces los milagros y la felicidad sin alguien a nuestro lado que viva y sienta lo mismo que nosotros? Y una vez que seamos cósmicamente conscientes sabremos que Dios es no solo padre sino también madre. Pero ¿cómo vamos a querer ser cósmicamente conscientes y conocer y comprender a Dios como padre y madre si nosotros mismos no hemos vivido la paternidad y la maternidad?

Es para eso, por tanto, que Dios creó a nuestro lado a nuestra alma gemela, y es para eso que hace falta que asimilemos el sentimiento, la conciencia de ese amor que lo abarca todo, viviendo todos los grados de la vida humana.

En la tierra todavía es posible que hombres y mujeres se excluyan de la vida de Dios por no casarse. ¿Sientes la profundidad de eso, Theo? Repito: se excluyen de la vida de Dios, dejan de lado Sus leyes. Si me has seguido bien, sabrás por qué. Eso no es posible de este lado, tenemos que haber vivido el matrimonio, porque de lo contrario jamás podremos entrar en los grados superiores de conciencia. Tampoco estaremos entonces preparados para el amor entre gemelos. Así que mejor repasa tu propia vida, Theo.

Por eso volverás, y contigo otras miles de personas, para edificarse en la tierra un mundo de existencia espiritual.

Dios dio a cada uno de nosotros un alma gemela. Es esta el alma que nos ayuda a portar la felicidad en este mundo. Sin esa ayuda no sería posible procesar esta felicidad. Nos destruirían las fuerzas cósmicas.

Si sientes bien todo esto, también tendrá que serte claro, Theo, que la vida en la tierra es la escuela de aprendizaje adecuada para perfeccionarnos en estos estados más elevados. Quien falle en la tierra no podrá tener éxito en un

cielo. Quien aún no haya despertado ni siquiera en el amor material tiene que aceptar que la conciencia espiritual elevada le será completamente inalcanzable. Te lo vuelvo a decir una vez más: en tu desarrollo no te puedes saltar ni un solo paso. Quien no es capaz de dar amor sabe que no avanza. La mujer o el hombre que sienta aversión hacia los niños tendrá que aceptar que aún tiene que vivir el despertar en la maternidad y paternidad. Quien fracase en el matrimonio tiene que darse cuenta de que le faltan los sentimientos para el amor entre gemelos, incluso que ¡le falta el amor universal! Y así cada ser humano está ante su propio estado, así se viven en las vidas más sencillas incluso las leyes más profundas de todas. Las situaciones o tareas sociales carecen de importancia; cada vida que vivimos es útil, es necesaria, porque siempre representa las leyes divinas.

Quien en la tierra se niega a trabajar en sí mismo tampoco podrá recibir de este lado la concienciación más elevada. Estas leyes rigen para todo ser humano, y de la misma manera cada ser humano tiene que recorrer el mismo camino, que Dios y Cristo nos han indicado, ¡el camino que nos hace regresar a nuestro Creador!

Aquí papá se calló y yo también guardé silencio. Me entraron muchos pensamientos, tenía que procesarlos todos para evitar que me surgiera un caos. ¡Qué poderosa era la creación de Dios, qué poderosas eran sus leyes! ¡Poder hablar de ellas a la gente! Podría hacerlo más adelante, cuando también se me concediera volver a la tierra. A qué estadio tan feliz había llegado mi vida. Se me ocurrió que la vida está llena de gloria cuando se vive en el buen significado. Y qué poderoso sería, qué gloria tan indescriptible sería viajar luego con mi alma gemela por el espacio de Dios y conocerlo juntos. Y esa felicidad celestial le esperaba a cada ser humano, solo a condición de que hubiera aprendido a sintonizarse con la vida material y espiritual.

Pero ahora ya era hora de que me quedara claro cómo llegar tan lejos, papá se había explayado al respecto más que de sobra. Me eché, quería volver a pensar en las palabras de papá. Y al hacerlo empecé a sentir el significado colosal de la vida de los seres humanos.

Fueron pasando meses enteros según el tiempo terrenal. Pero es que entonces realmente había vivido las palabras de papá, había incorporado su sabiduría en mi alma. Al hacerlo había cerrado los ojos, porque al mirar a mi alrededor me volverían a entrar preguntas nuevas. Ahora no debía haber nada que interfiriera en mi meditación. Cuando después me puse de pie de un salto, me sentí ligero y vacío. Estaba preparado para hacerle nuevas preguntas a papá. Pero cuando miré alrededor de mí, descubrí que estaba completamente solo. No me quedé pensando mucho tiempo y decidí ir a caminar. Y se convirtió en un paseo que me reveló muchos milagros nuevos.

## La primera esfera me acoge por completo

El paseo me brindó muchas nuevas alegrías. Ahora volví a ver la vida de esta esfera de una manera muy diferente. Cuando vi todo ello por primera vez mi mirada chocaba, ahora lo penetraba. De las personas, por ejemplo, con las que me había encontrado no había visto la primera vez más que las hermosas túnicas que irradiaban luz. Pero ahora se me concedía leer en su ser interior y fui dándome cuenta de cómo era su vida y en lo que pensaban. Estas almas estaban ahora abiertas a mí. Yo también me daba por completo, podían saberlo todo de mí. Esta felicidad desconocida me brindó la nueva conciencia que había adquirido por medio de papá.

Vi otras almas que no estaban abiertas como sus hermanos y hermanas. Sentía que aún no estaban preparadas del todo para la vida aquí. Llegaron aquí tan solo hace poco, de modo que todavía tenían que empezar con esta vida. Estas almas adquirirían la conciencia de esta vida de aún otro modo que yo, dependiendo de cómo fuera su estado.

“¿Y esas son almas gemelas?” fue la pregunta que se me ocurrió cuando vi a algunas hablando en grupo. Pero al instante supe que no era así. Quienes realmente caminaban junto a su alma gemela irradiaban una misma luz, se les notaba su estado de gemelos, igual que en el caso de papá y Angélica. Solo vi unas pocas. Las demás caminaban al lado de sus hermanas y hermanos e intercambiaban pareceres. En el estado que fuera, a todo las unía un mismo sentimiento: ¡El amor!

Anhelaba que se me concediera pasear aquí con un ser espiritual a mi lado. Pero tendría que ser, pues, una madre consciente, solo ella podía ayudarme ahora a seguir avanzando.

Continué mi viaje. Aquí la naturaleza es como una mañana veraniega en la tierra. Dejé que el silencio elevado incidiera en mí. Convendría que quien quiera tener una impresión de lo sagradas que son las esferas piense que incluso este silencio apenas se puede procesar. Es tan sagrado, tan profundo...

Aquí no hay nada que interfiera en nosotros. Las flores no hacen más que estar radiantes. Los pájaros no hacen más que cantar. El agua es transparente como un cristal y ni una mota de polvo deteriora todo esto tan imaculado. Era imposible que mi pie se lastimara con alguna dureza: la tierra era mullida como el musgo. Las lágrimas de gratitud se me caían por las mejillas y no me daba vergüenza. Durante mi camino vi varias almas que daban gracias a Dios con sus lágrimas, porque no era posible hacerlo con palabras. ¡Qué posesión revelaba la primera esfera a quien la hubiera asimilado!

Aquí la atmósfera jamás cambia. Tal como la naturaleza se manifiesta en

toda su luminosidad solar, así es la realidad astral, según se me ocurrió de repente. ¿Quién me dio ese pensamiento? Me abrí por completo y me quedé esperando la explicación. Pero esta no llegaba, así que proseguí mi paseo.

Miré hacia arriba como si esperara ver el sol allí. Pero el sentimiento que me volvió a entrar me decía que el sol era parte del universo material. La luz que veía aquí era la astral, que había sido edificada por las buenas obras de las primeras almas. Quienes venían después la mantenían e incluso la intensificaban. Por lo que pude comprobar, también yo contribuía a construir esta luz. Y esto es así para cada ser humano que haga una buena obra. La luz aquí jamás puede convertirse en tinieblas, no puede haber lluvia ni niebla. Esos estados eran parte de las esferas inferiores a esta. Debido a que allí no habitaba el amor tampoco podía radiar la luz. Así les iba a las personas allí: quien no amaba se blindaba contra la luz. ¡Los mundos de este lado son como se sienta el propio hombre! Es una ley que ningún alma puede eludir.

Esos pensamientos me llevaron hasta el sentimiento de amor que unía a las almas en este cielo. Qué grande y espacioso era el sentimiento que sentía aquí todo el mundo por los demás. Ahora sentía de manera consciente en mi interior la fuerza beatífica de este amor.

Dios es amor: Sus actos están determinados por el amor. El amor también ha de determinar los nuestros. Con el amor se construyeron las esferas de luz; con el odio, los infiernos. El amor nos conduce al corazón de nuestro prójimo. El amor nos prepara para nuestra alma gemela. El amor nos hace volver a Dios. Siempre, sin excepción, es el *amor* lo que nos eleva más hacia el espacio de Dios. ¡Y quien no quiera ajustarse a ello tendrá que aceptar los infiernos como su esfera de existencia!

Qué sagrada es la vida en las esferas de luz. No hay trastornos de ningún tipo. Vuelvo a deslizar la mirada por las túnicas. Ni una es igual a las demás, todas son radiantes. Yo también estaba envuelto en una de esas túnicas. Y era como si ya me perteneciera desde hacía siglos. Mis ojos no ven más que belleza. El hombre puede tener belleza en la tierra, pero aquí es una posesión espiritual.

Los edificios en la primera esfera son de una arquitectura asombrosa. Se encuentran sobre un alto y están hechos de un mármol níveo. Cada uno de estos edificios tiene un significado propio. Por eso también varía su irradiación. Es como si esta tocara mi propia vida, porque formo parte de esta esfera.

Uno de los edificios es el que más me llama la atención. Iré andando hasta allí para intentar averiguar cuál es su significado. Pero ya al primer paso que doy lo sé. Me vuelve a surgir otra vez este pensamiento, como por sí solo: es papá, según siento, quien me ayuda ahora desde la distancia. En este edificio se estudian las enfermedades de la tierra, así como sus curaciones. Ahora

también sé que papá y Angélica están en estos momentos en este templo de la ciencia. No los molestaré y prefiero proseguir tranquilamente mi camino. Poco a poco voy adentrándome en la vida de la primera esfera; está en vías de absorberme por completo. Mi pensamiento y sentimiento también se están haciendo cada vez más profundos; los pensamientos y las imágenes me entran como por sí solos. Si pienso en un árbol o una flor entonces estos hijos de la naturaleza empiezan a hablarme al instante de su vida, permitiéndome seguirla en todas sus transiciones. Un pájaro hace lo mismo. Un edificio me cuenta para qué se construyó, qué servicio presta. La tierra que piso me dice cómo se originó. Así es como voy adentrándome cada vez más en la creación de Dios. Me siento en uno de los muchos divanes de reposo y pienso sobre las muchas cosas que me han sido reveladas.

A donde se dirija mi ojo, desde todas partes me sonrío la vida espiritual. Por los numerosos caminos que llevan a los edificios veo muchedumbres que van y vienen. Me sintonizo con ellas y me voy dando cuenta de que están perfeccionándose en un estudio u otro. Lo que impulsa a todas estas almas es el amor inmaculado y la voluntad de hacerse serviciales. Llenan su tiempo trabajando y rezando, por la necesidad de asimilar un grado superior de sentimientos. También lo hacen quienes iban paseando por allí o quienes se han echado. Mientras piensan van penetrando más y más en la creación, y así consiguen que sus sentimientos y su conciencia ganen en contenido.

Se me acercan los pájaros y se posan en mis manos y hombros. Miro a los animalitos y observo que se parecen mucho a las especies orientales que hay en la tierra. Todo lo que irradian y hacen da fe, sin embargo, de una sabiduría más grande. Estos animalitos comprenden la conciencia más elevada que vive aquí entre las almas y están completamente sintonizados con ella. Igual que nosotros los seres humanos, ellos han llegado aquí por fin, después de una larga escala evolutiva, y ahora crecen hacia el grado más elevado de la vida que su especie pueda alcanzar. Va como por sí solo. Es la naturaleza la que obliga esta vida a continuar, a regresar a Dios, que la creó.

Me levanto. Allí, no muy lejos de donde estoy, brilla un estanque. Quiero ir allí, sentarme en la orilla. Quiero pedir a esta agua que me cuente cómo se originó. Los pajaritos me acompañan, me preceden volando. Dios, qué poderosa es Su creación, no me canso de repetirlo.

El agua plateada cuenta, y yo escucho con la cabeza inclinada y las manos plegadas. Es así como la sabiduría nos llega en las esferas, es la propia vida la que nos cuenta sobre su origen y evolución.

Pensando sobre todo esto de pronto me entra un sentimiento muy diferente. Empiezo a seguirlo y los sentimientos me conducen a una vida que está emparentada con la mía. Conozco esta vida y me siento uno con la felicidad que irradia. El sentimiento va intensificándose y alzo la cabeza para mirar a



mi alrededor, creyendo que alguien se acerca. Entonces veo el rostro de mi propia hija.

—¡Liesje! —digo—, Liesje, ¿vienes a visitarme?

Se sienta a mi lado y es como si estuviéramos otra vez en la tierra, como antes, cuando nos sentábamos detrás de nuestra casita y escuchábamos nuestras historias. Y sin embargo es distinto. Allí sí que me sentía como el padre de mi hija. Aquí la siento como mi hermana. Liesje es consciente de su vida aquí. Me cuenta de ella y me habla con mucho amor de Angélica, que la ayuda en todo. Hablamos de mamá en la tierra crepuscular y sobre las posibilidades de ayudarla. Le cuento todo lo que papá me enseñó acerca del paraíso en el que estamos ahora, y enseguida compruebo cuánto ha avanzado su conciencia, porque en muchos puntos me complementa. Seguimos su vida y la mía en la tierra y entonces Liesje me dice lo que va a hacer para seguir perfeccionándose. Ya no volverá a la tierra, su vida se despidió de esta.

Cuando lo medito y me adentro en que en breve volveré a vivir entre las personas terrenales hay un momento en que me asalta la tristeza. Volveré a ser un niño, viviré el proceso de maduración, perteneceré a una mujer y quizá reciba de nuevo hijos... Pero de qué manera tan diferente viviré entonces la vida: más profunda y conscientemente. Y en ello reside el significado de la vida humana: nos crea la posibilidad de perfeccionarnos en las leyes de Dios. En una sola vida eso sería imposible. Una vida humana ya es demasiado breve para transformar un solo rasgo malo en uno bueno. ¿Y cuántos rasgos no forman parte de nuestro carácter? ¿Y podría elevarme en una sola simple vida hasta alcanzar altura en el arte, en la ciencia? ¿Puedo asimilar en una sola vida un mundo de sentimientos? ¿Podría prepararme en una sola vida para un cielo? Hay millones de leyes que gobiernan la vida de Dios, he de conocerlas todas de forma consciente: ¿Lo conseguiré en cincuenta, sesenta años?

Dios quiere que conozcamos el espacio que Él creó para nosotros. Dios quiere que lo conozcamos a Él mismo, Su sagrado Ser. Quiere que volvamos a Él como almas conscientes. Y para hacerlo posible nos concede que vivamos más de una vida en Su todopoderosa sabiduría.

¡Dios es amor! Puedo percibirlo cuando estoy sentado aquí en las esferas. A donde mire, por todas partes me llega ese amor radiante. Estoy aquí tomado de la mano con mi querida hermana. Ella fue mi hija en la tierra. Aquí, en la vida eterna, es mi hermana, porque en este mundo consciente uno no es hijo del otro, sino que todos somos iguales.

Percibo que Liesje ha venido aquí para despedirse. Una despedida por mucho tiempo. Ambos vamos a dedicarnos a una tarea propia. Así lo quiere nuestra vida aquí, así lo quiere el ser humano consciente, al ser impulsado por su imparables deseo de penetrar más profundamente en la creación de Dios. Papá y Angélica han querido estar presentes en esta despedida. Vivimos mo-

mentos felices entre los cuatro, descendemos unos en otros, de sentimiento a sentimiento llegamos a ser uno y disfrutamos del amor de los demás.

Entonces nos despedimos. Papá y Angélica vuelven al templo. Y a Liesje la veo desaparecer en el infinito, una infinitud donde conoce el camino.

Prosigo mi paseo. También esta despedida ha vuelto a ser útil. Comprendo por qué vinieron a mí y luego me dejaron solo. Había que romper el contacto, porque de lo contrario no avanzaríamos. Ahora tenemos que valernos por nosotros mismos. Aun así sé que me seguirán.

Me voy por un camino que me aleja de los edificios y que me conduce al silencio.

Aquí los árboles son altos, tan altos como no llegan a ser en la tierra. Parecen cipreses, aunque las hojas tienen otra forma. Y el árbol, la planta y el animal vuelven a hablarme. La propia naturaleza es mi maestro y me ayudará a agrandar mi conciencia.

Este paseo por los jardines de Dios es poderoso. Es porque me llama la tierra, de lo contrario no quisiera interrumpirlo en mucho tiempo.

Vuelvo a sentarme y sigo todo lo que la naturaleza me reveló. Veo los grados de vida de los que me habló y los incorporo a mi conciencia. Entonces me envuelve un gran silencio y me dejo sumergir en él.

Percibo un edificio precioso que todavía no había visto. Empiezo a sentir que tiene un significado para mi vida. Ahora quiero rezar, porque siento que me va a entrar la conciencia más elevada. Es un edificio majestuoso, las torres resplandecientes penetran hasta en el firmamento, incluso es como si se disolvieran en él.

Me entra el sentimiento de sintonizarme con el interior del edificio. Y al hacerlo empieza a hablarme una suave voz sonora. Solo puede estar dirigida a mí, porque estoy muy solo en este lugar.

—Entre, hijo de Dios. Ame la vida y recibirá la bendición de quien nos dio la vida. Haga la transición a Sus leyes y asimílelas. Todos nosotros lo hicimos y así vimos que nuestra vida se enriqueció.

No tenga miedo de escuchar la vida. En esta sintonización solo se le puede dar felicidad. Lo seguiremos en todo. Puede estar seguro de nuestra ayuda. Lo saludamos. Dios es amor.

Entre en este templo y al hacerlo intente sintonizar con nosotros, para que la conciencia más elevada pueda entrar en usted. Siga todo y ame en el sentido inmaculado, espiritual. Que Dios le dé las fuerzas necesarias. Ha de saber usted que todos esperamos.

La voz dejó de hablar. Inmediatamente después vi en el firmamento, muy arriba, algunas figuras radiantes.

—Los maestros de esta esfera lo saludan. Saben que vive en las esferas y lo siguen. Así que no se preocupe, y siga, Theo —me entró.

¡Papá! Solo podía ser papá, solo él pronuncia mi nombre así. Y ahora también lo siento a él, con Angélica, y me sé portado por el amor de ambos. Hace un rato tenía miedo de seguir, no me atrevía a dar un paso, atemorizado por el poder del acontecer. Ahora se ha disuelto. Los maestros saben que vivo aquí. Conocen cada alma que entra aquí, eso lo hace posible su enorme conciencia. Se encargan de todo lo que vive aquí y lo custodian. Esto también es poderoso y a la vez emocionante.

Entonces mis pies me conducen a un lugar encantador, parecido a los parques que se hacen en la tierra. Aquí hay árboles y flores dispuestos de la manera más hermosa, hay fuentes que echan agua y la vida animal exhibe sus colores más gloriosos. Me inclino por encima del espejo plateado de un estanque y me veo a mí mismo. Apenas reconozco a este ser humano. Soy como en la tierra, pero rejuvenecido. La expresión de mi mirada es sedosa. Hay empuje en mí, y algo se ha abierto en mí. Entonces empiezo a sentir que me va bien, mi vida ya está adquiriendo un significado espiritual. Comienzo a ver que más adelante podré ayudar a mi Annie. La veo ante mí en su propio entorno, ¡ya hay bastante más luz a su alrededor! Así que también ella está despertando, luego podré ir a visitarla. Ahora me vuelve a hablar la naturaleza. En el espejo del agua veo pasar su vida, grado tras grado. Entonces caen de pronto las tinieblas. Ya no puedo orientarme, pero entonces hay una voz que habla en mí. Me explica que estas son las tinieblas de antes de la creación. No mucho después percibo luz y veo las primeras señales de vida que Dios creó. Entonces veo agua. Es como el agua en la que percibo todo esto. Aquella en la que miro es más etérea, se ha originado a partir de la otra. Está animada y me atrae a las leyes. En este espejo de agua se refleja a continuación todo el proceso de la creación: cómo Dios creó al hombre, al animal y la vida de las plantas. Sigo toda la evolución del plan de la divina creación, hasta que llego al espacio material en el que vive la tierra. Después me veo a mí mismo entrando en el mundo astral. Dios mío, qué infinitamente rica y grandiosa es Tu creación, cuánta gratitud siento por que se me conceda vivirla. Y siento que aun así solo conozco una pequeña parte de todos los milagros que viven allí. ¿Cuánto tengo que asimilar todavía? Pero para esto también se me dará tiempo; el edificio que se erige allí delante de mí en todo su esplendor tiene infinidad de cosas más que revelarme. Aún volveré allí muchas veces.

Entonces siento que alguien se aproxima. Tiene que ser alguien con quien aún no me he encontrado aquí. Alzo la mirada y veo el rostro de un ser hermosísimo. Cielos, ¿qué me va a ocurrir?

La mujer se me acerca. Quisiera arrodillarme. Me llega la luz radiante de la vestidura azul que viste. Nos miramos profundamente en los ojos y descendemos en nuestras respectivas almas. Ve en mi vida y yo en la suya, y ambos damos las gracias a Dios. No decimos ni una palabra, pero es que este

encuentro no requiere palabras.

‘Quién es’, pienso, y ella se pregunta lo mismo de mí. La siento como a mí mismo. Tiene que ser una hermana mía. Le pido en pensamientos que se siente a mi lado. Lo hace. Está completamente abierta a mí, se me concede seguirla hasta lo más hondo de su interior. En ella leo que va a abandonar este mundo para volver otra vez a la tierra. Ya se ha sintonizado por completo con la tierra, y es por eso que la puedo seguir. Ahora me muestra la vida que vivió antes de que entrara de este lado. Y le muestro la mía.

Regresa a la tierra para vivir allí la maternidad, pero en este caso con sintonización espiritual. Ahora ya tiene que prepararse para ser atraída por la tierra: será el caso dentro de cien años.

Tengo un inmaculado respeto por esta vida; quien se encuentre más tarde con esta alma en la tierra solo recibirá de ella felicidad. La siento como una niña que rebosa amor. Ese amor es su posesión, se ha convertido ella misma en amor. Ahora quiere obtener su grado en la maternidad y dado que ello solo puede ocurrir en la tierra, Dios le brinda esa gracia.

Su lustroso cabello dorado le cae como una cascada por encima de los hombros, su figura es fina y gloriosa. Siento una felicidad celestial cuando la miro.

Dios mío, ¿cómo procesarlo? ¿Cómo darte las gracias? Dios mío, ¡estoy ante mi alma gemela! Este bello ser me pertenece, ella es como yo, ¡será eternamente la mía!

—Alma de mi alma —digo— ¿es cierto todo esto? ¿Sabe que por siempre jamás nos perteneceremos? ¿Que Dios nos va a dar a los dos la nueva vida? ¿Sabe que volveremos a encontrarnos allí? Dígame, ¿alberga usted también estos sentimientos?

Nos miramos y nuestras miradas dicen lo que las palabras son incapaces de decir.

—Dios me dio la gracia de verla a usted. Ahora tiene que seguir, lo sé. La saludo, ¡hasta que nos volvamos a ver allí! (—dije).

Más cosas hubiera querido decir, muchas más, pero ya no es posible. La figura sagrada se ha disuelto ante mí. Voy quedando sumergido en un estado de inconsciencia.

No sé cuánto tiempo duró esta, pero cuando abrí los ojos estaba papá delante de mí. Y confirmó todo lo que había vivido.

—¿Dónde está ahora, padre? —quise saber. Los sentimientos que depuso en mí me lo dijeron todo y supe que ahora ya no se me concedía seguirla. Igual que ella, también yo tenía que prepararme para que el tiempo me encontrara dispuesto cuando llegara el momento de comenzar mi viaje a la tierra.

Animado por este encuentro con mi alma gemela trabajé con aún más se-

riedad que antes en mi desarrollo. Estuve de viaje medio año según el tiempo terrenal y mientras tanto tuve muchas conversaciones con las almas que fui encontrando en mi camino. Fui explorando la vida de mi esfera y medité. Entonces regresé a mi padre y lo encontré en su vivienda. No era necesario contarle nada sobre mi viaje, me había seguido en todo.

Había llegado el momento, me dijo, de ir a Annie. Pero primero me quería enseñar cómo poder desplazarme a la tierra. Para ello me introdujo en el espacio material y me enseñó cómo llegar a ella. Ahora estaba preparado para descender en la tierra crepuscular y buscar a Annie. ¿En qué estado la encontraría?

## El despertar de un alma

Por el camino me entró la sensación de volver a mostrar que había aprendido a sintonizarme. Pasé como un rayo por el espacio y me sintonicé con las ciudades donde habíamos vivido. Volé veloz como el pensamiento hacia ellas, percibí y tan rápido como había venido regresé a mi padre que había abandonado la primera esfera dando un paseo. Me había seguido, así que sabía dónde había estado. Un pensamiento que me entró me decía que más adelante recorrería este mismo camino solo con Annie. Mi padre me demostró que lo había sentido correctamente al preguntarme:

—Podrás convencer a Annie de esta vida tú solo, ¿no es así, Theo? ¿O todavía me necesitarás? La mejor manera de alcanzarla será estando en este espacio con ella sola (—dijo).

Me alegró la propuesta de papá. Me ofrecería la oportunidad de servir y de demostrar que había aprendido aquí unas cuantas cosas. Ya me veía planeando con ella por el espacio, tal como lo había vivido con papá, pero ahora con mis propias fuerzas.

—Cuando estés de camino, Theo, y creas necesitar ayuda tienes que pensar en nosotros, en Angélica y en mí. Te seguimos a donde vayas y te ayudamos. Nuestra unión se ha hecho completa, nadie puede interferir. Te entrarán los pensamientos como ya lo viviste aquí una y otra vez.

—Entonces ya no tengo miedo, padre. Lo haré lo mejor que pueda (—dije).

Pronto llegamos a la tierra crepuscular. De nuevo andábamos entre todas esas pobres personas, muertos en vida, que deambulaban por esta tierra envuelta en niebla. Y sin embargo estaban tan cerca de la luz y del calor. Si tan solo quisieran hacerse conscientes de su estado, si solo tomaran las riendas de sus vidas, aquí había ayuda para todos ellos.

—¿Ya está Annie convencida de su vida, padre?

—Eso no, hijo mío, pero está dispuesta a escuchar, y eso ya es mucho. Cuando la vimos la primera vez, vivía en un estado de choque espiritual. Ha despertado de ese estado. La hermana que la cuida ya ha hablado de nosotros. Pero eso aún no lo acepta. Pero cuando nos vea, tendrá que darse por vencida. Entonces ya no huirá de nosotros. Su pequeño mundo aún no ha cambiado, cierto, pero para eso tú darás el primer paso si la ayudas a convencerse de su vida terrenal. Ya sabes que solo cuando se haya liberado de esa vida podrá comenzar con esta.

—Padre, dime, por favor, ¿qué cosas tendré que contarle?

—Eso lo sentirás en el instante en que hables con ella. No dejes de sin-

tonizarte con nosotros, Theo.

—Y a su madre, ¿quién la ayuda?

—Ella, a su vez, recibe ayuda de otros. Cuando Annie haya llegado a ese punto, podrá hacer algo por su madre. Entonces se llevarán a la primera esfera.

—¿Tengo que quedarme con Annie, padre, para ayudarla a seguir?

—No, no hace falta, Theo. Cuando hayas conseguido que pueda empezar con su propia vida, tú volverás a construir tu propio estado. Hay suficiente ayuda para ella en la esfera.

—Pero, padre, ¿no hizo usted también todo lo posible por Liesje y por mí?

—En tu vida existía esa posibilidad. Si no hubieras sido alcanzable para esa ayuda completa, tendría que haberte soltado. Entonces todo tu desarrollo se habría desenvuelto de otra manera. Te habrían ayudado otros y yo habría seguido en mi propio estado.

—¿Por qué, padre?

—Tienes que preguntar, hijo mío, quién regula estas leyes. Pero eso es muy natural. Aquí existe una ley según la cual no está permitido que unos puedan ser vividos por otros. Si Annie aún no hubiera llegado a este punto, ni siquiera se te habría concedido hacerla consciente de su vida terrenal. Entonces lo habrían hecho otros por ti. Así que es una gracia que ella misma se ha ganado.

De este lado los seres humanos no pueden vivir a costa de los otros, ni siquiera si estos se mostraran dispuestos a ello. Está completamente descartado. Quien no quiera tendrá que esperar, pues, y ver pasar los siglos con los brazos cruzados.

Porque así aquí hay muchos —pudiste seguirlos— que se muestran inaccesibles a la ayuda de esferas más elevadas. Prefieren esperar a Cristo, dicen, porque les han hecho creer que en la vida eterna Él irá a ellos. Viven en Su paraíso, dicen, en Su atrio, y esperan a que Él venga a buscarlos para llevarlos a Su cielo.

Los años van pasando y Cristo no viene, y es que no puede venir, porque ¿cómo iban a entrar en un cielo estas pobres almas, cuyo amor es tan yermo como la tierra que pisan, cómo iban a estar preparadas? Ahora conoces la primera esfera, Theo, y por encima de esta hay otras seis. Y Cristo ni siquiera ha visto todavía a un maestro de la séptima esfera. Ni siquiera estos están preparados para entrar en la esfera de Cristo. Tendrán que recorrer muchos grados antes de poder alcanzar ese punto. Pero ¡el hombre que se adentra desde la tierra en la fría tierra crepuscular como sintonización suya cree que Cristo lo estará esperando! ¡Y esa terrible alucinación se la metieron en la cabeza las iglesias! Así es como se han destruido innumerables almas para los próximos siglos. Pero, gracias a Dios, algún día empezarán a dudar y solo entonces

serán alcanzables para la ayuda espiritual. Mira, Theo, estamos llegando al lugar donde reside Annie. Está sola (—dijo).

Ahora la vi yo también. Iba andando de aquí para allá, sumida en pensamientos, con la cabeza inclinada hacia el suelo. Se le notaba que había habido cambios en ella. Papá me dijo que esperara. Primero hablaría él con ella, yo tenía que seguirlo en todo, así podría escuchar su conversación. Era posible gracias a la clariaudiencia, un grado que en las esferas de luz poseía cualquiera.

—Hola, Annie —oí que dijo papá.

Annie se asustó, no había oído llegar a papá. Se lo quedó mirando largo tiempo, intentando averiguar quién era. Por lo visto vio algo en sus rasgos que le resultaba familiar.

—¿No me conoce? —preguntó papá entonces.

Se quedó pensando profundamente. No le quitaba ojo. Papá estaba incidiendo en ella, depositando sentimientos en ella. Entonces dijo:

—Soy el padre de Theo, Annie. Ya llevo mucho tiempo en este mundo.

—Pero eso no es posible, ¿no?

Papá esperó unos instantes y entonces dijo, lentamente y con mucho énfasis:

—Créeme, hija. Digo la sagrada verdad. ¿Quieres aceptar que soy el padre de Theo?

Me quedé en vilo mirando a Annie y no pude suprimir un suspiro de alivio cuando por fin respondió:

—Sí, padre, lo creo.

—Hija, ¿quieres aceptar entonces también que falleciste en la tierra y que ahora resides en la vida eterna?

—Eso es lo que aquí me dicen también, padre, pero se me hace imposible creerlo, porque a fin de cuentas estoy viva. No estoy muerta, padre, vivo. Y ¿dónde está Theo? ¿Por qué no viene a casa? ¿Estuve enferma? ¿Por qué no viene Theo? Y ¿dónde está Liesje?

Papá la deja terminar tranquilamente. A ella la tranquiliza poder hacer esas preguntas. Entonces papá dice, señalándome:

—Por favor, mira allí, Annie.

Vuelve a asustarse mucho. Otro encuentro tan rápidamente la supera, le mete miedo. Está a punto de desmayarse, pero papá la sujeta con su voluntad, por lo que sigue consciente. Entonces me acerco. Sé cómo he de actuar. La miro a los ojos y no aparto la mirada. Entonces ocurre algo con lo que yo no había contado de ninguna manera. No da ninguna señal de reconocimiento. Me sigue mirando como si fuera un extraño y dice entonces:

—No conozco a ese hombre, padre. Es un desconocido. Theo no es.

A mí no me dirige la palabra. Pero papá me deja sentir que todo va bien.



Annie, mientras tanto, me mira continuamente, intenta sondarme. Siento ahora que no es capaz de hacerlo, la conciencia inferior no puede sentir la superior.

—Mi Theo —vuelve a decir Annie— es mucho mayor. Este hombre sí que se parece un poco a él, pero tampoco lo es realmente (—dice).

Papá no responde más a estas palabras. Le dice que tiene que ver en mí a su maestro que la ayudará en todo y que quiere convencerla de su vida. Solo no logra avanzar aquí más, según le da a entender, por eso tiene que acompañarme a la tierra, donde le quedará claro todo lo que ahora no comprende.

Y Annie vuelve a reaccionar diciendo:

—Pero todo eso no son más que majaderías, ¿no? Porque estoy viva, ¿no es cierto?

Entonces papá habla muy seriamente con ella y le indica que tiene que entregarse a nuestra ayuda si quiere conseguir salir de esta tierra desagradable y fría. Esto ayuda. Ella dice:

—No es que no quiera, créame. Pero ¿dónde está mi madre?

—Aún tiene que quedarse un tiempo aquí. La ayudaremos más tarde.

Annie da un paso hacia mí y acepta de este modo mi ayuda. Papá se despierte de nosotros. Ahora comienza mi tarea de convencer a mi esposa, a mi Annie, de su vida eterna. Me doy cuenta de que me busca. Pero no está familiarizada con mi aspecto. En la tierra ya tenía calvicie, estaba empezando a tener canas, y aquí soy como un hombre joven de treinta años con el pelo rubio rizado. Pero aun así hay algo en mí que cree reconocer, y que le recuerda a su Theo. Esto la acerca a mí. Me estremece esta gran felicidad. Quisiera postrarme para agradecer a Dios esta gracia. Pero ahora tengo que actuar.

—¿Me quiere seguir, por favor? —le pregunto.

—¿A dónde me lleva? —desea saber de inmediato.

—Vamos a la tierra, tengo que mostrarle allí diversas escenas que usted conoce. Después volveremos a las esferas.

Seguimos caminando juntos. Ninguno de los dos dice nada. Entonces siento que tengo que intentar elevarla, igual que hizo papá conmigo. Le digo que puede hacerme preguntas si quiere saber algo. Asiente con la cabeza, pero no dice nada. Entonces me sintonizo con el espacio material y le pido que me dé una mano para conseguir el contacto adecuado. Entonces nos elevo a los dos. Esto sucede tranquilamente, la tierra crepuscular se va difuminando, ya vivimos en el espacio material.

Qué poderoso es todo. Así de rápidamente ya se me concede transmitir a otros lo que yo recibí. ¡Dios es bueno! Quiero darle las gracias y exclamar:

—Dios mío, Padre mío, qué poderosamente hermosa es la organización de Tu vida. Qué bueno eres para los hombres. ¡Cuánto amor no me diste ya!

Pero siento que ahora no debo rezar. Es mejor que piense en Annie, según

me hace saber papá, sus pensamientos me llegan de lejos, lo que a su vez me hace desbordar de felicidad de otra manera; debo seguirla en su pensar y sentir. Así lo hago. No habla y su interior está vacío. No pregunta dónde está y no tiene interés por todas esas estrellas luminosas que nos rodean. Sí que piensa, pero sus pensamientos no tocan nada, revolotean sin orden ni concierto. Aun así es necesario para su desarrollo aquí que aprenda a pensar en profundidad y con claridad.

Desciendo en ella, toco la vida de su alma y la elevo hasta las estrellas y planetas. Poco después mira con sorpresa a su alrededor, a la derecha y a la izquierda. No comprende nada, va andando y sin embargo no ve ningún piso. Quiero que haga una pregunta y me concentro en ello.

—Pero esto ya no es caminar, ¿no?

—Esto es planear, hija mía, ir planeando por el espacio (—dije).

¿Que ella estaba planeando? No, eso no lo cree.

—¿En el espacio, dice?

—Sí, hija.

Siento necesidad de llamarla así, me une a ella. Sé que recibo esos sentimientos de papá y cuando me sintonizo con él veo a papá y a Angélica delante de mí. Incluso puedo hablar con ellos y así se me queda confirmado de nuevo que en la vida eterna no hay alejamiento ni distancia.

—Pero ¿dónde está entonces ahora el suelo sobre el que siempre andamos? —quiere saber Annie.

—Ahora vamos a la tierra, hija mía, y allí podremos volver a andar.

—Pero ¿entonces de dónde venimos ahora?

—Estaba usted enferma y ahora está convaleciente. Ahora está en la vida después de la muerte. Murió usted en la tierra (—dije).

Siento que tengo que decir esto último.

Reacciona al instante.

—¿De verdad que tengo que creerme eso? ¿No será que me están tomando el pelo de verdad?

—No, hija, esa gente allí dice la verdad (—dije).

Papá me hace sentir que ya no debo insistir más en esto. No puede con más. No puedo avanzar más que paso a paso.

Solo cuando hace preguntas puedo darle algo más.

—Tan solo cuando sientas que sabe suficiente puedes continuar avanzando —explica papá.

Pero Annie ya ha vuelto a regresar a su propia vida pequeña, ya no tiene nada que preguntar. Sin que se dé cuenta acelero el avance. Allí veo la tierra. Ya celebro poder hacerla entrar en nuestra vivienda. ¿Cómo reaccionará?

Me sintonizo con la ciudad de Amersfoort. No tardamos en llegar allí. Caminamos entre las personas. Annie las ve y quiere hablar con ellas, pre-

guntarles si es verdad que ha muerto. Pero al andar atraviesa la gente...

—Cuando enseguida entre en su vivienda, ¿cuidará de mantener entonces la calma? —le advierto.

Asiente con la cabeza y entonces entramos en la casa. Annie ve que hay personas desconocidas viviendo en sus habitaciones. Entonces me mira y dice:

—Pero es que aquí ya no vivíamos, tengo que estar en la ciudad de Arnhem.

La llevo hasta allí y entramos en nuestra vivienda. Rápidamente nos damos cuenta de que hay otra gente viviendo en ella y que nuestras cosas han desaparecido. Me sintonizo con el pasado y veo que mi propia madre ha estado aquí con el padre de Annie. Repartieron juntos todos los bártulos y los vendieron.

Annie siente entretanto mucha tristeza. Le caen las lágrimas por las mejillas. Comprendo lo que le pasa por la cabeza.

—¿Dónde están mis queridos muebles? ¿Usted lo sabe?

—Se vendieron, hija. Su padre los vendió. Pero ya no los necesita, ¿no? (—dije).

Mejor no le digo nada de mi madre, solo la desequilibraría.

—Vamos —insisto—, aquí de todas formas ya no sirve que esté más.

Se deja llevar dócilmente, llorando por sus propiedades perdidas. La dejo llorar, de cualquier manera aquí ya no puedo cambiar nada. Pero sí queda claro el apego que siente por esas cosas. El cielo y la tierra la dejan indiferente, las estrellas y los planetas apenas le merecen un vistazo. Pero por sus queridos muebles que fueron vendidos llora amargamente. Este es su mundo...

La llevo a Róterdam. No se le secan las lágrimas. No intervengo. En la Línea Grebbe vi otro tipo de lágrimas, allí, en medio de esa locura, esa crueldad, ese miedo. Con solo pensar unos instantes en ese horror también me puedo poner a llorar, pero entonces las lágrimas me pesan como una tonelada... Dios mío, ¡si esto es todo!

Qué pobre e infeliz es mi mujer. Se encuentra en medio de la poderosa creación de Dios, le esperan Sus milagros, ya los está viviendo y aun así todavía puede verter lágrimas por sus mueblecitos...

En la tierra eran su fijación, de modo que aquí no puede actuar de otra forma. De este lado se recibe el mundo que uno siente en su interior...

¿Cuánto no llorará luego cuando experimente que encima ha perdido su propia vida?

Vamos andando entre la gente en Róterdam. Por el bombardeo ha surgido un campo abierto. Camino un poco sin rumbo fijo. Annie reacciona diciendo:

—¿No conoce el camino? ¿Por qué deambula por aquí?

—Vaya usted entonces delante —digo, y así la interno de nuevo en mi

propia vida. Ahora pasa a la acción y su tristeza va menguando. Se apresura hacia el lugar donde se alojó una vez. Ahora está viendo en el pasado al que la conduzo.

Ahora que está dentro la dejo libre. Entonces está de inmediato en la realidad y se ve a sí misma, junto a su hija y madre, sepultada bajo las ruinas. Emite un llanto que da miedo. Se deja caer de rodillas, escarba con los dedos entre las piedras, quiere sacar los cadáveres de entre los escombros y me suplica que la ayude.

—Pero mire, aún viven, aún viven —grita. Y tiene razón, aún vivieron unos instantes, cierto, pero entonces sus almas se desdoblaron de los cuerpos. Pero es algo que ella no puede percibir.

Annie se ha desplomado. Conozco ese desfallecimiento, se encuentra tan solo un grado por debajo de su conciencia. Incido en ella y tiro de ella para que vuelva a su propia vida. Unos instantes después alza los ojos y pregunta:

—Pero ¿dónde estoy? ¿Dónde estoy? ¿Es que entonces hemos muerto de verdad?

—Es algo que tiene que aceptar —digo—. Murió aquí, en Róterdam. En este lugar encontró su fin.

Annie llora y estas lágrimas sí que son verdaderas y naturales. Adquieren peso por la pena que le dan las personas. Dejo que vuelva a serenarse. Ahora puede volver a pensar, y de pronto da un respingo y grita:

—¿Y mi marido? ¿Dónde está mi marido? ¿Sabe usted quizá dónde está? (—pregunta).

¿Qué he de decirle? Aún no me reconoce.

—La llevaré hasta él. Sígame.

Nos vamos de Róterdam y vamos directamente a la Línea Grebbe. Allí la conecto con mi vida. Le muestro el instante en que deambulo como muerto en vida entre los horrores. Me ve y se apresura hacia mí.

—Theo..., Theo..., Theo...

Quiere aferrarse a mí mientras ando por allí. Pero Theo no la ve. Annie rompe a llorar. Aquí en la Línea Grebbe está una mujer llorando por su marido, al que cree perdido, pero que se encuentra plenamente consciente a su lado...

La conecto con una siguiente imagen. La espera más tristeza, pero tiene que pasar por ella para que le vuelva la vida. Ve cómo apunto mi fusil, oye la voz de mi padre, después suena el terrorífico silbido de una granada y cuando Annie ve que esta le quita la vida a Theo, se desmaya. La coloco en el suelo, me siento a su lado y espero a que vuelva en sí.

Para la tierra fueron tres días y tres noches antes de que Annie volviera a abrir los ojos. Durante ese tiempo tuve la oportunidad de meditar. Estar con Annie también a mí me hizo reflexionar mucho.

Está echada aquí, a mi lado, durmiendo. Cae la noche y esta se retira cuando llega el día. Los pájaros cantan y trinan entre las ramas. Me hacen pensar en mis amiguitos plumados de las esferas. Me caen lágrimas por las mejillas, Dios, Dios mío, qué grande y bueno eres.

Ahora puedo darle las gracias, ahora hay tiempo para hacerlo. Y mi alma encuentra sin dificultad alguna las palabras que han de decirle lo contento que estoy por el hecho de vivir y por que pueda trabajar en Su espacio.

Entonces me sintonizo con lo que ocurre en la tierra. Y el horror no tarda en volver a presentarse a pasos agigantados... Aún hay aquí innumerables muchachos —holandeses y alemanes— que prosiguen los combates en el mundo astral. Siguen abalanzándose unos encima de otros y se asesinan espiritualmente. Cuando uno queda inmóvil el vencedor va a por otro. Y cuando quedan extenuados se desploman igual que Annie y recuperan fuerzas mientras duermen.

¿Cuánto tiempo continuarán luchando, convirtiendo este lugar en un sitio fantasmagórico? Ahora sé lo que son los fantasmas para la tierra. Aquí viven multitud de fantasmas. ¡Su existencia es terrible!

Puede que fueran las once de la mañana cuando hubo algo que me llamó la atención, que sin duda también es horrendo. Se me pierde la mirada entre las incontables cruces del cementerio que se ha creado aquí. Las fuertes pisadas de las botas militares rompen el silencio.

¡Dios mío! ¿Cómo es posible? Qué diabólico, asqueroso, hipócrita es lo que veo. Primero nos destruyen y ahora vienen a traernos coronas de flores. La mentalidad de esta gente es repugnante. ¡Y entre ellos también hay holandeses! Mira lo que irradian, sus hermosos uniformes no lo paran. Los he visto en los infiernos más tenebrosos, allí vive su mentalidad. En ellos vive la sed de sangre, para ellos una vida humana no tiene valor alguno. La destruyen y después vienen a traerle flores. ¡Y ahora incluso los oigo hablar de amor y camaradería!

Su negocio es vomitivo, ¿qué sabrán precisamente ellos de amor y camaradería? De este lado se encontrarán ante el mundo creado por ellos mismos, aquí tendrán que vivir en su propio hedor, ¡hasta que empiecen a darse cuenta de lo que es el verdadero amor, la verdadera camaradería!

También hay holandeses que con la mano dan el saludo satánico. No tienen ni idea, son muertos en vida.

Annie duerme y no ve nada de lo que ocurre a su alrededor. En el fondo es una lástima, podría ser una escuela muy importante para ella.

Duerme en su vida inconsciente y ahora sueña con sus queridos muebles. Ahora ni siquiera se acuerda de su hija. ¿No está claro lo que por el momento aún sigue predominando en su pequeño mundo?

Annie abre por fin los ojos. Me buscan. Piensa profundamente. Entonces

dice:

—Mi marido cayó en la batalla, maestro, ¿dónde está ahora?

—En las esferas, hija mía —respondo.

Vuelve a pensar. Ahora irradia una luz muy diferente. ¡Ha empezado a haber incidencia en ella!

—¿Puedo verlo?

—Es posible, Annie, sin duda.

—¿Me conoce usted? —pregunta sorprendida de que la llame por su nombre—. Imagino que por mi suegro, ¿verdad?

—Así es —digo, comprendiendo que aún es pronto para mostrarle quién soy. Hay que incrementar su deseo. Tiene que empezar a haber en ella respeto por mi vida. Jamás me respetó, ahora tiene que aprender a hacerlo, según me hace sentir papá desde lejos.

Prosigo:

—La conozco por quien ha querido convencerla de su vida. ¿Está dispuesta ahora a escuchar y ya tiene preguntas que hacer?

—Sí, maestro. Lo quiero saber todo. ¿Puede llevarme a mi marido?

—Eso todavía no es posible, hija mía, primero tiene que estar convencida de su vida.

—Maestro... ¿ha avanzado mi marido más que yo?

—Sí, es algo que tendrá que aceptar usted.

—¿Es que entonces sí tenía razón?

—Su marido ya sentía interés por esta vida en la tierra, ya entonces sabía que la vida eterna es como ahora la está viviendo usted. En eso tendría que haberlo aceptado usted.

Annie escucha con atención. Ahora le hablo en detalle sobre la vida de nosotros dos en la tierra, le muestro, le señalo cómo era inevitable que se desintegrara en pedazos. Así se va haciendo una idea de nuestra vida y cuando luego la vuelva a llevar a la Línea Grebbe verá sus propias deficiencias y se dará cuenta de por qué solo era posible que aquí se la recibiera en la tierra crepuscular. Ahora también comprende que Theo, que ha avanzado más que ella, ya no le pertenece y que está trabajando en su propia vida, igual que ella tiene que empezar a hacerlo ahora en la suya.

Me pregunta:

—¿Qué me aconseja que haga, maestro?

—Ahora tiene que volver a su propia esfera, reflexionar mucho e intentar ayudar a su propia madre.

—Pero ¿es que la puedo ayudar?

—¡Sin duda!

—¿Y no estará entonces Dios molesto conmigo? ¿Querrá ayudarme y darme fuerzas?

—Dios es amor, nada más que amor, hija. Te apoyará, sin duda.

Se me queda mirando pensativa, siente mucho de Theo en mí. Entonces me hace una pregunta que toca su religión y le digo que esa pregunta la responderán los maestros que más adelante la ayudarán a seguir avanzando.

—Solo vine hasta usted para hablarle de su vida en la tierra (—digo).

Quiere saber por qué precisamente yo. ¿Es que conozco toda su vida?

—Sí —digo—, por su suegro, al que también yo conozco.

—¿De las esferas?

—También de la tierra.

Dejamos atrás la Línea Grebbe y la tierra. Por el camino Annie pregunta:

—¿Podré volver allí alguna vez? Me gustaría ver entonces otra vez toda mi vida.

—Es posible, sin duda.

Algún día volverá allí con otros, y estos a su vez le contarán más cosas sobre su vida y la mía. Papá me hace sentir que entonces se despertará por completo para esta vida.

—Ahora sería posible mostrarte ante ella, pero ¡imagínate lo que eso le supondría! No sería capaz de procesarlo.

Papá tiene razón: recibiría demasiado, pero más adelante sabrá que estos días estuve a su lado y que fui yo quien le contó todo sobre nosotros dos.

Annie me demuestra de manera hermosa que algo en ella se está abriendo cuando dice:

—Qué bello es todo en el fondo cuando sabes que nunca serás destruida. ¡Que a todo ser humano se le da la oportunidad de volver a Dios, al Padre de todos nosotros!

—Así es. Hacen mucho daño las iglesias de la tierra cuando enseñan que Dios puede condenar a Sus hijos. Eso es algo que ya puede aceptar ahora, ¿verdad? (—pregunto).

Y Annie puede aceptarlo ahora que vive en la realidad de la vida eterna. Le ha entrado luz, y eso me hace feliz. Luego la dejaré, pero algún día, según ahora sé, y antes de que yo vuelva a la tierra, podré volver a hablar con ella. Papá me da esta visión. Y Liesje le dirá que fui yo quien la convenció de su vida y muerte en la tierra. Entonces no podrá concebir lo feliz que es.

Es como si Annie sintiera que estoy pensando en Liesje. Me pregunta:

—¿Puede llevarme a mi hija, maestro?

—La verá, pero primero tiene que estar lista con usted misma (—respondo).

Aunque a Annie se le asome una mueca y sienta tristeza, durante este viaje ha aprendido que de este lado nos encontramos ante leyes férreas, leyes que nosotros mismos ponemos en marcha. Liesje ha asimilado luz, hay que impedir que el subconsciente de su madre le provoque el más mínimo rasguño.

De eso se encarga Dios.

—¿Es porque todavía no me conozco a mí misma, maestro?

—Así es, querida, primero tiene que vencerse a sí misma.

—Pero, si me esfuerzo al máximo, maestro, ¿veré pronto entonces a mi Liesje?

—Claro que sí, hija, pronto. Dios es amor y Él la ayudará (—digo).

Y meditándolo todo dice:

—¿Así que mi hija ha avanzado más que yo?

Le digo que Liesje vive en la esfera que hay por encima de la suya y le explico cómo también ella puede asimilar este cielo. Y Annie acepta ahora todo lo que digo, la han convencido las imágenes en la tierra. También a ella las leyes de Dios le han hablado su idioma. Ahora ella también tomará conscientemente las riendas de su vida y empezará a servir a otros. Incluso ahora ya sabe que aquí por llorar no avanzará, sino que solo habla el acto de amor, plenamente respaldado por la personalidad entera.

—Tienes que aprender —le digo— a entregar todo lo que tengas por amor al otro. En la tierra podemos significar algo para los demás por nuestras posesiones terrenales, pero este tipo de posesiones no tienen nada que ver con el alma. De este lado solo cuenta la obra que se pague con el alma, con la personalidad entera (—digo).

Volvemos a adentrarnos en la tierra crepuscular, de la que Annie se va a separar ahora. Las hermanas de allí, a quienes la entrego, me relevan.

Gracias al amor de Dios se nos concedió a ambos vivir un viaje milagroso. Un viaje que convenció a Annie de su muerte y de su vida eterna, y que me enseñó mis propias fuerzas, además de brindarme incontables nuevas impresiones sobre los inagotables milagros de Dios.

Me espera mi padre, mi maestro, en el límite de la primera esfera. Nos damos un abrazo muy fuerte. Entonces empieza a repasar mi viaje y me señala mis errores. Después puedo hacer preguntas. Y le pregunto:

—¿Qué tengo que hacer ahora, padre?

—Tienes que empezar a sintonizarte con la tierra, porque ha llegado el momento en que se te concede hablar sobre tu vida (—dice).

Comprendo que tengo que prepararme muy seriamente para este acontecimiento. Angélica nos da la bienvenida en su morada espiritual. Doy las gracias a ambos por todo lo que se me ha dado, pero no las aceptan. Entonces me adentro en la naturaleza y hablo largamente con Dios, y le digo lo agradecido que me siento. Cuando quiero empezar a meditar, papá me hace sentir que vuelva a él al terminar.

Pasaron meses según el tiempo terrenal antes de que me sintiera preparado para mi tarea. Seguí mi vida entera, así como aquellas en las que trabajé como Jack. También me sumergí en las vidas de papá y de Angélica. Regresé



aún más, hasta donde Dios se dividía y me colocaba a mí —una chispa de Su fuego— ante la tarea de vivir Sus sagradas leyes y assimilarlas.

Entonces volví a Angélica y papá. Me sentía preparado. Descendimos a la tierra y entramos en el instrumento por medio del que ahora escribo.

Y ahora he llegado al final de mi tarea. Me queda por contarte lo que voy a hacer ahora.

Voy a hacer una transición completa en la vida de Jack. Esa vida se va a hacer completamente consciente en mí. Theo ha sido elevado hasta esa vida y ahora forma parte de ella. Lo amo, se ha convertido en mi hermano. Esto es incomprendible para la tierra, pero a quien haya leído en mi vida le quedará claro que yo hablo así.

Más adelante me encontraré con mi nuevo maestro, porque papá y Angélica van a seguir ahora en sus propias vidas. Tengo que empezar a assimilar las leyes que el maestro Alcar ha dado a conocer al mundo por medio de este instrumento talentoso. Me preparará para mi tarea en la tierra, donde aportaré nuevos conocimientos a la psiquiatría. Allí me encontraré entonces con mi alma gemela y con ella quiero perfeccionarme para ese poderoso amor. Albergó el sentimiento para ello, igual que ella.

Dios nos da esta gracia a los seres humanos, y aun así hay quienes en la tierra hablan de un Dios que puede condenar para la eternidad a Sus hijos...

Delante de mí veo el espacio: lo creó el amor de Dios, y lo conserva. He intentado ofrecerte a ti, lector, una imagen de ello, con mis palabras sencillas. Si he podido convencerte de que tu vida es eterna, si he podido abrirte los ojos a las imponentes posibilidades que Dios ha puesto en manos de nosotros, como hijos Suyos, si he logrado que des el paso para ir a perfeccionarte más que nunca en el amor, entonces me sentiré muy, muy feliz.

Y a ti, querido instrumento del maestro Alcar, a ti te doy las gracias por todo tu amor. Solo necesité poco tiempo para transmitirte esto. Tú me enseñaste a trabajar. Ser uno contigo también me ha dado mucha sabiduría. Toda tu vida está al servicio de los maestros, la mía sintonizará con ello.

Ha llegado el momento de despedirme también de ti. Te saludan padre y Angélica. Te dan las gracias por tu voluntad de servir. He de decirte que para ellos eres el instrumento perfecto para ser tocado por el otro lado. Esta música espiritual que a la gente le llega como sabiduría hará vibrar sus almas, para así abrirlas. Amigo mío, que Dios te brinde a ti y a tu maestro la fuerza necesaria para proseguir tu hermosa obra. Pido Su bendición para ti y me voy en profunda meditación. Me despido de la tierra por mucho tiempo. Algún día volveremos a vernos en la vida eterna.

¡Que la sagrada bendición de Dios descansa sobre esta obra!

Fin